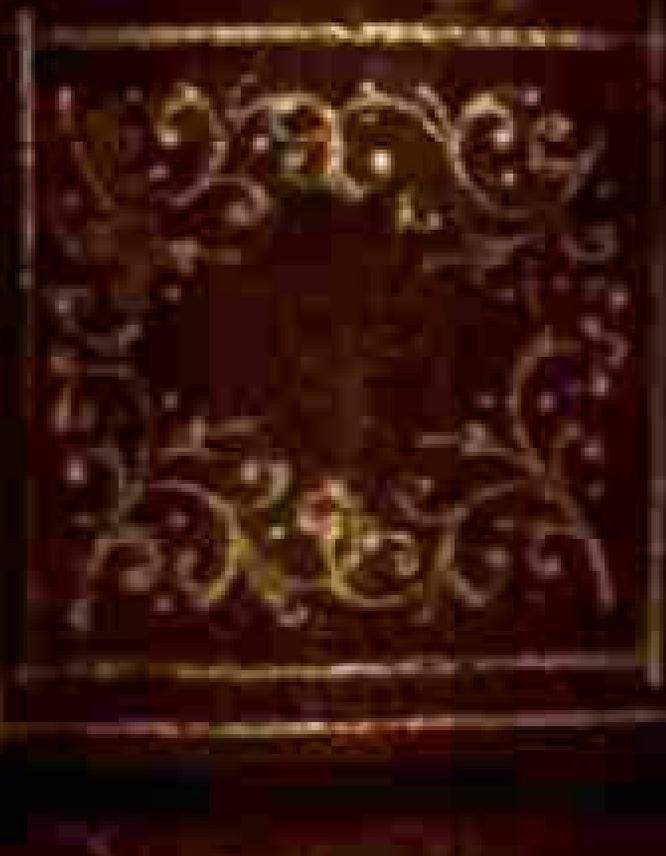




BEAUMONT.

CRONICA
DE MICHOACAN



2

F1306

.5

B43

v. 2

40252

002906



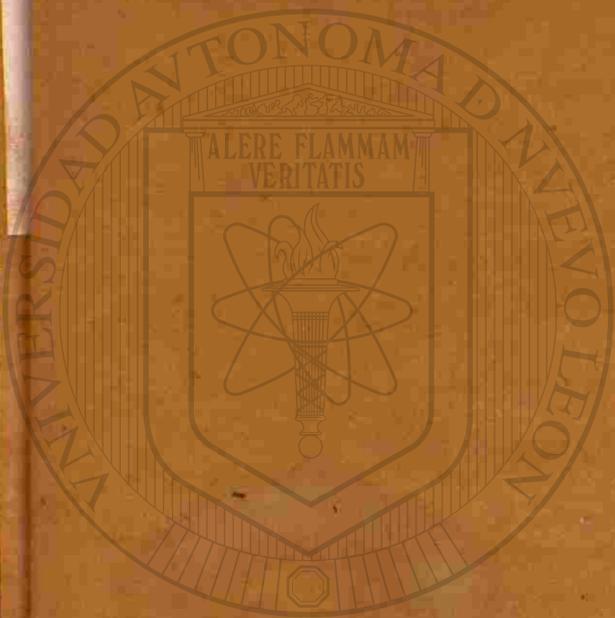
EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





CRONICA

DE LA PROVINCIA

DE LOS SANTOS APÓSTOLES S. PEDRO Y S. PABLO.

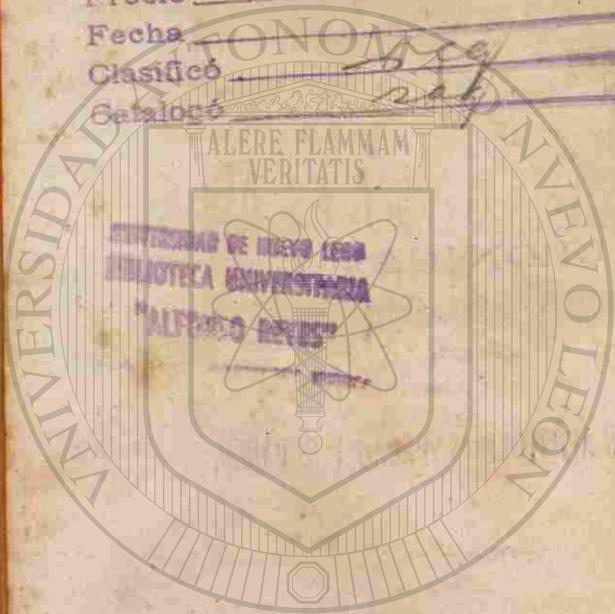
U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Núm. Clas. 972.346 2
Núm. Autor P 111 c
Núm. Adg. 2906
Procedencia -6-
Precio _____
Fecha _____
Clasific. _____
Catálogo _____



BIBLIOTECA HISTORICA DE LA IBERIA
TOMO XVI.

CRONICA

DE LA PROVINCIA
DE LOS

SANTOS APOSTOLES S. PEDRO Y S. PABLO

DE MICHOACAN

DE LA REGULAR OBSERVANCIA
DE N. P. S. FRANCISCO,
POR FRAY PABLO DE LA PURISIMA CONCEPCION
BEAUMONT.

TOMO II.

MEXICO
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IMPRESA DE IGNACIO ESCALANTE

BAJOS DE SAN AGUSTIN, NUM. 1.

1873



Capilla Alfonso
Biblioteca Universitaria

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Imprenta Valverde y Telles

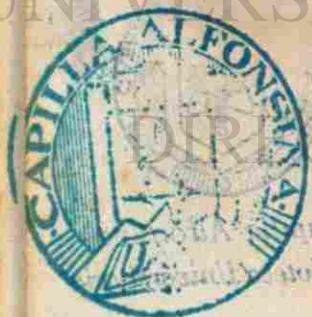
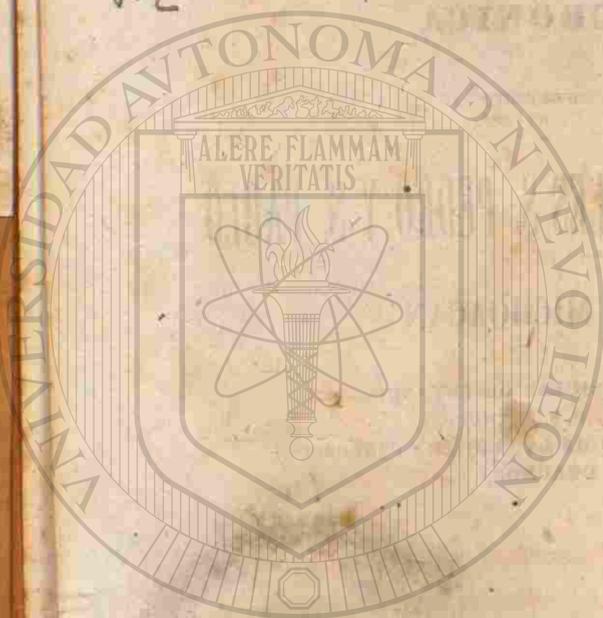
402538
VALVERDE Y TELLES

F1306

.5

B43

V.2



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XXIV.

DESPOBLACION DE LA ISLA ESPAÑOLA: VIAJE DEL PADRE
CASAS Y DEL ALMIRANTE DON DIEGO
COLON A CASTILLA: QUEJAS SOBRE EL NEGOCIO DE LOS
REPARTIMIENTOS: MUERTE DEL REY D. FERNANDO.
AÑO DE 1514.

No cesaban los jueces de apelacion y demás oficiales reales de informar al Rey en contra del Almirante Don Diego Colon, y era lástima que aquel Príncipe, no obstante su mucha perspicacia y habilidad, no se guardara siempre de las malas impresiones que sus validos en tiempos oportunos procuraban infundirle, y para mayor abundamiento el Consejo no era más favorable al Almirante. Estas disposiciones del Rey y de su Corte empeñaron á un caballero, llamado Rodrigo de Alburquerque, pariente del Dr. Zapata, consejero

CRÓNICA DE MICHOACAN.—TOMO II.—2

002906

de Estado y muy acreditado en la Corte, á solicitar la tenencia de la fortaleza de la Vega, que habia edificado el Almirante D. Cristóbal Colon, y plantado en lo más alto de un cerro que la dominaba una cruz hecha de un grandísimo madero para amparo de su nueva fundacion: despues que se fundó allí una ciudad con el título de la Concepcion de la Vega, poseían los religiosos de nuestro P. S. Francisco (en el monasterio que allí tenían) aquel mismo palo de la cruz que los indios, en los tiempos más desabridos que los castellanos tuvieron, no pudieron quemar, cortar ni derribar, la que ha hecho muchos milagros. De sus prodigios, y de todas sus circunstancias, da una elegante relacion el cronista Herrera, la cual podrá ver el lector si quisiere satisfacer plenamente su piadosa curiosidad. (*)

Estuvo Rodrigo de Alburquerque algun tiempo en la Española con su tenencia, viviendo bien disgustado en una ciudad que se iba avulando y pareciendo un desierto, gastando sin fruto ni necesidad la Hacienda Real; y no ménos lo lastaban sus intereses propios, porque como faltaban los indios, y los castellanos por consiguiente la despoblaban, no le tenia cuenta su corto repartimiento de indios. Se fué á Castilla, y negoció

(*) Herrera, Década I, lib. X, cap. 12, an. 1514, fol. 241 mili.

con el dinero y el favor de su deudo el Dr. Zapata, que se criase un nuevo empleo de distribuidor ó repartidor de indios, el cual obtuvo, y fué el primero que le ocupó, sin ser Gobernador, con la condicion de que en todo obrase con parecer del tesorero Miguel de Pasamonte, quien disfrutaba de toda la confianza y estimacion del Rey y era el enemigo declarado del Almirante Don Diego Colon.

Cuando pasó el tesorero Pasamonte á la isla, que fué el año de mil quinientos ocho, habia en ella sesenta mil indios, y por sus extorsiones no quedaban sino catorce mil cuando llegó el repartidor Rodrigo de Alburquerque. Apenas hubo entrado triunfante en la ciudad de Santo Domingo, muy ufano con tantos privilegios y tan buenos despachos, cuando mandó pregonar su comision con gran solemnidad. Revocó inmediatamente todos los actuales repartimientos, exceptuando los que el Rey mismo habia concedido: despues dió á entender abiertamente que necesitaba dinero, por donde se conoció que el modo de agradarle era pretender nuevos repartimientos, que en breve tiempo se pusieron como en almoneada á quien diese más por ellos. Como los catorce mil indios estaban repartidos entre muchos castellanos, no los pudo distribuir Alburquerque tan á medida de su deseo que pudiese satisfacer la

codicia de todos; y así, para sacar dinero, hubo de engrosar los repartimientos, que cupieron á pocos, y dejó sin ellos á muchos que los tenían, cuyos clamores fueron terribles contra él, pues decían que habia destruido la isla. Se quejaron á la Corte, y informaron fuertemente contra la conducta de Rodrigo de Alburquerque, la cual ciertamente no podia ser más desacertada. Pero léjos de que en la Corte se diese asenso á estas quejas, obtuvo, con el favor de su pariente el Dr. Zapata, una cédula del Rey, que aprobaba lo que habia ejecutado Alburquerque en el repartimiento, suplia de poderío real todos los defectos que en ello habia incurrido, y imponia perpetuo silencio para que no se hablase más de ello, sin que nadie tuviese derecho de entrometerse en este asunto. No pudo ya el Almirante digerir ni sufrir este último golpe, que heria tan á lo vivo su autoridad, y pidió licencia al Rey para ir á España, pareciéndole que con su presencia pararía otros muchos y mayores agravios que le podían hacer sus enemigos. Habida la licencia del Rey, dispuso su viaje para la Corte, quedándose Pasamonte y demás oficiales reales, que temian poco lo que podían hacer y informar contra ellos en ella, muy contentos de verse solos en el gobierno, como siempre habian deseado.

Por este mismo tiempo murió en la Isla Espa-

ñola Don Bartolomé Colon, tio del Almirante, y el Rey mandó que la isla pequeña de la Mona, que tenia, se incorporase en los dominios de su Corona, y que los doscientos indios que por su muerte habian vacado, se diesen á la Vireina Doña María de Toledo, que habia quedado en Santo Domingo. Manifestó el Rey mucho sentimiento por la muerte de Don Bartolomé Colon, á quien verdaderamente estimaba mucho por ser hombre de no ménos valor y capacidad que su hermano el Almirante. No le quiso emplear en los descubrimientos, aunque ninguno habia más á propósito para las más altas empresas, porque juzgaba que siendo la casa de su hermano demasiado pujante, era de temer que si el Adelantado hubiese descubierto la Nueva-España ó otras tierras de semejante extension y consideracion, no pretendiese los mismos privilegios y quizás mayores preeminencias que su hermano, el Almirante: de mejor gana le hubiera ocupado en sus reales ejércitos en la Europa, donde sin duda se hubiera distinguido; pero siendo el Rey Don Fernando de carácter propenso á la irresolucion y desconfianza, no hubiera hecho más que entretenerle, sin atender á los importantes servicios que le hubiera hecho un hombre de tanto mérito.

Año de 1515.—Entretanto, no pudo sostenerse largo tiempo Rodrigo de Alburquerque, con

todo el crédito de su pariente el Dr. Zapata; hubo de ceder á la envidia de sus émulos, y no pudiendo mantenerse contra los hombres de bien, que estaban muy escandalizados de su mucha codicia, ni contra los que solicitaban ocasiones para perderle, fué depuesto de su odioso empleo de repartidor de indios al principio del año de mil quinientos quince, y se envió en su lugar, al licenciado Ibarra; pero apenas hubo llegado este nuevo repartidor, dió desde luego muestras de querer ejecutar su comision con integridad y sin atender á ningun respeto humano. Murió poco tiempo despues, sospechándose haber sido causada su muerte por algun maleficio. Pasaba por un hombre honrado y que trataba los negocios con la mayor sinceridad, por lo cual se contrapunteó desde su llegada con los oficiales reales, pues pretendió entrometerse en el gobierno y otras cosas que creía de su competencia, segun las facultades que se le habian dado. Proveyó el Rey de asesor en la persona del Lic. Lebron; y para evitar semejantes contiendas, declaró hasta qué términos se extendia su empleo, y le mandó no se proparasase un punto de sus limitadas órdenes. Poco ántes de la venida del licenciado Ibarra, Passamonte, tal vez acusado de su propia conciencia y temeroso de que la presencia del Almirante le hiciese contrapeso en la gracia del Rey, habia pe-

dido licencia para regresarse á Castilla; y el Rey, que adivinó su pensamiento, le respondió que, teniéndole por un fiel servidor suyo, no tenia para qué inquietarse de nada, y que no daría oídos á los que quisiesen hacerle perjuicio, ántes bien que volveria por él.

Este año hubo una gran mortandad entre los indios, y se pensó ver ya la Isla Española enteramente despoblada, por cuyo motivo se habia significado al Rey, que pues los indios se iban acabando y habia gran multitud de ellos en la Isla de Cuba, se sirviese mandar que pasase alguna porcion á la Española. No lo quiso permitir, y esto fué la causa por qué muchos castellanos abandonaron la isla, para establecerse en las islas comarcanas y en el continente.

Esta fué la razon desde luego para llenar el hueco, que se prohibió de nuevo el que dejasen vivir á los indios en sus estancias, sin comunicacion con los cristianos, y se encargó bajo so graves penas, que no se impidiese en manera alguna los matrimonios de los castellanos con las indias. El intento del Consejo fué siempre de unir en tal modo las dos naciones, que no hiciesen mas que una; pero como los ánimos de unos y otros estaban encontrados, para poderse unir segun los deseos del Rey, no surtió efecto este proyecto: algunos se valieron de esta ocasion y la tomaron

por pretexto para encubrir su verdadero libertinaje, siendo el nudo que formaba estos vínculos la resulta de una pasión brutal que los cegaba. Veían con dolor los padres dominicos todos estos desórdenes sin poder ocurrir á su remedio, y no se atrevían á quejarse de la opresión que se seguía practicando contra los pobres indios; solo el licenciado Bartolomé de las Casas, que no guardaba respeto alguno en orden á estorbar por todas las vías posibles los repartimientos, los contradecía en los pulpitos y en todas las demás partes que podía. Era un hombre de buena erudición y de entendimiento sólido: de un natural fuerte y fogoso: su ánimo grande acompañado de una virtud heroica, le empeñaban á atropellar todas las dificultades y á no mudar de máximas cuando se creía convencido que era fuerza instar en lo que estaba de por medio la gloria de Dios y su mayor servicio; y como había servido tanto á la religión y al Estado el tiempo que estuvo en Cuba, su crédito era grande en todas las Indias: el único defecto que tenía, era dejarse llevar de las impresiones de una imaginación demasiado viva; por eso cuando ayudado de los padre dominicos reprehendía el repartimiento de Alburquerque, los oficiales reales le fueron á la mano, por el modo con que valenteaba la máxima que tenía de que no se debían encomendar los indios, sin

estorbarle que dijese lo que sentía. Nadie llevó tan adelante la opinión de los dominicos, que repugnaba al repartimiento de indios, como él, sin cansarse jamás hasta la muerte.

No podía el licenciado Bartolomé de las Casas persuadirse que el Rey estuviese bien informado de los inconvenientes que traían consigo los repartimientos, y así juzgó por conveniente pasar á España, á fin de instruirle bien: llegó á Sevilla á fines de este año de mil quinientos quince, y con cartas que el arzobispo Dr. Fr. Diego Desales le dió para el Rey y los de la Cámara, se fué á Plasencia adonde estaba la Corte. Entregó al Rey las cartas del arzobispo, y le dijo en breve que había venido de la isla Española con el fin único de representarle lo que pasaba en las Indias, haciéndole cargo de conciencia del menor cabo de sus rentas, y de los daños de los indios por la mala conducta de sus oficiales reales y repartidores de indios, suplicándole le diese más larga audiencia, porque convenia hablarle más de espacio, y darle cuenta de todo con individualidad. El Rey le respondió que le oiría mas de propósito en otra ocasión. Después que se hubo despedido del Rey, fué á ver al padre Fr. Tomás Matienzo, de la Orden de Santo Domingo, confesor del Rey, y le dijo que el tesorero Pasamonte había escrito contra él al Rey: que el obispo de Palen-

cia y el comendador Lope de Conchillos le serian sin duda contrarios, porque tenian indios en repartimiento, los cuales eran los que mas tenian maltratados: que en él únicamente y en la bondad de su causa tenia puestas todas sus esperanzas: hizole presente despues todas las crueldades y extorsiones que se cometian contra los pobres indios, y le rogó encarecidamente en el nombre del Señor, que tomase la defensa de la religion, de la justicia y de la inocencia.

Año de 1516.—El confesor dió cuenta al Rey de todo lo que habia dicho el padre Casas, y el Príncipe D. Fernando mandó que le dijese que le fuese á esperar en Sevilla, y que allí le oiria de espacio, y atenderia á su representacion. Conoció el licenciado Casas grandes esperanzas con esta respuesta; y como le aconsejó de parte del Rey el padre confesor, que no dejase de informar al obispo Juan Rodriguez de Fonseca, y al comendador Lope de Conchillos, á quienes habia de ir sin duda el negocio, y con ellos se habia de comunicar todo lo que dijese el Rey, siguió el consejo: el comendador Conchillos le hizo buen acogimiento, y le aseguró que no le seria contrario; pero el obispo oyó con disgusto su informe y le respondió con sobrada aspereza, y el padre se fué á Sevilla para aguardar al Rey, y entretanto ir disponiendo el arzobispo á su favor, persuadido

que la grande opinion que se tenia de ese prelado, y á quien se le habia de comunicar el negocio, no dejaria de contrapesar el valimiento del obispo de Palencia. Apenas llegó el padre Casas á Sevilla, que luego tuvo noticia de la muerte del Rey: ántes que lograra este príncipe el fruto de tantas diligencias, como eran las que habia puesto para remediar los abusos de los repartimientos, y cuando estaba en visperas de hallarse mejor informado de las cosas de Indias, para consultar su remedio, enfermó gravemente este gran Rey, oprimido de tantos cuidados, inquietudes y disgustos; y cuando debiera en este extremo conflicto poner orden á las cosas de su conciencia, envió á consultar á la beata de Avila sobre la duracion de su vida. Esta niña tenia embobadas á varias personas, y aun á las bien capaces; y como la consulta del Rey la honraba tanto, aseguró, como de parte de Dios, que el Rey tenia aún muchos años que vivir, y que haria muchas conquistas; pero Dios confundió las pretendidas revelaciones de la beata: (*) Aumentóse la enfermedad del Rey en Madrigalejo, y viéndose cerca de su fin, anuló el testamento que ántes habia hecho, disponiendo de las monarquías de Cas-

(*) Petr. de Angleria, lib. 15, Ep. 485, citat. por Fleury, hist. Eccl. an. 1516.

tilla á la que habian unido la Navarra y Aragon, á favor de D. Fernando su nieto como si le cupieran de derecho, en perjuicio de su hermano mayor el Príncipe D. Carlos que, como decia, bastante poderoso quedaba con los Países-Bajos y la sucesion de su abuela materna. Casó este testamento, por consejo que le dieron el Dr. Lorenzo Galindez de Carabajal, el Lic. Zapata y Francisco de Vargas, intendente de sus reales rentas, que eran tres personajes de los más principales de su Consejo. Controvirtieron entre sí la materia, alegando tan fuertes razones contra el valor del primer testamento, que se rindió el Rey, y mandó que en su presencia se quemase el original. No obstante la tierna inclinacion que profesaba para con su nieto D. Fernando, como era autor de la monarquía universal que queria zanjar, y este primer testamento era un obstáculo invencible en contra de este proyecto, se vió en la precision de mostrarse favorable al archiduque D. Carlos: lo declaró heredero de las monarquias de Castilla y de Aragon, como tambien de las que le eran anexas y unidas, y nombró por regente de Castilla despues de su muerte, durante la vida de su hija Doña Juana la Loca, al cardenal Jimenez, aunque no le queria bien.

Esta fué la última disposicion del Rey Católico, que murió un miércoles veinte y nueve de

Enero (*), otros dicen (**) á veinte y dos de este mismo mes del año de mil quinientos diez y seis, á la una del dia, revestido del hábito de nuestro padre Santo Domingo, de edad de sesenta y tres años. Fué este Soberano dotado de una gran política y sagacidad en las cosas de su gobierno: Príncipe ciertamente digno de las mayores alabanzas, por haber sido su principal atencion la conversion de los indios, y la conservacion y buen tratamiento de estos nuevos vasallos que Dios le habia dado, mediante el descubrimiento del Nuevo Mundo que se ejecutó en su feliz reinado.

(*) Anton de Vera en la vida de Carlos V, pág. 14.—Mariana, lib. 30, núm. 134. Este autor acaba su historia con la muerte de este Príncipe. Fleury, histor. Ecles., an. 1516, pág. 419.

(**) Haroldo, Epit., annal. min. an. 1516, núm. 1, pág. 814 cit. á Marineo sículo.

CAPITULO XXV.

EL CARDENAL JIMENEZ OYE LAS QUEJAS DEL PADRE
CASAS A FAVOR DE LOS INDIOS: ENVIA PADRES
GERONIMOS A GOBERNAR LAS INDIAS: VUELVE EL PA-
DRE CASAS A LA CORTE: AÑO DE 1516.

Mientras que en virtud del testamento último del Rey D. Fernando se disponia el principe D. Carlos, Rey de España, á venir á Castilla, quiso el cardenal Jimenez, Regente de las monarquias de España, en virtud de los informes del licenciado Casas que lo fué á ver á Madrid, dar satisfaccion á las quejas repetidas de los indios que trataban mas bien como brutos animales que como esclavos, de donde provenia que morian infinitos de ellos, más por la dureza y malos tratamientos de sus amos, que por otras causas naturales. Apoyaban estas quejas el Almirante D. Diego Colon, hijo

del famoso D. Cristóbal su padre, que habia vuelto de su gobierno, y en compania del padre Casas: en especial se quejaba el Almirante D. Diego Colon de muchas injusticias que le habian hecho, y del poco reconocimiento que se tenia á los servicios que su padre habia hecho á la monarquía. El cardenal Jimenez que con grandes veras habia entrado en la sucesion de este importante negocio, esto es, de la defensa de los indios, atendió á las proposiciones tan justas y razonables para el buen trato y conversion de los indios, y á las quejas particulares que hacian el Almirante y el licenciado Casas: queria este padre pasar á Flandes para informar al nuevo Rey, y pedirle el remedio que tanto pretendia; pero el cardenal, oyéndole con benignidad, le dijo que no tenia necesidad de ir á Flandes, que se le haria justicia. Quiso que en su presencia se ventilasen sus informes con asistencia del Dean de Lovayna, quien despues fué el Papa Adriano VI, del licenciado Zapata, el obispo de Avila, fraile franciscano y compañero del Cardenal y de los doctores Carbajal y Palacios Rubios.

Juntáronse estos sugetos para deliberar sobre las representaciones del licenciado Casas, y el Cardenal mandó que se leyesen las leyes que el año de mil quinientos doce se habian hecho sobre este negocio, cuando á él vino el padre. Fr. Antonio

Montesino, y mandó al padre que se juntase con el doctor Palacios Rubios para convenirse y tratar de la forma cómo los indios habian de ser gobernados, manejando de tal suerte la cosa, que fuesen atendidos los verdaderos intereses de los indios, sin perjuicio de los de los castellanos. No era fácil concordar intereses tan opuestos; pero al fin Rubios y el padre Casas vencieron esta dificultad, y no faltaba sino quiénes habian de ejecutar con rectitud lo acordado entre ellos. Parecióle al cardenal, y lo puso por principio, que para esto solo en el estado regular habia de hallar quienes por su integridad, desinterés y prudencia podrían convenir para una comision de esta naturaleza; pero conociendo que los padres dominicos y franciscanos no concordaban en el modo de entablar la disciplina y conversion de los indios, y por la diversidad de opiniones que habia habido en esta materia, excluyó á estas dos religiones como partes interesadas, y se determinó para poner el más acertado remedio á tantos desórdenes, que lo mejor era valerse de sugetos de aprobada vida, escogidos en la Orden de San Gerónimo. Escribió al general de aquella religion, que le escogiese un cierto número de sus religiosos, á quienes se pudiese cometer un negocio de la mayor importancia, en que servian mucho á Dios y al Rey, y en estado de poder pasar á las Indias.

El general, en virtud de esta carta, convocó á Capitulo, que llamaban Capitulo privado, á todos los priores de la Provincia de Castilla, y habiéndoseles hecho saber las intenciones del cardenal, señalaron doce religiosos de los más capaces y virtuosos para que escogiese los que quisiese. El cardenal Jimenez, que conocia al general de San Gerónimo por un hombre de mucho discernimiento, le despachó al padre Casas con carta de creencia, y con orden que le informase del estado de las cosas, para que con este conocimiento pudiese hacer una acertada eleccion que dejaba á su arbitrio, de tres personas que queria enviar á las Indias con instrucciones reales y una autoridad casi absoluta. Oyó el general al padre Casas con mucha complacencia, y aprovechándose de las instrucciones que de él tomó, nombró para el viaje de Indias al padre Luis de Figueroa, prior de la Mejorada de Olmedo, declarándole cabeza de esta comision, al padre Fr. Bernardino Manzanedo, y al prior del convento de Sevilla, cuyo nombre y apellido se ignora: y porque este se imposibilitó para hacer este viaje, se proveyó en su lugar el padre Alonso de Santo Domingo, prior de San Juan de Ortega de Burgos. (*)

(*) Haroldo, Epitom., annal., min. an. 1516, núm. 9, pág. 819. Solís, Conquist. de México al principio, lib. 1, cap. 4, pág. 10. Herrera, Decad. 11, lib. 2.—Charlevoix.

Luego que se hizo pública esta novedad y el reglamento dispuesto por el licenciado Casas y el doctor Rubios, muchas personas murmuraron de la conducta del cardenal. A tres cosas miraba la formación de este reglamento: el instruir los indios en la fe, ocuparlos y ponerlos en estado de pagar el tributo que se les había impuesto. Para lograr estos intentos, se prevenía que se habían de separar los indios de los españoles haciéndoles vivir aparte los unos de los otros: que se establecerían muchos pueblos, y en cada uno de ellos se pondría un misionero á quien se daría toda la autoridad necesaria sobre los indios, para que estos le tuviesen mayor veneración y fuese más eficaz su ministerio: que á cada familia se le había de asignar un solar y terreno proporcionado, que cultivaría para sí, y que en orden al tributo se tasaría según la calidad del terreno, donde se establecería el pueblo. Los que contradecían á estos loables intentos decían, que no correspondía arreglar un negocio tan importante sobre el dicho de un hombre solo, que aunque muy celoso y de buenas intenciones, manifestaba mucha imprudencia y en este asunto gastaba demasiada vehemencia; y en fin, que abultaba las cosas, siendo muchas de ellas invenciones suyas. Referían la experiencia que se tenía de la incapacidad de los indios tocante á la doctrina cristiana,

y á esta especie de policía que se intentaba introducir entre ellos, á que se agregaba su pereza natural, su inconstancia y veleidad que por ningún medio se podía fijar; que dado el caso que admitiesen la doctrina, el verdadero medio para que no aprendiesen nuestros santos misterios y en sustancia no fuesen cristianos, era el juntarlos en pueblos, como se pretendía, donde dueños de sí mismos jamás se tomarían el trabajo de escuchar lo que el ministro misionero, clérigo ó fraile, les dijese, por su natural propensión que los arrastraba á todo género de vicios.

Hizo muy poco caso el Cardenal de lo que decían en contra de sus providencias ciertas personas que sabía estar interesadas para hablar de esta manera, y sin perder tiempo hizo formar los despachos de los comisarios. La primera instrucción decía que, en llegando los padres, comenzasen á usar de su autoridad con quitar los indios que se habían concedido al obispo de Búrgos (era Fonseca, el mismo que acababa de dejar su iglesia de Palencia por la de Búrgos), al Comendador Conchillos, y generalmente á todos los señores de la Corte que habían obtenido repartimientos de la liberalidad del difunto Rey Católico. La segunda, que dijese á los castellanos, que debían juntar, que el motivo de su venida á la isla era para examinar su conducta á causa de los grandes clamores

res que se habian levantado contra ellos, y para remediar los abusos que se habian introducido. La tercera, que se informasen de la verdad de lo que habia pasado, dándoles á entender que con esto solicitaban únicamente el bien público; que declarasen sin rebozo los españoles lo que habia pasado y pasaba, para tomar en ello las mejores medidas, á fin de concertar con ellos el sistema más ventajoso que uniese los intereses de Dios, de sus Altezas y la conservacion de un pueblo de que dependia toda su riqueza. El tenor de la cuarta era, que asentados los medios para que los pobladores quedasen aprovechados y los indios remediados, que aquellos se juntasen, y llamados los principales Caciques de los indios se les dijese: « El Consejo de los Reyes Católicos, que os
 « tienen por un pueblo libre, vasallo de su Co-
 « rona y cristiano, nos ha enviado para oír vues-
 « tros clamores. No temais, y decid con pureza
 « los daños que os han hecho, para que se re-
 « medien y se castigue á los que os han tratado
 « tan mal: nos alegraremos de saber de vosotros
 « mismos lo que se pueda arbitrar para vuestro
 « alivio, porque habeis de estar cerciorados de
 « que sus Altezas miran vuestros intereses como
 « propios, y no aborranán nada para daros prue-
 « bas sensibles y claras de su buena voluntad. »
 Contenia la cuarta, que los comisarios enviasen

religiosos, de los que llevaban, á visitar todo lo que pudiesen de las islas para examinar por sí todo lo que pasaba, informándose bien del* tratamiento que hasta entónces se habia hecho á los indios de parte de sus encomenderos, y despues les diesen una relacion circunstanciada de lo que hubiesen sabido de ratz.

Estaban tambien encargados los padres comisarios de hacer visitar las minas, para ver si se podian congregar los indios, y formar pueblos segun el plan del licenciado Casas; y en caso de parecer bien el proyecto, se pusiese en ejecucion: de disponer los pueblos de modo que fuesen de trescientos vecinos, con su iglesia, hospital y una casa para el Cacique: de procurar que los indios que vivian en pueblos apartados de las minas se aplicasen á la cria de ganados y labranza de sus tierras, dedicándose al cultivo del algodón, jengibre, cañafistula, añil, cañas de azúcar y de otras plantas que, aun desde aquellos tiempos, enriquecian el comercio; y trabajasen en coger trigo, maíz y otros viveres, para que pudiesen pagar al Rey el tributo conveniente. Se les mandaba que arreglasen las cosas de modo que los Caciques superiores de los pueblos tuviesen un terreno cuatro veces mayor que los demás indios sus súbditos, y éstos obligados á dar á sus Caciques, todos los años, quince dias de trabajo. Tenian

orden, asimismo, de nombrar visitadores reales, con la inspeccion de cierto número de pueblos: de establecer que nada se emprendiese de grave entidad en los pueblos sin consentimiento del ministro, del Cacique y del visitador: de declarar que este visitador seria siempre algun castellano puesto por el Rey, cuyo principal cuidado seria impedir cualquier daño ó extorsion que se intentase contra los indios de su distrito: de avisar á los Caciques que para condenar á alguno de sus súbditos á azotes, habia de ser con permiso del religioso ó clérigo que allí estuviese y del visitador; pero que en los demás casos, y en los delitos que merecian mayores castigos, quedaba reservado el conocer de ellos á los justicias establecidos por el Rey. Se les encargaba el que velasen por la policía de los indios, haciendo que el ministro y el administrador no les permitiesen llevar armas, ni andar desnudos, ni tener más que una sola mujer, ni les consintiesen el que dejasen á ésta por otra, imponiendo pena de azotes á los adúlteros: de asignar á los visitadores el salario conveniente que se les habia de pagar, la mitad del haber real y la otra mitad la habian de recibir de los pueblos de su jurisdiccion; y en cuanto al situado del ministro misionero, habia de percibir la parte que le cupiese de los diezmos del pueblo, del pié de altar y de las ofrendas; pero

con prohibicion de llevar alguna cosa por los bautismos, entierros, confesiones y casamientos, y de procurar que hubiese un sacristan capaz para el servicio de la iglesia; que enseñase á leer á los indios y los aficionase á aprender la lengua castellana.

Los últimos artículos de estas instrucciones tocaban al arreglo de las minas, en la inteligencia que no quedando los indios sujetos á los particulares, habian de trabajar de su cuenta de ellos en la forma que se prevenia á los padres comisarios. Omito el relatar muchos otros artículos de ménos consideracion, pues en su disposicion se habia atendido hasta á lo más mínimo, y se trató todo con la mayor prolijidad. Pero como podia acontecer que los comisarios, despues de un maduro exámen, no hallasen por conveniente innovar cosa alguna en orden á los repartimientos, se señalaba el modo que habian de tener y usar en este caso para aliviar á los indios, moderar la autoridad de sus amos y asegurarse de que no habia descuido, como ántes, tocante á su instruccion en las cosas de nuestra santa fe. Este era el punto en que más se esmeró proveer el Cardenal Jiménez, á imitacion de los difuntos Reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel, y el que con más particularidad encargó y recomendó á los padres comisarios.

Pero como corria gran riesgo que semejante autoridad (y tan flaca), que se acababa de dar á estos padres gerónimos, fuese poco respetada, y que el manejo de las armas, la administracion inmediata de las rentas reales y el ejercicio de la justicia, y más de la criminal, no decian bien con la profesion de los comisionados, los acompañó el Cardenal Jiménez con un ministro de su eleccion, bajo el titulo de Administrador. Fué escogido y nombrado para este grande empleo el licenciado Alonso Zuazo, gran jurisconsulto, á quien conocia el Cardenal por hombre de una vida muy santa y arreglada, para que unidas estas dos jurisdicciones lo comprendiesen todo y pusiesen freno á la tiranía con que se trataba á estos infelices. Habia parecido el licenciado Casas hombre demasiado necesario á las ideas del Cardenal, regente de España, para que no lo dejase de despachar á las Indias con el honor correspondiente: constituyóle protector universal de los indios, con cien pesos de salario al año, y le mandó que fuese con los padres gerónimos para ayudarlos con el crédito grande que tenia entre los naturales, y para instruirlos de lo más importante que debian ejecutar. Habia mandado el Cardenal que se les aparejase un buen navio y bien proveido, y que se tratase lo mejor posible al licenciado Casas; y para disipar el temor que habia de que estos pa-

dres iban á quitar los repartimientos, y por esto sobreviniese alguna alteracion en la Española, dió el Cardenal las convenientes órdenes para que no se dejase adelantar ningun navio, ni que llevasen cartas, ántes que los comisarios llegasen y con su presencia y sabias disposiciones procurasen hacer el bien de todos. En esta misma ocasion, para manifestar el Cardenal cuánto le interesaba la conversion de los indios á nuestra santa fe y su mayor bien, mandó que no se permitiese, bajo ningun pretexto, que pasasen negros esclavos á las Indias, como lo pretendian algunos encomenderos codiciosos que no cesaban de representar que un negro trabajaba más que cuatro indios; que eran absolutamente necesarios, principalmente en las islas de la Española y Cuba, porque iban faltando los indios, y que aun se podia poner algun tributo en la saca de ellos, de que resultaria gran provecho á la Real Hacienda. Valieron mucho el año siguiente estas razones aparentes, y entretanto, para precaver este fatal golpe, que ha echado á perder la poblacion de las Indias, no consintió la introduccion de esta mala casta, sino que para compensar esta desgracia que amenazaba, dió expresas órdenes para que ningun navio que saliese de España ó de las islas para el continente dejase de llevar religiosos para instruir á aquellos infie-

les y preservarlos del contagio del mal ejemplo que pudiesen tener de los negros advenedizos, pues no obstante las prohibiciones que habia para su introduccion, no dejaban de verse porcion de ellos en las Indias que se habian metido furtivamente. Envió, en consecuencia de esta determinacion, catorce religiosos franciscanos (*), y entre ellos un hermano del Rey de Escocia, ya muy viejo, cuya vida santa le daba más mérito que el lustre de su gran nacimiento; personas todas de gran virtud y de muchas letras que habia hecho venir de la provincia de Picardía, á fin que trabajasen en la copiosa mies de las Indias como operarios auxiliares, y constituyó por superior de esta mision á Fr. Remigio, quien ya habia estado en las Indias, pero que despues de haber trabajado con gran celo en ellas en su sagrado ministerio apostólico y hecho mucho fruto, algunos años despues volvió á su tierra. Pasaron tambien para diversas partes del Nuevo-Mundo algunos padres dominicos, y fué casi en este tiempo electo por primer obispo de Cuba y otras islas, comprendiendo la Florida, un sugeto de la sagrada religion dominica, llamado fray Bernardino de Mesa, natural de Toledo, predicador del Rey, pero nunca pasó á aquella isla.

(*) Haroldo, Epitome annal. min. an. 1516, núm. 10, pág. 820.

Salieron los padres gerónimos de los puertos de España el dia de San Martin, á once de Noviembre, y no pudo ir con ellos el licenciado Zuazo ni tampoco el padre Casas, quien queria hacer el viaje en su compañía, mas no lo recibieron los padres comisarios, pretextando que por ir mucha gente embarcada no le podian obsequiar conforme merecia; pero el verdadero motivo fué porque no ignoraban que lo odioso de su comision habia de recaer sobre este licenciado protector de los indios, y no querian tener parte en el odio público. Se embarcó el padre Casas en otro navio, y juntos llegaron, á veinte de Diciembre de este año, á Santo Domingo. Apenas llegaron á las islas cuando vieron desarmada toda la severidad de instrucciones con la diferencia que hay entre la práctica y la teoría, y obraron tan poco, que se pusieron las cosas de peor condicion con la poca eficacia del remedio. Fueron á posar en el convento de San Francisco, donde estuvieron tres dias hospedados: pasáronse despues á las casas reales; pidiéronles sus poderes, los mostraron y luego fueron obedecidos. No dejó de haber su alteracion de parte de algunos vecinos que, avisados por cartas que habian recibido de la venida de los padres gerónimos y que habian de quitar los repartimientos, se alborotaron; pero los padres los sosegaron con un

golpe de autoridad á tiempo que les hizo concebir algunas esperanzas de no perder los indios que tenian en encomienda. Supieron los comisarios que el rumor habia nacido del alcaide Tapia, y le mandaron llamar y le hicieron una fuerte reprension. Poco tiempo despues, informados de que Tapia habia maltratado á una persona de quien tenia sospecha que lo habia acusado á los padres, éstos le impusieron la pena de pagar diez pesos de oro de multa con suspension de su oficio de regidor.

Año de 1517. — Despues dieron á entender los comisarios que no traian providencia decisiva sobre el negocio de los indios; que iban á instruirse bien de todo, y que solo despues de una seria reflexion deliberarian sobre el arreglo de lo que convenia remediar. Declararon luego por libres los indios que cabian de repartimiento á los ausentes, en virtud de las órdenes precisas que tenian del Cardenal, las cuales no admitian interpretacion sobre este punto. En esto y en quitar abusos, introduciendo buenas costumbres en su lugar, se ocupaban los padres gerónimos cuando llegó á Santo Domingo (el dia tres de Abril de mil quinientos diez y siete) el licenciado Alonso Zuazo. Comenzó la residencia de los jueces de apelacion y de todos los demás ministros del Rey, oficiales reales, gobernadores y de cuantos se ha-

llaban empleados por la Corte: mandó examinar las cuentas de la Hacienda Real: conoció de varias causas civiles y criminales que estaban pendientes, las cuales despachó con brevedad, y dió sentencias por las que todos hubieron de pasar, puesto que no admitian apelacion: se dedicó al arreglo de la policia: hizo construir edificios, y parece que gobernó con bastante paz todo el tiempo que duró su administracion: ni tardó aun en restablecer la Real Audiencia, que los padres gerónimos habian suspendido á su llegada como se ha mencionado. Con la misma suavidad procedian los padres gerónimos, y ya todo el mundo habia vuelto del susto que le habia causado la novedad de su comision. Habian distribuido los padres en la ciudad, y á algunos castellanos que vivian fuera, los indios que habian quitado á los ausentes, y no quedó motivo para dudar de que no tenian gana de tocar el punto de repartimientos cuando se vió su mucha aplicacion en reformar los abusos que traian consigo, sin quitarlos.

El padre Casas, que veia la conducta de los padres gerónimos tan opuesta á lo que tenia representado al Cardenal, andaba muy descontento, y al principio reclamó con bastante moderacion; pero despues, picado de que no le daban satisfaccion, hablaba con libertad, y se desmandó

en invectivas y amenazas, haciendo valer su título de protector de indios, tanto, que decia le causaba mucho dolor ver á los indios tan oprimidos sin embargo de las órdenes tan fuertes que se habian dado para sacarlos de la tiranía.

Todo lo que ganó el licenciado Casas con este proceder tan violento y tan contrario al de los comisarios, que era muy pacífico, fué el poner á todos en contra suya, y creció tanto el odio, que considerando en peligro su vida, se fué á refugiar al convento de Santo Domingo. Escribió á la Corte contra los padres gerónimos, y éstos en contra del padre Casas; y á los padres gerónimos les dieron más bien oídos, de modo que se dieron órdenes para que le echasen de la isla y lo remitiesen á España. Las previno el licenciado Casas, habiendo partido de Santo Domingo para España el mes de Mayo de este año, sumamente enojado de que aquellos padres gerónimos no querian quitar los repartimientos.

La razon que tuvieron para ello, fué el peligro verdadero ó pretendido que se temian de que los indios no quisiesen abrazar el cristianismo si los dejaban demasiado sobre sí y aliviados de la sujecion de sus encomenderos. Por otro lado, aseguraban muchos, y aun personas religiosas, que no eran capaces los indios de comprender las

máximas de nuestra santa fe, y sostenian que por su natural rudeza y por la pesadumbre que recibian en aprender la doctrina y buenas costumbres, no se distinguian de los brutos, y concluian de estas razones, que el único medio era el de la sujecion, para civilizarlos y hacerlos cristianos. Este partido prevaleció; y aunque los padres gerónimos dejaron á los indios en sujecion fué con tanta moderacion, que conocieron ellos mismos cuánto cuidaban los padres de excusarles opresiones: para hacerles suave la esclavitud, mandaron publicar las ordenanzas viejas del año de mil quinientos doce, y formaron otras nuevas que hicieron observar con el mayor rigor, para que los encomenderos los tratasen bien: pero no valen órdenes ni providencias las mejores contra la codicia, y sobre todo contra esta pasion ciega, cuando piensa únicamente en un provecho presente. Podian los repartimientos ser buenos y aun haberse considerado como indispensables á los principios, cuando los indios más parecian ser brutos que hombres; si como se debia, se hubieran guardado las ordenanzas de la Corte, pero á milagro se podia haber tenido, si las hubieran puesto en puntual ejecucion. Los padres dominicos y el licenciado Casas tenian razon en la sustancia de oponerse á los daños y abusos que causaban: mucho más ponderaban otros la incapacidad, y falta

de entendimiento de los naturales de las Indias.

No se limitaba el cuidado de los padres gerónimos á las cosas de la Isla Española, sino que se extendia á todas partes del Nuevo Mundo, donde había castellanos establecidos. Dieron orden para que pasasen misioneros dominicanos y franciscanos á varios parajes, y en especial á la costa de las Perlas, para que se adelantase la conversion, y proveyeron en personas de confianza el cuidado de que los indios no fuesen maltratados, ni los rescatadores escandalizasen á los indios. Con este prudente parecer ganaron los corazones de todos; pero el padre Casas no se descuidaba de ponerlos en mal y de acusarlos en la Corte de haber conservado y apoyado los repartimientos, para dárselos á muchos de sus deudos, que los habian acompañado en su viaje de Indias, á fin que en breve tuviesen modo de enriquecerse. No era sin fundamento esta acusacion, porque aquellos padres habian enviado á la Isla de Cuba algunos que se decian sus parientes, y los habia proveído de los mejores repartimientos, de que abusaban, no tratando mejor á sus indios que los demas, que en todos tiempos los habian tenido en encomienda. A más de esto, así por las nuevas providencias de los padres, como por la mudanza forzosa de los repartimien-

tos en otras manos que habian hecho y les habia salido funestísima á los indios, agregándose las enfermedades de que adolecian los indios, y finalmente con el azote de las viruelas, que de allí á poco sobrevino, ya se acababan los indios de las grandes Antillas. Tuvo bastante campo el licenciado Casas, que no supo estas últimas desgracias sino mucho tiempo despues, para acalorar sus quejas contra los padres gerónimos. Luego que el padre hubo llegado á Castilla, fué á Aranda adonde se hallaba la Corte, y pasó á ver al cardenal Fr. Francisco Jimenez, y viendo que no podia lograr audiencia de su eminencia por estar enfermo, determinó irse á Valladolid, porque corria la voz que en esta ciudad se esperaba por instantes al Principe D. Carlos, que venia á tomar posesion de la monarquia de España. Le siguió con poca diferencia de tiempo el padre Fr. Gerónimo Manzanedo, que era uno de los tres comisionados, que los dos compañeros habian enviado á Castilla para responder á las acusaciones intentadas de parte del protector de indios. Tuvo mejor recepcion de los señores que componian el Consejo aquel religioso que no su contrario; pero tenia que hacer con un hombre en quien el ánimo suplía á la flema y espera que le faltaba, cuya elocuencia y constancia le hacian vencer los mayores obstáculos.

los. Como tambien se supo en la Corte que el licenciado Casas habia puesto acusacion criminal contra los jueces de apelacion, por haber sido causa de las muertes de los dos padres dominicos en la costa de Cumaná como se ha referido, no habiendo querido devolver los indios que se habian robado, y como el licenciado Zuazo que pasaba por adieto á la opinion del protector de indios, entendia de este negocio, por via de apelacion se le mandó que no lo determinase sin la participacion de los padres jueces comisarios, y despues se quedó esto asi. Igualmente se habia proveido por obispo de Santo Domingo, al Dr. Alejandro Geraldino, natural de Roma; se le ordenó y juntamente al obispo de la Concepcion, que fuesen sin ninguna dilacion á residir en sus obispados, porque informaban con instancia los padres gerónimos de cuán necesaria era su presencia para el mejor gobierno de la isla, y el cardenal Cisneros, que era inquisidor general, les dió comision para que como inquisidores procediesen contra los herejes que hubiese.

CAPITULO XXVI.

LLEGADA DEL REY DON CARLOS QUINTO A CASTILLA:
 MUERTE DEL CARDENAL JIMENEZ: SE DETERMINA
 ENVIAR NEGROS A LAS INDIAS: DESCUBRIMIENTO DE
 YUCATAN: AÑO DE 1517.

Este estado tenian las cosas de las Indias Occidentales descubiertas, cuando entró en la posesion de ellas y de la monarquía española el Rey D. Carlos, que partió de Flandes por el mes de Setiembre de este año de mil quinientos diez y siete, con una comitiva numerosa, acompañado de veinte condes, marqueses y otros señores de la primera distincion: de sesenta nobles, cien hidalgos de guardia de á caballo, y trescientos oficiales de su real casa. Se habia embarcado en Ostende con las flotas de Holanda y Zelanda, y juntamente la de España, que le habia enviado

los. Como tambien se supo en la Corte que el licenciado Casas habia puesto acusacion criminal contra los jueces de apelacion, por haber sido causa de las muertes de los dos padres dominicos en la costa de Cumaná como se ha referido, no habiendo querido devolver los indios que se habian robado, y como el licenciado Zuazo que pasaba por adieto á la opinion del protector de indios, entendia de este negocio, por via de apelacion se le mandó que no lo determinase sin la participacion de los padres jueces comisarios, y despues se quedó esto asi. Igualmente se habia proveido por obispo de Santo Domingo, al Dr. Alejandro Geraldino, natural de Roma; se le ordenó y juntamente al obispo de la Concepcion, que fuesen sin ninguna dilacion á residir en sus obispados, porque informaban con instancia los padres gerónimos de cuán necesaria era su presencia para el mejor gobierno de la isla, y el cardenal Cisneros, que era inquisidor general, les dió comision para que como inquisidores procediesen contra los herejes que hubiese.

CAPITULO XXVI.

LLEGADA DEL REY DON CARLOS QUINTO A CASTILLA:
 MUERTE DEL CARDENAL JIMENEZ: SE DETERMINA
 ENVIAR NEGROS A LAS INDIAS: DESCUBRIMIENTO DE
 YUCATAN: AÑO DE 1517.

Este estado tenian las cosas de las Indias Occidentales descubiertas, cuando entró en la posesion de ellas y de la monarquía española el Rey D. Carlos, que partió de Flandes por el mes de Setiembre de este año de mil quinientos diez y siete, con una comitiva numerosa, acompañado de veinte condes, marqueses y otros señores de la primera distincion: de sesenta nobles, cien hidalgos de guardia de á caballo, y trescientos oficiales de su real casa. Se habia embarcado en Ostende con las flotas de Holanda y Zelanda, y juntamente la de España, que le habia enviado

el cardenal Jimenez. Dejó por gobernadora en su lugar de los Países-Bajos, á su tia la Princesa Margarita. Llegó despues de una feliz navegacion al puerto de Villaviciosa en la Provincia de Asturias, (*) con cuya venida á España se sosegaron las alteraciones que la afligian, y con el influjo de la presencia del Rey, no solo se sintieron los primeros efectos de esta felicidad en Castilla, sino que se fué comunicando á los dominios de afuera. De Villaviciosa se encaminó á Tor-desillas á visitar á la Reina Doña Juana su madre, con el pensamiento de verse con el cardenal de Toledo en la abadía de Balbuena, pero luego se le dió parte cómo habia fallecido este gran prelado. Nadie ignora cuánto por sus relevantes prendas, acompañadas de una vida santa y irreprehensible, sirvió de lustre á toda la religion seráfica, y cuánto con sus desvelos y sanas intenciones levantó de punto la gloria de la nacion española, desempeñando con el mayor esmero la confianza del Rey Católico D. Fernando, en el gobierno de los Reyes de Castilla, y cierto es que hizo mucha falta en las circunstancias de un Rey jóven, que podia fácilmente dejarse seducir de las lisonjas de sus privados, porque en gran parte hubiera

(*) Antonio de Vera, hist. de Carlos V, pág. 17. Sandoval, vida de Carlos V. Dr. Thon, hist. lib. 1, citat. á Fleury, histor. Ecles., lib. 125, an. 1517, núm. XXIII, pág. 493.

corregido las malas impresiones de que estos se valieron á los principios para conseguir sus deseos. Con la muerte del cardenal se frustraron todas sus buenas intenciones con un proyecto funestísimo para todas las Indias que, segun algunos autores, inventó y puso en ejecucion Monsieur de Gébres, camarero mayor y ayo del Rey Carlos V, y gran valido suyo; otros, como el historiador Herrera, que sigue el padre Charlevoix, y es lo más cierto, hacen autor de ello al Lic. D. Bartolomé de las Casas. Súpose que algunos grandes de la Corte habian representado al Rey los perjuicios que se les habia seguido con la quitada de los repartimientos que tenian, por las órdenes que habia expedido el difunto cardenal Jimenez: que los señores flamencos habian conseguido muchas cédulas de repartimientos, que el jóven rey no reparaba en conceder, sin prever las consecuencias de sus instancias y súplicas, y tambien habia dado diversas licencias para llevar esclavos á las Indias, sin embargo de la prohibicion que sobre ello estaba hecha. Contristaron fuertemente estas cosas al padre Casas, quien, aunque favorecido de Mr. de Gébres, habia tentado inútilmente hacer las más vivas representaciones sobre esta liberalidad del Rey. Imaginó otro expediente, á su parecer infalible, para procurar el alivio de sus queridos indios. Propusó á Mr. Gébres que seria

CRÓNICA DE MICHOACAN.—TOMO II.—5

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

2906

muy conveniente enviar negros y un buen número de labradores en todas las posesiones que los españoles tenían en las Indias descubiertas. Entró fácilmente en este proyecto este caballero flamenco, informado ya que no estaban los indios acostumbrados á un trabajo fuerte y penoso, por lo que morían casi todos en poco tiempo. Dicen los historiadores (*) que llevan la opinion de que Mr. Gébres fué el autor de la introduccion de los negros en las Indias, que mandó comprar quinientos negros en la Guínea y llevarlos á la isla de Santo Domingo, y que siendo escogidos entre los más robustos, resistían fácilmente á la mayor fatiga: que el cardenal Jimenez hizo cuanto pudo para atajar las consecuencias peligrosas de semejante proyecto: se opuso á él con el esfuerzo posible, y escribió á Mr. Gébres, representándole que era cosa peligrosísima introducir los negros en la América: que verdaderamente eran de mucho aguante para el trabajo, pero eran cavilosos, y que viniéndose á multiplicar, se rebelarian infaliblemente, lo que se ha visto verificado muchas veces. Sea que fuese invencion de Mr. Gébres ó expediente del licenciado Casas para solicitar el descanso de los indios, ello es que mejor hubiera sido que ni uno ni otro hubieran pensado en ar-

(*) Solís, Conquist. de México al principio, lib. 1, cap. 4, pág. 10, y Fleury, año 1517, etc.

bitrio tan perjudicial: la lástima es que gustó mucho al cardenal Adriano y á otros señores flamencos. Pasó despues al Consejo de Indias, que se componia entónces del obispo de Burgos, de Hernando de Vega, comendador mayor de Castilla, del Lic. Zapata, de D. García de Padilla, de Pedro Mártir de Angleria, milanés, de D. Francisco de Cobos, de Mr. de Gébres, que entraba en todos los negocios, y del Dean de Besanzon, quien despues de la muerte del canciller Selvagio (Sauvage) fungia en su lugar, y era de todos los Consejos. El Rey firmó una orden para la remision de cuatro mil negros á las cuatro Antillas grandes, y le concedió este privilegio á su mayordomo mayor el gobernador de la Bresa, caballero flamenco, quien le vendió á los ginoveses en veinte y cinco mil ducados; merced que fué muy dañosa para la poblacion de aquellas islas, y para los indios, para cuyo alivio se habia ordenado. Los ginoveses pusieron la venta de los negros en un precio muy subido, y vendieron muy pocos, con lo que cesó el bien que se habia premeditado. Ojalá nunca se hubiera puesto en práctica semejante proyecto, pues con esta introduccion de negros, aunque pocos al principio, han salido castas malditas, como de castizos, mestizos, lobos, coyotes, saltatras, tente en el aire, loberos, mulatos, que en un proceder infinito resultan de la mezcla de blan-

cos, indios, chinos, y entre unos y otros forman con tanta variedad de fisonomías y colores un pueblo tan extravagante y mucho más en costumbres, que han venido á ser perjudiciales á todos estos reinos de las Indias, como lo demuestra euotidianamente la experiencia. (*) La época de la bilocacion formal de estos africanos á la América septentrional fué este año de mil quinientos diez y siete, y han cundido despues acá tanto en ambas Américas, que los de su especie (comprendiendo las mezclas de que han resultado varias castas de distintos colores) abundan, y exceden con mucho á la de los blancos y de los indios; motivo que causa recelo no solo á que venga á menos el beneficio de la conversion, como desde su introduccion se ha experimentado, sino el que se pierda la quietud apetecida en los dominios que los Reyes de España tienen en las Indias Occidentales. En efecto, los mulatos y los que provienen de tantas diferencias de estas castas, son por lo comun viciosísimos, lujuriosos, embusteros, dados á la borrachera, audaces, intrépidos, y como se ha dicho, cavilosos; tan prontos para la maldad, que se salen con la empresa más dificultosa para ponerla por obra: y quién no ve

(*) Fleury, hist. Ecles., an. 1517, pág. 485, lib. 125, cit. á Gomara, in ivt, Jimen. 2, lib. 6.

que siendo los que más se emplean en los obrajes, trapiches, ingenios y otras obras mecánicas, cuánto con estas bellas propiedades se hacen difíciles de manejar por sus amos, que por lo regular son blancos: á que se agrega su grande ignorancia y desidia en las cosas de nuestra religion, que los hace no temer cosa alguna, y atropellar los mayores riesgos, pues tienen su vida en poco sin consideracion alguna de la eternidad, y por un dicharacho ó cosas de nada, se matan unos á otros sin temor de Dios; luego con razon se debe temer cualquiera sublevacion de parte de ellos, y se hubiera visto frecuentemente, á no estar tan sujetos, como bien lo han menester.

Prosiguió el licenciado Casas con su pretension de que se poblasen las Indias, en la que fué mejor servido que el padre Manzanedo en la suya; y aunque este religioso tuvo audiencia del Rey, comprendió que se habia acabado el mando de los padres gerónimos en las Indias por la muerte del cardenal de Toledo Fr. Francisco Jimenez, que los habia enviado con tanta autoridad para reformar abusos: y así, como la comision de estos padres comisarios se habia efectuado contra el parecer del obispo de Burgos, que habia vuelto á presidir en los negocios de Indias, viéndose el padre Manzanedo sin apoyo y no bien oido, se retiró á su convento, y poco despues hizo el

obispo que el Rey mandase á los padres gerónimos que dejasen su gobierno y se viniesen á Castilla. El padre Casas consiguió despachos favorables para que pudiese hacer leva de muchos labradores, á fin de poblar las Indias; y bien que tuviese el amparo del cardenal Adriano, que le favorecía en este asunto, no tuvo efecto entónces la poblazon que intentaba de negros y labradores, por tener en contra al obispo de Burgos, que no sentía bien de este proyecto, y le contradecía en todo, ó no le daba la asistencia que habia menester.

En el año antecedente perecieron en manos de los indios caribes tres misioneros de los que estaban ya en las Indias, el padre fray Fernando Salcedo, fray Diego Botello y otro que no se sabe cómo se llamaba. Estos indios, despues de haberles dado cruelísima muerte, los hicieron pedazos y se los comieron, llevando luego como trofeo de su ferocidad las cabezas y pobres hábitos enastados en lugar de banderas. Aunque estos tres religiosos franciscos fueron tan mal recibidos de los caribes de Cubagua, sin embargo su glorioso martirio facilitó á otros compañeros suyos (que llevaban por superior al padre fray Juan Garcés) la propagacion de la fe en Pária, que está en las orillas del continente de la América (hoy Caracas). Pasaron despues de Cubagua

á Cumaná (*), y los habitantes de aquella costa los recibieron con mucha humanidad, y movidos de su vida tan religiosa y ejemplar, abrazaron gustosos la fe de Jesucristo y su doctrina. Se bautizaron muchos, y sus hijos fueron educados por estos virtuosos padres, quienes los enseñaron con el mayor esmero á leer, escribir y la más sana moral. Fundaron un convento este año de mil quinientos diez y siete, que les ofrecieron costear los moradores de la villa principal de aquella provincia. Como estos fervorosos misioneros se contentaban con poco y llevaban una vida tan santa, no solo los gentiles de Cumaná sino tambien los indios circunvecinos vinieron, atraídos de su buen porte y cariño, y se congregaron en mision, teniendo mucha reverencia, amor y sumision á aquellos padres, tratando bien á los españoles que llegaban á sus tierras, de modo que en ellas prosperaba la deseada conversion, hasta que dentro de poco (ausentándose los padres gerónimos, á quienes llamó el Cardenal Jiménez para que dieran cuenta de su comision y de lo que pasaba en tierra firme), se insolentaron los soldados presidiales, y con su libertinaje y avaricia todo lo pusieron en la mayor confusion, no sin grande atraso del negocio de la conversion.

(*) Haroldo, Epítome annal. min. an. 1516, núm. 10, pág. 820.

Entretanto, el Illmo. D. Fr. Juan de Quevedo, Obispo del Darien, hacia lo posible para unir los ánimos de Pedrarias, Gobernador de esa provincia, y de Vasco Núñez de Balboa, su yerno, porque Pedrarias llevaba muy á mal ver á Vasco Núñez tan querido de la tropa y favorecido de los Reyes Católicos. Este Vasco Núñez de Balboa era alcalde de la Villa de Castilla del Oro, que se fundó en la provincia del Darien (*), y mediante una riña casual con un Cacique llamado Panguinaco, hijo de un comagre rico, bárbaro, halló ocasion de descubrir el mar del Sur. Viendo este indio, como refiere el reverendo Calancha, citando á la Pontifical (**), que reñía Balboa con otros españoles por partir un poco de oro que les habia dado el mismo Cacique y su padre, les abominó cosa tan fea, como eso de reñir entre amigos por cosas de intereses, añadiendo que colegia que eran más bárbaros que sus naturales, pues siendo amigos y hallándose en tierras ajenas, estimaban más el interes que la amistad; mas si eran tan codiciosos, no se matasen, que él les enseñaria tierras donde pudiesen satisfacer su codicia. Rogóle Balboa, acariciándole, y sus soldados y todos le pidieron descubriese lo que prometia y les mostrase las tierras que decia.

(*) Calancha, Crónica de San Agustín, lib. I, cap. 3, pág. 28, núm. 5.

(**) La Pontifical, lib. 6, cap. 26, §. 14, cit. por Calancha ut supra.

Bautizóse el Cacique, nombrándose D. Carlos, y con verdad y amor les dió noticia de que atravesando pocas leguas verian su promesa cumplida, porque aquel istmo ó tierra estrecha estaba entre dos mares, y que el mar que habia hácia esta parte era tan grande como el del Norte y mar Océano.

Luego trataron de asegurarse de tal noticia, para ellos tan extraña, no tanto por curiosidad cuanto por codicia. Caminaron, guiándoles Panguinaco y Don Carlos: saliéronles indios al encuentro y se les dió batalla; pero al fin vencieron nuestros fuegos á su flechas y se pusieron en huida los indios montaraces. Entró Balboa y su comitiva en un pueblo ya confederado, donde vieron hombres en traje de mujer; supo que eran sodomitas, y al reyezuelo y á otros cuarenta los hizo comer vivos á sus perros: fineza de casto y accion de español católico, como lo refleja bien Gerónimo Bezono (*). Llegó Balboa con sumo trabajo, peleando continuamente contra los indios comarcanos, á un cerro alto de Panamá, adonde vió primero que otro español alguno, y descubrió el mar ancho del Sur, como tengo dicho; y despues de cuatro dias que se detuvo en la playa, tomó posesion del dicho mar en nombre del

(*) Bezono, en su América, lib. 4, cit. á Calancha, ut supra.

Rey Católico, día de San Miguel, dentro del golfo, y por esto se llama el Golfo de San Miguel. Su gozo fué indecible, pues con acariciar á los indios y Caciques, en cuatro meses que duró el viaje, juntó más de cien mil pesos, si hemos de creer lo que refiere el padre Calancha (*), en oro y plata, y al entrar en la villa de la Antigua del Darien le salieron á recibir en procesion.

Informado despues el Rey de este feliz descubrimiento, le envió el titulo de Adelantado del mar del Sur, y á Pedrarias Dávila el de Adelantado de lo que ya se llamaba Castilla del Oro. Encontráronse ambos pleiteando jurisdicciones, y el obispo fray Juan Quevedo procuró hacer las paces, asegurándolas con casar á Balboa con una hija de Pedrarias. Sosegados de este modo los ánimos por un poco de tiempo, siguió Balboa su conquista y descubrimiento del mar del Sur. Garcilaso(**) dice que Balboa envió dos ó tres veces navios á estas costas, y que uno llegó hasta la tierra llamada Pelú, cuyo río se llamaba Velú el año de mil quinientos quince, por lo cual llamaron Perú á toda aquella tierra que conquistaron despues los españoles. El suegro, envidioso de los felices sucesos del yerno y de las honras que por ellos se granjeaba de la benignidad de los

(*) Calancha, Crónica de San Agustín, cap. 3, pág. 29.

(**) Garcilaso, tomo I, lib. I, caps. 3 y 4, cit. á Calancha, ut supra.

Reyes Católicos, le fué levantando cargos, y al fin, siu razon é injustamente, le mandó cortar la cabeza, pudiendo más en su dañado ánimo la codicia y envidia, que los ruegos y lágrimas de la hija.

Así acabó desgraciadamente el insigne Vasco Núñez de Balboa, quien conquistó la Castilla del Oro y descubrió el mar del Sur, cuya desgracia consistió desde luego en haber muerto el Rey Católico y el Cardenal Jiménez, quienes habian conocido su valor, y por sus prendas le estimaban y fomentaban mucho; pero al fin castigaron despues los Reyes y pusieron en razon al Adelantado Pedrarias, movidos de las repetidas quejas que les venian de su crueldad y altivez.

Antes que sucediera esta muerte trágica de Vasco Núñez de Balboa en el Darien, habian llegado brevemente á las islas de la América las influencias del nuevo Rey Carlos V, obrando en ellas su nombre tanto como en España su presencia. Dispusiéronse los ánimos á mayores empresas, y se puso la mano en las primeras operaciones que precedieron á la conquista de Nueva España, cuyo imperio tenia el cielo destinado para engrandecer los principios de este augusto monarca.

He insinuado, hablando del último viaje del Almirante D. Cristóbal Colon, que habia llegado

cerca de la tierra de Yucatan, y que se habia desviado de ella por seguir sus ideas que le llevaban por otros rumbos, y parte por las falsas relaciones que le dieron entónces. El descubrimiento que hizo despues de la provincia de Veragua, donde halló el oro que se buscaba, y que tambien habia hecho de la Florida Juan Ponce de Leon, fueron causa de que se dejase por algun tiempo esta navegacion. Al fin, á principios de este año de mil quinientos diez y siete, como se hallaba la Isla de Cuba en un estado muy floreciente con las acertadas providencias de su Gobernador Don Diego Velázquez, se iban á establecer en ella muchos castellanos, la mayor parte nobles, que se aprovecharon de la licencia que les habia dado Pedrarias para irse á otras partes por la escasez de bastimentos que se padecia en el Darien. No quiso el Gobernador Velázquez perder tan bella ocasion de extender su jurisdiccion; y viendo que los soldados del Darien no querian ocuparse en buscar indios de fuera para aliviar más á los de las islas, y que no convenia tenerlos ociosos, trató con ellos de la conquista de nuevas tierras que aumentasen su gobierno ó que fortaleciesen su isla, llenándola de esclavos que pusiesen á sus habitantes en estado de enriquecerse con el cultivo de sus tierras. Formó, pues, la expedicion que deseaba para algunos

parajes de tierra firme adonde ninguno hubiese ido, con el fin de que poblasen en ellos los castellanos en caso que la naturaleza de aquel pais lo permitiese, ó de sacar indios si eran canibales ó caribes, ó á lo ménos tratar con los que hubiese en el rescate del oro si se encontraba. Muchas personas acomodadas, marineros y soldados, se ofrecieron para ir á esta empresa; y uno de los más ricos habitantes de Cuba, y valeroso, llamado Francisco Hernández de Córdova, empenándose en sufragar gran parte de los gastos, fué nombrado capitan de esta expedicion. Compró dos navíos y un bergantin; los proveyó de viveres, y se embarcaron en ellos ciento y diez soldados, siendo los más de ellos los que ya habian militado en los descubrimientos de nuevas tierras, y especialmente en el del Darien, donde sufrieron grandes hambres y trabajos, entre ellos Bernal Diaz del Castillo y Alonso González, clérigo, natural de Santo Domingo, á quien rogaron fuese con ellos para llevar un sacerdote que les dijese misa y administrase los sacramentos. Salió esta armada de Santiago de Cuba, y fué á la Habana para concluir su despacho, de donde partió el dia ocho de Febrero de este año.

Luego que Hernández de Córdova hubo doblado el cabo de San Anton, que cae y termina hácia la punta occidental de la Isla de Cuba, dióle

Anton de Alaminos, su primer piloto, el consejo de tomar el rumbo del Oeste, asegurándole que navegando (siendo muchacho) con el primer Almirante, conoció que siempre se inclinaba á navegar por aquel rumbo. No fué necesario más para fijar la determinacion de Hernández de Córdova, quien no habia determinado todavia el rumbo que habia de tomar; y despues de tres semanas de una navegacion tormentosa y penosa, se vió tierra. Alegróse mucho el capitan, y acercándose á ella, se vió un pueblo grande, que parecia distante del mar cosa de dos leguas.

Como toda la costa era muy poblada, al instante aparecieron muchos indios, manifestando grande gusto de ver á los castellanos, convidándoles á que fuesen á sus casas; pero esto solo fué un ardid de que se valieron, porque bien presto acometieron á los castellanos que primero desembarcaron, pensando que podian fiarse de la amistad de aquellos bárbaros: quince castellanos fueron heridos en esta refriega.

No andaban desnudos aquellos indios, como los que hasta entónces se habian descubierto, y estaban bastante bien armados. Sus armas defensivas consistian en una rodela y una especie de coraza, forrada de algodón: las ofensivas eran el arco y la flecha, trayendo tambien espadas con navajas de pedernal, lanzas y hondas: tenian las

caras pintadas de diversos colores, y peleaban valerosamente y con bastante orden. Cerca del sitio adonde pasó esta accion habia algunas casas labradas de cal y canto, las cuales eran adoratorios, donde se hallaron muchos ídolos de barro en figura de demonios, de mujeres algunos, y todos representando cosas monstruosas: habia ciertos ídolos que descubrian en su hechura, demasiado indecente, el abominable pecado de sodomía. Se llamó este paraje la Punta de Catocha ó Catoche.

Mientras se peleaba, el capitan Alonso González entró en uno de aquellos templos y se llevó unas arquillas llenas de estos ídolos de barro y de madera, adornados con medallitas de oro bajo, cintillos, zarcillos y diademas del mismo metal. No se pudo en este encuentro, por la suma agilidad de los indios, hacer prisioneros en su retirada más que á dos mancebos, á quienes despues se les instruyó y bautizó, llamándolos Julian y Melchor, los cuales fueron de mucha utilidad en el oficio de intérpretes que se les dió.

Volvióse á embarcar con toda su gente Hernández de Córdova, muy contento de su descubrimiento, y siguió su navegacion (costeando) hasta que halló, al cabo de un par de semanas, un pueblo grande á un lado de una extensa ensenada, que los indios de aquel país llamaban

Quimpech, y los españoles la han llamado Campeche, y fundaron despues una ciudad de este nombre. Lo que más le admiró, fué el no haber visto rio alguno en esta costa de tanta extension. Algunos rios señalan nuestros mapas entre la Punta de Catoche y Campeche; pero lo cierto es que hay pocos países tan áridos y tan poco regados como éste, y sus habitantes no beben otra agua que la de algunos pozos que se dice es excelente y regalada. Bebieron de esta agua los castellanos, y al volverse á los navios, vieron venir hácia ellos cincuenta indios vestidos con camisetas y mantas de algodón ó cotones, quienes por señas les preguntaron de dónde venian, y si acaso habian salido de donde aparecia el sol, y los convidaban á que fuesen á su pueblo; pero los castellanos, con lo que les habia sucedido en Catoche, tuvieron por sospechoso este convite, y se limitaron á visitar algunos adoratorios, donde vieron los mismos idolos y las mismas joyas que en los que habian visto ántes, con la diferencia que en éstos habia señales de sangre fresca y cruces pintadas en las paredes. Luego que entraban en aquellos templos, acudia multitud de indios de uno y otro sexo y de todas edades, sumamente maravillados de verlos, y luego aparecieron dos escuadrones de gente bien ordenada, que traian las mismas armas que los indios de

Catoche: al mismo tiempo salieron de uno de los adoratorios diez de sus sacerdotes, vestidos con mantas muy blancas y largas, con los cabellos negros bien enmarañados y algo extendidos. Llevaban braseros llenos de copal, y zahumando á los castellanos, les dijeron que se retirasen á su tierra, porque de no hacerlo los habian de matar los naturales.

Acabada esta ceremonia, oyeron los castellanos la gritería de los indios y rumor de guerra: temiendo entónces el acometimiento de los bárbaros, á cuya multitud no se sentian capaces de resistir, se fueron retirando á la mar en buen orden y en forma de batalla; y aunque siempre seguidos de escuadrones de enemigos, tuvieron la felicidad de embarcarse sin haber perdido un hombre. Navegaron seis dias hácia el Sud; y despues de haber sufrido un norte que los tuvo á pique de naufragar, fueron á hacer aguada en una especie de ensenada en la costa, y surgieron cerca de un pueblo llamado Potonchan. Hubo allí un gran combate, en el que quedaron muertos cuarenta y siete castellanos; los demás salieron heridos, excepto uno: el capitan Hernández de Córdova, que se expuso mucho en esta batalla, recibió doce flechazos, y no treinta y tres como dice Gomara. Mucho más se engaña el historiador Solís cuando asegura que ese general murió

en dicho combate. Fué al fin preciso ceder á la multitud y dejar los muertos; los heridos tuvieron gran trabajo para llegar á sus chalupas y volverse á embarcar: mayor fué el trabajo y embarazo para la ejecucion de la maniobra que se requería para hacerse á la mar, por estar todos los de la tripulacion heridos. En tan triste situacion no hubo otro partido que tomar sino el volver á Cuba, ignorándose el motivo que tuvo el capitan Hernández para dirigirse á la Florida. Llegaron al mismo sitio donde decia el piloto Alaminos haber estado con Juan Ponce de Leon y que convenia estar con mucho cuidado: alli lavaron los paños para curar á los enfermos, y bebieron con alegría una agua riquísima que sacaron de unos pozos abiertos á toda prisa; y estando para embarcarse, vino un centinela corriendo, que decia á voces: ¡A la mar! ¡á la mar! Y casi al mismo tiempo llegaron muchos indios vestidos de pieles, con arcos, flechas, lanzas y otras armas de su usanza, y acometieron á los españoles: acometieron á la vez la lancha con tal furia, que no obstante la grande resistencia de los marineros, heridos ya cuatro, y Alaminos en la garganta, se la llevaban; pero los españoles resistieron á los indios de tierra y restauraron la lancha con gran trabajo, dando muerte á veinte y dos indios y prendiendo á tres heridos que murieron despues.

El único soldado que no fué herido en Potonchar, tuvo la desgracia de caer en manos de los indios, y por providencia de Dios no perecieron alli todos. Volvieron los nuestros bien maltratados, la proa á la Habana, y tocó la nave en unas isletas de que se lastimó tanto, que por la mucha agua que hacia, tuvieron grandes sustos hasta llegar á la Habana, desde donde Francisco Hernandez de Córdova, despues de haber dado aviso al gobernador Diego Velazquez de su navegacion y descubrimiento, se fué á su encomienda, donde murió de las heridas diez dias despues, y lo más de su gente despues de su llegada á la Habana. En esto paró esta funesta expedicion, que en la sustancia vino á ser inútil y se logró por lo ménos la evidencia de aquellas regiones. Los soldados que iban llegando á esta sazón, aunque heridos y derrotados, como mostraban algunas joyelas de oro y plata que traían de la tierra descubierta, bajo de ley y en corta cantidad, pero de tan crecidos quilates en la ponderacion, se empeñaron todos á prometer grandes riquezas de aquella conquista. Sobre este poco de oro que vino entonces de Yucatan, algunos no querrán pasar, fundándose en que no le hay en aquella Provincia, ni minas algunas; pero como bien refleja el historiador Solís, no cabe gran dificultad en que pudiese venir el oro de otra parte á Yu-

catan, pues no es lo mismo producirle que tenerle.

Tal fué el primer descubrimiento de Yucatan, península septentrional, situada en los confines de la Nueva España, aunque ántes habian llegado á ver parte de su costa, y el Golfo dulce Juan Diaz de Solís y Vicente Yañez Pinzon, y despues conquistaron gran parte de aquellas tierras el Adelantado D. Francisco Montejo y otros. No van acordados los autores sobre este nombre de Yucatan dado á aquella Provincia, que nunca tuvo nombre general hasta la llegada de los españoles: es de creer que fué formado este nombre de algunas voces de los naturales de este pais, pensando los nuestros que significaban el de algun pueblo ó de algun gefe de los indios ó el de toda aquella region. Algunos escriben Lucatán: otros Jucatán, y los más escritores de todas las naciones pronuncian y escriben Yucatán. De cualquier modo que sea, creció por este tiempo la noticia y fama de la riqueza de aquella tierra con lo que referian de ella los soldados que acompañaron á Francisco de Córdoba en su descubrimiento, y parece que el capitan D. Diego Velazquez quedó muy contento y con ánimo de seguir esta empresa.

Año de 1518.—Viendo pues el gobernador Diego Velazquez tan bien acreditado con todos el nombre de Yucatán, no obstante que tenía por su-

perior en aquel gobierno al Almirante D. Diego Colon, quiso determinar por si en esta ocasion, sacudiendo una dependencia que consistia más en el nombre que en la sustancia, á fin de llevar adelante sus buenos sucesos, que le podian asegurar mayor gerarquía. En consecuencia de sus altos pensamientos, trató de que se volviese á intentar aquel descubrimiento, previniendo el armamento necesario: nombró por capitanes de los tres navios destinados para ese fin á tres hombres de grande reputacion y experiencia, llamados Pedro de Alvarado, Francisco de Montejo y Alonso Dávila; y por teniente y capitan general á Juan Grijalva, paisano y pariente suyo, como quieren algunos historiadores, y el padre Juan Diaz fué de capellan. Mientras se hacian estos preparativos, el Almirante D. Diego Colon que habia partido para España, y como está dicho, propuso al Rey D. Fernando ántes de su muerte, y despues al gobernador, al cardenal Cisneros lo más conveniente para el mejor gobierno de las islas, y juntamente con el licenciado Bartolomé de las Casas representaba sobre sus agravios particulares y los que se hacian á los naturales de aquellos paises que caian bajo de su gobierno. A fines del año pasado de mil quinientos diez y siete se regresó tambien para España Fr. Francisco de San Román, y este año de mil quinientos diez y ocho, en consorcio del

venerable padre Fr. Martin de Valencia, ambos del instituto Seráfico, propusieron al nuevo Rey D. Carlos los más saludables expedientes para la propagacion de nuestra santa fe en las Indias Occidentales, y los medios más oportunos para contener la codicia y tiranía suma que usaba Pedrarias, gobernador de tierra firme. Expusieron estos celosos varones tan sólidas razones, y hicieron tan eficazmente la causa de los indios, que determinó el Rey poner freno á los excesos de este gobernador, y mandó despachar las órdenes más serias para el remedio de aquellos infelices, de modo que en adelante se vió prosperar el negocio de la conversion, y se arregló en mejor forma el gobierno político de aquel continente. (*)

(*) Haraldo, Epitom. annal. min. an. 1517, pág. 839, núm. 26.

CAPITULO XXVII.

SIGUE EL DESCUBRIMIENTO DE YUCATAN QUE COMENZÓ FRANCISCO HERNANDEZ DE CORDOVA, Y SE ENVIA UNA ARMADA CON JUAN DE GRIJALVA: SUCESOS DE ESTA SEGUNDA EXPEDICION: AÑO DE 1518.

Aunque á fines del año antecedente de mil quinientos diez y siete, se juntaron con felicidad para la expedicion de Yucatan (*) hasta doscientos y cincuenta soldados, incluyéndose en este número los pilotos y marineros, que procuraban todos tener parte en adelantar el viaje, tardaron finalmente en hacerse á la mar hasta los ocho de Abril de mil quinientos diez y ocho. Parece que Gomara

(*) Esta es la grande expedicion que cita la Bula del Sr. Leon X, por la que erige en ciudad el pueblo de Santa Maria de los Remedios de Yucatan, con título de Carolense; y sobre la ereccion de su iglesia catedral, y las equivocaciones que hay sobre el general que la mandó y otras noticias importantes tocantes á esta primitiva ereccion de este obispado de Campeche, véase el sumario del Compendio Indico del Sr. Rivadeneyra, que está al fin de este tomo I, Bula IV del Sr. Leon X, cap. 3, con su nota, pág. 31.

venerable padre Fr. Martin de Valencia, ambos del instituto Seráfico, propusieron al nuevo Rey D. Carlos los más saludables expedientes para la propagacion de nuestra santa fe en las Indias Occidentales, y los medios más oportunos para contener la codicia y tiranía suma que usaba Pedrarias, gobernador de tierra firme. Expusieron estos celosos varones tan sólidas razones, y hicieron tan eficazmente la causa de los indios, que determinó el Rey poner freno á los excesos de este gobernador, y mandó despachar las órdenes más serias para el remedio de aquellos infelices, de modo que en adelante se vió prosperar el negocio de la conversion, y se arregló en mejor forma el gobierno político de aquel continente. (*)

(*) Haraldo, Epitom. annal. min. an. 1517, pág. 839, núm. 26.

CAPITULO XXVII.

SIGUE EL DESCUBRIMIENTO DE YUCATAN QUE COMENZÓ FRANCISCO HERNANDEZ DE CORDOVA, Y SE ENVIA UNA ARMADA CON JUAN DE GRIJALVA: SUCESOS DE ESTA SEGUNDA EXPEDICION: AÑO DE 1518.

Aunque á fines del año antecedente de mil quinientos diez y siete, se juntaron con felicidad para la expedicion de Yucatan (*) hasta doscientos y cincuenta soldados, incluyéndose en este número los pilotos y marineros, que procuraban todos tener parte en adelantar el viaje, tardaron finalmente en hacerse á la mar hasta los ocho de Abril de mil quinientos diez y ocho. Parece que Gomara

(*) Esta es la grande expedicion que cita la Bula del Sr. Leon X, por la que erige en ciudad el pueblo de Santa Maria de los Remedios de Yucatan, con título de Carolense; y sobre la ereccion de su iglesia catedral, y las equivocaciones que hay sobre el general que la mandó y otras noticias importantes tocantes á esta primitiva ereccion de este obispado de Campeche, véase el sumario del Compendio Indico del Sr. Rivadeneyra, que está al fin de este tomo I, Bula IV del Sr. Leon X, cap. 3, con su nota, pág. 31.

padece engaño cuando dice que Juan de Grijalva llevaba en sus instrucciones orden expresa de formar establecimientos en tierra firme, si se le proporcionaba ocasion para ello: en verdad que ese autor, que nuestros historiadores citan las mas veces para refutarlo, lo refiere así, siguiendo lo que dice Bernal Diaz del Castillo, que se halló en la expedicion de Francisco Hernandez de Córdoba, y iba en compañía de Grijalva, y tambien acompañó á Cortés en la Conquista de México; pero Herrera es de opinion contraria, fundado en la autoridad del licenciado Bartolomé de las Casas, autor de mucha fe, y habia vivido con mucha intimidad con Diego Velazquez y Grijalva, quien afirma que á Grijalva le era prohibido expresamente el que poblase, sino que solamente rescatase, y dejase las gentes pacificas y aficionadas á los castellanos. Tuvo graves consecuencias esta prohibicion, y fué aun más funesta para Velazquez que para Grijalva. Si se ha privado á este capitán de la gloria de haber sido el conquistador de la Nueva España, no le ha quitado la de haber sido tenido por el hombre más á propósito para esta grande empresa: su hombría de bien, su valor y genio apacible, su piedad, y sobre todo, su gran modestia y ciega subordinacion para con sus superiores, que como dice el licenciado Casas, hubiera sido admirada aun en el más escrupuloso

religioso, y demas prendas buenas, le hacian acreedor á ser escogido por gefe de semejante expedicion: como no queria propasarse un punto de lo que contenian sus instrucciones, vino á ser la victima de su obediencia. Los delitos de los mexicanos habian llegado á su mayor colmo, y clamaban al cielo por su justa venganza, por cuyo motivo destinaba el Señor un brazo de hierro para ocurrir á su castigo, y las virtudes pacificas de Grijalva no parecian servir de instrumentos adecuados para ese fin: por otro lado permitió la Providencia Divina que Velazquez, que se habia apartado de la obediencia del Almirante su bienhechor por malos medios, fuese igualmente desobedecido por el general que sustituyó en lugar de Grijalva.

Estando de todo punto aprestada la armada de Grijalva, salió del Puerto de Santiago de Cuba el dia ocho de Abril de 1518, con ánimo de seguir la misma derrota que en la jornada antecedente, y el dia doce llegó al Puerto de Matanzas, que está al Norte de Cuba: despues de haberse aviado de víveres salió de este puerto, y en diez dias doblaron el cabo de San Anton llamado Aguaniguanigo, y por el impulso de las corrientes dió la armada en la isla de Cozumel, primer descubrimiento de este viaje, donde se repasó sin contradiccion de los naturales. Esta isla siempre ha conservado su nombre, sin

embargo que Grijalva le dió el de Santa Cruz porque en este día la descubrieron: saltó en tierra este general con buen número de soldados, y no encontró á nadie, porque los indios viendo los navíos ir á la vela se habian huido á los montes, espantados de esta novedad para ellos nunca vista. Registraron los españoles un poco de aquel país y hallaron mucha miel, batatas y puercos con el ombligo al espinazo. Entre varios adoratorios que reconocieron bien fabricados de ladrillo ó piedra, les llamó la atención uno en particular, cuya forma era de una torre cuadrada, y cerca de ella estaba una cerca de piedra y cal, y en medio una cruz de piedra de tres varas de alto, á la cual tenían por el Dios de la lluvia, porque cuando devotamente se la pedían nunca les faltaba. Hemos hecho mención en el primer descubrimiento de Yucatán, que en varios parajes de aquella tierra se encontraron cruces pintadas en las paredes; y sobre el haberse hallado cruces en esta parte de las Indias, se ha discurrido mucho. Algunos autores quieren que la devoción de aquellas gentes para con la santa cruz les vino con la comunicación de muchos españoles que se fueron allí cuando los moros ocuparon á España; pero no hay autoridad que compruebe esta conjetura. El padre maestro Fr. Antonio Calancha (*) se esfuerza en

(*) Calancha.—Crónica de San Agustín, lib. 2, cap. 2, pág. 315.

deducir de este hallazgo de cruces en Cumaná y Yucatan, la predicación del apóstol Santo Tomás en las Indias Occidentales, pero también estas pruebas son tan generales que no convencen. Gomara dice, que no se pudo saber de dónde tomaron estos indios la señal santísima de la cruz con tanta devoción, porque no hay rastro en Cozumel ni aun en otra parte de las Indias Occidentales, que se hubiese en ellas predicado el Evangelio. Pudo salir de estas dudas Gomara, dice el historiador Herrera, si hubiera tenido presente que cuando el Adelantado Francisco de Montejo comenzó el año de mil quinientos diez y siete la conquista de Yucatan, fué recibido pacíficamente de los naturales en algunas provincias, en especial en la de Tutultio, cuya cabeza es el pueblo de Mini distante catorce leguas de adonde está la ciudad de Mérida, entendidos de antemano de lo que les había profetizado años antes uno de sus grandes sacerdotes llamado Chilancambal ó Chilancalcatl, ó Chilancalam, como lo quiere persuadir el reverendo padre cronista Torrubiá, que dice haberle oído llamar así por sus compatriotas en el mismo pueblo de Mani el año de mil setecientos cuarenta y seis: les había dicho un sacerdote Chilancambal, á quien ellos tenían por un gran profeta, que en breve tiempo iría gente barbada y blanca á sus tierras, que llevando levantada la

señal de la cruz, contra quien no tenían poder sus dioses, huyendo de ella, señorearian la tierra, y que los recibiesen de paz. Y esta fué la causa por qué preguntaban los indios á Francisco Hernandez de Córdova, á Grijalva, y despues quando entró el Adelantado Montejo en Yucatán, y á los suyos, si venian de donde salia el sol, segun les habia prevenido su oráculo.

Como este sacerdote profetizó la llegada de los españoles á aquellas tierras con más expresion y extension que los demás, me ha parecido ponerla aquí, y dice así: «En el fin de la décimatercia edad, estando en su pujanza Itza y la ciudad nombrada Tancah, que está entre Yaemán y Tichaquillo (que hoy se llama Ichpaa, que es castillo y fortaleza), vendrá la señal de un Dios que está en las alturas, y la cruz se manifestará ya al mundo, con la cual fué alumbrado el orbe. Habrá division entre las voluntades cuando esta señal sea traída en tiempo venidero. Los hombres sacerdotes, antes de llegar una legua, y á un cuarto de legua no más, veréis la cruz que se os aparecerá y os amenazará de polo á polo. Caerá el culto de vanos dioses: ya vuestro padre viene, ¡oh Itzalamos! ya viene vuestro hermano ¡oh Tantunites! recibid á vuestros huéspedes barbados del Oriente, que vienen á traer la señal de Dios. Dios es el que nos viene manso y

« piadoso: ya viene el tiempo de nuestra vida, « no teneis que temer del mundo. Tú eres, Dios « vivo, que nos criaste piadoso. Buenas son « las palabras de Dios: ea, ensalcemos su señal en « alto: ensalcemos para adorarla y verla: la cruz « hemos de ensalzar: en oposicion de la mentira « se aparece hoy: en contra del árbol primero del « mundo, hoy es hecha al mundo demostracion: « señal es esta de un Dios de las alturas: ésta « adorad ¡oh gente Itzalana! adorémosla con « voluntad recta: adorémos al que es Dios nues- « tro y verdadero Dios: recibid la palabra de Dios « verdadero, que del cielo viene el que os habla. « Cobrad juicio y sed los del Itza. Los que cre- « yeren serán alumbrados en la edad que está por « venir: mirad si os importa lo que os digo, ad- « vierto y encargo yo vuestro intérprete y maes- « tro de crédito, Balam por nombre. Y con esto « he acabado de decir lo que Dios verdadero me « mandó, para que lo oiga el mundo. » No es fácil entender el misterio de haber hallado cruces en Yucatan y otras varias partes de la América: de esta profecia de Chilan Balam, hablan Hrerera, Remesal, Torquemada, Solórzano y otros (*); pero no hacen más que referirla, y nada adelantan

(*) Herrera.—Décad. 2, lib. 3, cap. 1.—Remesal, lib. 6, cap. 7.—Torquemada, lib. 15, cap. últim.—Solórzano, de jure Ind. tomo 2, lib. 2, cap. 2, núm. 60.

sobre tantos discursos que otros han hecho, tocante á las cruces que se vieron en Yucatán, pintadas ó en piedra, y no de laton porque nunca lo hubo, como dice Gomara, sino de piedra y palo: los que conocen las vanas observancias de los indios no hacen aprecio de sus mitotes: y el obispo de Chiapas que deseaba averiguar las antigüedades, ritos y ceremonias de sus indios tan queridos, dice en palabras formales, que ciertamente la tierra y reino de Yucatán da á entender cosas más especiales y de mayor antigüedad por las grandes, admirables y exquisitas maneras de edificios antiquísimos y letreros de ciertos caracteres que en otra ninguna parte, y termina con decir; finalmente secretos son estos, que solo Dios lo sabe..... La exterioridad con que acompañó su profecía este sacerdote indio demuestra bien los ceremoniáticos que eran los naturales de Yucatán, y demas de la América: hizo tejer una manta de algodón, y dijo que de aquella manera había de ser el tributo que se había de pagar á aquellas gentes, y mandó al señor de Mini, que se llamaba Mochanxin, que ofreciese aquella manta á los ídolos para que estuviese guardada, y la señal de la cruz hizo hacer de piedra, y la puso en la entrada de los templos, adonde fuese vista, diciendo que aquel era el árbol verdadero del mundo, y por cosa muy nueva la iban á ver muchas gentes

y la veneraban desde entónces. Si se hubiera de inferir de esta profecía que aquellas gentes habían tenido la dicha de haber recibido la luz del Evangelio, se ve en este hecho de Chilan Balam, como bien arguye el presentado fray Gregorio García (*), que mal seria profeta el que les enseñó á poner cruces entre sus ídolos; y buena lástima seria que este hombre, á quien el Dios Todopoderoso participó tanta luz de sí mismo y de la santa cruz y sus misterios, muriese idólatra; si no es que se quiera discurrir que, así como en los campos de Moab, Balam bendijo al pueblo hebreo cuando Balac pretendia que lo maldijese, así el indio Chilan Balam presagió á sus paisanos la próxima venida de los españoles, y con ella la mayor felicidad en la promulgacion del Evangelio, no obstante que por su oficio de sacerdote de los ídolos siempre fué el órgano por donde los engañó el padre de la mentira.

Lo que juzgo por más cierto es, que la noticia del verdadero Dios y de su cruz santísima vino por la entrada de los españoles en las Indias Occidentales, y que todos sus moradores estaban ignorantes de los altos misterios de nuestra santa fe. Como las tradiciones antiguas en todo culto y religion se van conservando por tradiciones en los

(*) García, lib. 5, cap. 4.

sacerdotes de cada ley, este Chilán Balam pudo con aire misterioso persuadir á estos naturales, resolviendo lo que sabia de las antiguas tradiciones de estos pueblos con lo que intentaba insinuar, á fin de que se previniesen contra qualquiera invasion.

Sabemos que los indios hablaban por pinturas en lugar de letras, y que en muchas cosas imitaban los simbolos y geroglificos de los griegos, caldeos y demás pueblos orientales; y así como los egipcios tenian señales con que explicaban la altura de las aguas del Nilo cuando salia de madre, y de este modo daban á entender la calidad buena ó mala de las cosechas, y despues, como doctamente lo expone el abate Mr. Peluche en su Historia del Cielo, abusando de estas significaciones se constituyeron en dioses estas mismas señales, teniendo una por Isis, otra por Osiris, etc., á quienes tributaban un gran culto, así no seria mucho que estos indios, tan ignorantes y supersticiosos como los egipcios y otros asiáticos (de quienes tal vez recibieron su origen), pusiesen palos ó piedras en esta ó la otra configuracion para significar este ú otro acontecimiento; y como el agua es tan necesaria para las cosechas de un país tan árido como lo es lo más del territorio de Yucatan, pudieron colocar esta señal en forma de cruz casualmente, ó de Tau 7, para

simbolizar una buena cosecha de cazabe ó de maíz, de resultas de abundantes aguas; y despues, por corrupcion de este geroglifico, hacer á esta señal su mediadora para con sus dioses, á fin de conseguir igual felicidad, y aun constituir la por el dios de la lluvia y tributarle sus cultos.

Esto es lo que me parece más verosímil, y asintiendo con todos nuestros historiadores, que dicen que todos estos pueblos de la América carecieron totalmente de las luces del santo Evangelio ántes de la venida y asiento de los españoles, porque por culpas que cometian los habia hecho Dios indignos de tal merced, dispuso piadoso, á su tiempo, que viniesen á él mediante la predicacion de sus ministros evangélicos, en especial de los de la religion seráfica, como consta de las historias de este Nuevo-Mundo.

Volviendo á lo que el general Grijalva hizo despues que salió de la isla de Cozumel, viendo este general que no habia nadie en aquella isla, siguió su navegacion acercándose á tierra firme, y costeada la tierra arribó, en ocho dias, al paraje de Potonchan ó Champoton, donde fué desbaratado Francisco Fernández de Córdova, cuya venganza (aun más que su necesidad) le obligó á saltar en tierra: halló á los indios bien dispuestos á disputarle la entrada á su país, y no obstante que en la refriega que tuvo con ellos salió él

mismo herido, los dejó vencidos y escarmentados y prosiguió su descubrimiento. Vengada la muerte de aquel primer descubridor de Yucatan, volvieron á bordo los nuestros, y navegaron de comun acuerdo la vuelta del Poniente, sin apartarse de la tierra más de lo necesario para no peligrar en ella, y fueron descubriendo, en una costa muy dilatada y al parecer deliciosa, poblaciones con edificios de piedra que hicieron novedad, y á muchos parecían ciudades: cuanto más se caminaba registrando la costa, más parecía cultivada y poblada; y porque un soldado dijo entónces que aquella tierra era semejante á la de España y parecía una nueva España, estas palabras, dichas al acaso, agradaron tanto á los oyentes y quedó esta comparación tan grabada en la memoria de todos, que este fué el principio de haber quedado á aquellas vastas regiones el nombre de Nueva-España. Como Grijalva deseaba encontrar un río á cuyas orillas pudiese hacer mansion para reconocer mejor el país, siguiendo la costa nuestros navios, encontró uno, que es el río de Tabasco, el cual derrama sus aguas, dividido en dos embocaduras, en el mar que después se llamó Golfo ó Seno Mexicano. Llamóse desde aquel descubrimiento el Río de Grijalva, pero dejó su nombre á la provincia que baña su corriente, situada en el principio de Nueva-España, entre Yucatan

y Guazacualco. Descubriáanse por aquella parte grandes arboledas y tantas poblaciones en las dos riberas, que no sin esperanza de algun progreso considerable resolvió Juan de Grijalva entrar por el río, penetrando por una de las dos embocaduras que fuese más navegable, á reconocer la tierra. Ya iban venciendo el impulso de la corriente, cuando vieron á poca distancia considerable número de canoas llenas de indios armados y en ademan de disputarles la entrada á su tierra. Sus gritos y amenazas no espantaron á los nuestros, quienes avanzaron hasta ponerse en disposición de desbaratarlos. Tenia mandado el general Grijalva que ninguno de los suyos disparase ni hiciese demostracion alguna que no fuese pacífica: los indios, por su parte, admirados de ver la figura y trajes de los nuestros, el buen orden que guardaban, sin embargo de venir en tan pequeño número, la forma de sus armas y de sus navios, todo tan extraño para ellos, que suspendieron todo su furor y quedaron inmóviles: el silencio reemplazó á la terrible gritería que poco ántes atronaba los campos y orillas de la mar. Aprovechóse de esta feliz oportunidad el general Grijalva para saltar á tierra: siguióle parte de su gente; púsola en escuadron; enarbolóse el estandarte real, y con la solemnidad ordinaria celebró el acto de posesion, y trató por

medio de sus dos intérpretes Julian y Melchor, que eran dos neófitos de Yucatan que Hernández de Córdoba había llevado á Cuba y cuya lengua era la misma que la que se hablaba en la mayor parte de la Nueva-España, trató, digo, de enviar estas dos lenguas para que supiesen aquellos indios que venia de paz y sin ánimo de ofenderlos. En esta seguridad se acercaron treinta indios de los principales, aunque con cierto recelo; pero el modo con que fueron recibidos de Grijalva pareció asegurarles de sus temores, pues éste, despues de haberles obsequiado en prueba de la buena amistad que queria establecer con ellos, les dijo (por medio de sus intérpretes) que él era teniente de un gran Rey á quien infinitos pueblos obedecian, y les aseguró que les iria muy bien y no se arrepentirian de tributar homenaje á un Principe que hacia consistir su gloria en hacer felices á los pueblos que se sujetaban á su dominio. Conoció, en el modo con que recibieron los indios esta proposicion, que no eran tan bárbaros y salvajes, y que se habia engañado mucho en creer que habia de conseguir de ellos cuanto quisiera, pues apenas hubo acabado de proponerles la obediencia á otro Rey que al suyo, respondieron: que señor tenian; y empezando los indios á alterarse, uno de los más principales sosegó su furor, é imponiéndoles silencio habló al general

en estos términos: « La paz que nos ofreces es
« una verdadera declaracion de guerra, porque
« ¿cuándo se ha visto que la primera condicion
« de una paz sea exigir tal sumision, como la que
« pretendes, hallándonos con las armas en la
« mano? Antes de proponernos el que reconoc-
« camos á tu Principe por nuestro amo y señor,
« debias haberte informado si estábamos dis-
« gustos con el nuestro: no obstante, como no
« puedo darte una respuesta decisiva á lo que
« nos propones, voy á dar cuenta al Cacique á
« quien obedecemos, y volveré á darte parte de
« lo que resuelva. » Luego que concluyó su razo-
namiento el indio, se retiró, dejando á los nues-
tros algo pensativos con la consideracion que les
asaltó de que tenian que habérselas con una gen-
te que para enemiga no era despreciable. No du-
ró mucho esta inquietud, porque presto volvió el
indio, seguido de numerosa comitiva, y ofreció
al general y á los nuestros todo género de pro-
visiones de boca en abundancia y algunos pre-
sentes de diversas alhajas de más artificio que
valor y varios plumajes de diversos colores, y les
dijo: « Ved las prendas de la paz que admitimos:
« nuestros Caciques no temen la guerra, y lo que
« les ha acontecido á los de Potonchan no les ha
« acobardado; pero juzgan que se deben preferir
« los bienes de la paz á la más feliz guerra. » Y

acabó asegurándoles que al otro día iría su señor á visitarlos. Efectivamente, el día siguiente fué el Cacique de Tabasco con muy poco acompañamiento y sin armas, y con aire de príncipe visitó á Juan de Grijalva, quien le recibió con mucha honra y cortesía. Antes de hablar el Cacique, hizo sacar de una petaquita varios regalos de distintas joyas de oro que presentó al general, agregando algunos plumajes que tenían estos indios en mucha estimación, ropas sutiles de algodón y varias figuras de animales para su adorno, hechas de oro sencillo y ligero, ó formadas de madera primorosamente, con engastes y láminas de oro sobrepuestas, y díjole: « Gusto y amo la paz, « y es para conservarla entre vosotros y mis vasallos que yo te ruego aceptes este presente, y « te alejes de nuestras tierras para que no haya « discordias entre nosotros y tus soldados. » El general le respondió, « que nunca habia tenido « el intento de inquietarle, sino de solicitar su « amistad y despues retirarse, » y correspondió á sus regalos con algunas bujías de Castilla, que siendo de cortísimo valor llevaban el precio de la novedad, y muy contento del buen término que tuvo con aquellos naturales y de dejar amigos á las espaldas, por cualquiera accidente que se ofreciese, se despidió y se volvió á embarcar. Prosiguió su viaje Grijalva, descubriendo nue-

vas tierras sin suceso memorable, hasta que llegó al Rio de Banderas, llamado así porque se vieron en sus orillas muchos indios que en grandes lanzas tenían puestas unas mantas blancas á manera de banderas, con que parecía convidaban á los castellanos á saltar en tierra. Desembarcó allí, y fué recibido por los indios con agasajo; y despues de haber rescatado cosa de quince mil pesos en oro, en seis días que se detuvo con su gente en aquella costa (á trueque de sartas de vidrio, peines, cuchillos y otros instrumentos de hierro y de alquimia), se volvió á embarcar, temiendo los nortes: saltó en tierra en la Isla de Sacrificios, llamada así porque se encontraron en ella, en algunos edificios de cal y canto, que eran templos de ídolos, cinco hombres que estaban abiertos por el pecho y cortados los brazos y los muslos, y las paredes estaban llenas de sangre.

Se detuvo poco en esta isla, por no rendir considerable fruto los rescates y porque este horrendo espectáculo dejó espantada á nuestra gente, y así pasaron á otra, poco distante de la costa, á la cual llamaron la Isla de San Juan, por haber llegado el día del Bautista y por tener su nombre el general; y un indio, que les señalaba con la mano la tierra firme, parecia dar á entender que los naturales la llamaban Culúa, lo que dió origen á que los españoles la llamasen

San Juan de Ulúa: isla pequeña, de más arena que terreno, y hoy anegada casi toda por el mar; pero de estos pequeños principios pasó despues á ser el puerto principal y único de Nueva España en todo lo que mira al mar del Norte.

Bien hubiera querido el general Grijalva tomar posesion de aquellos ricos países, pasando más allá de lo que era una mera fórmula, pues consideraba la proporcion que habia de fundar alguna poblacion, y este era el sentir unánime de los que le acompañaban, y aun llegaron á persuadirse que se podian interpretar las intenciones de Velázquez; pero pudo más la obediencia, y embarazado con la limitada instruccion que tenia y se reducía solo á descubrir tierras, trató de dar cuenta á Diego Velázquez de las grandes tierras que habia descubierto, esperando que le enviaria nuevas órdenes y más conformes á su deseo.

Despachó con esta noticia al capitán Pedro de Alvarado, en uno de los cuatro navios, entregándole todo el oro y las demás alhajas que se habian adquirido, para apoyar mejor la pretension que tenia de poblar, y mover mejor el ánimo del Gobernador Velázquez á que resolviese que se poblasen y le socorriese con todo lo necesario para este fin. Velázquez, que por su lado estaba con mucho cuidado de la armada, en-

vió un navio, al mando de Cristóbal de Olid, para saber su paradero; pero un recio temporal que se levantó y maltrató mucho este navio sobre las costas de Yucatan, obligó á Olid á retirarse á Santiago de Cuba, de donde habia salido, y al mismo tiempo llegó Pedro de Alvarado á ese mismo puerto. Velázquez se consoló luego del viaje inútil del uno con las buenas noticias que le trajo el otro, de las riquezas de aquellas regiones que se comenzaban á llamar Nueva España. Es verdad que cuando supo Velázquez que ni una fortaleza se habia fabricado en tanta extension de terreno, se encolerizó mucho contra Grijalva: nada más irracional; pero, segun dice el Obispo de Chiapa, quien le trató con mucha intimidad y ha dicho mucho bien de este Gobernador, era hombre de terrible condicion, y no solamente se indignaba por cualquiera cosa contra los que le servian bien, sino que tenia el gran defecto de creer fácilmente todo el mal que le decian de otros. Y como Pedro de Alvarado, en un consejo que habia formado Grijalva para deliberar sobre si se habia de construir ó no una fortaleza en la Nueva España, habia opinado por la afirmativa, es creible que, en la relacion que le dió de lo que habia pasado en él, hablase poco ventajosamente de su general, como parece insinuarlo así Herrera, bien que Solís dice cla-

ramente que Alvarado pretendió volver por su general y dar excusas, pero muy friamente, como así lo practican los que quieren hacer valer una opinion que han abrazado contraria á otros. Lo cierto es que, despues de haber echado mucho contra Grijalva, cuyo delito, en sustancia, consistia en haberle obedecido, tomó al instante la resolucion de disponer otra armada ántes que llegase, y nombrar otro capitan; pero este ímpetu colérico le costó caro despues á Velázquez, y se hubiera ahorrado muchas pesadumbres si hubiera hecho á su paisano toda la justicia que merecia por la ciega obediencia con que habia ejecutado sus órdenes.

Miéntas se discurria tan injustamente contra la conducta de Grijalva, y se formaba su proceso en Santiago de Cuba, Grijalva seguia sus descubrimientos por el Golfo ó Seno Mexicano. Partió, pues, el general con sus navíos de allí á pocos dias que se habian hecho á la vela Pedro de Alvarado en seguimiento de su derrota costeando hácia el Norte, llevando á la vista las dos sierras de Tuxtla y de Tuxpa, que corren largo trecho entre el mar y la provincia de Tlaxcala, y al cabo entraron en la boca del rio Pánuco; y como fueron atacados los nuestros por una flota de canoas llenas de indios, los que fueron desbaratados con muerte de muchísimos de estos bárbaros, se llamó entón-

ces el Rio de las Canoas. Despues de reconocida la costa, aunque algunos persuadian á Grijalva que bueno seria formar algun establecimiento ántes de apartarse de la empresa, y parecia ceder en alguna manera á esta última tentativa de sus capitanes, considerando la dificultad de pasar adelante, y la incertidumbre de la vuelta, así por venir una nave maltratada y haber falta de bastimentos, resolvió tomar la vuelta de Cuba. Supo Grijalva cuando arribó al Puerto de Matanzas, que Velázquez hacia grandes preparativos para nueva expedicion, y como ignoraba todavia en qué disposicion encontraria al gobernador en lo que le tocaba, se lisonjeaba aún, que no fiaria á ningun otro gefe mas que á él el mando de su armamento: pero halló Grijalva á su llegada al Puerto de Santiago de Cuba, que fué á quince de Noviembre de este año mil quinientos diez y ocho, que su paisano el gobernador estaba muy irritado contra él porque no se detuvo á poblar en las tierras que descubrió; y en lugar de demostraciones de cariño y agradecimiento que se esperaba, no obstante que le puso delante de los ojos su misma instruccion en que le ordenaba lo contrario, lo reprendió con aspereza y publicidad el gobernador, que no entendia de razones, y cuando debiera mostrarsele agradecido, aun reconociendo la orden que le habia dado, castigaba, dice un historiador,

su fiel cumplimiento como lo hubiera debido hacer en el caso de la mayor desobediencia. Envió Velazquez á la Española á Juan Saucedo á pedir licencia á los padres gerónimos con algunas muestras de los ricos rescates que habian hecho en aquellas tierras descubiertas, y por las grandes utilidades que esperaba sacar de estos descubrimientos, habiendo formado su plan sobre las memorias de Grijalva, trató luego de prevenir los medios para la nueva conquista, acreditándola con el nombre de Nueva España, que daba grande recomendacion á la empresa, y de buscar cabo de mucho corazon y de grandes circunstancias que la gobernase. La gente se inclinaba á Grijalva, y esta voz pública pudiera haberle hecho mudar de pensamiento si fuera otro, pero estaba prevenido su ánimo en contra, y se presentaron varios pretendientes. En fin, Amador de Laris, contador del Rey, y Andres de Duero su secretario, que eran de toda su confianza, y conocian su condicion, se aprovecharon de esta irresolucion para proponerle su amigo comun, y hacer que recayese esta eleccion en un hombre ménos á propósito que ninguno para las ideas de Velazquez, que eran muy singulares y sumamente difíciles de llenar. Este gobernador queria un caudillo que tuviese todas las prendas de un conquistador, pero que no fuese ambicioso y tan moderado,

que no tuviese otra mira que la gloria ajena; y en tanto que su pasion no le dejaba echar mano de Grijalva, que era el único capaz de ejecutar lo que pretendia, le hicieron escoger un hombre que no se habia de acomodar á guardar subordinacion hallándose á la cabeza de una expedicion importante. Valióse pues para gefe de su empresa, del célebre Hernan Cortés, de quien, y tal vez de ningun otro conquistador del Nuevo Mundo se ha dicho tanto bien y tanto mal, que con tanta gloria como verémos, descubrió y conquistó casi toda la Nueva España, con la gran ciudad de México su capital, dando la última mano á los principios de ella, que descubrió Juan de Grijalva.

CAPITULO XXVIII.

NOMBRADO HERNAN CORTÉS POR GENERAL DE LA ARMADA SE ALZA CON ELLA: SUS CALIDADES, Y SE DISPONE PARA PARTIR A SU EXPEDICION: PLAGA DE HORMIGAS Y VIRUELAS EN LA ESPAÑOLA: SE VUELVEN LOS PADRES GERÓNIMOS A CASTILLA, Y LLEGADA DEL NUEVO ADMINISTRADOR DON RODRIGO DE FIGUEROA: AÑO DE 1518.

Hasta aquí como se ha visto hubo varios descubrimientos, que fuera prolijidad referirlos, mayormente cuando hay tantas historias, y que cada uno en particular de los conquistadores merece por sus hechos ocupar gran parte de ellas: entre ellos Hernando Magallanes, portugués, grande astrónomo y experimentado marinero, deseoso de hallar paso por donde sin desembarcarse pudiesen pasar del mar del Norte al pacífico del Sur,

intentó con ánimo atrevido esta derrota en este año de mil quinientos diez y ocho, arrojándose á mares incógnitos y á climas no conocidos: pasó grandes trabajos, contrastó riesgos, venció imposibles, sufrió quejas y amenazas de sus compañeros, y al fin rindiendo con la constancia imposibles, encontró el año siguiente el célebre Estrecho, á quien dió su nombre, que comunica con los dos mares del Norte y del Sur, situado en cincuenta y dos grados, y adonde fenecce aquella península meridional de la América, y descubrió las Islas Filipinas que despues se conquistaron. Dicese que descubrió las Molucas por el Occidente, y llegó á la isla de Zebud, y que allí predicó el Evangelio; que hizo Dios por él un milagro, sanando á un sobrino del Rey Hamabar, y que éste y sus familias se convirtieron: con éstos se bautizaron ochocientas personas y todos los isleños de Zebud. Trató despues Magallanes de convertir á los vasallos del Rey Calipulaco, señor de la isla de Maután; y á veinte y siete de Abril de mil quinientos veinte y uno, el mismo año que se acabó de conquistar la capital de la Nueva España, le mataron. De allí á poco todos los bautizados de Zebud renegaron por consejo de un morisco ó sangley llamado Manrique: mataron al capitan Juan Serrano y á treinta españoles, y con esto salieron ciento y cincuenta castellanos que quedaron vivos,

en la nao llamada Victoria, llevando por cabeza y capitan á Juan Sebastian del Cano, natural de Guetaria, que por la India aportó á Castilla. Este portugués Magallanes, que era hombre para emprender cosas grandes, y otros insignes varones españoles descubrieron tierras, conquistaron provincias, sujetaron reinos, apaciguaron y redujeron naciones bárbaras, pero en muchos de los reinos y provincias no fué tan totalmente ni tan por entero que no dejasen entre unas y otras provincias y reinos, grandes porciones de ellos mismos sin conquistar, sin reducir, sin pacificar, y aun algunos sin llegar á descubrir; ya fuese porque como era preciso empezar sus descubrimientos y conquistas por las costas, puertos y surgideros de los mares, conseguidas en aquello mas cercano, entrando mas la tierra adentro, hallasen mayor resistencia por entónces en los naturales, ó mayor dificultad en penetrar las asperezas y fragosidades de las sierras, ó por otras razones, que hay muchas, y la principal y más cierta porque aquello que Dios les hacia á ellos intratable, lo guardaba para otros de otros tiempos, como lo que en esta Crónica hemos de hablar, lo guardó para el valeroso Hernan Cortés, que fué el primero de los españoles que con ánimo de mas que de hombre osó emprender la conquista y descubrimientos de las tierras vastísimas de la Nueva España, y

el que con el favor de Dios la puso por obra y concluyó felizmente. Pero ántes que pasemos adelante, será bien que digamos sucintamente quién era Hernan Cortés, y por cuántos rodeos vino á poner la última mano á la grande obra de la conquista de la Nueva España, dando lugar á la de la conquista espiritual de sus habitantes, que se ejecutó mediante el celo é infatigable trabajo de los primeros padres gerónimos que fundaron la santa Provincia del Santo Evangelio de México, y despues se prosiguió y perfeccionó con los apostólicos afanes de los individuos que formaron la Santa Provincia de los gloriosos apóstoles San Pedro y San Pablo de Michoacan, cuyos hechos gloriosos en la prosecucion de esta grande obra espiritual son el empeño de esta Crónica.

Nació Fernando, ó Hernan Cortés, conquistador del grande imperio mexicano en Medellin (villa del obispado de Plasencia en Extremadura) en el año del Señor de mil cuatrocientos ochenta y cinco. Sus padres (*) fueron D. Martin Cortés de Monroy y D.^a Catalina Pizarro Altamirano, cuyos apellidos demuestran la antigüedad y nobleza de su familia: no se crió en mucha grandeza por haberse consumido la mayor parte del caudal de sus antepasados en las disensiones de los Monroyes, y

(*) Vida de Cortés, por Fernando Pizarro, en sus Varones ilustres, y otros autores.

en otros bandos que hubo en aquella tierra. Estudió dos años en Salamanca, asistido de los caballeros Monroyes y Rodriguez sus parientes, que en aquella ciudad eran de los linajes mas antiguos y ilustres. Conociendo su poca inclinacion para la carrera penosa y dilatada de las letras, no acomodándose su genio al estudio de la jurisprudencia á que le inclinaba su padre, dejó los estudios, y vuelto á su casa, se resolvió á seguir la guerra, procurando pasar á Italia con el gran capitán Gonzalo de Córdoba; pero al tiempo de embarcarse le sobrevino una larga enfermedad, de que resultó hallarse obligado á mudar de intento. Inclínose á pasar á las Indias, y el año de mil quinientos cuatro, con mucho gusto de sus parientes, se embarcó en un navío de D. Alonso Quinteros, natural de Palos de Moguer, que se hacia á la vela para Indias. Llegó á la isla de Santo Domingo, y como llevaba cartas de recomendacion para el comendador mayor, D. Nicolás de Ovando, dendo suyo, que se pagó tanto de su buena presencia y proceder luego que se dió á conocer, que le hizo una agradable acogida, le ofreció cuidar de sus aumentos con particular esmero, y le admitió desde luego entre los de su familia; pero su magnánimo corazón no se podia acomodar á la ociosidad de aquella isla ya pacificada, deseaba emplearse en la carrera de las armas, y así pidió

licencia para empezar á servir en la conquista de Cuba, y haciendo este viaje, que fué el año de mil quinientos once, en calidad de secretario de Diego Velazquez, con beneplácito de su pariente, trató de acreditar en las acciones su valor y su subordinacion á sus gefes, de modo que consiguió brevemente la opinion de valeroso: el año siguiente de mil quinientos doce, deseando algunos malcontentos dirigir sus quejas contra el gobernador á la audiencia real de Santo Domingo, se valieron para este efecto de Cortés, que como hombre de espíritu admitió esta comision peligrosa, y emprendió pasar á la Española embarcado en una ruin canoa. Velazquez, informado de esta conspiracion lo hizo coger, y arrestado lo habia condenado á la horca. Se interesaron por él las personas más principales y obtuvo su gracia; pero el gobernador, queriendo enviarle preso á Santo Domingo, se echó del navío á la mar, y como se escapaba de noche para ganar la tierra, fué otra vez preso, y mediante el valimiento de sus protectores, hizo paces con Velazquez, que en el fondo le amaba y estimaba; pues á mas de su gallarda presencia y afabilidad grande, tenia otras prendas que le hicieron muy amable: hablaba bien de todos, era festivo y discreto en las conversaciones y tenia grande ánimo para gastar, causa de su buena fortuna. Tuvo galanteos con D.^a Ca-

talina Suarez Pacheco, doncella noble y virtuosa, con quien despues de muchos lances y embarazos en que se mezcló Diego Velazquez y le tuvo preso, al fin se vino á casar por la primera vez. Ajustado su casamiento á satisfaccion de Velazquez, fué éste su padrino, y quedaron tan amigos, que le dió éste repartimiento de indios, y la vara de alcalde en la misma villa de Santiago. Entónces fué quando sus amigos Amador de Laris y Andres de Duero le propusieron para Capitan general de la armada que se destinaba para la conquista de Nueva España.

Esta eleccion que se hizo de Cortés por Capitan general no debia parecer tan extraña, porque aunque Cortés no hubiese servido empleos hasta entónces mas propios á descubrir en él sus talentos para las negociaciones, que valor y experiencias en materias de guerra, no dejó de manifestar en varias ocasiones que era soldado y capitan, y sobre todo, se habia distinguido mucho en la conquista de Cuba y en otras acciones que hubo entre españoles y indios. Por esto fué casi generalmente aplaudido su nombramiento; pero los que le conocian más á fondo, juzgaron de luego á luego que esta eleccion seria funesta á su autor. Aseguran que uno de aquellos locos que divirtiendo las gentes sueltan á veces unas buenas verdades, llamado Francisquillo, dijo un día á Diego Velazquez: mira lo que haces, no te veas en la precision de enviar

otro armamento para montear á Cortés: soltó la risa Velazquez y dijole á Cortés: mira lo que dice aquel bellaco de Francisquillo, respondió Cortés que era un loco el que decia esto, que no se le debia hacer caso; pero no tardó en verificarse esta profecia. Lo que contribuyó mucho más al engaño de Velazquez en su desarcetada eleccion, es que se creyó muy seguro por haber tomado las mejores medidas para precaverse contra todo lo que pudieran intentar en su perjuicio. Despues de la llegada de Pedro Alvarado, que le habia traído las primeras nuevas del descubrimiento de la Nueva España, habia despachado á su capellan Benito Martin para la Europa, á fin de que se diese cuenta al Rey de todo y de los proyectos que premeditaba para sacar grandes utilidades de las tierras descubiertas; le habia entregado lo más precioso de lo que se habia traído de tierra firme, y pareciéndole que para sus pretensiones convenia enviar otra persona, despachó á Gonzalo de Guzman, recomendándole que de concierto con su capellan, y juntándose con Pánfilo de Narvaez que estaba en la Corte hacia algun tiempo, y era muy de su confianza, tratasen sus negocios y pretensiones. Narvaez habia adelantado mucho sus pretensiones de lo que tenia dado parte, y Velazquez no dudaba de conseguirlo todo de la proteccion del obispo de Burgos. En efecto, se habia

introducido mucho Narvaez con este prelado, cuya autoridad crecia más y más por la muerte del gran canciller: fué hacia últimos del año de mil quinientos diez y nueve declarado presidente del nuevo Consejo de Indias. Hizo valer mucho este ilustrísimo para con el Rey el celo y los servicios del gobernador de Cuba: pensó aun casarlo con Doña María Mayor de Fonseca su sobrina, y el día trece de Noviembre hizo firmar al Rey un concordato y en virtud del cual le daba á Velazquez el título de Adelantado por toda su vida: le declaraba su capitán y teniente general en la isla de Cuba, en las tierras que descubrió, y de las que á su costa descubriese, y aun le daba permiso para hacer leva de gente en los términos de su jurisdiccion y aun en la isla Española, y arreglaba para él de un modo ventajoso los provechos que se podian sacar del Continente. Recibió Velazquez un poco tarde estas mercedes del Rey, y gozó poco de tan crecidos privilegios, que por razon de esta nueva dignidad que habia alcanzado, le levantaba de simple teniente de Colon á un estado superior al del Almirante D. Diego, y con mas facultades que él, menos el caracter de Almirante. Pero estas mismas gracias no sirvieron mas que á empeñarle en empresas para él muy funestas, y no tardó en verse reducido á un estado que podia mover más á compasion que á envidia:

habia hecho gastos considerables para esta expedicion, pensando que le habia de redundar mucha gloria, sin atender que para llegar á estos fines le convenia, ó mandarla personalmente ó escoger mejor el gefe que hiciese sus veces.

Aceptó Cortés el nuevo agasajo con mucho aprecio; y no obstante los esfuerzos de los parientes de Diego Velázquez, que tendian á desquiciarle de su confianza, se valió de la resolucion, que mantuvo á rostro firme, para ganar el tiempo en prevenciones y tratar así de la seguridad de su empleo. Empezó á gastar liberalmente el caudal con que se hallaba, y el dinero que pudo juntar entre sus amigos, en comprar víveres y prevenirse de armas y municiones para ayudar al apresto de la armada, cuidando al mismo tiempo de atraer y ganar la gente que le habia de seguir. Alistáronse en pocos dias trescientos soldados, y se ofrecieron á seguirle personas principales. El historiador Herrera pretende que Cortés se quiso alzar con la armada, sacudiendo toda dependencia de su general y gobernador, y que quiso salir de noche del puerto de Santiago, temiendo que Velázquez, ya sabedor de su intento, le detuviese. Solís dice lo contrario, fundado en el testimonio de Bernal Diaz del Castillo, que fué testigo ocular.

Al fin, y de cualquier modo que haya sido,

Cortés se quiso prevenir contra las sospechas de Velázquez, y salió con su armada del puerto de Santiago de Cuba en diez y ocho de Noviembre de mil quinientos diez y ocho, y costeano la isla por la banda del Nordeste, llegó en pocos dias al puerto y villa de la Trinidad, donde tenia muchos amigos que le quisieron ayudar con sus caudales y seguirle en persona. Como habia pasado la noticia de este armamento á la Villa del Espíritu Santo, que está poco distante de la Trinidad, le vino un refuerzo de gente y de amigos con el mismo intento de seguirle: con este refuerzo de gente noble, y con otros cien soldados que se juntaron de ambas poblaciones, iba tomando cuerpo competente la armada, y al mismo tiempo no omitió diligencia para hacerse de bastimentos, de armas y caballos, granjeando á sus amigos con su natural agrado y obligándolos con sus liberalidades. Miétras tanto se hallaban estas dos villas en movimiento para favorecer esta empresa de Cortés, sus émulos no perdian tiempo para desquiciarle de la confianza que Velázquez le habia manifestado, y lograron tanto en su ánimo, que resolvió romper con Cortés y quitarle el gobierno de la armada. Envió órdenes y provisiones para Francisco Verdugo, que era alcalde de la Villa de la Trinidad, dándole comision para detener la armada y que le quitase á

Cortés el mando de ella juridicamente: era más fácil despachar esta comision que ponerla en ejecucion, porque Cortés, noticiado de todo y resuelto ya, despues de haber pesado lo que correspondia en semejante lance, vió que no le convenia disimular sus quejas ni era tiempo de consultar medios de embarazar las grandes resoluciones: trató de ver por sí y usar de la fuerza con que se hallaba segun la hubiese menester. Puso toda su diligencia, ántes que se publicase la orden que venia contra él, en asegurarse de los intentos de Diego de Ordaz, porque era de quien se recelaba más: le habló en secreto, y procuró que él mismo hablase á Francisco Verdugo apoyando sus buenas intenciones y lealtad en el servicio del Rey y de su Gobernador Don Diego Velázquez: procuró despues sondear los ánimos de algunos afectos al Gobernador de Cuba, y persuadiólos con tanto arte, y especialmente al mismo comisionado Francisco Verdugo, que escribieron todos una carta á Diego Velázquez, en que le decian que ya no era tiempo de detener á Cortés, porque se hallaba con mucha gente para dejarse maltratar ó reducirse á obedecer, y que lo mejor era llevar á Cortés por el camino de la confianza para asegurar con nuevos beneficios el que primero le habia ofrecido. Cortés tambien escribió por su lado de un modo muy medido y sin fal-

tar al respeto debido de un subalterno para con su superior; daba á entender en su contexto la nobleza de su corazon, despidiendo algunas centellas de resentimiento que dicen bien á una virtud calumniada.

Hecha esta diligencia, puso Cortés todo su cuidado en abreviar la partida. Se embarcó con la mayor parte de la gente para ir á la Habana por la banda del Sur, y envió por tierra un buen número de soldados mandados por Pedro de Alvarado. Llegado á la Habana él y toda su gente, unos por mar y otros por tierra, se adquirió en esta ciudad nuevos amigos y refuerzos de soldados voluntarios; y como toda la gente noble que se apresuraba á seguirle no ahorra nada para ir bien equipada, era muy lucido este armamento. Pero cuando con más viveza y diligencia se hacian los últimos preparativos de esta armada, llegó Gaspar de Garnica con cartas para Pedro de Barba, teniente Gobernador de la Habana, en que le ordenaba Velázquez que prendiese á Hernan Cortés y se lo enviase. Otras fueron despachadas á Diego Ordaz y á Juan Velázquez de Leon para que auxiliasen á Pedro Barba, y á todos advertia que no siguiesen el ejemplo de Verdugo, contra quien estaba indignado por no haber ejecutado sus ordenes, y que si le faltaban en esto, no admitiria excusa y les haria sentir los efectos de su indigna-

cion. No le salió mejor esta tentativa á Velázquez que la primera: fué generalmente desaprobada; y Cortés, viéndose apoyado de fuerzas competentes y de amigos nobles y esforzados, avisado del rumor que corria de que Velázquez venia en persona á la Habana para proceder contra él, violentó la salida de su armada del puerto de la Habana. Se componia la armada de diez navios y de un bergantin. Formó de su gente once compañías, dando una á cada bajel, para cuyo gobierno nombró por capitanes (que debian tener igual autoridad por mar que por tierra) á Juan Velázquez de Leon, Alonso Hernández Portocarrero, Francisco de Montejo, Cristóbal de Olid, Juan de Escalante, Francisco de Morla, Pedro de Alvarado, Francisco Saucedo, Alonso Dávila y Diego de Ordaz; y tomando para si el gobierno de la capitana, encargó el bergantin á Ginés de Nortez: dió tambien el cuidado de la artilleria á Francisco Orozco, soldado de reputacion en las guerras de Italia, y el cargo de piloto mayor á Anton de Alaminos, diestro en aquellos mares. En todas estas disposiciones demostró el conocimiento de un sabio general, previniendo contingencias y todo lo concerniente al mejor acierto de su expedicion. Tomó perfectamente sus medidas, manteniéndose, como dice Gonzalo Fernández de Oviedo, en la dependencia del Gobernador Diego Ve-

lázquez hasta que, ya dentro de Nueva-España, llegó el caso de obrar por sí, dando cuenta al Emperador de los primeros sucesos de su conquista. Me inclino á lo que dice este autor, porque considero más verosímil que Cortés, siendo de tan magnánimo corazón y teniendo sobrada instrucción en lo que exige la subordinación militar, no obstante que le tenía tan ofendido Velázquez con su desconfianza y se hallaba en estado de oponérsele, no quisiese aventurar su crédito y exponerse á la infidelidad de algunos de sus capitanes con este mal ejemplo que podía inquietar también á sus soldados y le abandonasen en los momentos más favorables de su conquista.

Entretanto se pensaba en la Isla de Cuba en hacer descubrimientos y Cortés vencía los obstáculos que se le oponían al logro de su empresa, disponiéndose de modo de salir bien en ella, surgían algunas malas pasiones en la Isla Española. Juntáronse en Santo Domingo los procuradores de los Consejos de la isla para nombrar diputado que fuese de parte de la isla á rendir la obediencia al nuevo Rey Don Carlos V y cumplimentarle por el plausible motivo de su llegada á Castilla. El tesorero Pasamonte y otras hechuras del difunto Rey Don Fernando, que habían obtenido los primeros cargos en el Consejo de la isla y cuyo crédito se había considerablemente

disminuido con la venida de los padres gerónimos y del administrador el licenciado Zuazo, se persuadieron de que ya era tiempo de recuperar su valimiento enviando una solemne diputación al joven Rey con el motivo referido; pero cuando iban á proceder á la elección de un diputado, tuvieron orden de parte de los padres comisarios de excluir de este cargo á los jueces y oficiales reales. La razón que se alegaba para esta prohibición no era ciertamente porque no convenía al servicio del Rey el que se ausentasen las personas públicas por un tiempo demasiado largo, sino que la política estaba de por medio; y esta prohibición no hizo más que acelerar la elección, recayendo ésta en uno de los jueces de la Real Audiencia (el Lic. Lucas Vázquez de Aillon). Irritados los padres gerónimos con este desaire, suplicaron al licenciado Zuazo que detuviese á este diputado y le recogiese todos sus papeles. Así lo hizo, y con esta acción tuvo en contra á todos los miembros del Consejo de la isla, quienes se quejaron de él fuertemente en la Corte. Aunque en primera instancia la Corte se mostró favorable al licenciado Zuazo y contraria á los oficiales reales, éstos hicieron tanto con sus representaciones, apoyadas de buenos empeños, que el Rey envió en reemplazo de Zuazo al licenciado Rodrigo de Figueroa, quien vino proveído por

juez de residencia, y al mismo tiempo ordenó que se volviesen á Castilla los padres gerónimos; pero no tuvo efecto por entónces esta última providencia. Antes de formar las instrucciones del licenciado Figueroa, quiso el Rey tomar parecer á su Consejo; y los flamencos, prevenidos por el padre Casas, opinaron que se le diese orden para quitar los repartimientos. Hicieron mucha fuerza en el Príncipe la razones que éstos alegaron para apoyar su sentir, puesto que eran contrarias á ellos mismos; pero los ministros españoles opusieron en contra razones muy fuertes, de modo que, suspenso el ánimo del Rey, no quiso resolver definitivamente, y otorgó al licenciado Figueroa facultad amplia para obrar segun le pareciese más conveniente despues de haberse aconsejado en aquella parte de las Indias de las personas más sábias y desinteresadas. Y porque tambien se habia quejado al Rey el licenciado Bartolomé de las Casas, que con el pretexto de caribes se cautivaba á todos los indios, no siéndolo muchos de ellos, ni antropófagos, y especialmente se cometía esta maldad con los indios de la isla de la Trinidad que eran muy mansos, que de no proveer su Alteza contra este desórden, no tardaría la isla en verse enteramente despoblada. Aprovechándose el Rey D. Carlos de estos informes, dió várias órdenes al nuevo Administrador para

el buen tratamiento de los indios, y muy particularmente le encargó diese libertad á todos los indios que tenían por canibales. Resultó mucha gloria al padre Casas con las medidas tan acertadas del Príncipe para hacer cesar los abusos introducidos en el Nuevo-Mundo, y asimismo con la conducta tan suave y sábia de los padres gerónimos en las Indias. Habian conocido, en fin, por la experiencia estos padres cuánto convenia unir los indios y reducirlos en vecindad para que aprendiesen mejor la policia cristiana y social, y que este sistema de poblacion y vida sociable de los indios era no tansolo practicable, sino aun necesarisimo si se intentaba conservarlos y convertirlos á nuestra santa fe; y cuando á fines de este año de mil quinientos diez y ocho el licenciado Figueroa les trajo la licencia que habian pedido para volverse á Castilla, tenían hechos treinta pueblos y plantada mucha yuca para su mantenimiento, y las iglesias proveidas de ornamentos y de todo lo necesario para el culto divino. Aun habian puesto toda su atencion en cultivar las cañas de azúcar, que ántes tenían solo en sus huertas por mera curiosidad, y ya se daba á conocer cuánto este objeto de comercio tan útil habia de hacer florecer la Isla Española.

Comenzaba ya esta isla á tener otra forma, y crecia en gran manera su poblacion, cuando el

mal de viruelas, de que hemos hecho mencion, arruinó tanto las bellas esperanzas, que perecieron infinitos indios de la isla y de las grandes Antillas, de suerte que parecian unos desiertos y se hacia casi increíble que ántes hubiesen estado tan pobladas.

El historiador Herrera trabaja mucho en querer probar que este accidente era propio de los pueblos de América, pero sus razones no convencen: fuera de eso, es más cierto que esta enfermedad, que es bien comun y epidémica en la Europa, se comunicó de los europeos á las partes septentrionales del Nuevo-Mundo, y no lo es ménos que tan poco diestros eran los isleños de las Antillas en la aplicacion de su remedio, como los indios bárbaros del Canadá y de la Florida. De cuando en cuando experimentan los indios el rigor de este azote, y para curarse usan de las mismas bestiales precauciones de que habla Herrera se valian los indios de la Española. Luego que se sentian heridos de este mal, se echaban en los rios para templar el calor que los abrasaba, lo que hacia retroceder el material pútrido á lo interior y les causaba la muerte. Si no hubiera sido esta enfermedad nueva entre ellos, la experiencia les hubiera enseñado que buscaban la muerte donde solicitaban su remedio; y dado el caso que hubieran hecho siempre la misma bar-

baridad que hicieron en los tiempos que ahora les acometió este contagio, se hubiera verificado mucho ántes la desolacion de estas vastas regiones, y quanto há que se hubieran convertido en unos dilatados páramos y desiertos. A este terrible azote que se habia descargado solo sobre los indios y fué causa de la ruina de la Española, sobrevino otro no ménos funesto para estas islas, cuyo origen fué muy ligero al parecer.

Apareció de repente en la Isla Española, y más en la de Puerto-Rico, una multitud prodigiosa de hormigas que cubrieron toda la superficie del suelo; con esta diferencia, que las de Puerto-Rico tenian aguijon y causaba mayor dolor su picadura que las avispas, y en la Española hacian más perjuicio en las plantas y árboles. En una y otra isla se veían obligadas las gentes, para defenderse de ellas y poder dormir, de asentar su cama sobre cuatro lebrillos llenos de agua. Comian los árboles hasta la raíz y los dejaban secos, y causaba gran lástima ver perdidas las hermosas huertas de aquellas amenisimas tierras. Perecieron todos los naranjos que habia en la Española, y tambien las cañafistulas y cañas de azúcar, que comenzaban á darse con grande abundancia, principalmente en la Vega Real, y tanta, que dice Herrera que aunque comieran como pan de estas cañafistulas, bastaran á pro-

veer á toda Europa y Asia; proposicion que desde luego no se debe tomar á la letra: más considerable fué la pérdida de las cañafistulas, que era el renglon mayor del comercio de la isla. Por más diligencias que se hacian para matar estas hormigas, anegándolas en agua ó quemándolas con fuego, estaban los árboles tan llenos de ellas, que á poco tiempo era fuerza comenzar de nuevo á perseguirlas: parecian los árboles como si los hubieran quemado, y muchos de ellos se secaron hasta la raíz. Llegó á suceder que, ahondando la tierra para descubrir sus hueveras (que se hallaban á cuatro palmos y más en el fondo de la tierra) se pegase fuego á montones de huevos de aquellos insectos, y no obstante esto, se vieran al dia siguiente tantas hormigas vivas como si no se hubiese hecho nada. Hicieron los religiosos de San Francisco una experiencia para destruirlas que les salió muy bien, pero que todos no la pudieron hacer. Pusieron sobre una de las azoteas de su convento tres ó cuatro libras de mercurio sublimado ó soliman: vinieron de média legua en contorno infinidad de hormigas atraídas por esta golosina que les costaba tan caro, pues al picarla caían muertas. No há mucho que se descubrió un secreto para librarse de estos perniciosos insectos, y consiste en criar otra casta de hormigas negras cerca de las hueveras de las

arrieras y bravas, y como aquellas son enemigas acérrimas de éstas, las acaban en poquísimo tiempo sin daño alguno de las plantas. Recurrióse pues á Dios en tanta afliccion, viéndose frustradas todas las diligencias humanas: se hicieron grandes rogativas y procesiones; y para la eleccion de un santo mediador para con Dios que les libertase de aquella plaga, se determinó echar suertes, y cayó la suerte sobre San Saturnino: se celebró su fiesta con gran solemnidad despues de haberlo recibido por patron y abogado, y desaparecieron poco á poco las hormigas. Acrecentáronse estas calamidades con la destruccion de los puercos, porque los perros que se habian multiplicado en la isla, dieron en salir de los ranchos y de las casas á correr sobre estos animales, que despedazaban, y aun acometian á los becerros, de modo que fué grandísimo el daño que hicieron. Habia en aquella isla inmensidad de puercos, que como se criaban con raíces muy suaves y frutas delicadas, la carne de ellos era exquisita y sabrosa. Costó mucho trabajo impedir el que del todo destruyesen los perros toda la casta de aquellos animales, y hubo de ellos una grande matanza sin poderlo remediar.

Entretanto gemia la Española bajo el peso de

estas plagas, llegó el licenciado Rodrigo de Figueroa para ejercer el mismo empleo que habia servido Zuazo. Siempre habia vivido este administrador guardando buena armonia con los padres gerónimos; y como por su grande equidad é inflexible probidad se habia hecho muchos enemigos en la Corte, porque habia impedido el que los señores de la Corte volviesen á gozar de los repartimientos que los padres gerónimos les habian quitado, no tuvieron mucho trabajo los áulicos, que se sentian de la severidad de su gobierno, en ponerlo mal en el ánimo del Soberano y de sus ministros. No habian podido oponer á las baterias de sus émulos mas que el sufragio y buena loa que tenia de parte de los hombres de bien y honrados, y los gritos de los pobres que no alcanzaban tan léjos, ni penetran cuando mucho hasta los umbrales de la Corte: así se veia caído y vivia vida de particular en Santo Domingo; pero los padres gerónimos que habian recibido carta del Rey, y les habia mandado decir que agradecia sus buenos servicios, y que atenta su instancia les daba licencia para venirse á España cuando quisiesen, se aprovecharon con dolor de los bienintencionados de los navios que habian traído al licenciado Figueroa, para regresarse á la Europa. Habiendo llegado á salvamento á Castilla, fueron á Barcelona adonde se hallaba el Rey, para darle

cuenta de las cosas de Indias y de su administracion.

Deseaban mucho poder informarle, que el origen del mayor daño de los establecimientos hechos en el Nuevo Mundo, y en especial en la isla Española, provenian de la falta de subordinacion y parcialidades que los destruian, fomentadas por aquellos mismos que debian mirar por su fomento y felicidad. Quejábanse particularmente del tesorero Pasamonte, que los más inquietos y revoltosos tomaban por cabeza y fiaban de su proteccion para desasosegar y calumniar los superiores por más rectos que fuesen, como lo habian hecho con el licenciado Zuazo, so color que favorecia los intereses del Almirante D. Diego Colon, y para perseguir finalmente á los ministros y á todos aquellos que gozaban de algunos empleos visibles como no frisasen con Pasamonte, que habia sido la causa de todas las pesadumbres del Almirante. Los amigos que Pasamonte tenia en la Corte, ó sospecharon ó descubrieron alguna cosa de lo que intentaban estos religiosos, y por consiguiente les estorbaron los medios de informar al Rey; y lo cierto es, que despues de haber solicitado en vano por mucho tiempo audiencia del Rey, cansados de esperarla, tomaron el partido de retirarse á sus conventos como lo habia hecho su conolega el padre Manzanedo.

Año de 1519.—No cedió tan fácilmente de sus pretensiones el padre Casas: su proposición, como está dicho, de enviar negros y labradores á las Indias, habia parecido bien, y en cuanto á la introduccion de negros no tuvo efecto su envío por las razones arriba referidas, ni la leva de labradores habia tenido mejor suceso, porque el licenciado Casas que se habia hecho cargo de ello, tuvo la desgracia de no poder juntar muchos, por tener en contra á los señores de la Corte, que se oponian á las levas de sus vasallos. Con todo, habia conseguido hacerse de unos doscientos que hizo embarcar en Cádiz; pero habiendo arribado el navio que los llevaba á la isla de Porto-Rico, no le quedaron ni uno, porque con engaños y otros medios se los llevaron los avecinados en la isla. Poco despues, habiendo llegado la noticia de la mortandad de los indios de la Española á causa de las viruelas, tornó a emprender con mayor ánimo el negocio de los indios, representando que por esta peste, que habia acabado á tantos indios, era necesarísimo para reparar tanta pérdida y para beneficio del haber real, que se enviasen labradores, dándoles estancias para trabajar con las condiciones que habia arbitrado más del caso; pero pareciendo al obispo de Burgos que esto era poner al Rey en muchos gastos, le dijo con claridad que no estaba el Rey

para entrar en proyectos que no ofrecian beneficio cierto, sino inmensos gastos. Conociendo el licenciado Casas que no habia de conseguir cosa alguna con este prelado, se resolvió á no tratar con él negocio alguno concerniente á cosas de Indias.

CAPITULO XXIX.

PROPONE EL P. CASAS EL PLAN DE UN NUEVO ESTABLE-
CIMIENTO EN INDIAS: JUNTA EXTRAOR-
DINARIA PARA EXAMINAR LA CAUSA DE LOS INDIOS: RES-
PONDE EL P. CASAS A LAS OBJECIONES
QUE LE HACEN: CONSIGUE LO QUE DESEA: OYE EL REY AL
OBISPO DEL DARIEN, AL P. CASAS Y A
UN FRAILE FRANCISCANO SOBRE LA CAUSA DE LOS INDIOS:
PARECER DEL ALMIRANTE DON DIEGO
COLON, Y AL FIN NADA SE CONSIGUE SOBRE
ESTE ASUNTO.

Año de 1519.—Mal despachado el padre Casas de parte del obispo de Burgos, y léjos de lograr audiencia sobre la leva de labradores que proponia y sobre las quejas que queria dar contra los padres comisarios, tuvo que defenderse contra muchas acusaciones dadas contra él. Con tan poco suceso hubiérase entibiado el celo de cualquiera otro;

pero el de las Casas cobró nuevos bríos. Viéndose este hábil misionero sin esperanzas de lograr su intento con el obispo de Burgos, resolvió acudir al gran canciller Ganitara, y á los ministros flamencos que le protegian, y les propuso un arbitrio á su parecer seguro para fundar un establecimiento muy ventajoso para el Rey, y que respondia del acierto como en la extension de cien leguas de país que escogeria, no entrasen soldados ni gente de mar, ni otro castellano sin su consentimiento. Añadió que como por las vejaciones de los españoles los indios huyan de sus dominios, daria modo para que los colonos labradores que pensaba escoger, se vistieran de paño blanco con cruces coloradas casi de la misma forma y color que las de Calatrava, a fin de hacer creer á los indios que era otra gente de nacion distinta de la que habian visto, que los habian de tratar mejor, con el fin de pedir con el tiempo que el Papa y el Rey debajo de aquel hábito fundasen un Orden militar, pareciéndole que de aquella manera se sujetaria á la Corona de Castilla, y convertiria todos los indios de la costa de Cumaná para donde pedia esta empresa. Presentó su plan muy circunstanciado en orden á este proyecto á los señores de Gebrés y de la Chaux, que eran sus mas poderosos protectores, en que ofrecia las cosas siguientes: que en todo el país de mil leguas de

costa que pedia, civilizaria en el término de dos años diez mil indios: que en tres años estarian en estado de contribuir al Rey de tributo quince mil ducados de renta, y que en diez años la haria llegar á sesenta mil: ofreció asimismo que formaria tres pueblos cada uno con su ciudadela, y pondria cincuenta de estos caballeros de presidio: que procuraria indagar con cuidado los parajes que tuviesen oro ó plata, y de ello informaria con exactitud al Rey: que llevaria en mision doce religiosos dominicos y franciscos, para que entendiesen en la conversion de los indios: que fuesen con él diez naturales de la isla Española, y que le entregasen cuantos indios se hubiesen llevado de tierra firme á la Española, para que se restituyesen á su tierra: que se contentaba para la manutencion de sus caballeros con la docena parte de las rentas que se sacasen de aquel pais, para que la gozasen sus herederos hasta la quarta generacion: que fuesen armados caballeros de la espuela dorada, y que fuesen francos de todos impuestos y servicios para siempre jamás, y sobre todo, que nunca se diesen de aquellos indios en repartimiento, y en encomienda á nadie.

Pareció muy bien este proyecto á los señores flamencos, quienes le aconsejaron lo presentase al Consejo para su aprobacion; pero como sucedió que Mr. Gebrés y el gran canciller fuesen á

las fronteras de Francia para tratar de un ajuste con aquella Corona, y que en el Consejo de Indias no se oían favorablemente las proposiciones del licenciado Casas, perdió éste la paciencia y tomó una resolucion atrevida, debiendo haber consultado mas bien las máximas de la prudencia que las de un celo indiscreto. Fué á verse con todos los que tenian titulos de predicadores y teólogos del Rey: empeñó en sus ideas á ocho de ellos, parte eclesiásticos, parte religiosos dominicos, que entraron un dia en el Consejo, declarando á todos los señores que le componian, que darian cuenta á Dios de todos los daños y yerros que se cometian en Indias, pues que no querian despues de tantas quejas y representaciones que se les habia hecho poner remedio. El maestro Fr. Miguel de Salamanca, dominico, dijo todo lo que le parecia, y profirió quanto le habia comunicado el celoso licenciado Casas: tuvieron los señores del Consejo la paciencia de oirle hasta que hubo acabado, pero inmediatamente el obispo de Burgos mirándole con un semblante muy severo, le respondió, diciéndole que su atrevimiento habia sido muy grande, y que no tenian los predicadores del Rey para que meterse en asuntos del gobierno: replicó el Dr. de la Fuente, uno de los ocho predicadores, que por su oficio debian mirar por los intereses de la casa de Dios, y por cuya defensa

estaban prontos á sacrificar sus vidas, que no debían extrañar que unos maestros de Sagrada Teología, que podían sin contradicción hablar en un Concilio general, diesén consejos saludables á los consejeros y ministros del Rey, para que proveyesen de remedio en las faltas que cometían en el ejercicio de sus empleos, que por tanto de oficio habían venido á declararles que si no se reformaban los abusos que se habían introducido en las Indias, predicarian públicamente contra ellos ya que no valían avisos particulares, y que en esto pensaban cumplir con la mas esencial de sus obligaciones, como era la de predicar el Evangelio, y decir la verdad al Rey y á sus ministros. Tomó la mano entónces D. García de Padilla y dijo, que el Consejo había hecho en todos tiempos lo que debía, como se podía probar por las mismas provisiones que se les quería comunicar, aunque no lo merecía su presuncion y temeridad digna mas bien de castigo que de semejante condescendencia, pero á fin de que conociesen ellos mismos lo irregular de su proceder. Replicó el Dr. Fuente que se les enseñasen esas provisiones, que examinadas las alabarian si eran justas y loables, pero si no eran conformes de la Ley de Dios y á las reglas de la justicia, las maldecirían y á sus autores tambien, añadiendo y no creemos que vuestras señorías querrán ser de éstos. Al cabo

de algunos dias el Consejo mandó llamar á los predicadores, y se les leyeron muchas ordenanzas y leyes antiguas y modernas, concernientes al buen tratamiento de los indios, que ocuparon todo el tiempo y salieron sin tener que decir. De allí á otros pocos dias presentaron un escrito que contenía una relacion patética de todos los desórdenes y abusos que se cometían en Indias, y proposiciones acerca de algunos medios para remediarlos. Fué leído su escrito, se les habló con gran benignidad, y se les prometió que aprovechándose de sus buenos avisos, se daría providencia, y con esto se fueron los predicadores. Esperó algun tiempo el licenciado Casas á ver en qué pararian las promesas del Consejo; mas como no producian nada, acordó hacer una tentativa con los ministros flamencos. Los celos y envidia que reinaban entre los ministros españoles y flamencos sobre la confianza del Principe, que tenían estos últimos, sirvieron mucho al padre Casas: los flamencos que se alegraban de entrar en conocimiento de un negocio que daría nuevo realce á su autoridad, y que deseaban que se hallasen defectos en los ministros castellanos, se aprovecharon de esta ocasion para mortificar á sus rivales: le dieron palabra de hacer atencion á sus negocios, y le aconsejaron que recusase á todo el Consejo de Indias, y en especial al obispo de

Burgos: así lo hizo el licenciado Casas, pidió al Rey una junta, y mediante el crédito de los señores flamencos, que le habían movido á tomar esta arriesgada resolución, consiguió que se nombrasen personas de otros consejos neutrales para que conociesen de este negocio, y en fin, cuanto podía desear. Los señores que componían esta junta extraordinaria fueron D. Juan Manuel, que había tenido mucho valimiento con el Rey D. Felipe I, padre del Rey D. Carlos, D. Alonso Tellez, hermano del marqués de Villena, los dos del Consejo de Estado y de Guerra, el marqués de Aguilar, montero mayor y también consejero de Estado, el licenciado Vargas que había sido tesorero general del difunto Rey Católico, el cardenal Adriano, inquisidor mayor de España, y todos los señores flamencos que eran del Consejo de Estado. Se examinó con mucho cuidado en esta junta respetable el plan y proyecto del licenciado Casas, y se vino á aprobar enteramente, con la diferencia que las mil leguas que pedía se reducirían á trescientas desde el golfo de Paría hasta Santa Marta; y aunque era crecida esta concesión para un hombre cuyos fondos y recursos no podían ser sino muy cortos, se ordenó que se le librasen los despachos convenientes.

Luego que se hizo pública esta deliberación de la junta, levantaron un grito general contra el licenciado Casas muchas personas que habían ve-

nido de las Indias y los señores del Consejo recusado, diciendo que solo de la cabeza hueca de un aventurero ambicioso podía haber salido proyecto tan extravagante, que causaría al Rey inmensos gastos y sacrificaría á sus locas ideas la vida de los que fuesen tan simples para seguirle, y quiso la desgracia del licenciado que el evento de este negocio le condenase en el espíritu de aquellos cuyo modo de pensar y de juzgar las cosas es únicamente por su efecto bueno ó malo. Dió con todo mucho en qué pensar esta repugnancia tan general á los que habían opinado á favor de este proyecto, y solicitaron otra junta para deliberar de nuevo sobre el particular; pero consiguieron los flamencos que fuese oído de nuevo el padre Casas, quien supo (por medio de su vehemente elocuencia) desvanecer todas las objeciones que se le hacían. Respondía á todas dejando satisfechos á todos los de la junta, y á la que parecía ser de más fuerza tocante á las ventajas tan grandes que debían resultar de su establecimiento al haber real en tan poco tiempo, porque no se percibía cómo ni de dónde sacaría el Rey sus gastos adelantados. Respondió con razones convincentes con que demostró plenamente poder cumplir lo ofrecido, y fué en este punto donde brilló más la elocuencia del protector de los indios. Comenzó trayendo un lugar co-

mun en que dió á conocer cuánto convenia al Principe que fuesen los nuevos establecimientos administrados por personas animadas del celo del bien público, dotadas de una integridad grande y de un desinterés á toda prueba: hizo ver despues que todos los desórdenes que se observaban en las fundaciones nuevas de los dichos establecimientos dimanaban únicamente de la falta de estas prendas en los ministros que las gobernaban; y despues de haber apoyado esta verdad, supo traer á su asunto hechos tan plausibles, que ninguno de los asistentes dudó de que, si era apoyado en su proyecto, éste tendria el suceso mas completo y deseado. Acabó con un ejemplo que hizo valer mucho más de lo que la realidad vale, pero que se tomó como una prueba convincente, diciendo: que habia seis años que Pedrarias mandaba en Castilla del Oro; que el Rey, en todo este tiempo, habia gastado cincuenta y cuatro mil ducados en la conservacion de aquella Provincia, y no habia sacado de su quinto más que tres mil pesos; pero podia probar que el Gobernador y sus oficiales habian sacado para sí un millon de oro, habiendo costado la vida á una multitud infinita de indios. Esta última circunstancia pudo haber dado lugar á que se replicase al padre Casas, que si las grandes riquezas que Pedrarias habia sacado de Cas-

tilla del Oro eran compradas con la sangre de tantos infelices, no podia deducir del ejemplo que alegaba para apoyar un establecimiento cuyo fundamento, que se proponia él mismo, era dejar la libertad á los naturales del país.

Pero no se hizo esta instancia al licenciado, á la que hubiera dado fácil solucion con decir que al dejar á los indios en el goce de su libertad natural, no pretendia con esto dejar de sacar de ellos algun servicio, pues habia muchos medios para obligarlos al trabajo de las minas, cuando no fuera más que para ponerlos en estado de poder contribuir al tributo que sin grave perjuicio suyo se les podia imponer, que en tratándolos bien seria el medio de conservarlos, que en cuidando de que no llevasen armas se lograria el tenerlos siempre seguros, y finalmente, que si eran ménos prontos los provechos que de ellos se podian sacar, serian más seguros y durables.

Fueron, en fin, confirmadas las deliberaciones de la junta: se firmaron los despachos del nuevo Gobernador de esta colonia de labradores caballeros, y se dieron órdenes para el armamento de los navios que la debian trasportar á su destino.

Pero hubiera sido infructuosa y imperfecta la victoria del padre Casas si no se determinaba alguna cosa favorable para el alivio de los indios

de la Isla Española y de los demás establecimientos existentes del Nuevo-Mundo; y no tan solamente tuvo este consuelo ántes de partir, sino que consiguió esta otra ventaja sobre sus contrarios, que le aseguraba la primera, y debió este doble triunfo al gran crédito de los ministros flamencos.

El jóven soberano, poseido de aquellos ministros, cuidaba poco de las cosas de Indias; otros negocios muy importantes le ocupaban en el principio de su reinado, rodeado todo de espinas: los grandes movimientos que se dieron los flamencos para que el Principe adornase su cabeza, ya cargada de muchas diademas con la corona del imperio, dieron lugar á tales lentitudes, que tomaron los interesados sus medidas para frustrar el proyecto del padre Casas. Le opusieron un hombre cuya autoridad podia servir de contrapeso á la del virtuoso eclesiástico: era Don fray Juan de Quevedo, franciscano, Obispo del Darien, que acababa de llegar á la Europa y habia traído los tres mil pesos que el Gobernador de aquella provincia enviaba al Rey de sus quintos. Este prelado, que tenia negocios que tratar en el Consejo, seguia la Corte, de donde no se apartaba las Casas. Su primera diligencia fué declararse contra la opinion de los misioneros dominicos, y en sus visitas y conversaciones impugnar

las razones sobre que fundaban la necesidad de revocar el repartimiento de indios. Este parecer, tan favorable á la Corte y a los oficiales (que en ello hallaban su interes), no pudo ménos de ser recibido con aplauso y formar un gran partido. Tenia de su parte el padre Casas á todos los hombres de bien, y si no era el más fuerte su partido, parecia por lo ménos el más justo. Sin embargo, conociendo este prelado dónde venia el aire de la Corte, dejando de instar en las disputas, que ántes habian sido tan vivas sobre este asunto, se hizo amigo del padre Casas, á quien veia muy acreditado con los ministros flamencos y aun muy estimado del Rey.

Entre los que favorecian al padre Casas era uno el doctor Mota, Obispo de Badajoz, del Consejo del Rey; y sabiendo el licenciado que comia en su casa el Obispo del Darien, fué á verle y convidado se quedó á comer con ambos Obispos, y Don Juan de Zúñiga (hermano del conde de Miranda, que despues fué ayo de Felipe II), como tambien el Almirante de las Indias Don Diego Colon, que estaban convidados igualmente. Acabada la comida se trató en la conversacion de la defensa de los indios que patrocinaba el licenciado Casas, y comenzó éste á reprender al Obispo del Darien porque no habia procedido con censuras contra Pedrarias y los oficiales reales para

hacer cesar las vejaciones tiránicas que se hacian á los naturales del pais.

Como el Obispo del Darien no pensaba del mismo modo, en orden á los repartimientos, que el protector de los indios, se acaloró la conversacion: disputaron vivamente, y duró largo tiempo el debate, que no habria terminado tan presto á no haberle suspendido el Obispo de Badajoz, precisado de asistir al Consejo. Luego que llegó á palacio le dijo al Rey lo que habia pasado en su casa entre el licenciado Casas y el Obispo del Darien. Estas contestaciones que dividian á la Corte picaron la curiosidad del Rey, quien deseaba instruirse en estas materias, y no le pesó encontrar personas que le pudiesen manifestar el pró y el contra de una cosa de tanta importancia y que podia aclararse bien para determinar con acierto. Dijole al Obispo de Badajoz que queria oír á ambas partes, y tomó la determinacion de convocar una junta en que las partes interesadas hiciesen valer sus razones.

Fueron, pues, citados el Obispo del Darien y el padre Casas para un dia señalado de Consejo. Fué intimada la misma orden al Almirante Don Diego Colon, hijo del grande Don Cristóbal, que habiendo sucedido á su padre no habia heredado ni su autoridad ni su estimacion. Habia pocos años antes vuelto á España poco satisfecho de las usur-

paciones que hacian contra su autoridad los ministros reales. Tambien quiso el Rey que de su parte se diese orden de hallarse en el Consejo el dia citado á un padre franciscano que acababa de llegar de la Isla Española á Barcelona, donde se hallaba la Corte. No era tan medido este religioso como el licenciado Casas en las conversaciones que se ofrecian sobre los negocios del Nuevo-Mundo: predicaba con gran libertad contra los que gobernaban en las Indias; y todos aquellos á quienes no gustaba esta libertad de discurrir, le acusaban de ambicioso y de interesado de hacer su corte por estos medios á los señores flamencos con el fin de lograr la dignidad episcopal á que se dirigian sus pretensiones.

En la pieza en que se debia tener la junta se habia levantado un trono muy alto, y el dia señalado pasó el Principe á ella acompañado de sus ministros y de un lucido acompañamiento: era numerosa la Corte, el negocio de grande importancia y la presencia del Principe hacia augusto el Consejo. Se sentaron al pié del trono, sobre una banca puesta al lado derecho, el señor Chevres, el Almirante Colon, el Obispo del Darien y el licenciado Aguirre. Sentáronse sobre la banca de la mano izquierda el gran Canciller Gatina-ra, el Obispo de Badajoz y muchos otros consejeros de Estado: el licenciado Casas y el religioso

franciscano, cuyo nombre y apellido no se halla, estaban hácia el frente del Rey. Sentados todos y estando todo en silencio, se levantaron á un tiempo Mr. Chevres y el gran Canciller, y cada uno por su lado, subiendo las gradas del trono, hincaron las rodillas á los piés del Rey, y despues de haberle hablado un rato en voz baja, volvieron á sus asientos, y el gran Canciller mandó, en nombre de su Majestad, al Obispo del Darien que se explicase sobre el negocio de repartimientos.

Se levantó el Obispo y se excusó al principio, alegando que era un negocio demasiado importante para ser tratado en público; que traia muchas cosas graves y secretas del real servicio que tratar, y no convenia decirlas sino á su Majestad y Consejo; por tanto, le suplicaba mandase salir á los que no eran del Consejo. Aqui observa el historiador Herrera, que esta fué la primera vez que fué tratado el Rey de España en el Consejo de *sacra majestad*, porque acababa el Principe de recibir el decreto de su eleccion á la corona del imperio. Recibió el Obispo segunda orden del Rey para que hablase, y insistió en otras excusas, diciendo que no convenia ni á su edad ni á su carácter entrar en estas contestaciones; pero al fin el gran Canciller le dijo que todos los que se hallaban presentes habian sido llamados

para asistir á este Consejo, y que su Majestad le mandaba que hablase. El Obispo, pues, sin entrar en detalle alguno, habló de esta manera:

« Há cinco años que parti de estos reinos para
« tierra firme. En todo este tiempo no se ha he-
« cho cosa buena ni en servicio de Dios ni en el
« del Principe. Viendo, pues, que aquella tierra
« se perdia, y que el primer Gobernador de ella
« fué malo y el segundo peor, y que todo se en-
« caminaba mal en aquella tierra, determiné pa-
« sar á España á fin de informar á V. M. de lo
« que pasa; y en lo que toca á los indios, es muy
« extraordinario que se dispute todavía sobre un
« punto que tantas veces ha sido decidido en los
« Consejos de los Reyes Católicos, abuelos de V.
« M. Sin duda se ha tomado esta determinacion
« para tratarle con todo rigor por haber reflexio-
« nado sobre el genio y costumbres de los in-
« dios. ¿Para qué hemos de referir aqui las re-
« beliones y las perfidias de tan indigna gente?
« ¿Se ha podido jamás reducir á los indios sin la
« fuerza? ¿Quién ignora cuánto aprecian el oro y
« cuánta industria se requiere para sacárselos,
« siendo de suyo tan desconfiados? ¿No han
« tentado todos los medios para acabar con sus
« amos y sustraerse de su nuevo dominio? Por
« noticia que tengo de los de la tierra adonde he
« estado, y de las otras partes de las Indias que

« de camino he visto, soy de sentir *que han*
 « *nacido para la esclavitud, y solo en ella*
 « *los podremos hacer buenos.* No nos lisonjee-
 « mos; es preciso renunciar sin remedio á la
 « conquista de las Indias y á los provechos del
 « Nuevo-Mundo si se deja á los indios bárbaros
 « una libertad que nos seria funesta. ¿Pero qué
 « hay que oponer contra la esclavitud á que es-
 « tán reducidos? ¿No ha sido siempre el privile-
 « gio de las naciones victoriosas y la suerte de
 « los bárbaros vencidos? ¿Se portaron de otra
 « manera los griegos y los romanos con las na-
 « ciones indómitas que sujetaron con la fuerza
 « de las armas? Si en algun tiempo merecieron
 « algunos pueblos ser tratados con dureza, es en
 « el presente los indios, más semejantes á bes-
 « tias feroces que á criaturas racionales. ¿Qué
 « diré de sus delitos y de sus excesos, que dan
 « vergüenza á la misma naturaleza? ¿Se nota en
 « ellos alguna tintura de razon? ¿Siguen otras le-
 « yes que no sean las de sus brutales pasiones?
 « Pero dicen que por el rigor de sus amos y ti-
 « ranta de los repartimientos no abrazan la reli-
 « gion. ¿Qué pierde la religion con tales sugetos?
 « Se pretende hacerlos cristianos, casi no siendo
 « hombres. Digan los ministros que han entrado
 « hasta aquí en sus tierras cuál ha sido el fruto
 « de sus trabajos y cuántos verdaderos prosélitos

« han hecho. Pero son almas redimidas con la
 « sangre de Jesucristo: convengo en ello. No
 « quiera Dios que yo pretenda abandonarlos, y
 « por siempre sea aplaudido el celo de nuestros
 « piadosos Monarcas para atraerlos al rebaño de
 « Jesucristo; pero sostengo que la esclavitud es
 « el medio más eficaz, y añado que es el único
 « que se puede emplear. Siendo ignorantes, es-
 « túpidos, viciosos, ¿cómo se les podrá instruir
 « en las cosas necesarias si no son reducidos á
 « una servidumbre saludable? Tan ligeros é in-
 « diferentes para renunciar al cristianismo como
 « para abrazarlo, los vemos muchas veces salir
 « del bautismo para seguir sus antiguas supers-
 « ticiones. Convendrá, pues, no abandonarlos á
 « sí mismos, sino dividirlos en cuadrillas, ponién-
 « dolos bajo la disciplina de los más virtuosos
 « españoles, porque sin esta diligencia, en vano
 « se trabajaria en reducirlos á la vida racional de
 « hombres y jamás se lograria hacerlos buenos
 « cristianos. »

Fué oído con atencion el discurso del Obispo,
 y recibido segun las diferentes disposiciones de
 los ánimos. Habiendo concluido, se encaró el
 Canciller con el padre Casas, y en nombre del
 Rey le mandó responder, lo cual hizo en estos
 términos:

« Señor: Soy uno de los primeros castellanos

« que pasaron al Nuevo-Mundo, recientemente
 « descubierto en el reinado de los invencibles
 « Monarcas Don Fernando y Doña Isabel, pre-
 « decesores de V. M. No me movió ni la curio-
 « sidad ni el interes á emprender un viaje tan
 « largo y peligroso: la salvacion de las almas
 « fué el único objeto de mis deseos. Quisiera
 « Dios que pudiera emplearme con todo el fruto
 « que pedia una mies tan abundante, y que con
 « la sangre de mis venas pudiera rescatar la pér-
 « dida de tantos millares de almas sacrificadas
 « infelizmente á la codicia ó á la impureza. He
 « sido testigo ocular de la variedad de conductas
 « que se ha tenido con los naturales de aquellas
 « tierras: no acabaria jamás, y abusaria dema-
 « siado del honor que me hace V. M. si le ha-
 « blase con extension de tantos horrores que he
 « visto ó he sabido por personas fidedignas. Me
 « he dado por entendido de ellos más de una vez
 « en este Supremo Consejo, y he informado á
 « V. M., quien no habrá olvidado lo que en es-
 « ta materia me he tomado la libertad de insi-
 « nuarle; pero me pareceria hacer traicion á la
 « inocencia si dejara sin justa réplica, delante
 « de un congreso tan augusto, á lo que acaba de
 « proferir el ilustrisimo Obispo de tierra firme.
 « En primer lugar, no puede hablar este prela-
 « do de los habitantes de su Provincia: y qué ¿no

« seria injusticia juzgar de todos los pueblos por
 « uno solo? En segundo lugar, se intenta persua-
 « dirnos que fueron necesarias tan bárbaras eje-
 « cuciones para castigar ó para impedir la rebe-
 « lion de los indios, que nos diga por dónde
 « comenzó. ¿No recibieron estos pueblos á los
 « primeros españoles con humanidad y manse-
 « dumbre? ¿No tenian más gusto de ser pródigos
 « de sus tesoros que ansias el español de recibir-
 « los? Pero no se sació nuestra codicia: nos aban-
 « donaron sus tierras y casas y riquezas: quisimos
 « quitarles tambien sus hijos, sus mujeres y su
 « libertad. ¿Podiamos pretender que se dejasen
 « ultrajar de un modo tan sensible, que se deja-
 « sen degollar, prender y quemar sin manifestar
 « el más leve sentimiento? A fuerza de declamar
 « contra los infelices, se pretende insinuar que
 « apenas son hombres: tengamos vergüenza de
 « haber sido ménos hombres y más bárbaros que
 « ellos. ¿Qué otra cosa han hecho mas que defen-
 « derse siendo acometidos, rechazar con las armas
 « las injurias y la violencia? Suministró siempre
 « la desesperacion armas á los que están reduci-
 « dos al último extremo. Se cita el ejemplo de
 « los romanos para autorizar la esclavitud de estos
 « pueblos. ¿Así habla un cristiano, un obispo? ¿Es
 « este el Evangelio que predica? se arroja á decir,
 « que han nacido para la esclavitud: y desde el

« principio del mundo han sido ménos esclavos
 « que los demás hombres, sin interes y sin pasion.
 « No lisonjemos nuestra codicia, ni nos dejemos
 « cegar de la libertad que poseemos: todas las
 « naciones son igualmente libres, y á nadie le es
 « permitido intentar sobre la libertad de otros:
 « tratemos á estos pueblos americanos como hu-
 « biéramos querido que nos tratasen si hubieran
 « parecido sobre nuestras costas con la misma su-
 « perioridad de fuerzas que teniamos sobre ellos
 « cuando los hemos descubierto. Y¿ quién impide
 « esta igualdad de una y otra parte? ¿desde cuándo
 « el derecho del mas fuerte ha prevalecido y pres-
 « crito contra el de la justicia? ¿qué ley, que ar-
 « tículo del cristiano lo autoriza? ¿qué derecho
 « tenemos de hacer esclavos unos pueblos que
 « nacieron libres, que nosotros invadimos sin que
 « jamás nos hubiesen ofendido? Sean en hora
 « buena vasallos nuestros: la ley del más fuerte lo
 « autoriza; ¿pero por dónde merecieron ser es-
 « clavos? »

« Dicen que son estúpidos, brutales y dados á
 « todos los vicios; ¿quién lo puede extrañar? ¿que
 « otras costumbres se pueden esperar de unos
 « pueblos privados de la luz del Evangelio? Ten-
 « gamos lástima de ellos, pero no los oprimamos,
 « procurémos instruirlos, alumbrarlos, corregir-
 « los y ponerlos en órden, pero no los desespe-

« rémos. Si el reverendo obispo quiere reflejar
 « en aquello que les achaca de viciosos en extre-
 « mo, convendrá conmigo que los mas de los vicios
 « que tienen, los han aprendido de los mismos
 « cristianos, y que en aquellos que los cristianos
 « han tomado de los indios les han llevado su
 « ventaja. ¿Acaso puede negarse que el orgullo,
 « la avaricia, la ambicion, la blasfemia, la traicion
 « y otros muchos monstruos semejantes, no han
 « inficionado aún á estos infieles, ni los han co-
 « nocido, y que toda la ventaja que podemos li-
 « sonjearnos de tener sobre ellos se reduce á la po-
 « sesion de mayores luces, de más despejado en-
 « tendimiento y modo de pensar más elevado?
 « Ventajas todas á que suplen sobradamente estos
 « pueblos con su grande sencillez, su mansedum-
 « bre inalterable y el candor de su buena fe. Di-
 « cen que no son capaces de gobernarse por sí
 « mismos: ¿cómo, pues, han perseverado tanto
 « tiempo bajo el gobierno de sus caciques? ¿quién
 « les ha preservado de guerras hasta aqui intes-
 « tinas que han turbado tanto en tan repetidas
 « ocasiones los Estados más florecientes y mas
 « bien arreglados de la cristiandad? pero en fin,
 « démos por supuesto lo que ante todas cosas se
 « debe probar, que hayan menester tutores. ¿Y
 « dónde se han de hallar? ¿Entre nosotros? ¿Y có-
 « mo hasta ahora han sido tratados? ¿no seria fiar

« á los lobos el cuidado de unos corderos? Todas
 « las regiones del Nuevo Mundo están horroriza-
 « das con los gritos de aquellos infelices que las
 « pueblan y gimen bajo el peso de un yugo más
 « tiránico que el de los Phalaris y Dionisios. ¿Qué
 « diríamos si estos pueblos logrando la ocasion
 « de hacernos en retorno todos los daños que les
 « hemos hecho, se pusieran en estado de apro-
 « vecharse de ella? porque al fin al derecho de
 « represalia juntarian el que sugiere y da la ne-
 « cesidad para precaverse en lo de adelante. No
 « por esto se han autorizado, ni se autorizarán ja-
 « más en el tribunal de la posteridad las concu-
 « siones, los engaños, las violencias, las rapiñas
 « y otros excesos, por cuyos medios se han lle-
 « gado á destruir pueblos innumerables. Con todo
 « esto, son cristianos que pongo en paralelo con
 « idólatras; y lo que más de admirar es, que se
 « colocan todos estos delitos bajo de la especiosa
 « apariencia de celo. ¿Qué diré del pretexto de
 « religion con que se quiere cubrir una injusticia
 « tan abominable? ¡Qué! las cadenas y los grillos
 « han de ser el primer fruto que sacan estos pue-
 « blos del Evangelio? ¿cómo han de gustar de la
 « santidad de nuestra Ley unos corazones enve-
 « nados con el odio, é irritados con el robo de
 « lo que más estimaban en el mundo, quiero decir
 « de su libertad. ¿Se sirvieron los apóstoles y otros

« varones santos de tales medios para convertir
 « las naciones? Fueron ellos mismos encadena-
 « dos, pero á nadie pusieron en cadenas. ¿En qué
 « países del mundo los apóstoles y otros minis-
 « tros evangélicos han pensado tener derecho
 « sobre la vida, hacienda y libertad de los infie-
 « les? ¿Qué extraño modo es éste de predicar el
 « Evangelio, esta Ley de gracia y de santidad,
 « que de esclavos del demonio los hace disfrutar
 « la libertad de verdaderos hijos de Dios, redu-
 « ciendo á la más dura esclavitud, los que han
 « nacido libres, vejando y azotando cruelmente
 « á unos inocentes cuyo delito para nosotros no
 « es otro que el no poder sufrir los trabajos que
 « les imponemos, cubriendo su tierra de un di-
 « luvio de sangre, robándoles hasta lo más nece-
 « sario, y lo peor, escandalizándolos con los más
 « vergonzosos excesos? Vino Jesucristo á librar-
 « nos de la servidumbre, y no para reducirnos á
 « la esclavitud: la sumision á la fe debe ser un
 « acto libre, la persuasion, la suavidad y la razon
 « la predicacion: la violencia hará hipócritas y nunca
 « verdaderos cristianos. Séame permitido pregun-
 « tar al reverendo obispo, ¿si desde la esclavitud
 « de los indios se ha notado en ellos más anhelo
 « para abrazar la religion? ¿si los amos á quienes
 « han sido entregados han trabajado mucho en
 « instruir y disipar su ignorancia? ¿Qué grande

« servicio ha hecho el repartimiento á la Iglesia
 « y á la religion? Cuando llegué por la primera
 « vez á la isla, estaba habitada por un millon
 « de hombres, apénas queda hoy la centésima
 « parte. La miseria, los trabajos, los castigos, la
 « crueldad y la barbarie los han hecho perecer á
 « millares. ¿Es un juego la muerte de estos mise-
 « rables? Los sepultan vivos en horrorosas cue-
 « vas, donde no reciben ni la luz del dia ni la del
 « Evangelio. Ved, señor, lo que ocultan á V. M.
 « Esto es lo que he visto, y nadie se atreverá á
 « contradecir lo que he alegado en defensa de los
 « pobres indios. Ahora, señor, juzgad la causa
 « de estos infelices segun las máximas de vuestra
 « sabiduría, equidad y religion. Será muy propio
 « de vuestra sacra R. M. en el principio de su
 « reinado poner en esto remedio. »

Acabó el padre Casas su arenga, implorando la clemencia del emperador por unos vasallos tan injustamente oprimidos, y avisándole que le pediría Dios cuenta de tantas injusticias que podía impedir. Tuvo orden despues el padre franciscano de decir su parecer: obedeció, y aseguró al principio de su discurso que habiéndose mandado la obediencia en dos distintas ocasiones que contase los indios, habia hallado que habian perecido en aquel tiempo muchos millares: que se veian disminuir cada dia en número, y que respecto á los

daños y males de la isla que se intentaba remediar, le parecian á él incurables. Dijo despues que se temia mucho hubiesen llenado la medida los delitos de los castellanos en las Indias, para que Dios los echase fuera de sus nuevas conquistas; que contra sus propios intereses y toda razon habian enteramente despoblado de sus habitantes naturales, porque en fin, añadió él, « cuando el
 « Señor le dijo á Cain, ved la sangre de vuestro
 « hermano Abel, que desde la tierra levanta el
 « grito hácia mí, no era mas que la sangre de uno
 « muerto injustamente. ¿Si la sangre de un hom-
 « bre derramada inicuamente clama al cielo por
 « venganza, qué clamores no dará la de tantos
 « infelices derramada cada dia inhumanamente?
 « Pues, señor, por la sangre de Jesucristo y por
 « las llagas de San Francisco, mi Padre, suplico á
 « V. M. que lo remedie, poniendo fin á una ti-
 « ranía, cuya continuacion le atraerá sin remedio
 « sobre su real Corona y todos nosotros, todo el
 « peso de la justa indignacion del Rey de los Re-
 « yes, Nuestro Señor Dios. »

El Almirante de Indias fué el último á quien se mandó de parte del Rey dijese su sentir, y en pocas palabras dijo: que jamás habia aprobado los repartimientos, añadiendo que si no se apresuraba S. M. en poner remedio y contener los daños y desórdenes que eran manifiestos, siendo dema-

siado verdaderos los que habian relatado y reprehendido el licenciado y el religioso franciscano, bien presto las Indias no serian mas que unos desiertos vastisimos. Que no habia tenido en parte otro motivo para volverse á España que el de representar esto mismo al difunto Rey Católico, y que este era uno de los mas grandes negocios que podia terminar, y que interesaban más su gloria y su real conciencia.

Levantóse luego el obispo del Darien, y pidió licencia para volver á hablar, pero el gran Canciller le dijo de orden del Rey que, si tenia mas que decir que lo pusiese por escrito, y que su Majestad lo examinaria con toda la extension que pedia la materia. Hizo este prelado dos memoriales concernientes únicamente á los negocios de la Provincia del Darien en tierra firme: cuando los hubo acabado fué á comer con el gran Canciller para dárselos y hablar sobre sus contenidos privadamente, el cual mandó avisar á Mr. de la Chaux de hallarse en su casa á la hora de comer, porque este señor flamenco se habia bien enterado de estos negocios por el licenciado Casas que protegía. Entre la comida preguntaron al obispo qué le parecia de las pretensiones del padre Casas? respondió que muy bien: se puede dudar que fuese con sinceridad; pero sabia que en hablando así hacia su corte á los señores flamencos. De allí á poco

murió el obispo de tierra firme de una fiebre maligna que le llevó dentro de tres dias que le dió, y no se volvió á tratar ya de las cosas de las Indias. Era el negocio demasiado importante para ser decidido en la misma sesion. Alabó su Majestad el celo del padre Casas, y exhortó á que volviese á su tarea apostólica, dándole palabra de remediar pronta y eficazmente los desórdenes que le habia declarado. Tambien el Rey D. Carlos habia determinado salir cuanto antes de Barcelona para ir á recibir la corona del imperio, y su flota lo esperaba en la Coruña: fuera de eso el Rey, aunque mozo, habia penetrado que la pasion entraba mucho en la proteccion con que su Canciller y demas privados flamencos apoyaban las pretensiones del padre Casas. No quiso, pues, concluir cosa alguna, ni resolver estos y otros negocios hasta que le viniesen informes ménos sospechosos y tuviese más lugar de reflexionar con más atencion sobre un asunto, cuya dificultad y importancia comenzaba á comprender. Entretanto pasaban estas contestaciones en aquella augusta junta sobre el punto importante de los repartimientos, se prevenia el gran Cortés para su conquista de la Nueva España. Veamos ahora sucintamente cómo la principiò, y los hechos más principales que ejecutó en el discurso de este año, y será la materia del capítulo siguiente.

CAPITULO XXX.

SALE HERNAN CORTÉS DE LA HABANA PARA SU EXPE-
 DITION DE NUEVA ESPAÑA: LLEGA CON SU
 ARMADA A COZUMEL: HALLA A GERÓNIMO DE AGUILAR
 Y LO TOMA DE SU INTÉRPRETE: PELEA CON
 LOS INDIOS DE TABASCO, Y CONSIGUE UNA GRAN VICTO-
 RIA: LLEGA A SAN JUAN DE ULUA: CÓMO FUÉ
 AVISADO EL EMPERADOR MOCTEZUMA DE LA LLEGADA
 DE LOS ESPAÑOLES: UNA DE LAS ESCLAVAS,
 LLAMADA MARINA, ES INTERPRETE FIEL DE CORTES: HERNAN
 CORTES FUNDA LA CIUDAD DE VERACRUZ
 Ó VILLA-RICA: AÑO DE 1519.

Luego que hubo acabado Hernan Cortés de ordenar y prevenir todo lo que juzgó por conveniente para el acierto de su expedicion, y le pareció que no convenia detenerse más en la Habana, llegado el dia de la embarcacion hizo decir con solemnidad una misa al Espíritu Santo, que oyeron todos con devocion, poniendo á Dios en el principio para asegurar los progresos de la obra

que emprendian, y Hernan Cortés, en el primer acto de su jurisdicción, dió por nombre á su armada, y puso su expedicion bajo la proteccion del glorioso apóstol cabeza de la Iglesia, San Pedro, de quien fué desde sus primeros años muy devoto, y hizo pintar en su estandarte una cruz con estas palabras mismas que se le aparecieron al gran Constantino: *In hoc signo vinces*. Sigamos la cruz y en esta señal vencerémos. Partió últimamente de la Habana en diez y nueve de Febrero con nueve navios por la banda del Sur, dió la vuelta del Cabo de San Anton, y allí se juntaron todos los once navios y pasó muestra á toda su gente: se hallaron quinientos ocho soldados, diez y seis caballos, ciento y nueve entre maestros y pilotos y marineros, sin los dos capellanes, el licenciado Juan Diaz y el padre Fr. Bartolomé de Olmedo, religioso de la Orden de Nuestra Señora de la Merced, que asistieron á Cortés hasta el fin de la conquista. Este fué el aparato que metió este insigne capitan en la más ardua y dificultosa conquista de cuantas jamás se vieron ni oyeron. Con estos pocos compañeros y con el favor de Dios, conquistó muchos señoríos y ciudades, é introdujo por este medio la conversion de infinitas naciones bárbaras á la Ley Evangélica: mas si bien lo consideramos, no hay para que alabar tanto á este grande hombre, porque el negocio que él

hizo no era suyo ni lo hizo él sino Dios, que quiso con aquellos pocos convertir á muchos, y ordenar esta célebre conquista de modo que la predicacion de su Santo Evangelio entre aquellos bárbaros no estribase en armas nien fuerzas humanas, sino en la poderosa virtud de su santo nombre.

Desde la punta de San Anton, que está en lo último de Cuba, comenzó á atravesar el golfo que hay de Cuba á Yucatán favorecido al principio del viento, pero despues se levantó un recio temporal, y al cerrar la noche se perdieron los navios unos de otros, dejándose llevar del viento, hasta que sosegada la tormenta se vinieron á juntar de allí á algunos dias á la isla de Cozumel, y con acuerdo de los pilotos se determinó Cortés á pasar con su armada junta de una vez á aquella isla. Como los isleños de Cozumel habian visto ya en su tierra al capitan Grijalva y á sus soldados que no les habia hecho mal alguno y estaban hechos á tratar con ellos, no extrañaron la novedad de nuestra gente, bien que no dejaron de entrar en recelo al ver el número y parte de nuestros navios: acercáronse los más atrevidos, y como no recibian daño, vinieron muchos que andaban entre los castellanos con mucha familiaridad y seguridad, porque Cortés tenia particular cuidado que no se les diese causa de enojo, y hallaron en él y en los demas tan favorable acogida, que convocaron

á sus compañeros, y se dejó ver el señor del pueblo con toda su gente.

Habia en esta isla muchos adoratorios, y uno en particular de mayor grandeza que los otros, donde se dejaba ver un idolo muy venerado entre aquellos bárbaros, cuyo nombre tenia conmovida la devocion de diversas partes de tierra firme que frecuentaban su templo en continuas peregrinaciones. Cuando vió Cortés las ceremonias abominables de sus sacerdotes, y por el trato que tuvo con aquellos indios y su Cacique, que estaban contentos y podian recibir bien sus buenos deseos de sacarlos de la ceguedad en que estaban, comenzó á tratar de que recibiesen la fe de Jesucristo. Mandó al intérprete que llevaba, que les dijese que les queria dar otro Dios mejor que el que tenian. Afeóles, el mismo Cortés, su abominable devocion para con aquellos ídolos, diciéndoles que eran demonios que los traían engañados; y que si habian de ser hermanos, dejasen de tributarles culto alguno y no les sacrificasen hombres, porque el derramamiento de sangre humana era cosa muy aborrecida del verdadero Dios. Persuadió despues al Cacique con argumentos tan eficaces y acomodados á su rudeza de la verdad de nuestra religion, que se quedó asombrado, y pidió licencia para comunicar el negocio á sus sacerdotes, que en puntos de

religion reconocia por superiores. Éstos amenazaron con el castigo en el mismo instante que se tuviese el atrevimiento de mudar de religion y de abandonar el culto de su ídolo.

Luego que oyó Cortés esta amenaza, indignado y con ánimo de hacerles palpable el desengaño de sus supersticiones, mandó derribar el ídolo principal y hacer pedazos los demas. Al ver los indios que se hacian sordos sus dioses y que no aparecian señales de venganza, se avergonzaron de tener dioses tan insensibles y los comenzaron á despreciar, consintiendo de buena gana en que se fabricase un altar y se colocase en él la imagen de nuestra Señora, fijando á la entrada una cruz grande que labraron los carpinteros de la armada. Allí se dijo misa, que oyeron los nuestros con gran devocion y causó á los indios que se hallaban presentes una grande admiracion. Como los indios, en las primeras conferencias que tuvo Cortés con ellos, señalaban con el dedo á Yucatan, y su Cacique dijo que nuestra gente se parecia mucho á unos prisioneros que estaban en la tierra firme, naturales de una tierra que se llamaba Castilla, dispuso enviar gente para ponerlos en libertad, pues solo distaba Yucatan, de la parte más vecina de Cozumel, cuatro leguas de camino: esperó el resultado; mas viendo que no tenia ninguna noticia de los que ha-

bia enviado para saber si era verdad, sintiolo mucho; y en la duda de haber sido engañado por los indios mensajeros, no quiso dilatar su viaje ni dar á entender su recelo al Cacique, antes se despidió de él con sumo agrado, y le encargó mucho la cruz y la imagen de nuestra Señora que les dejaba en prendas de amistad, asegurándole que como tuviesen él y sus vasallos el cuidado y la reverencia debida á estos soberanos simulacros, experimentarían la clemencia divina y se harían acreedores del conocimiento del Dios verdadero y de la verdad de la fe santísima.

Fué tan grande la devocion con que veneraron estos isleños el nombre de Maria despues de lo que les dijo Cortés, que por mucho tiempo la conservaron, y cuando veían á algun español, exclamaban: ¡Maria! ¡Maria! ¡Cortés! ¡Cortés! Dice Pizarro, con otros historiadores, que aquella isla de Cozumel se llamó Santa Cruz, que fué el nombre que le puso Grijalva (el primer español que la descubrió), por haber hallado en ella una cruz que adoraban los indios por Dios, á la cual iban en procesion cuando habia falta de agua, aunque, como dice Gomara, no se sabe el origen de esta devocion. Tengo dicho antes lo que discurre sobre esta cruz prodigiosa, y creo que lo más probable es, que Grijalva (al descubrirla) por su devocion particular le pondria este nombre, y

despues se ha quedado con el nombre de Cozumel, que dice (aunque con alguna corrupcion de lenguaje) con el que le tenian puesto sus habitantes, Zumail ó Aquizamil.

Partió Cortés con ánimo de seguir el mismo rumbo que abrió Juan de Grijalva en busca de Yucatan, y tomó tierra en la punta que llaman de las Mujeres; y porque le pareció mal aquella tierra, partió para el cabo de Catoche, y quiso Dios (que siempre guía sus causas por donde los hombres ni piensan ni entienden) que hiciese agua uno de sus navios, que era el de Juan de Escalante, adonde iba la provision de cazabe, y para remediarlo fué menester arribar á la isla de Cozumel.

No dejaron de extrañarlo el Cacique y alguno de sus indios, quienes acudieron luego á la costa, recelosos de la brevedad de la vuelta; pero luego que supieron el motivo, se tranquilizaron y aun ayudaron á la descarga del navío y á los reparos de éste, siendo de grande utilidad para ello sus canoas por la destreza con que las manejaban. Entretanto que se carenaba y habilitaba el navío, tuvo Cortés el consuelo (en el reconocimiento que hizo de su templo principal) de ver que los indios conservaban la cruz y el altar donde se habia colocado la imagen de nuestra Señora, y le halló muy aseado y adornado con enramadas en señal

de la gran veneracion que le tributaban en su ausencia.

Quando se trataba ya del embarque, despues de adobado el navío, se dejó ver á larga distancia una canoa en que venian cuatro hombres desnudos, cubiertas las partes secretas con unos pañetes ó almaizales, que los mexicanos llaman *maxtlatl*, con los cabellos trenzados y revueltos alrededor de la cabeza, con sus arcos y flechas en ademan de pelear, que se iba acercando á la isla sin recelo de nuestra armada. Avisado Cortés de esta novedad, mandó á Andrés de Tapia que montase un bote bien armado y procurase apoderarse de aquella canoa. Luego que éstos vieron á los nuestros, quisieron huir; pero uno de ellos, sosegando á los demas, detúvolos, y pronunciando algunas palabras en castellano, exclamó llorando de placer: ¡Bendito sea Dios, y le doy infinitas gracias por haberme sacado de entre infieles y barbaros! Recibióle Andrés de Tapia con los brazos abiertos, llevándole con gran gusto á la presencia de Cortés, quien se informó detenidamente de quién era y de cómo habia venido allí, dándose muchos plácemes por la felicidad de su empresa y por la dicha de haber redimido de aquella esclavitud á un cristiano. Despues de haber satisfecho á varias preguntas que le hizo Cortés y que hubo descansado un

poco, hizo relacion de sus aventuras á la gente, que estaba deseosa de oirlas, en estos términos:

Yo, señores, soy natural de Ecija: llámome Gerónimo de Aguilar, y el año de once, viniendo del Darien á Santo Domingo, llevando veinte mil ducados para el Rey, y por gente y vitualla para la guerra que teníamos cuando rifieron Diego de Nicuesa y Vasco Nuño de Balboa, se perdió nuestra carabela en los bajos que llaman los Alacranes, dando al través junto á Jamaica, y escapé en el esquife con otros veinte compañeros: nos vimos arrojados del mar en la costa de Yucatan. Se nos murieron siete en la mar, y los trece tomamos tierra en una provincia que se llama Maya. Prendiéronnos luego los indios, y nos llevaron á una tierra de indios caribes, cuyo Cacique, que era muy cruel, mandó sacrificar á sus ídolos á Valdivia y á otros cuatro. Se los comieron él, sus criados y amigos, á quienes dió con los mejores un banquete acompañado de danzas y fiestas, segun su uso. Yo y los demás quedamos á engordar para comernos otro día con igual solemnidad. Soltámonos de la prision, y yo, como pude, escapé, huyendo de poblados y caminando algunos dias sin más alimento que el de las yerbas del campo. Cai despues en manos de otros indios, quienes me presentaron á un Cacique (gran enemigo del otro que se lla-

maba Aguincoz, gobernador de Jamancona), el cual, dejándome la vida, me obligaba al principio á trabajar más de lo que podia, pero despues me hizo mejor tratamiento. Hánse muerto ya todos mis compañeros á causa de la miserable vida que pasaban: quedé yo y un Gonzalo Guerrero, el cual es casado, y el amor de su mujer y de sus hijos, junto con las riquezas de que disfruta, le han hecho olvidar la honra y la religion. No quiso venir conmigo, habiéndole enviado la carta de Cortés, pretextando que no lo hacia por la vergüenza de tener agujeradas las narices, labios y orejas, pintado el rostro y labradas las manos al uso de aquella tierra, en la cual solo los valientes pueden traer las manos labradas. Pero yo solicité gustoso del Cacique, que en recompensa de mis servicios y en virtud de las preseas que se le ofrecian por nuestro rescate, me otorgase la libertad, á lo cual accedió el Cacique, y doy gracias á Dios por haber movido el corazon de este bárbaro para que me prefiriese á los demás. Como estaba yo ordenado de Evangelio, aunque fui muy importunado de los indios, nunca me quise casar, y así me hallé más libre por la misericordia de Dios para dejar esa vida bárbara y volver á estar entre cristianos.»

Holgáronse todos al oír su relacion; y no obstante que les puso gran temor oír que iban á

tierra adonde se comian á los hombres, bendecian los inescrutables decretos de Dios, que dispuso se les interrumpiese la navegacion para que en aquel mismo tiempo que fué preciso para reparar el navio, lo fuese igualmente para que llegase á la isla este cautivo cristiano, quien fué despues uno de los principales instrumentos de la conquista por saber la lengua de los indios de Yucatan, y pudo suplir la falta de intérprete que tenia Cortés, y así celebró mucho la venida de Gerónimo de Aguilar, porque llevándolo en su compañía le seria más fácil tratar con los moradores de aquellos países.

Salió Hernan Cortés segunda vez de aquella isla, quedando muy aficionados los isleños á los castellanos, en cuatro de Marzo de este año de mil quinientos diez y nueve, en demanda de uno de sus navios que habia perdido. Acercóse á la tierra firme, y pegándose las naves pequeñas á tierra lo posible para ver si la hallaban, al fin la vieron en una ensenada que hacian ciertas isletas que Grijalva llamó Puerto de Términos. Hallaron que estaba bueno, y luego que se agregó á la armada el navio, con gran regocijo de los nuestros porque lo juzgaban perdido, siguió ésta su rumbo, y sin que le ocurriese acaecimiento especial dobló la punta de Catoche y llegó á Champoton ó Petonchan, donde se inclinaba á hacer pié Her-

nán Cortés para castigar en aquellos indios la resistencia que hicieron á Juan de Grijalva antes y despues á Francisco Hernández de Córdoba; pero por consejos más sólidos de sus pilotos, determinó ir al Rio de Grijalva ó de Tabasco.

Surgieron en la boca del rio, y Hernan Cortés mandó que quedasen allí todos los navios grandes, y en los esquifes (prevenidos de la gente necesaria y bien armada) se entró por el rio arriba, observando el mismo orden con que lo ejecutó Juan de Grijalva. Le salieron al encuentro muchas canoas llenas de indios armados de arcos, flechas y rodelas que ocupaban las dos riberas al abrigo de diferentes tropas que se descubrian en tierra. Requirióles con la paz una y otra vez Gerónimo de Aguilar de orden de Cortés; pero estaban tan obstinados los indios en defender la entrada del rio á los nuestros, que sin embargo de que Cortés no queria pelear con los indios de aquella tierra, porque aun no la conocia y le parecia muy poblada de gente, hubo de mandar á su gente que diese el avance, y peleó con ellos. Les puso en confusion é hizo desembarazar el paso. Vencido el pantano donde estaban emboscadas unas tropas de indios (que hubieron de ocultarse entre las malezas por los repetidos esfuerzos de nuestra gente, que peleaba con igual ardimiento que dificultad, con el lodo hasta la

rodilla), se acercó por el bosque á ocupar el pueblo principal de aquella provincia, que tambien se llamaba Tabasco y distaba poco aquel paraje segun lo que se vió en la primera entrada. Lo tenian los indios fortificado con una estacada en forma de muralla, muy usada en todas las Indias, hecha de troncos de árboles fijos en la tierra y apretados entre sí con tal arte, que las junturas les servian de troneras para despedir sus flechas. De esta hechura son hoy por hoy los corrales y las cercas de los pueblos de indios. Habia enviado Cortés á Alonso Dávila con un destacamento de ciento y cincuenta soldados para que se emboscase en el pueblo, con orden de que cuando le diese señal con una pieza de artillería, acometiese al pueblo; y como vió que los indios léjos de admitir proposiciones de paz se prevenian para una fuerte resistencia, mandó disparar un tiro de artillería, y al instante (avocado Alonso Dávila con la señal convenida) acometió al pueblo. Descargáronse otros y otros tiros, y los indios, que no habian visto ni oido cosa semejante, creyendo que venia fuego del cielo, se asombraron grandemente, pero no dejaron de pelear con mucho ánimo y esfuerzo.

Cortés, sin perder tiempo, cargó sobre el pueblo, espada en mano, al frente de su gente; y los soldados, cubriéndose con las rodela y

desviando con las espadas la lluvia de flechas que les caía encima, atacaron á los indios y les tomaron las azoteas: sirvieron entónces sus mismas troneras á los arcabuces y á las ballestas de nuestra gente, con lo cual se apartó el enemigo, destruyéndole en seguida parte de la estacada. Lo mismo se ejecutó en los demás parajes y en las calles del pueblo que tenian defendidas con otras estacadas de igual forma; mas al fin, no obstante su porfiada resistencia, fueron desbaratados estos valerosos indios con matanza considerable que se hizo de ellos, y los demás, desamparando el lugar, huyeron á los bosques, y quedó Tabasco por los españoles.

Reconocióse el templo principal, que era capaz y fuerte, y allí se alojó la gente, con grandes precauciones. Al dia siguiente mandó Cortés reconocer la tierra, dando orden á sus capitanes de que no se empeñasen en funcion alguna. A poco andar de nuestros batidores, que habian corrido la tierra en diversos trozos, salieron de sus emboscadas innumerables indios que acometieron por distintas partes á nuestra gente, con tal ferocidad, que á no haberse reunido á un tiempo los varios cuerpos que por su lado exploraban la tierra, hubieran hecho en los nuestros una horrible carnicería. Ultimamente, los españoles, sitiados en una casa y oprimidos por

la multitud de enemigos, iban ya á ceder al impulso de los bárbaros, cuando vino en su socorro Hernan Cortés, quien con algunos disparos de artillería los ahuyentó y quedó la victoria por los nuestros. Murieron muchos indios en este combate, y se hicieron algunos prisioneros: examinados éstos por Gerónimo de Aguilar, se supo que al día siguiente se había de reunir un ejército poderoso para acabar con los españoles, habiéndose comprometido todos los Caciques de la comarca á favorecer con todas sus fuerzas á los de Tabasco.

Cuidadoso Hernan Cortés con estas noticias, pensó que no convenia salir de aquella tierra sin que quedasen castigados sus habitantes, y se previno mandando aprontar toda la artillería y ordenar toda su gente.

Montaron á caballo él y sus capitanes, y emprendieron la marcha al paso de la artillería, que caminaba con lentitud por ser la tierra pantanosa y quebrada. Fuéronse acercando al paraje señalado por los prisioneros, y como una legua cerca de un pueblo llamado Cintla ó Titla se hallaron con un ejército muy grande, que descubrieron á larga distancia. No dejó Cortés de pulsar la grande dificultad que tendria en vencer tanta multitud de indios; pero no desconfiando del suceso con la consideracion del valor de su gente y de la

buena disposicion de sus caballos y artillería, animó á sus soldados, poniéndolos al abrigo de una eminencia que les guardaba las espaldas, y la artillería en sitio que pudiese obrar sin embarazo. Llegado el ejército numeroso de los indios á distancia proporeionada, comenzó la pelea, disparando sus flechas y dardos, y levantando sus gritos acostumbrados, que suenan y espantan los montes cuando son muchos los indios. Cortés, como diestro en este género de pelear de los indios, que es al modo del de los africanos, sufrió la primera descarga de sus flechas, y esperando que estuviesen amontonados, como lo tenían acostumbrado para embestir, mandaba que jugase la artillería, y el estrago que se hizo en ellos por venir tan cerrados fué grandísimo. Ayudados los indios de su misma multitud, y con la esperanza de vencer que les daba el poco número de los nuestros, no sentian ni hacian caso del daño que recibian: acometian con nuevo furor, y ponian en mucho aprieto á los nuestros, que no hacian poco en resistir. Estando en este aprieto y conociendo la desigualdad Hernan Cortés, salió á la campaña harto de pasar acequias y ciénegas, y embistió con todo aquel numeroso cuerpo de indios que parecia inundacion de gente, rompiendo por lo más áspero de sus pelotones: cerró con sus caballos, haciéndose lugar, destrozando

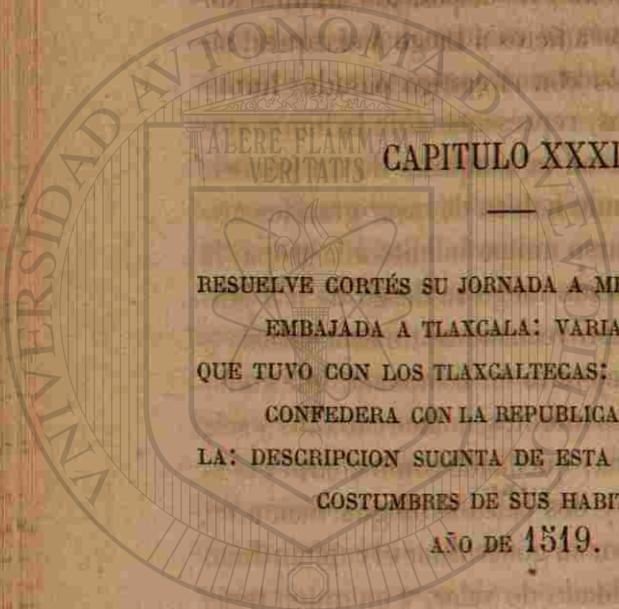
á un lado y otro los indios que se presentaban. Al fin éstos, heridos y atropellados, trataron de la fuga llenos de pavor. Acometió entónces la infanteria cargándoles espada en mano con tal denuedo, que al fin, viéndose perecer sin remedio, acordaron de volver las espaldas dejando gran número de los suyos muertos y heridos en el campo. Mandó Cortés que hiciese alto su gente porque sus intenciones eran pacíficas, y no le parecía que convenia seguir á los indios para que no se ensangretase mas la victoria. Dispuso que se trajesen algunos prisioneros, porque pensaba servirse de ellos para entablar la paz y retirarse con honra para proseguir su empresa, segun los intentos que tenia premeditados. Quedaron muertos en la campaña como mil indios, y heridos innumerables: de los nuestros murieron dos soldados, dicen unos historiadores; ninguno dicen otros, y salieron heridos setenta. Concuerdan todos los historiadores en que constaba el ejército enemigo de cuarenta mil hombres, que aunque desnudos y sin armas de fuego, como ponderan algunos autores extranjeros, eran muy diestros en el manejo de sus armas y en disparar sus flechas: tenían manos para ofender, y dado que les faltase el valor no les faltaba su ferocidad natural. Suplió la desigualdad del número el valor de nuestros soldados, que llevaban la ventaja de pelear

bien ordenados y bien mandados contra un ejército sin disciplina. Para alcanzar esta victoria no se puede negar que rompiendo tan á tiempo Cortés con sus caballos el centro del ejército contrario, tuvieron estos brutos gran parte en ella, porque los indios que no los habian visto hasta entónces, se atemorizaron mucho, pareciéndoles que volaban, y que con la boca los querian tragar, y como se supo de ellos despues, pensaban asombrados que aquellos animales hablaban cuando los oían relinchar, y creían tambien que el ginete y el caballo era todo uno, haciéndoseles realidad la ficcion que forjó la gentilidad en sus centanos.

Se ganó tan señalada victoria el dia cinco de Marzo de este mismo año de mil quinientos diez y nueve, y usó de ella con tanta moderacion el gran Cortés, que los de Tabasco se rindieron, dándose por amigos de los cristianos(*), y en prueba de su confianza y sinceridad, mandó el Cacique á sus vasallos que volviesen luego á poblar el lugar de Tabasco, y llevasen consigo sus familias para que asistiesen al servicio de los españoles. Regaló á Cortés veinte indias esclavas bien adornadas á la usanza de su tierra, para hacer el pan con sus piedras en que muelen el maíz (que lla-

(*) Gomara cap. 22 et 23, citado por Fernando Pizarro en sus Varones Ilustres, vida de Cortés, pág. 73.

mia las malas consecuencias de estas hablillas) procuró valerse de su discrecion en este peligro, que fué uno de los mayores en que se vió, hablando á los principales por sí mismo y ganando la voluntad de otros por terceras personas: quando vió que los más se conformaban á sus intenciones, habló á toda su tropa junta en los términos más patéticos, representándole la honra que se iba á granjear en la conquista de un imperio tan rico y de donde habian de sacar grandes utilidades. Su discurso animó infinito á la tropa, la cual manifestó desde luego su deseo de ir á México, y Cortés, aprovechándose de este entusiasmo, dispuso su ejército en Zempoala, que constaba de quinientos infantes, quince caballos y seis piezas de artillería, quedando como ciento y cincuenta hombres y dos caballos de guarnicion en la Vera Cruz, y por su gobernador el capitán Juan de Escalante, soldado de valor, y en quien tenia Cortés gran confianza. Requirió á todos los pueblos que se habian mostrado sus amigos y estaban alzados contra Moctezuma, y halló que eran cincuenta pueblos, que se ofrecian á poner en campaña como cincuenta mil hombres. El Cacique de Zempoala y los demás le previnieron como mil tamemes ó indios de carga para que llevasen el bagaje y artillería. Llevó consigo cuarenta ó cincuenta indios principales como en rehén



CAPITULO XXXII.

RESUELVE CORTÉS SU JORNADA A MÉXICO: ENVIA UNA EMBAJADA A TLAXCALA: VARIAS BATALLAS QUE TUVO CON LOS TLAXCALTECAS: HACE LA PAZ Y SE CONFEDERA CON LA REPUBLICA DE TLAXCALA: DESCRIPCION SUCINTA DE ESTA CIUDAD Y DE LAS COSTUMBRES DE SUS HABITANTES.

AÑO DE 1519.

Como no dejaba de haber murmuraciones entre los soldados, diciendo que Hernán Cortés los habia sacrificado, quitándoles los socorros de afuera ó de retirada con haber deshecho la armada, y los metia en el matadero al llevarlos á pelear con una multitud inmensa de indios que les habian de disputar el paso de sus tierras, juzgando que era una temeridad la jornada de México que se trataba con mucho ardor, Cortés (que te-

para asegurarse de la buena voluntad de los Caciques, y dejó al señor de Zempoala un paje suyo, de edad de doce años, para que aprendiese la lengua.

Después de haber allanado cierto encuentro que tuvo con Francisco de Garay, Gobernador de la isla de Jamaica, el cual pretendía tomar posesión de aquella tierra por la parte del Rio Pánuco, partió con todo este ejército para México el día diez y seis de Agosto de este mismo año. Fué bien recibido el ejército en todo el camino de Jalapa y pueblos de la misma confederación; y viendo Cortés que los indios de aquellos pueblos eran tan dóciles y bien dispuestos, pretendió poner una cruz en cada pueblo por donde pasase el ejército; pero habiéndole manifestado el venerable padre fray Bartolomé de Olmedo y el licenciado Juan Díaz que sería una temeridad fiar la santa cruz á unos bárbaros mal instruidos, quienes podían hacer alguna indecencia con ella ó tributarle veneraciones supersticiosas, desistió sin repugnancia de su devota intención. Caminó tres días por tierra de amigos: entróse luego en lo áspero de la sierra, donde padeció mucho la gente: pasaron á fuerza de brazos la artillería, y se veían más fatigados á causa de las inclemencias del tiempo frío y lluvioso: faltaron los bastimentos, hasta que, vencida la sierra, llegaron á Zo-

cotlan, donde se proveyeron de ellos. Este lugar es un pueblo grande, situado en el valle del mismo nombre; y porque un soldado portugués dijo que se parecía á la Villa de Castel-Blanco, en Portugal, conservó algunos días este nombre. Recibiólos muy bien Olintell, Cacique de aquel pueblo, venerado por el mayor entre sus comarcas. Cinco días se detuvieron los españoles en Zocotlan; y como su Cacique era muy aficionado al Emperador Moctezuma, quería persuadir á Cortés dirigiese su marcha por la provincia de Cholula; pero los zempoales amigos le dijeron reservadamente que no se fuese de semejante consejo, porque era muy posible que aquel Cacique los encaminase al riesgo con siniestra intención, pues Cholula era un pueblo numeroso y tenía siempre guarnición de tropa mexicana; que mejor sería, y más seguro, pasar por la provincia de Tlaxcala, con la cual tenían confederación los totonaques y zempoales sus amigos.

Pareció bien este consejo á Cortés, pues halló más razón de fiarse de unos indios amigos que de un Cacique tan leal y adicto á Moctezuma. Mandó que marchase el ejército por las tierras de Tlaxcala: hizo alto en un lugar de mediana población, que se llama Jacatzingo, y supo que estaba la tierra puesta en armas. Gobernábase esta provincia según el sistema aristocrático, por

lo cual trató de enviar mensajeros á la República para facilitar el tránsito de su ejército. Fueron recibidos sus embajadores por el Senado de Tlaxcala del modo acostumbrado, y oída su propuesta, confirieron entre si los Senadores. Ponderóse al principio la importancia del negocio, y luego fueron discordando los votos, hasta que Magitcatzin (uno de los senadores, el más anciano y de mayor autoridad en la República), tomó la palabra y les pronunció un elegante y juicioso razonamiento, persuadiéndoles con fuertes razones para que admitiesen estas tropas extranjeras con benevolencia y les concediesen el paso que pretendian.

Ya estaban dispuestos todos los votos á seguirle por aclamacion, cuando pidió licencia para hablar uno de los Senadores (llamado Xicotencatl, uno de los cuatro Senadores que en aquella República tenían la suprema autoridad, mozo de superior espíritu, que por su valor y hazañas ocupaba el puesto de general de las armas de la República), su discurso fué enérgico y marcial, y hicieron más fuerza sus razones que las de Magitcatzin porque se conformaban más con la inclinacion de aquella gente de un espíritu guerre-ro; pero se resolvió tomar una resolucion entre ambas opiniones, disponiendo que Xicotencatl reuniese sus tropas y probase la suerte de sus

armas con los españoles, proponiéndose que si los vencía, se lograba el crédito de la República, y si era vencido se echaria toda la culpa sobre los otomíes como bárbaros y gente mal disciplinada, y no faltarian disculpas que dar sobre el particular y siempre tendria ocasion la República para tratar de la paz; que entretanto seria conveniente detener los embajadores zempoales en prision disimulada, mirando, como siempre y religiosamente lo habian practicado, la fe dada á los embajadores y consiguientemente á la conservacion de sus aliados.

Ocho dias se detuvieron los españoles en Jacatzingo esperando el resultado de su embajada. Confirmóse entónces Cortés, por la tardanza de sus mensajeros, en la sospecha de que los tlaxcaltecas rehusaban el paso á sus tropas y podian estarse previniendo para una vigorosa resistencia. Resolvió, sin embargo, continuar su marcha y acercarse á la misma ciudad de Tlaxcala ántes de que tuviese tiempo de reunir sus tropas aquella República. A poco más de dos leguas de marcha, salieron de su emboscada cinco mil indios de guerra que acometieron á nuestras tropas con mucho valor; pero fueron desbaratados, sufriendo alguna pérdida. Al dia siguiente se dejó ver segunda vez un grueso cuerpo de tropas enemigas, mayor que el pasado, el cual se acercó á nues-

tro ejército con orgullo. Descargaron los indios sus flechas casi inútilmente, y al mismo tiempo comenzaron á retirarse. Conoció luego Hernan Cortés que aquella retirada envolvía alguna estrategia, y así fué prosiguiendo su marcha con todas sus fuerzas bien unidas sobre la huella del enemigo; y habiendo llegado á una eminencia, descubrió en lo llano de la otra parte un ejército que pasaria de cuarenta mil indios. Venian entre ellos los nobles de Tlaxcala, y le mandaba como gefe principal Xicotencatl en persona.

Pudieran desmayar los españoles al ver tan desiguales fuerzas; pero con el recuerdo de lo sucedido en Tabasco, cobraron aliento y Hernan Cortés tuvo poco que hacer para animar á sus soldados. Marchó con valor hácia aquel ejército formidable: acercóse á él en buen orden, procurando sacarlo al llano: jugó con acierto su artillería, destruyendo columnas enteras de indios, y con el manejo de su caballería desordenó toda esta multitud de enemigos, que hicieron prodigios de valor, ya disparando una lluvia de piedras sobre los nuestros, ya descargando una nube de flechas y llegando á molestarnos con sus chuzos. Más de una hora duró esta funcion, empezándose á dudar del suceso, cuando cesaron de combatir y se volvieron poco á poco por el camino de Tlaxcala. Murió la mayor parte de los ca-

pitanes de los indios: fué grande el número de sus heridos: padeció mucho la flor de su nobleza, por lo que tuvo á bien Xicotencatl tocar á recoger y retirarse. De nuestra parte quedaron algunos castellanos heridos, pero ninguno muerto, y el campo quedó por nuestro. Celebróse esta victoria en el mismo campo, dando los españoles muchas gracias á Dios por haberles librado de tan grande peligro, y regocijados los indios amigos, hicieron danzas y toques de sus instrumentos, miéntras en Tlaxcala se lloraba con pública demostracion la muerte de sus capitanes y Caciques. Este fatal suceso dió lugar á varios discursos en el Senado. Magitcatzin se jactaba de haber prevenido esta desgracia, y aconsejaba la paz; mas Xicotencatl pedia que se reformase el ejército, y proponía tomar venganza señalada de los españoles y de sus aliados. Inclínose al fin el Senado de la República á que se prosiguiese con todo empeño la guerra.

Hernan Cortés, sin perder tiempo, procuró mejorar de situacion. Habia entre los dos ejércitos un paso muy estrecho y peligroso, que los tlaxcaltecas defendian y por donde los españoles necesariamente habian de pasar. Diego de Ordaz ofreció ganarle con sesenta castellanos; y aunque llovian flechas sobre él y sobre todos, se defendian de ellas con las rodela puestas en la ca-

beza, sin dejar de pelear, cerrados unos con otros y sin perder la forma de su escuadron: ganaban terreno, y reforzándose vencieron el paso, á pesar del esfuerzo del enemigo, quien se los disputó bien. Viendo los tlaxcaltecas que no les quedaba defensa, por haber perdido este paso barrancoso, abandonaron la campaña, y nuestro ejército avanzó hasta un pequeño pueblo, en el cual habia un templo con una torrecilla, que despues se llamó de La Victoria. Aunque desde allí quiso Cortés entrar en tratados de paz, y con este fin envió á los tlaxcaltecas unos mensajeros; viendo que los tlaxcaltecas no se inclinaban á ella, deseosos de aplacar la ira de sus dioses con el sacrificio de sus enemigos (esto lo supo por varios prisioneros que habia hecho), reconoció el campo de batalla y se previno con toda la diligencia posible para acreditar sus armas en otro encuentro con esta nacion belicosa. En efecto, se dejó ver dentro de poco el grande ejército tlaxcalteco, que se componia de ciento y cincuenta mil indios; último esfuerzo de la República y de todos sus aliados, para coger vivos á los españoles y llevarlos al sacrificio. Traian de nuevo una águila de oro, con las alas extendidas, levantada en alto: estandarte de la República, el cual solo acompañaba á sus huestes en las mayores empresas. Acercóse este numeroso ejército con muy buen

orden, y sufrió con bastante constancia la descarga de nuestra artillería, que como no iba ordenado en columnas sino en pelotones muy apretados de indios, hizo competente estrago en ellos. Vueltos del primer asombro los indios, se adelantaron de tropel hasta distancia que podian jugar sus ondas y disparar sus flechas: cargaron valerosa y porfiadamente, y detuvo su impetu el tiro multiplicado y bien servido de nuestra fusilería. Duró largo tiempo el combate bien sangriento de parte de los indios, y con poco daño de los españoles por la diferencia de armas y el mejor concierto en en pelear, y al fin se retiracion los indios espantados de tanta matanza de los suyos. De allí á dos dias, pareciéndoles á los tlaxcaltecas que en lugares angostos podrian tener más ventaja sobre los castellanos, se presentaron con todo su ejército reunido que les habia quedado, y con igual porfia y valor acometieron á los nuestros: pelearon cinco horas con mucho coraje, pero fueron recibidos del mismo modo sin que pudiesen prender á ningun castellano, que era lo que más deseaban: la artillería destruyó filas enteras de indios, porque los cogia muy apretados, y más en la angostura del terreno. Finalmente, despues de muy cansados y destrozados, como asimismo corridos de no haber podido conseguir su intento, se retiraron desordenadamente, diciendo que los

castellanos debian de ser encantados, pues ellos recibian tanto daño con nuestras armas y nosotros tan poco perjuicio de las suyas. Resultó con su vergonzosa fuga el dejar á los nuestros el campo y la victoria que siguió Hernan Cortés con moderacion, por no exponerse á que le volviesen á cargar lejos de su cuartel. En esta batalla se conoció la especial providencia de Dios con que miraba nuestras armas y su causa. Fué grande el número de indios que murieron en esta ocasion: de los nuestros solo murió un soldado, y como veinte salieron levemente heridos. Fué indecible el sentimiento que causó á toda aquella república esta segunda rota de su ejército: el pueblo clamaba por la paz; pero el Senado de Tlaxcala que se hallaba indeciso sobre el partido que se debía tomar, admirados todos los senadores de las fuerzas de aquellos extranjeros que no parecian naturales, y por otro lado deseosos de vengar tanta sangre tlaxcalteca que habian derramado, se inclinaron á valerse de la industria, y como creían que todas estas hazañas tan maravillosas se obraban por encanto y arte mágico, resolvieron que por reglas de este mismo arte los podian vencer, desarmando un encanto con otro. Llamaron para este fin á sus magos y hechiceros, quienes con ademanes misteriosos aseguraban al Senado que con que se pelease de noche contra estos hijos

del sol, se acabaria con ellos antes que el nuevo sol saliese, que con su presencia los haria invencibles. Se agradeció y ponderó la habilidad de estos hechiceros, y al instante mandó el Senado á su capitán general Xicotencatl que embistiese á los españoles de noche. Xicotencatl, embebido en la fe de sus magos, mandó embestir con todo el grueso de su ejército, que se componia de diez mil combatientes sobre nuestras fortificaciones, y conoció muy tarde la ilusion de sus agoreros; pues aunque fué mucho el valor con que intentaron sus tropas este género de pelear á oscuras, desconocido en su bárbara milicia, vió que los castellanos eran invencibles de dia y de noche. Salió Hernan Cortés de la Torre y de sus defensas porque vivia siempre prevenido: mandó guarnecer las islas de sus caballos con cascabeles, para que pareciesen más con el ruido, y dió repentinamente sobre los indios con las lanzas enristradas, hiriendo aqui y allí y pasándolas por el rostro de los enemigos con tanto acierto, que al fin hubo de ceder esta multitud de indios despavorida con la persuasion en que estuvieron de que se les habia descubierto su intento. Dejaron los tlaxcaltecas considerable número de muertos en la campaña con algunos heridos que no pudieron retirar. Despues que con particular demostracion se celebró esta victoria entre nuestros soldados, pasó

Cortés á un lugar llamado Zimpanzingo, poco distante de Tlaxcala, y viendo que no hacian resistencia sus moradores, mandó que no se hiciese mal á nadie. Agradecidos estos indios, se presentaron los más principales de ellos á Cortés, ofreciéndole bastimentos, y que mediarían los señores de Tlaxcala para que hiciesen amistad con ellos. Volvióse Cortés á su alojamiento, confiado que no tardaría en cimentar la paz con la república de Tlaxcala. Tuvo entonces que valerse de toda su sagacidad y prudencia para sosegar el ánimo inquieto de sus soldados, que no cesaban de ponderar la flaqueza de sus fuerzas en una tierra tan poblada de indios belicosos, y amenazaban á su general, que siendo mucha su temeridad no le podían seguir. Aun los mayores amigos de Cortés le persuadian desistiese de la empresa comenzada y proveyese antes que la gente se amontonase; pero Cortés habló con tanta gracia y espíritu á todo su ejército, que mandó juntar para ese fin, que á una voz prometieron todos no abandonarlo en los mayores trabajos.

Apaciguada esta alteracion de su gente, vinieron á Hernan Cortés seis principales señores mexicanos con más de doscientos indios de acompañamiento. Penetró este perspicaz general el motivo de su venida, entendiendo que mucho cuidado

le habian dado al emperador Moctezuma estas victorias de los españoles, y que ponía toda su mira en esta nueva embajada en deshacer esta union de españoles y tlaxcaltecas, y así, sin darse por entendido del fin que podían tener los embajadores del emperador, los recibió cortesmente. Admitió gratamente el regalo, cuyo valor sería hasta de mil pesos, en piezas de oro, sin otras curiosidades de pluma y de algodón, y no les dió entonces su respuesta, porque deseaba que vieses cómo se portaba con los tlaxcaltecas en caso de continuarse la guerra, y de no, cómo sacaba el fruto de sus victorias, obligando á los tlaxcaltecas á pretender la paz con el mayor ahinco y rendimiento. Vinieron de allí á poco los embajadores de la república, cuyo cabo principal era el mismo Xicotencatl, el mozo encargado de tratar y concluir el gran negocio de la paz con los castellanos. Agradó mucho á Cortés el desembarazo de Xicotencatl: abrazóle Cortés, y disimulando los motivos que manifestó esta república para tanta obstinacion, concedióle la paz que le pedía la señoría de Tlaxcala, y mandó que se celebrase una misa en accion de gracias al Altísimo, que tanto le habia favorecido, y por este plausible motivo el padre Juan Diaz puso por nombre á la torre donde habia permanecido alojado el ejército, el de La Victoria. Quedóse despues con los

embajadores mexicanos, y ellos hicieron mofa de la paz; pero cuando vieron que Cortés se afirmaba en mantener su palabra, quedaron un poco pensativos y le rogaron que se detuviese allí seis días hasta poner en noticia de su soberano todo lo que pasaba. No hizo dificultad Hernán Cortés en condescender á su súplica, por parecerle muy conveniente no desatender el respeto de Moctezuma y ver si Tlaxcala deseaba con verdad la amistad de los españoles: de modo que este sabio gefe se aprovechaba maravillosamente de los afectos que reconocia en mexicanos tlaxcaltecas, dando estimación á la paz para hacerla temer á unos y desear á otros. Se pasaron algunos días en que se detuvo Hernán Cortés en su alojamiento, experimentando más y más el afecto con que deseaban la paz los tlaxcaltecas; y despues que hubo cumplido con los embajadores de Moctezuma, no pudiendo ya resistir á tantas demostraciones pacíficas del Senado de aquella república, que le instaba á que honrase con su presencia su ciudad principal, donde experimentaria la más fina lealtad, como se vió despues haciéndose famosa en el mundo Tlaxcala, por la defensa de las armas españolas, pues se empeñaron más de cien mil tlaxcaltecas en acompañar y seguir á Cortés con una constancia grande, hasta la rendición de Tenochtitlan, cabeza del imperio mexicano, trató luego

de la marcha y hizo su entrada en la ciudad de Tlaxcala entre aclamaciones, manifestando el pueblo la mayor gloria y alegría en el recibimiento del ejército español. Fué la entrada y última reducción de Tlaxcala el día diez y ocho de Setiembre de mil quinientos diez y nueve, día digno de eterna memoria y de singular reconocimiento para los españoles en que consiguieron una paz tan durable, tan gloriosa y de tanta consecuencia para la conquista de Nueva España, que se conservan en aquella Provincia monumentos de diferentes exenciones de tributos, y crecidas prerrogativas en premio de sus reales servicios.

En aquel tiempo era Tlaxcala una ciudad populosa, fundada en un sitio y lugar muy fuerte, rodeada de montes muy elevados y ásperos, de donde tomó el nombre de Tlaxcala, que quiere decir lugar de riscos, hasta que se corrompió y llamóse Tlaxcalan, que significa lugar de pan, porque esta provincia, que alcanza á cincuenta leguas de circunferencia, es país aunque montuoso muy fértil, abundante de legumbres y maíz, y esta semilla respondia tan bien al sudor de los labradores, que dió el nombre á la Provincia de Tlaxcalan, voz que en su lengua es lo mismo que tierra de pan. Pasa por en medio de los cerros de Levante á Poniente el Río Zahuatl, que quiere decir agua de sarna, porque los niños que bañan

ban en sus aguas se llenaban de sarna: en tiempo de aguas son tan copiosas las lluvias en aquellas serranías, que se descuelgan torrentes de agua que obligan al río Zahuatl á salir de madre, llevando las casas y mieses de sus orillas. Una de sus fertilidades era la cochinilla, cuyo uso no conocían hasta que le aprendieron de los castellanos. La arquitectura de sus casas denotaba mucha policía, pues eran de tablazon, hechas de adobes, ladrillo, y de cal y canto, distribuidas sin repartimiento paralelo, dejando entre ellas muchos callejones angostos y torcidos, atendiendo más para la defensa que para la comodidad. De la Ciudad principal se formaban varios pueblos, situados en barrios ó arrabales que se extendían por el espacio de dos á tres leguas. En ellos, y en la ciudad se computaban ciento y cincuenta mil vecinos, según lo refiere Herrera, de modo que comprendía la república la ciudad principal y diez y ocho pueblos llenos de infinidad de gente. Nunca quisieron los tlaxcaltecas sujetarse al dominio monárquico, sino que para establecer su república tuvieron que sufrir guerras crueles, y siempre defendían su libertad contra las empresas de los emperadores mexicanos que los querían subyugar. Admirábanse los nuestros de ver en la rudeza de aquella gente disposiciones bellísimas de gobierno, y cómo se prevenían contra

el poder de los mexicanos, queriendo más bien carecer de la sal, cuya falta les hacía desabridos todos sus manjares, que abrir el comercio á sus enemigos, pudiendo comprarla á los vasallos de Moctezuma con el precio sus mieses y otras producciones abundantísimas que les sobraban. Todo esto observaba con cuidado Hernán Cortés, y escondiendo su recelo, vivía con prevención grande en su alojamiento, continuando las guardias, lo que no dejó de desconsolar á los tlaxcaltecas que daban muestras de gran sinceridad, y de lo mucho que deseaban la amistad de los españoles. Para que acabase de creer su fidelidad, hizo Magitcatzin un razonamiento á Cortés, significando su sentimiento, al que satisfizo Cortés con tanta viveza alabando su lealtad y la de sus tlaxcaltecas, que estos se aquietaron, y se observó desde ese punto una perfecta armonía entre españoles y tlaxcaltecas. Estos socorrian con grande abundancia al ejército español, y Cortés con obras y palabras procuraba mostrarles cuánto reconocía sus beneficios, y sin olvidarse de lo más esencial, dispuso que con la mayor suavidad entendiesen algo de las máximas de nuestra santa fe. No obstante que experimentaba tanta fidelidad en sus nuevos aliados, y los veía tan finos y constantes en observar los tratados de paz que se acababan de celebrar, le pareció por lo mismo afearles los in-

convenientes de la multiplicidad de sus dioses, y el horror abominable de sus sacrificios, y proponerles las conveniencias de la religion cristiana, dando lugar con discrecion á que hablase por medio de Marina, ó Malinche, y de Gerónimo de Aguilar, sus intérpretes, el venerable padre Fr. Bartolomé de Olmedo. Procuró este santo varon introducirles poco á poco en el conocimiento de la verdad, explicando con la mayor prudencia, y sin apretarles mucho pues no convenia entónces, los puntos principales de nuestra creencia, para que abandonasen el culto de sus ídolos, y solo adorasen al verdadero Dios, y ley que profesaban los cristianos. Pero Magitatzin, que más se señalaba en la amistad de Cortés y otros señores principales, dieron entónces poca esperanza de reducirse. Lo único que se pudo conseguir con ellos fué que prometieron suspender sus crueles sacrificios y no comer carne humana.

Poco satisfecho Hernan Cortés con esta demostracion de su celo católico, quiso llevarlo adelante, proponiendo á los suyos que se derribasen los ídolos como se habia ejecutado en Zempoala, mas el venerable padre Olmedo se opuso con entereza diciéndole que se compadecia mal la violencia y el Evangelio, motivo porque no le habian parecido bien las fuerzas que se les hicieron

á los zempoales en la destruccion de sus ídolos, pues aquello en la sustancia era derribar los altares y dejar los ídolos en el corazon; á que añadió que pedia más espacio y dulzura la conversion de aquellos gentiles. Dictámen lleno de cordura cristiana y admirable, al que se rindió Cortés, reprimiendo los fervores de su gran piedad.

abundante y seguro, fundados en que los de Cholula, sobre ser naturalmente traidores, eran muy leales á Moctezuma y tenian continuamente alojadas las tropas mexicanas en sus territorios.

Repugnaban lo mismo los zempoales, acordando y repitiendo los motivos que dieron en Zocotlan para desviar el ejército de aquella ciudad; pero ántes que Cortés declarase su última determinacion sobre el camino que habia de llevar, persuadió á los tlaxcaltecas de que no queria más que hacer una visita al Emperador Moctezuma; que si Cholula ú otros lugares del tránsito hacian el más mínimo movimiento para estorbarle el paso de sus tropas, que entónces se valdria de las fuerzas de la República para castigarlos, á pesar que con las suyas le bastaba para hacerse respetar.

Como la confederacion de los castellanos y tlaxcaltecas causó tanto temor á Moctezuma, resolvió despacharle otros embajadores con nuevos regalos á fin de impedirle la entrada en su corte y desviarle con maña de la alianza contraida con sus enemigos los tlaxcaltecas. Llegaron los embajadores con la noticia de que ya estaba dispuesto á recibir su Emperador la visita de los españoles, dando á entender que ya les tenia prevenido el alojamiento en Cholula. Cortés, sin embargo de no fiar de los culúas ni de los aga-

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

CAPITULO XXXIII.

FACCION ABSOLUTA DE CHOLULA: LLEGA CORTÉS A MÉ-
XICO: RECIBIMIENTO QUE LE HACE MOCTEZUMA:
AÑO DE 1519.

Luego que le pareció á Hernan Cortés que tenia bien asegurada su alianza y confederacion con la república de Tlaxcala, comenzó á tratar de la jornada de México, y señalado el dia se movió disputa sobre la eleccion del camino que se habia de tomar. Inclinábase Cortés á ir por Cholula, ciudad de grande poblacion, cuyo gobierno era republicano como el de los tlaxcaltecas. Era un santuario aquel lugar tenido en gran veneracion para con todos los indios comarcanos. Contradecian esta resolucion los tlaxcaltecas, aconsejando que se guiase la marcha por Huetcotzingo, país

sajos de Moctezuma, tan repentinamente mudado en orden á dejarse ver de los españoles, disimuló sus sospechas y se vió obligado de ir por aquella ciudad. Volvieron los tlaxcaltecas á representarle el peligro á que se exponia, cuando supieron la invitacion de Moctezuma, y le ofrecieron cincuenta mil indios para que se defendiese de las asechanzas que se temian de parte de los cholultecos; mas Hernan Cortés, con buenas razones, les desvaneció su temor y les agradeció su buena voluntad.

Como unos veinte dias se habia detenido Hernan Cortés en Tlaxcala para dar asiento á sus cosas é informarse bien de las fuerzas de Moctezuma; y habiendo al fin acordado pasar á Cholula, salió de Tlaxcala el dia señalado para la marcha, y halló ya en el campo un ejército de tlaxcaltecas, prevenido por la República, que constaba de cien mil indios armados, segun lo refieren algunos historiadores, siendo más verosímil que no llegara á tan crecido número. Agradeció Cortés con palabras de grande encarecimiento esta demostracion de su fidelidad, y trabajó mucho en convencerlos de que no convenia que le siguiesen tanta gente puesto que iba de paz. Consiguió dejarlos satisfechos con admitir que le siguiesen algunas tropas con sus capitanes, y que quedase reservado el grueso de este numeroso ejército para marchar

en su socorro en caso de necesidad. Por último, llevó consigo seis mil tlaxcaltecas, que con sus soldados españoles formaban ya un cuerpo respetable. Tomó la via de Cholula, advirtiendo á sus tropas castellanas que no se desmandasen y se llevasen bien con los tlaxcaltecas. Como tenia dicho de antemano á los indios que los españoles comian y dormian armados, y muchos en sus caballos, le fué fácil por este medio alejar de ellos toda idea de que se cuidaba de alguna traicion que le hiciesen; y le aprovechó grandemente esta precaucion para librarse de cierta asechanza que los de Cholula le tenian armada, la cual fué descubierta por una india que se lo dijo á Marina y ésta se lo comunicó á Cortés.

Con este aviso dispuso Hernan Cortés que sus principales soldados guardasen algunos puestos importantes de la ciudad: hizo llamar á los señores más principales y sacerdotes que consideró ser los caudillos de la conspiracion, y les dijo cómo ya se sabia su perfidia: ponderó á los embajadores mexicanos cuán indigna cosa era para un gran príncipe como lo era Moctezuma (su amigo) que autorizase semejante alevosia de los Caciques y habitantes de Cholula, pues sin respetar las leyes de la hospitalidad y faltando en tal manera al establecimiento de la paz, tenian la osadía de encubrir su delito y su maldad con el nom-

bre de su Emperador, lo que irritaba sumamente y no se hacia creible; y así, que este hecho le ponía en la dura necesidad de tomar satisfaccion de su ofensa con todo el rigor de sus armas.

Enmudecieron luego los embajadores, y como pudieron procuraron satisfacer á la queja de Cortés, pero al fin fueron convencidos de la verdad. Llamó á los capitanes castellanos; dióles cuenta de lo que tramaban los cholultecas, y habiéndoles consultado su determinacion para el mejor acierto, éstos fueron de parecer que, como lo pensaba, así se ejecutase, castigando como era justo la traicion de aquella gente, siendo muy necesario este golpe para refrenar á los mexicanos y conseguir en México plena seguridad; y en fin, que en todo se remitian á su discreta determinacion. Cuando ménos lo esperaban los conjurados de Cholula, al ruido de los arcabuces, que era la señal que Cortés habia dado á los suyos, entraron á viva fuerza españoles, tlaxcaltecas y zempoales en la ciudad, cuyo imprevisto accidente les causó tanto pavor, que ni pudieron huir ni defenderse. Murieron muchos en esta primera carga; pero el mayor número se refugió en los templos, los que fué preciso batir con artillería para desalojar á los indios principales y sacerdotes que se habian amparado en sus torres con gran porcion de gente. Entraron por las brechas nuestros sol-

dados, espada en mano, y á breve rato se ejecutó una gran carniceria en aquellos indios sediciosos. Se recorrió la ciudad con la misma diligencia, y quedaron muertos en las calles ó abrasados en los templos y casas fuertes, más de seis mil entre naturales y mexicanos. Accion bien ordenada, y lograda sin pérdida alguna de los nuestros, que, á la verdad, tuvo más de castigo que de victoria. Saqueóse mucha parte de la ciudad; y con el oro, joyas y pluma que tomaron los castellanos obsequió Cortés á los capitanes tlaxcaltecas, dejando á la soldadesca zempoala y tlaxcalteca que pillase la ropa y sal que apetecian sobremanera. El resto de las tropas de Cholula y sus capitanes pidieron misericordia, disculpándose con que Moctezuma los habia sobornado y obligado á que cometiesen esa traicion. Perdonóles Cortés, y trató de hacer amigas aquellas dos Repúblicas, Cholula y Tlaxcala, y consiguió fácilmente que se celebrase acto de confederacion entre ambas naciones, á pesar de los embajadores de Moctezuma, con quienes se portó con grande arte y disimulo, dando siempre á entender que su fin solo era obligar á su Emperador á que todos tuviesen paz, pues la ley evangélica que profesaba, y deseaba introducir en sus dominios, se avenia mejor con los términos de la concordia que con los bullicios de la guerra.

Así pasó el castigo de Cholula, tan ponderado de cruel en los libros extranjeros, y que cuentan entre las inauditas atrocidades que refieren de los españoles en las Indias para desacreditar nuestras conquistas. No necesita el caso de Cholula de más defensa, que el hacerse cargo de la malicia de aquellos bárbaros que con el engaño querían aprovecharse de sus fuerzas combinadas para destruir el ejército español y al mismo tiempo vengarse de sus enemigos los tlaxcaltecas y zempoales, y cuán justamente fué castiga su alevosía. Ya tengo contestado de antemano á estos encarecimientos de que se valen los émulos de nuestra nación española para oscurecer sus glorias, y al fin no pueden negar que se consiguió con estos instrumentos la conversion de aquella gentilidad, siendo imposible dejar de perdonar algunos inconvenientes en la empresa más justa y santa; y querer que no fuese del agrado de Dios la conquista de esta gran parte del mundo y restitution de las almas de sus habitantes á su Creador, por este ó aquel delito de los conquistadores, es equivocar la sustancia con los accidentes, y así se deben oír con desprecio estos juicios apasionados y mal fundados de algunos autores que miran con ceño la facilidad con que se evacuó la grande obra de la conquista de las Indias en general, y de la Nueva-España en particular, sien-

do evidente que en ésta especialmente se reconoció el dedo de Dios con claridad, por la facilidad con que permitió se introdujese su santa ley en ella, como lo experimentamos, despues de conseguida la adquisicion de tanta grey para el rebaño de la Iglesia, los que nos ocupamos en el santo ministerio evangélico en estas partes.

Castigada la traicion de Cholula, no quiso detenerse más Hernan Cortés sino hacer su entrada en México, porque juzgaba de mucha importancia reconocer cuanto ántes la calidad de aquella ciudad, donde se consideraba temido por la valentia de sus soldados y sus hechos tan felices como gloriosos. Algunos zempoales que militaban en el ejército, temiendo el empeño de pasar á México, le pidieron licencia para retirarse á sus casas: los españoles resistian esta empresa, pues la tenian por arriesgada. Representábanle unos y otros la gran temeridad de meterse tan pocos entre tanta multitud de gente en una ciudad tan fuerte, de donde no pudiesen salir; el dificultoso sitio de ella, por estar cercada de agua; la cautela de su señor y de sus vecinos, el cual, por medio de otros, habia procurado su muerte; qué habia que esperar, aunque le ofreciese la paz, pues debia estar seguro que habia de ser fingida.

No dejó de alterarse un poco el ejército con este rumor oculto, y pudiera haber tomado más

cuerpo la murmuracion y el temor de modo que al mejor tiempo se hubiera malogrado todo; pero Hernan Cortés, que no se paraba en estos ni en otros inconvenientes, animando á unos y confirmando á otros en el valor que mostraban, desbarató este escollo de dificultades que se le ofrecian. Vencida ésta, y animado del deseo de pasar adelante y probar fortuna, resolvió marchar á la capital de aquel imperio, y en consecuencia movió su ejército, que constaba de 400 españoles y como de 6,000 indios de tropas auxiliares, y se acuarteló cerca de Huetcotzingo. Halló, entre los indios principales de aquella jurisdiceion, las mismas quejas de Moctezuma que se oyeron en las provincias más distantes, y no le pesó de encontrar esta mala disposicion de los ánimos tan cerca del centro de la corte, considerando que no podia ser muy poderoso un Principe á quien le falta el amor de sus vasallos, siendo el mayor apoyo de los Reyes. El dia siguiente penetró por una sierra áspera, é iba cuidadoso porque uno de los Caciques de Huetcotzingo le dijo al partir que no se fiase de los mexicanos, porque tenían emboscada mucha gente de la otra parte de la cumbre y habian cegado con grandes piedras y árboles cortados el camino real que baja desde lo alto á la provincia de Chalco, abriendo el paso y facilitando el principio de la cuesta, para de este

modo extraviar al ejército, llevándolo á un paraje ménos penetrable y cargarle de improviso en el momento más oportuno, cuando no se pudiesen mover con libertad los caballos, ni jugar la artillería, ni afirmar el pié los soldados. Reconoció al subir la cumbre de la sierra ser cierto lo que se le habia dicho del plan de Moctezuma; y sin darse por entendido de cosa alguna, mandó que una porcion de indios amigos (como batidores) pasasen á escombrar y desembarazar el camino, lo que ejecutaron prontamente con grande asombro de los embajadores mexicanos á quienes llevaba consigo. De esta manera se apartó del peligro, dejando frustradas las intenciones de Moctezuma, quien, luego que supo el mal efecto de su combinacion, decayó de ánimo y se encontró sin aliento para usar de sus fuerzas; y al ver á los españoles en la provincia de Chalco, sin que le hubiesen valido de nada sus ardidés para desviarlos de su corte, fué mayor su inquietud.

Andaba fuera de sí y sin saber qué partido tomar, asombrado del atrevimiento de aquellos hombres extraños, los cuales porliaban contra su voluntad en entrar á su corte, y no dudó ya que eran aquellos mismos hombres que habian de venir del Oriente, anunciados á sus mayores. Encerróse en el templo principal, mandando sacrificar muchos hombres para aplacar á sus dio-

ses. Convocó, finalmente, una junta de sus magos y agoreros, ofreciéndoles grandes premios si conseguían por medio de su arte el apartar á los españoles de su corte. Consultaron éstos á uno de sus ídolos, á quien llamaban Tetzcateputla, dios terrible que convenia tener propicio, porque, en su entender, disponia de pestes, esterilidades y otros castigos del cielo. Su respuesta fué: que dijeseñ á Moctezuma, que en castigo de sus crueldades y tiranías ya estaba decretada la ruina de su imperio.

Confusos los magos, y bien temerosos de la ira de Moctezuma, le intimaron la respuesta de su dios infausto, porque era muy religioso y estricto en tributar veneraciones á sus dioses. Empezó desde luego á preparar el recibimiento de los españoles con el aparato correspondiente á su grandeza. Si se reflexiona bien en las circunstancias de esta entrada de los españoles en la corte de un Emperador tan poderoso, quien no omitió medio para estorbársela, pareciéndole imposible que tan poca gente penetrase hasta la capital con la tenaz resistencia, entre tantos enemigos y tanta multitud de indios que obedecían ciegamente á Moctezuma; en la turbación de un Príncipe tan poderoso y absoluto en sus determinaciones; á vista del desaliento de sus dioses, que á su parecer se daban por vencidos del Dios de los espa-

ñoles, se reconocerá la poderosa mano de nuestro Dios, quien disponia á su arbitrio lo que convenia para poner en términos posibles tan gran dificultad, puesto que se encaminaba al logro de la conquista espiritual de tantos gentiles.

Marchaba entretanto el ejército, atravesando las provincias de Chalco, y en el pueblo de Amecameca vino el Cacique de Chalco con las mismas quejas que tenían otros Caciques, de las tiranías de Moctezuma, á ofrecer sus fuerzas para sostener la causa comun en solicitud de la libertad. Recibióle con mucha urbanidad Hernán Cortés, y se regalaron ambos en prendas de amistad. Anduvo despues el ejército unas cuantas leguas y hizo alto en una pequeña población, cuya mitad baña la laguna, y la otra mitad, situada al pié de una sierra áspera y pedregosa, llamada Ayotzingo. Trataba al otro dia Hernán Cortés de poner en marcha su ejército, cuando llegaron al cuartel algunos señores mexicanos con aviso de que venia el Príncipe Cacamatzin, sobrino de Moctezuma y señor de Tezcuco, á visitar á Cortés de parte de su tío. Tardó poco en llegar. Acompañábanle muchos indios principales, y otros iban limpiando la tierra por donde habia de pasar. Venia ricamente vestido, en andas, las que llevaban los nobles de su comitiva. Salió Cortés á recibirle, y el Príncipe le correspondió haciendo

una reverencia muy profunda, á la usanza de su tierra, tocando el suelo, y despues los labios con la mano derecha. Tomaron ambos asiento, y el señor de Tezcucó expresó á Cortés que su tío, no obstante que deseaba la amistad de aquel Príncipe del Oriente, quien los enviaba, no salía á recibirle por estar enfermo; que el motivo de su visita era dar la bienvenida á él y á todos los cabos de su ejército de parte de su tío, insinuándole que deseaba salir de la sujecion en que le tenia, y que si eran dioses, debian trabajar en ponerle en libertad y á otros Caciques quejosos de Moctezuma, para cuyo fin seria ayudado de todos.

Cortés respondió, en los mismos términos, que su Rey, siendo un Monarca sin igual en el otro mundo, tenia tambien especiales motivos para ofrecer su amistad á su tío el Emperador y comunicarle cosas importantísimas que miraban á su persona y conveniencia de su imperio; que respecto á sus quejas particulares, proveeria á su consuelo y al de todos los señores de sus dominios. Pasó Cortés despues de esta conferencia á la ciudad de Texcoco, acompañado de Cacamatzin, y fué en ella hospedado con mucha atencion. La mañana siguiente ordenó su tropa de modo que pasase sin embarazo la calzada que va de Texcoco á Iztapalapa, y llegó á esta ciudad, que era de las

mas populosas y sobresalia entre las demás de la laguna. El señor de Iztapalapa, hermano de Moctezuma, y los señores de Mexicaltzingo y Coyocan, tambien de la casa real, que tenian sus estados en la misma laguna, salieron á recibirle con presentes separados, y se hizo la entrada en esta ciudad imperial con grande aplauso de sus moradores. Habia dos leguas de calzada que pasar hasta México, que tenia de trecho en trecho puentes levadizos: tomó Cortés la mañana porque deseaba hacer su entrada y tener tiempo para visitar á Moctezuma, quedando con alguna parte del dia para alojar su gente y fortificar sus cuarteles. Siguióse la marcha con muy buen orden, porque Cortés hizo avisar á la multitud de indios que concurrían á la novedad, que no atravesasen por entre los soldados, que no se llegasen á los caballos, ni les tocasen la ropa si no querian luego perder la vida; providencia muy sagaz y conforme á su genial supersticion de los indios, pues maravillados de los vestidos, barbas, armas y caballos de los castellanos, tanto que decian: estos verdaderamente son dioses, no convenia que con la comunicacion de los soldados perdiesen el temor que tanta novedad les causaba. Se dió vista desde más cerca, y no sin admiracion, á la gran ciudad de México, y acercándose más nuestro ejército se descubrió una calle muy ancha y espaciosa, que

se había despejado de propósito, porque Moctezuma estaba en ánimo de salir á recibirle para mayor demostracion de su benevolencia. Antes habían salido á la mitad del camino cuatro mil indios principales á recibir el ejército, y conforme iba entrando en la calle principal de México, se fué dejando ver la comitiva real, que serian doscientos nobles de su familia, ricamente vestidos con grandes penachos de color igual, arrimados cuanto podian á las paredes con notable silencio y compostura, descalzos todos, y sin levantar los ojos de la tierra, porque era el mayor desacato mirar al emperador á la cara. Luego se dejó ver á lo léjos una gran tropa de gente, mejor adornada y de mayor dignidad, en cuyo medio venia Moctezuma sobre los hombros de sus validos en unas andas de oro bruñido: iban adelante tres señores, uno tras del otro, cada uno con una vara de oro levantada, como señal de que el emperador estaba allí, para que todos sus vasallos le hiciesen el acatamiento debido. Seguian el paso de las andas cuatro personajes de grande suposicion, que le llevaban debajo de un palio hecho de plumas verdes entretejidas con piezas de oro, y algunos adornos de plata que formaban la labor de una rica tela. Cortés se apeó del caballo poco ántes que llegase, y al mismo tiempo se apeó Moctezuma de sus andas, y puestas las dos manos

sobre los brazos del señor de Iztapalapa, su hermano, y el de Texcuco su sobrino, dió algunos pasos para recibir á Cortés. Era de buena presencia, su edad de cuarenta años, de mediana estatura, el rostro aguileño, los ojos vivos y el semblante majestuoso. Su traje, un manto de sutilísimo algodón, anudado sobre los hombros de un modo airoso, dejando arrastrar la falda. Traía sobre si diferentes joyas de oro, perlas y piedras preciosas. La corona que llevaba era una especie de mitra de oro ligero: el calzado unas suelas de oro macizo, cuyas correas ceñian el pié y abrazaban parte de la pierna hasta las pantorrillas, semejante al calzado militar de los griegos y romanos. Se saludaron ambos con mucha cortesía: el razonamiento de una y otra parte fué conciso y discreto como lo pedia la ocasion. Mandó luego Moctezuma á uno de aquellos dos principales señores, dandos suyos, que se quedase para conducir y acompañar á Cortés hasta su alojamiento, y arrimado al otro volvió á tomar sus andas y se retiró á su palacio con la misma pompa y majestad.

Este fué el recibimiento que aquel poderoso Príncipe hizo á Hernan Cortés en su entrada en la gran ciudad de México, á ocho de Noviembre del mismo año de mil quinientos diez y nueve, y el alojamiento que le tenia prevenido fué una de las casas reales que fabricó Axayacatzin, padre

de Moctezuma. Era poco más de medio día cuando en él entraron los españoles, y hallaron una comida abundante y regalada para Cortés y los capitanes de su ejército, y para el resto de la gente muchos manjares ménos delicados. Por la tarde vino Moctezuma con su pompa acostumbrada á visitar á Cortés, y tuvieron ambos una conferencia larga sobre el motivo de la embajada de parte del monarca del Oriente, á que satisfizo Cortés exponiendo con grande energía cuánta conveniencia le sería á aquel emperador entablar y abrir el comercio entre ambas monarquias del Oriente y del Occidente y instándole despues á que abrazase la religion católica, como el medio más eficaz para que fuese más durable la buena armonia y alianza de una y otra corona. Pero no dió oídos Moctezuma en punto de religion, porque como se preciaba de tan observante en las máximas de la suya, que consideraba la mejor, segun su preocupacion, en todo lo demás pareció admitir muy bien las proposiciones ventajosas de alianza que Cortés con sagacidad le tenia insinuado. Se retiró á su palacio despues de haber colmado de presentes de oro y otras curiosidades de plumas y algodón á Cortés: se pasaron algunos dias en visitas reciprocas de Cortés á Moctezuma, y no fueron del todo inútiles, porque Moctezuma, convencido de la razon, desterró de su mesa los pla-

tos de carne humana, dando ejemplo á sus vasallos para que hiciesen lo mismo, sin prohibirles este manjar expresamente, y sin darse por vencido en orden á los sacrificios de hombres. Daba pocas esperanzas de reducirse, por hallarse tan arraigado el error en su corazon, aunque procuraron varias veces Hernan Cortés y el venerable padre Fr. Bartolomé de Olmedo traerle con sólidas razones al camino de la verdad. Era tan adicto al culto de sus dioses, que como otro Numa Pompilio, no dejaba pasar dia alguno sin manifestar su religiosa piedad, retirándose á sus oratorios, y mandando sacrificar victimas racionales de uno y otro sexo, motivo porque llevando á Hernan Cortés y al padre Olmedo con algunos de sus capitanes y soldados castellanos, para que viesen á su lado las grandezas de su Corte, deseó no sin vanidad y ostencion de su errada piedad, enseñarles el mayor de sus templos. Quiso Cortés, dejándose llevar de su celo, que le diese permiso Moctezuma de fijar una cruz y poner una imágen de Nuestra Señora delante de los simulacros del demonio para que viese el engaño de sus ídolos, confiado que presto saldria él y sus vasallos del error en que estaban; pero se enfurecieron los sacerdotes al oír esta proposicion, y Moctezuma, que percibió demostraciones de irrision que hacian á sus dioses los españoles, y de

poco caso de la desazon de sus sacerdotes, denotando su mortificacion les dijo, que si entendiera que habia de hacer tal deshonra á sus dioses, que no los hubiera conducido á su templo, y que bien podian contenerse, siquiera por la atencion que se debia á su persona. Con esta experiencia y otras que se hicieron sobre este asunto, resolvió Cortés, conformándose al parecer del venerable padre Olmedo y del licenciado Juan Diaz, que no se le hablase más en el punto de religion, supuesto que no servia más que de irritarle y endurecerle, pero al ménos se consiguió facilmente su licencia para que los cristianos diesen culto público á su Dios, y él mismo envió sus alarifes para que se le fabricase templo á sus expensas, como lo pidiese Cortés. Entraba la politica en esta concecion; y aunque conocia las ventajas de la religion católica, volvía á su tema de que sus dioses eran buenos en aquella tierra, como el de los cristianos en las de su distrito, y así no le hizo fuerza permitir á los españoles el uso de su religion. Dice el historiador Herrera que fué tanta la diligencia de los indios, que se hizo la capilla en dos dias: se levantó un altar: se colocaron imágenes y se adornó con la posible decencia; y en el atrio de aquel palacio donde habitaban los españoles se puso una cruz de palo para que generalmente los indios viesen la reverencia en que la tenían

los cristianos. Comenzóse á celebrar misa, hasta que se acabó el vino: ningun dia se dejó de decir, asistiendo algunas veces Moctezuma con los señores de su Corte, entre los cuales se alababa mucho la mansedumbre de aquellos sacrificios, sin conocer la inhumanidad de los suyos: tanto era el cuidado que tenia Cortés que sus soldados viviesen ejemplarmente, y que cuanto antes se plantase la fe entre aquellos bárbaros.

Los que quisieren tener noticia de la grandeza de los edificios de la gran ciudad de México, que fué conocida en su antigüedad con el nombre de *Tenaxtitlan*, de la forma de gobierno del imperio mexicano y de su Corte, saber de su policia y tener otras noticias curiosas de aquellos pueblos, podrán registrar si gustan, los historiadores que tratan difusamente de estos asuntos, en especial al diligente Herrera, á nuestro reverendo Torquemada, y en la obra elegante de Solís que los ha seguido, como tambien en la exquisita idea para la Historia general americana del caballero Boturini, hallarán satisfecha su curiosidad. No puedo desviarme mucho en este Aparato de la narracion sucinta de la conquista de Nueva España; motivo que me hace pasar brevemente á la descripcion de los sucesos de aquella Corte, hasta su total destruccion, siéndome aun forzoso introducir algunas digresiones importantes, así

para seguir fielmente el orden cronológico de sucesos anexos á mi asunto, como para dar á conocer la ilacion indispensable de estos acaecimientos, con los que dieron márgen á la conquista espiritual del reino de Mechoacan, por donde me fué preciso principiar desde su origen del establecimiento de la fe en las Indias Occidentales, hasta llegar insensiblemente á los fundamentos de mi santa Provincia en aquel reino. Dejamos pues de referir por menor las circunstancias de esta entrada de los españoles en la Corte imperial de México, ni las de su grandeza, del origen de su poblacion, de los usos de aquellos indios mexicanos, de sus festividades, sacrificios, ceremonias, hechicerías y supersticiones, porque se hallan á cada paso y con prolija repetición en las historias de las Indias, reservándome tratar en su propio lugar de mi Crónica, de los indios tarascos, usos y costumbres, que en muy poca cosa difieren de las de los mexicanos.

CAPITULO XXXIV.

CAUSA POR QUE ACUERDA HERNAN CORTES APODERARSE
DE MOCTEZUMA: PRISION DE ESTE EMPERADOR:
SUPLICIO DE QUAUHQPOCA, SEÑOR DE NAUTLA: CONJU-
RACION DE CACAMATZIN, REY DE TEXCUCO:
MOCTEZUMA LE ENTREGA A CORTES: SU CASTIGO: RE-
CONOCIMIENTO DE VASALLAJE QUE HACE MOCTEZUMA
AL REY DE CASTILLA, Y TRIBUTO QUE LE DIÓ:
AÑO DE 1519.

Observaban los españoles todas estas novedades no sin grande admiracion. Como Moctezuma era amigo de espectáculos y regocijos públicos, procuró en aquellos primeros dias que se hiciesen con mayor esmero para festejar á los españoles. Todo su conato era ocuparlos en varios entretenimientos: llevaba siempre consigo á Cortés, asistido de sus capitanes: frecuentábanse las

para seguir fielmente el orden cronológico de sucesos anexos á mi asunto, como para dar á conocer la ilacion indispensable de estos acaecimientos, con los que dieron márgen á la conquista espiritual del reino de Mechoacan, por donde me fué preciso principiar desde su origen del establecimiento de la fe en las Indias Occidentales, hasta llegar insensiblemente á los fundamentos de mi santa Provincia en aquel reino. Dejamos pues de referir por menor las circunstancias de esta entrada de los españoles en la Corte imperial de México, ni las de su grandeza, del origen de su poblacion, de los usos de aquellos indios mexicanos, de sus festividades, sacrificios, ceremonias, hechicerías y supersticiones, porque se hallan á cada paso y con prolija repetición en las historias de las Indias, reservándome tratar en su propio lugar de mi Crónica, de los indios tarascos, usos y costumbres, que en muy poca cosa difieren de las de los mexicanos.

CAPITULO XXXIV.

CAUSA POR QUE ACUERDA HERNAN CORTES APODERARSE
DE MOCTEZUMA: PRISION DE ESTE EMPERADOR:
SUPLICIO DE QUAUHQPOCA, SEÑOR DE NAUTLA: CONJU-
RACION DE CACAMATZIN, REY DE TEXCUCO:
MOCTEZUMA LE ENTREGA A CORTES: SU CASTIGO: RE-
CONOCIMIENTO DE VASALLAJE QUE HACE MOC-
TEZUMA AL REY DE CASTILLA, Y TRIBUTO QUE LE DIÓ:
AÑO DE 1519.

Observaban los españoles todas estas novedades no sin grande admiracion. Como Moctezuma era amigo de espectáculos y regocijos públicos, procuró en aquellos primeros dias que se hiciesen con mayor esmero para festejar á los españoles. Todo su conato era ocuparlos en varios entretenimientos: llevaba siempre consigo á Cortés, asistido de sus capitanes: frecuentábanse las

visitas, unas veces Cortés en Palacio, y otras Moctezuma en el alojamiento: con esta comunicacion se iba Moctezuma aficionando á los españoles: no acababa de admirar las cosas de España, y hacia altísimo concepto de su Rey. Procuraba, por consiguiente, ganar las voluntades, repartiendo joyas y preseas con gran discrecion á los cabos y soldados de Cortés. Los nobles, á su imitacion, hacian lo mismo á proporcion, y los indios todos doblaban la rodilla al menor de los soldados. Hacian esta ostentacion de sus habilidades con deseo de festejar á los forasteros: gozabase de un sosiego muy divertido; pero no tardaron en manifestarse los cuidados, porque llegaron á este tiempo nuevas de Veracruz á Hernan Cortés que mudaron el semblante de las cosas. Juan de Escalante, que quedó con el gobierno de aquella nueva poblacion, supo que andaba por aquellos parajes un general de Moctezuma llamado Quauhpopoca, el que con su gente hacia grandes violencias en los pueblos de los totonaques y zempoales confederados de aquella villa, obligándolos á pagar el tributo con grandes extorsiones, por más que representaban que Cortés les habia mandado que no lo pagasen más, por ser así la voluntad del Rey. Vióse precisado Juan de Escalante, para reprimir estas vejaciones, salir á campaña en defensa de sus aliados, instado de las quejas de los indios

amigos. Dejando bien moderada guarnicion en la plaza de Veracruz, fué con su pequeño ejército á castigar las insolencias de Quauhpopoca, y le halló con sus mexicanos bien prevenido y con superiores fuerzas á las suyas, cerca de un pueblo que despues se llamó Almeria. Llegaron á las manos, y al primer acometimiento de las tropas mexicanas, huyeron los totonaques, dejando algunos muertos en el campo: desamparados los castellanos de estas tropas auxiliares, cargaron solos á la gente de Quauhpopoca con tal valor y resolucion, que á breve rato cedieron los mexicanos y trataron de retirarse desordenadamente. Fué muy señalada esta victoria, pero igualmente costosa, porque Juan de Escalante y otros seis soldados salieron mal heridos, y Escalante luego que volvió á la Veracruz murió de resulta de las heridas. Los indios se llevaron vivo á un soldado llamado Juan de Argüello, natural de Leon, para sacrificarle á sus dioses, que cayó peleando valerosamente y no pudo ser socorrido con tiempo. Súpose por los mexicanos que se hicieron prisioneros, que por complacer á Moctezuma habia Quauhpopoca, señor de Nautla, suscitado esta traicion, entretanto procuraba agasajar en su Corte á Cortés y á su gente. De todas las circunstancias de esta accion daba cuenta el ayuntamiento para que se nombrase sucesor á Juan de Escalante

y se tuviese noticia del estado en que se hallaban. Pensativo Cortés sobre este hecho de los mexicanos, y considerando el gran peligro en que se hallaba él y todo su ejército, consultó á los capitanes sobre el partido que se habia de tomar: hubo varios pareceres, pulsáronse todos los inconvenientes, y al fin prevaleció la resolucion que arbitró Cortés, á fin de prevenirse contra una muerte cierta, pues los tlaxcaltecas le afirmaban que descubiertamente trataban los mexicanos de romper las puentes levadizas de la ciudad y de sus calzadas, y que tenían acopiados muchos pertrechos de guerra: resolucion por cierto de las más arduas y grandes que han visto los anales del tiempo, y fué la de prender á un Rey tan poderoso dentro de su Corte; accion que parece increíble, y siendo verdadera, tiene lugar entre los medios admirables é imperceptibles de que se valió Dios en esta conquista para la salvacion de aquellos bárbaros.

Finalmente, dispuso Cortés la prision de Moctezuma con la mayor sagacidad, ordenando que se tomasen las armas en su cuartel sin hacer ruido ni moverse hasta nueva orden. Mandó que algunas cuadrillas ocupasen las bocacalles y otros puestos convenientes. A la hora que Hernan Cortés solia ir á visitar al Rey, fué al palacio con los oficiales de su confianza, siguiéndoles disimuladamente unos treinta españoles de su satisfaccion.

No hizo novedad el verlos con todas sus armas, porque las tratan ordinariamente como una costumbre militar. Salió Moctezuma, segun lo habia acostumbrado, á recibir la visita; y Cortés empezó á dar sus quejas contra su general, el cual habia acometido él presidio que tenia en Veracruz, infringiendo el derecho de gentes, diciéndole que era un delito de que debia dar satisfaccion á Dios y al mundo por haber muerto á ocho españoles, y especialmente á uno que habian hecho prisionero y sacrificádolo á sus dioses á sangre fria, en venganza de su propia ignominia de haber sido vencidos; y últimamente, le afeó una accion tan indigna de su grandeza, como el haber movido esa guerra de su orden, segun la disculpa de Cuauhpopoca, quien así lo decia. Mudó de color Moctezuma al oír este cargo y pretendió negar el hecho; pero Hernan Cortés le propuso que para borrar esta grave culpa convenia que se diese por preso y se fuese al alojamiento de los españoles, como que nacia de sí propio, dándole su palabra de honor que seria tratado entre los españoles con todo el acatamiento debido á su persona. Calló por el pronto Moctezuma; pero en breve respondió impaciente, que cómo habia de hacer esta indecorosa demostracion; que se contentase con la orden que tenia dada para que le enviasen á Cuauhpopoca.

Duró largo rato la porfia, resistiéndose siempre Moctezuma á abandonar su palacio; mas Cortés no desistia de su propósito de que se entregase á los españoles, lo cual repugnaba Moctezuma. Viendo esto uno de los capitanes castellanos que se hallaban presentes, y que consideraba el peligro de la dilacion, dijo en voz alta: Dejémonos de buenas palabras y tratémos de prenderle ó de matarle. Reparó en ello Moctezuma, y preguntó á Marina qué decia tan descompuesto aquel español; y ella, con grande discrecion, respondió: «Mucho aventurais, señor, si no cedéis á las instancias de esta gente, porque ya conoceis la fuerza superior que les asiste. Si vais con ellos, seréis tratado con el acatamiento que se debe á vuestra persona, y si haceis mayor resistencia peligra vuestra vida.»

Impresionado Moctezuma con estas palabras de Marina, se decidió al fin á seguir á los españoles; y dando á sus ministros cuenta de las consideraciones que le movian á ir al cuartel de los españoles, partió, con la pompa acostumbrada, al alojamiento de los españoles, manifestando en el exterior que mudaba con gusto su habitacion por motivos políticos; pero en lo interior era grande su pena; y á pesar de esto, se portó con tal grandeza de ánimo, que todos sus vasallos vieron por entónces como determinacion suya este retiro y

no pasaron á discurrir en la osadía de los españoles.

Así se dispuso la prision de Moctezuma; y aunque despues procuraban los mexicanos valerse de muchos medios para sacar de ella á su Rey, todos fueron inútiles por la gran vigilancia de nuestras guardias; pero al fin, en pocos dias, estaba ya tan bien hallado en ella, que no echaba de ménos su palacio. Cortés tenia particular cuidado en que todos sus españoles tratasen con la debida reverencia á este Emperador, aunque prisionero; y él mismo, con el respeto que le guardaba, daba ejemplo á todos, y de este modo tranquilizó el ánimo de Moctezuma. Perdió la novedad entre los mexicanos el suceso de la prision de su Rey en el alojamiento de los españoles: veneraban la determinacion de su soberano, sin examinarla; y Moctezuma, aunque Cortés le brindaba con su libertad y le rogaba que se volviese á su palacio, porque no le tenia preso, respondia que se lo agradecia; pero que, pareciéndole bien las costumbres de los españoles, estaba con gusto entre ellos. No sentia el peso de sus verdaderas cadenas; porque hacia sus funciones de rey con la misma distribucion de horas que solia, y cuidaba del gobierno político y militar de sus reinos, poniendo particular cuidado en que no se conociese la falta de su libertad.

A los veinte dias despues de la prision de Moctezuma, trajeron preso á Cuauhpopoca á la presencia del Emperador, quien le mandó entregar á Cortés para que, averiguada la verdad, se castigase como merecia. Sustanciósese la causa y se le dió sentencia de muerte, con la circunstancia de que fuese quemado su cuerpo delante del palacio real, como reo de lesa-majestad. Miéntras se ejecutaba esta sentencia, con las cautelas necesarias, reprendió Cortés á Moctezuma acremamente, amenazándole con quitarle la vida por haber sido causa de la muerte de los castellanos, aunque queria negar el hecho; y con atrevida resolucion le mandó poner unos grillos, sin dar lugar á que le replicase. Fué grande el dolor y asombro de Moctezuma cuando se vió tratado de un modo tan ignominioso: insistia en que no tenia culpa, y atribuia su infeliz estado á la altissima disposicion de sus dioses; pero supo sufrir con grande resignacion y magnanimidad esta afrenta, no obstante el cuidado que tenia del peligro de su vida. Ejecutado el suplicio de Cuauhpopoca, sin que los mexicanos se atreviesen á moverse, quizás indignados de que este señor hubiese culpado á su Rey, ó tal vez por no empeorar la mala suerte de éste, volvió Cortés al cuarto de Moctezuma y le dijo que, aunque por la confesion de su general le habia castigado de aquel modo por

su atroz delito, siendo digno de mayor pena, que en atencion al amor que le profesaba y á que no se podia persuadir que semejante accion hubiese sido autorizada por un principe tan grande, le mandaba quitar los grillos: alivio que agradeció tanto Moctezuma, que le abrazó dos ó tres veces. Quedó Moctezuma desde aquel dia prisionero voluntario de los españoles, haciéndoles grandes mercedes, y acreditando con sus palabras y acciones cuánto estimaba la urbanidad de Cortés y la sinceridad de su ánimo. Instóle Cortés para que se volviese á su palacio cuando quisiese; pero no admitió la oferta entónces, por parecerle que no convenia en las presentes circunstancias apartarse de la compañía de los españoles; mas cuando le pareció que tenia segura y merecida la confianza de Cortés, quiso experimentarla, pidiéndole licencia para salir alguna vez á sus templos, dándole palabra de volverse prontamente á su prision. Concediósele Hernan Cortés, pero con la condiccion que desde aquel dia habian de cesar los sacrificios de carne humana, lo cual prometió Moctezuma, prohibiendo en efecto en todos sus Estados este género de sacrificios. Continuaron despues sus salidas, y se volvia despues con puntualidad al alojamiento de los españoles, sin intentar jamás mudar de residencia, porque juzgaba (como estaban las cosas) que es-

taba con más seguridad entre los españoles que entre los suyos, recelándose que, como aquel imperio era electivo, le privasen de su dignidad por el poco recato que había tenido con los extraños, enemigos del imperio. Se hallaba también entre los españoles, que se llegó á considerar por los mexicanos esta estancia de su Rey entre los forasteros como un favor que éstos le hacían, por lo cual los nobles visitaban á Cortés y á los principales capitanes del ejército español, á fin de encaminar mejor sus pretensiones, puesto que los consideraban muy estimados y validos de su Emperador.

Año de 1520.—Entretanto duraba este estado de tranquilidad, no se descuidaba Cortés en las prevenciones que podían conducir á sus altos designios. En sus conversaciones amistosas con Moctezuma, le preguntó en qué parte de su imperio estaban las minas de oro y de plata, y si había algun puerto en la costa del mar del Norte adonde pudiesen surgir con seguridad los navios de Castilla. Dijole Moctezuma, que en cuanto á las minas, tenía noticia que de donde más le solían traer oro y plata era de la provincia de Zacatula, hacia el Sur, que distaba de México como doce soles ó jornadas, y que también se cogía en la parte del Norte en los rios de Chinantla; y que en las tierras de los zapotecas ha-

bía abundancia de uno y otro metal; que tocante á puertos seguros para el fin que se proponía, se podía satisfacer con registrar un mapa que le dió. Era, propiamente, un lienzo de algodón, en el que estaba pintada toda la costa, con sus rios y ensenadas, desde Pánuco hasta Tabasco, muy al natural, que tendría de extensión cosa de ciento y cuarenta leguas, é iba señalado el gran rio de Guazacualco con todos sus giros.

Aprovechóse Hernán Cortés de estas noticias, y despachó varios capitanes para que indagasen con certeza los parajes en que se hallaban las minas, persuadido de que de este modo ganaría un gran socorro de oro y plata que enviar al Rey para desvanecer las quejas que los protectores de Velázquez podían intentar contra él. Y como el mismo Moctezuma le había ofrecido mandar indios que se las mostrasen á sus capitanes, obtuvo competente número de indios que les acompañasen, dándoles un término fijo para que ejecutasen esta exploracion, segun sus deseos; pero al mismo tiempo dispuso que se condujesen de la Vera-Cruz algunas velas, jarcias, clavazon y otros restos de los navios que se barrenaron, con el intento de fabricar dos bergantines que tener á su disposicion en la laguna para facilitar el paso por esta parte, porque había oido decir á los

tlaxcaltecas que los mexicanos trataban de quitar los puentes levadizos y romper las calzadas. No le faltó sagacidad para persuadir á Moctezuma de la ventaja que le resultaria del conocimiento de la navegacion, y que él le podia facilitar un bosquejo de las embarcaciones que se usaban en España, excitando su curiosidad con una breve explicacion de estas prodigiosas máquinas, que se movian al impulso del viento. Moctezuma le manifestó un gran deseo de saber cómo se podian mover cuerpos tan pesados con la facilidad que le ponderaba, porque los mexicanos ignoraban el uso de las velas. Se dió principio á la obra por mano de los maestros de esta profesion que venian en el ejército en clase de soldados, ayudando á cortar y conducir la madera, de orden de Moctezuma, los carpinteros de la ciudad, con cuyo auxilio se acabaron los bergantines en muy poco tiempo. Concurría toda la gente de la ciudad á ver aquellos, que en su lengua llamaban casas portátiles; pero de lo que más se admiraban era del manejo del timon y del oficio de las velas, que (á su modo de pensar) mandaban al viento y á las aguas.

Así introdujo Cortés esta novedad, que se dirigia más al logro de sus fines que al provecho de los mexicanos, pero al fin fueron bien recibidos los bergantines. En todas estas cosas se veía

la grande vigilancia de Cortés, quien cada dia se granjeaba más la estimacion de Moctezuma con su buen modo y sagaz politica en que demostraba su ánimo, contemplándole segun las circunstancias del caso ó convenia á sus designios.

Hallábanse ya los españoles bien seguros de la buena voluntad y grande aficion de Moctezuma, y se gozaba de un sosiego favorable, cuando se descubrió un movimiento de conspiracion; que puso en gran riesgo las prevenciones de Cortés. El autor de esta conspiracion fué Cacamatzin, sobrino de Moctezuma y Rey de Tezcucó, mozo ambicioso y belicoso, el cual aborrecia á los españoles, y bajo el pretexto de sacar de la opresion á su tio, aspiraba á la corona imperial. Convocó á sus nobles y principales Caciques, persuadiéndoles que mirasen por su libertad, su honra, su patria y su Rey, afeando la cobardia de Moctezuma y el atrevimiento de aquellos pocos extranjeros en prender á su Emperador; que tenían fuerzas para castigar á los españoles, quienes en menosprecio de sus dioses introducian en el templo el suyo, y con la mayor osadia disponian en todo del gobierno; que ya era tiempo de volver por el honor de sus dioses y de las leyes del imperio, haciendo todo empeño para acabarlos y restituir el imperio á su antiguo esplendor. Sembró esta zizaña entre los demás reyezuelos de

la laguna, quienes prestaron oídos á su conspiracion. Entraron en ella los reyes de Cuyoacan, Iztapalapa, Tacuba, y otros Caciques de suposicion, ofreciendo sus personas y todas sus fuerzas. No pudo formarse esta conjuracion con tanto secreto que no llegase casi á un mismo tiempo á saberse de Cortés y de Moctezuma. Quiso Cortés atajarla en su origen, y propuso á Moctezuma que el mejor partido era que él fuese personalmente con sus españoles á acometer en Tezcucó á Cacamatzin y traerle preso, porque de otro modo se veria en la precision de usar de medios más violentos. Moctezuma le contuvo, haciéndole ver que aquella ciudad era fuerte por su situacion en medio de las aguas de la laguna, y que no ignoraba que la gente de Culúa acudiria de buena gana á la defensa de su sobrino por tenerla á su favor; que por la experiencia que tenia del humor de sus vasallos, apagaria ese fuego con maña, y que le dejase obrar.

Tomó Cortés el consejo, y Moctezuma envió luego unos mensajeros para que dijesen de su parte á su sobrino, que no prosiguiese en semejante intento; y porque á esto respondió con demasiado brío y se explicó con desacato de Moctezuma y desestimacion de Cortés, ordenó que algunos capitanes indios de su confianza le asaltasen de noche en su casa y le trajesen preso á

México. Se ejecutó fielmente esta comision; y sin que bastase su fuerte resistencia le prendieron, y prontamente le llevaron por la laguna á la presencia de su tío el Emperador Moctezuma, quien no le quiso ver, y mandó le entregasen á Cortés para que le tuviese asegurado en la cárcel de sus nobles, y fuese tratado como reo de pena capital.

No hacia mucho tiempo que un hermano de Cacamatzin, perseguido y temeroso de que éste le quitase la vida, habia escapado de sus manos y se habia refugiado en el sagrado asilo de su tío Moctezuma. Puso Cortés los ojos en él, por considerarle mozo de valor y de prendas, que no dejaria de quedarle agradecido; y para ganarle completamente á su partido, le propuso á Moctezuma que le diese el señorío de Tezcucó, pues Cacamatzin su hermano se habia hecho indigno de aquel reino por haber conspirado contra su soberano, no hallando muy prudente por entónces castigar su rebelion con pena capital, puesto que se le podia aplicar otro género de muerte, ménos ruidosa y más terrible para él, cual era el privarle de su reino, y esto traeria la ventaja de infundir el terror en todos sus parciales, quienes escarmentarian.

Agradó mucho á Moctezuma este pensamiento, y se resolvió á dar al hermano de Cacamatzin

el título y corona de Rey, y la voz electoral, con la solemnidad acostumbrada. Le prometió igualmente mirarle y favorecerle como hijo suyo, y le dió consejos muy prudentes tocante al modo de portarse en su gobierno. Dióle asimismo á entender, que el haber llegado á tan alto estado se lo debía á Cortés, por lo cual debía vivirle siempre reconocido. Dichosa resolución para los españoles; pues, como dice un autor que escribió estos sucesos, si hubiera habido muchos Cacamatzines, no hubiera salido tan bien la conquista. Permitelo Dios así, porque cuando quiere que se muden los imperios hace que se yerren los consejos aun en las cosas más fáciles. En este caso, no se puede atribuir sino á su Divina Providencia tan favorable determinacion, pues parecia increíble que Moctezuma quisiese castigar con tanta severidad á su deudo en pago de haber mostrado tanto valor para sacarle de su prision; empeño que habia de causar en él mayor estimacion si Dios, para sacar á aquella tierra del cautiverio del demonio, no pusiera en Moctezuma los respetos que tenia á Cortés y á los españoles. Tuvo notable aplauso este género de castigo, sin sangre, que se atribuyó al gran juicio de Cortés y de sus españoles, porque no esperaban de Moctezuma semejante moderacion; y fué de tanta consecuencia, que los conjurados, depuestas las armas, ocur-

rieron á la clemencia de su emperador. Al cabo de pocos dias dieron garrote secretamente á Cacamatzin, y este fué el fin desastrado que tuvo este último Rey de los Aculhuas, con que se deshizo aquella tempestad, y Moctezuma agradeció á Cortés la quietud de su imperio, hallándose más propenso para acceder al motivo de la Embajada de Cortés, que se reducía al reconocimiento que pedia de parte de aquel emperador á la majestad de Carlos V.

la nobleza de su reino, y hacer en su presencia estereconocimiento. Agradecióle Cortés la accion, deseoso de conseguir el principal fin de sus designios. Envió pues Moctezuma á llamar á todos los reyezuelos y Caciques principales de su imperio. Vinieron todos á México con lucido acompañamiento, y estando todos juntos y en presencia de Cortés, les propuso diesen obediencia al gran Rey de Castilla, trayéndoles á la memoria lo que habian oido de sus antepasados y afirmaban sus sacerdotes del modo con que habia entrado á dominar aquellos reinos su caudillo Quetzalcoatl y los pronósticos que habia dejado, previniendo que habian de volver á reinar en aquella tierra sus descendientes, que sin duda el que dominaba en aquellas regiones del Oriente era el sucesor legitimo del mismo Quetzalcoatl, el cual enviaba á su capitan Hernan Cortés para reclamar este incontestable derecho hereditario, y que asi le debian reconocer todos por su Rey, no pudiendo dejar de obedecer á la voluntad de sus dioses que asi lo querian. Vinieron todos en ello, aunque con grandes sollozos y llantos, y á imitacion de su Príncipe se ofrecieron por vasallos del Rey de Castilla, como estaba pronosticado, con la contribucion de sus mejores joyas y alhajas. Desde aquel dia quedó reconocido el emperador Carlos V por señor del imperio mexicano entre aquella gente,

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

CAPITULO XXXV.

RESUÉLVESE MOCTEZUMA A DECIR A CORTÉS QUE SE VAYA DE SU TIERRA: VELAZQUEZ ENVIA UN ARMAMENTO CONSIDERABLE, CUYO MANDO CONFIA A PANFILO DE NARVAEZ: CORTÉS PRENDE A ESTE GENERAL: VUELVE A MEXICO: MUERTE DE MOCTEZUMA:
AÑO DE 1520.

Como empezaba Moctezuma á sentir la flaqueza de su autoridad por las reflexiones que hizo sobre los motivos de la conjuracion de Cacamatzin, y temia que se volviesen á inquietar sus vasallos, determinó en todo caso despachar á los españoles, y comunicó con Hernan Cortés que habia discurrido en reconocer de su propia voluntad el vasallaje que se le debia al gran Rey de Castilla, como á sucesor legitimo de Quetzalcoatl, y dueño propio de aquel imperio, á cuyo fin pensaba convocar

y de ello se formó público instrumento con las solemnidades necesarias. Este título, que se debió despues al derecho de las armas sobre justa probacion, vino á ser medio necesario para la introduccion del Evangelio en la Nueva España. Pocos dias despues insinuó Hernan Cortés á Moctezuma que convenia, en reconocimiento del homenaje que se habia dado á su Rey y Señor, enviarle algun presente correspondiente á la grandeza y riqueza de su imperio. Moctezuma al instante le entregó el regalo que tenia prevenido: los nobles hicieron lo mismo con título de contribucion, y se juntó en pocos dias tanta cantidad de oro y plata, que sin contar las joyas y piezas de primor, y habiéndose fundido lo demás, se hallaron seis-cientos mil pesos reducidos á tejos de buena ley, de cuya suma se apartó el quinto para el Rey, y del residuo se hizo cargo Cortés para acudir á sus desempeños y á las necesidades públicas de su ejército. No cabia Cortés de contento al ver cuán prósperos términos tomaba su conquista, y cuánto se prevenia más en el despacho de los presentes de Moctezuma y de sus nobles que intentaba remitir al Rey, y juzgaba que por estar apoderado de la persona de Moctezuma podia con más facilidad disponer las cosas más bien, para dentro de poco tiempo verse posesionado de sus vastos dominios. Moctezuma, avergonzado de lo que decian

de él sus vasallos, atribuyendo á falta de espíritu su benignidad, y turbado con las amenazas de que habian de elegir á otro señor, y no ménos violento en aquel género de sujecion, como asimismo arrepentido de lo que habia hecho en favor de los españoles, previno cincuenta mil hombres, otros dicen cien mil, con determinacion de despachar á los españoles y hacerse obedecer en caso de cualquiera resistencia. Hizo llamar á Cortés, y le propuso con entereza que habiendo cesado los motivos de su detencion en la Corte y conseguido en obsequio de su Rey tan favorable respuesta de su embajada, ya era razon se fuese de sus dominios, porque sus dioses se lo habian mandado y sus vasallos pedido, amenazándole que si no queria por bien retirarse le echaria por fuerza de sus Estados. Estrechado Hernan Cortés más de lo que esperaba con esta intimacion fuerte y resuelta de Moctezuma, le respondió con grande comedimiento, que trataria luego de abreviar su viaje; que bien sabia no tenia navíos para ejecutar lo que mandaba, y que por lo mismo habia discurrido en pedirle licencia para que se fabricasen algunos bajeles capaces de tan larga navegacion, y así, que diese orden fuesen sus carpinteros con algunos españoles á habilitarlos: que estando hechos se marcharia luego porque no queria estar sino con gusto suyo en sus reinos, de que

se dió por satisfecho Moctezuma, y mandó que asistiesen á la costa de Ulúa todos los carpinteros del contorno, y Cortés por su parte despachó sus maestros y oficiales castellanos con órden reservada que se fuesen poco á poco en la construcción de los bajeles, y que procurasen alargar la obra de modo que no pareciese dilacion maliciosa, con que se aseguró en la confianza de Moctezuma.

Hasta aquí habia caminado con gran prosperidad Hernan Cortés, y le habia salido muy bien para el logro de su conquista la agudeza y penetracion de su grande espíritu con que disponia á su arbitrio el de Moctezuma, cuando dentro de pocos dias tuvo noticia este emperador de que andaban en la costa de Ulúa unos diez y ocho navios, y envió á llamar á Cortés para decirle que ya tendria navios en que irse. Mostró Cortés alegría en el semblante, porque pensó que habrian llegado sus procuradores, y fingiéndose grandes socorros en tanto número de bajeles: no se persuadió por entónces á que pudiese venir contra él armada tan poderosa: su respuesta fué, que se partiria luego si aquellos navios estaban de vuelta para los dominios de su Rey, y que seria necesario esperar aviso de los españoles que asistian en Zempoala, para saber el designio de aquella gente que venia, y si era necesario seguir en la fábrica de los bajeles. Aprobó Moctezuma este

reparo de Cortés, conociendo la razon, pero tardó poco en venir nueva de la Veracruz que aquellos bajeles eran de Diego Velazquez, y venian en esa armada ochocientos españoles contra Hernan Cortés y su conquista. Disimulando su turbacion con el mayor aliento, negando su cuidado á Moctezuma, se retiró para discurrir el remedio á tantas angustias que le asaltaban por tantas partes. Y es el caso, que á últimos del año antecedente de mil quinientos diez y nueve, Velazquez habia recibido cartas de Pedro Martin su capellan, en que le daba noticia cómo se habian despachado sus provisiones y cédula de Adelantado, cuyas facultades se extendian no tan solamente á toda la isla de Cuba, mas aun á todas las provincias que mediante su cuidado y de su órden se llegasen á descubrir, y que podia contar con la proteccion del obispo de Burgos; pero añadia, que los procuradores de Cortés, Portocarrero y Montejo habian llegado á la Corte con mucho oro y relaciones de sus buenos sucesos en la conquista de Nueva España, de que el Rey habia manifestado mucho gusto; y que el obispo de Burgos trabajaba con ardor en hacer pasar á Cortés por un rebelde que merecia ser castigado, pero que no se lisonjeaba poder destruir en el ánimo del Principe las impresiones tan favorables que habia concebido para con ese general, por las grandes es-

peranzas que tenia de una conquista tan ventajosa, ni hacer contrapeso á los sufragios de todos los órdenes del reino que levantaban hasta el cielo, y aplaudian el ánimo valeroso y buena conducta de un hombre demasiado feliz, para ser juzgado delincuente. Excitaron estas noticias en el corazón de Diego Velazquez sentimientos opuestos unos á otros, pero que concurrieron á hacerle tomar la resolución de arriesgarlo todo para vengarse de un ingrato que debiéndole todo el ser, iba, si no tomaba las más prontas providencias, á robarle la gloria y los provechos de la mayor empresa que se hubiese intentado hasta entónces en el Nuevo Mundo. Embebido en estas ideas, corrió personalmente toda la isla, procurando inspirar en los ánimos de los hidalgos y más esforzados castellanos todo el resentimiento de su pasión, y mover á todos, despertando en sus corazones los deseos más vivos de partir con el ejército de Cortés los tesoros de la Nueva España, y de tener la honra de añadir una corona tan singular á todas las que resplandecian ya en las sienas de su Soberano. Velazquez era querido de todos: su proposicion parecia de fácil ejecucion: á más de eso, franqueaba todo su crédito y su copiosa hacienda para el logro de la expedicion que premeditaba. Así consiguió en muy poco tiempo habilitar un ejército respetable y armar la más

numerosa flota que se hubiese visto salir por entónces de los Puertos de Indias. Se componia de once navios de linea, de siete menores y de muchos bajeles de trasporte. Tenia prevenidos ochocientos soldados de la mejor infanteria que hubiese en Indias y ochenta hombres de á caballo prontos á embarcarse en esta grande armada. El primer intento de Velazquez fué mandarla en persona, pareciéndole que su presencia seria tanto más importante que seria mayor delito no obedecer sus órdenes. Mudó despues de parecer y nombró por general á Pánfilo de Narvaez que acababa de venir de España. Era oficial veterano que se habia granjeado gran reputacion en las expediciones de Indias, y muy adicto á los intereses del gobernador. No tansolo le encomendó el mando de su armada Diego Velazquez, sino que le hizo su teniente, encargándole sobre todo de no omitir diligencia alguna para apoderarse de la persona de Cortés, remitiéndosela con la mayor eficacia y con buenas guardias; y luego que le tuviese bien asegurado, que tomase el mando de los dos ejércitos unidos, prosiguiese la conquista hasta concluir la, dejando establecida en esas partes la autoridad del Rey, y afianzados los derechos del Adelantado de Cuba. No tardó la Real Audiencia de Santo Domingo en saber de aquellos grandes preparativos, y temió las consecuencias que habian

de resultar. Luego despachó á Velazquez uno de sus oidores, el licenciado Lucas Vazquez de Ayllon, para empeñarle á que remitiese la decision de esta grande oposicion y de sus quejas á la Real Audiencia, con órdenes de emplear todos los medios posibles de persuasion ó de amenazas, para estorbar aquella empresa que no dejaria de atraerle la indignacion del Rey, de cualquiera manera que obrase, al mismo tiempo de representarle su ruina inevitable, y la infamia en que habia de caer si por satisfacer su pasion y venganza encendia en la Nueva España un fuego que quizás abrasaria todos los establecimientos españoles en lo descubierta de Indias; y si no bastaban todas estas consideraciones para obligarle á desistir de su armamento, de intimarle que suspendiese esta expedicion bajo las penas de ser tratado como desobediente y rebelde. El oidor Vazquez ejecutó con puntualidad las órdenes de la Real Audiencia, pero no pudo reducir á un hombre que en virtud de su nueva dignidad pretendia no reconocer superior alguno en el Nuevo Mundo. Salió la armada por el mes de Abril de mil quinientos veinte. Este oidor se embarcó en ella pensando que no teniendo que negociar sus encargos únicamente con Narvaez, les daria más fácil cumplimiento, pero se engañó, pues luego que llegó á las costas de Nueva España, y vió que Narvaez rechazaba obstinada-

mente todo medio de composicion, le hizo intimar que le prohibia pasar adelante, pena de la vida, hasta que recibiese nuevas órdenes de la Real Audiencia. Este golpe de autoridad, dimanado de una persona tan respetable, comenzó á hacer su impresion en el ejército de Narvaez, tanto que le hizo temer á este general lo que le podia sobrevenir, y para precaver cualquiera mala resulta, hizo inmediatamente embarcar al oidor en una carabela que enviaba á la Isla de Cuba, diciéndole que podia perjudicar al servicio del Emperador su larga ausencia de la Isla Española, y que convenia fuese á servir su cargo. Pero Vazquez empeñó al patron de la carabela á que le llevase en derechura á Santo Domingo, donde causó gran novedad semejante atentado. Por otro lado, como verémos, se desvanecieron bien presto las esperanzas de Diego Velazquez que tenia fundadas en esta poderosa armada, con la victoria de Cortés sobre Narvaez y la prision de este general, de cuyas consecuencias provino á Velazquez, como se lo tenian pronosticado, no solo la pérdida de todo su caudal, sino el de caer en la desgracia del Emperador.

Luego pues que llegó Narvaez con su flota á las costas de Ulúa, tuvo noticia en brevisimo tiempo Moctezuma de la llegada de la armada como está dicho, y dentro de poco le vinieron

nuevas que confirmaban el estado de la flota, y en pintura, de cuánta gente se componia, y las piezas de artilleria que traía. Moctezuma, que en realidad amaba y tenia especial inclinacion á Cortés, sin embargo que le habia significado con gran resolucion que se fuese de sus Estados, manifestó, en virtud de su respuesta tan rendida y discreta, que lo queria más que nunca, y un gran sentimiento de aquella inopinada desgracia, y esto fué causa de no determinarse á romper de veras con él. Hay autores que afirman que por la segunda noticia que tuvo Moctezuma de que los españoles que venian en los navios se habian desembarcado, y eran más de ochocientos con algunos de á caballo y piezas de artilleria, le persuadian algunos capitanes matase á los nuestros que estaban en México pues los tenia en su poder, antes que se hiciesen más poderosos juntándose los unos con los otros, y de acuerdo con su Consejo no lo quiso hacer Moctezuma, persuadido que seria accion más gloriosa dejarlos juntar, y despues de vencidos todos sacrificarlos á sus dioses. Supo poco despues Hernan Cortés que habia tomado tierra Pánfilo de Narvaez y marchaba con su ejército en orden la vuelta de Zempoala. De todas estas particularidades que ocurrían, tenia frecuentes avisos que aumentaban su recelo. Conocia á Narvaez y cuál era la dureza de su condicion. Supo

por las cartas de Sandoval que le llegaron, todo lo que pasaba: el ánimo que tenia Narvaez de prenderle para sacrificarle á la venganza de Diego Velázquez: la causa del viaje del oidor Lucas Vázquez: los designios de Narvaez y el propósito que éste traía de conquistar aquella tierra: lo mal que hablaba de su persona, tratándole de traidor públicamente: las fuerzas que tenia: los amigos y capitanes que se inclinaban á dejarle para incorporarse á su ejército á la primera ocasion que se les presentase; y en fin, de todo le informaron con grande prolijidad. Por lo mismo sus pensamientos vacilaban entre las reflexiones más melancólicas.

Poníanse muchos Cacamatzines delante: el malogro de su conquista: la causa de la religion frustrada en el mejor tiempo: el servicio del Rey atropellado: el temor de guerras civiles que se iban á declarar entre españoles con grande escándalo y ventaja de los indios, quienes no dejarían de aprovecharse de tales y tan favorables coyunturas para sacar á su Rey de la prision y restaurar lo perdido: consideraba la superioridad de las fuerzas de su contrario, y no hallaba medio de reducirle, aunque se decidiese á rogarle con la amistad. En fin, su ánimo estuvo en aquellos dias muy angustiado, y al fin se determinó á entablar pláticas de paz con Narvaez, pareciéndole que po-

dia convencerlo de la ventaja que les resultaria á ambos de unir sus fuerzas para no perder lo ganado, que era lo más conveniente en las actuales circunstancias. Eligió para esta negociacion al venerable padre fray Bartolomé de Olmedo, religioso bien hablado y de autoridad, el cual, de vuelta de su comision, impuso á Hernan Cortés de que Narvaez se expresaba mal contra él y vertía amenazas descompuestas; pero le consolaba, por otra parte, la buena disposicion que había reconocido en su gente, pues la mayor parte se inclinaba por la paz y mostraba poca disposicion para apoyar á Narvaez y secundar su dictámen.

Conociendo Cortés que al fin se había separado de la subordinacion de su Gobernador Diego Velázquez, y que no teniendo titulo real sino el que había recibido de su ejército para mandar las operaciones de la conquista, y receloso asimismo de la intencion de Moctezuma (quien deseaba verse libre de su opresion), pareciale cosa dura y de gran peligro desamparar la ciudad de México, por lo cual envió diversas veces avisos á Narvaez para que desistiese de sus intentos; y viendo que no le aprovechaban de nada, determinó verse con él. No desconfiaba de hacerle la guerra ó atraerle á un avenimiento ó concierto conveniente á sus planes. Previnose de algunas tropas auxiliares de Tlaxcala y de Chinantla, y

luego que vió que sus soldados recibian con aplauso su última resolucion, pasó á verse con Moctezuma, prevenido ya de varios pretextos, para darle cuenta de su viaje, sin manifestarle el más leve cuidado. Logró persuadir á Moctezuma de que el motivo de su ausencia de la corte era con el fin principal de impedir que se acercasen á su corte aquellas tropas, porque aquel ejército se componia de gente inconsiderada y bisona, mal disciplinada, lo cual introduciria la turbacion y el desconcierto entre sus vasallos: resolucion que agradó en extremo á Moctezuma, y salió en persona á dejarle fuera de la ciudad, hasta la calzada de Papalapan, adonde se despidió con grandes muestras de estimacion, ofreciéndole auxiliarle con armas y cuanto necesitase, repitiéndole que no tenía más que pedir y seria servido, en el lugar en que se hallase.

Agradeció Hernan Cortés las ofertas de tan espléndido Emperador; pero no las admitió porque no se fiaba de los mexicanos, y dijo á Moctezuma que volveria muy presto á México. Hizo Cortés esta jornada con mucha resolucion; y se valió de medios tan bien concertados y seguros para batir á Narvaez, que solo tuvo dos muertos y algunos heridos, y del ejército de Narvaez fueron diez y seis muertos y algunos más heridos, contándose entre éstos el mismo Narvaez, á quien

prendió y remitió prontamente y bien asegurado á la Vera-Cruz. Uno de los soldados de Cortés le dió, la noche del combate, con su lanza en el rostro, con cuyo golpe le sacó un ojo y le derribó en tierra; de modo que, el que poco ántes miraba con tanto descuido aquella guerra, se halló al volver en sí, no solo con el dolor de su herida, sino en poder de sus enemigos y con dos pares de grillos.

Se apagaron con esta victoria las centellas de una guerra civil muy perjudicial á la conquista, y Cortés se mandó pregonar por Capitan general de ambos ejércitos en nombre del Rey, ordenando á todos que acudiesen á jurarle por tal, so pena de la vida. Todos los soldados de Narvaez, unos voluntariamente (y pocos despues de alguna resistencia) se quedaron con Cortés, quien se halló en breves horas con un ejército que pasaba de mil españoles, y presos los enemigos de quienes podia recelar, con una armada de once navios y siete bergantines á su disposicion, deshecho el último esfuerzo de Velázquez y con fuerzas proporcionadas para volver á la conquista intentada, debiéndose todo á su magnánimo corazon y talento militar.

Despues que Hernán Cortés consiguió esta victoria, no se descuidó en asegurarse de la armada, y dispuso se volviesen á sus provincias los

chinantecas y tlaxcaltecas, agradeciéndoles el socorro, aunque no tuvieron lugar de servir estas tropas auxiliares. Habiendo asentado las cosas de la Villa-Rica, dejó en ella cien hombres de guarnicion y en guarda de Narvaez, quien quedó preso en ella con algunos de los soldados más bulliciosos.

En medio de estas prevenciones pensaba en volver cuanto ántes á México, porque no se apartaba un instante de su memoria el riesgo en que dejó á Pedro de Alvarado y sus españoles, cuya defensa consistia únicamente en aquello poco de que se podia fiar de la palabra de Moctezuma, de que no habria novedad en su ausencia. Tuvo noticia por un castellano que habia enviado á México con el aviso de la victoria que habia alcanzado sobre Narvaez, que los indios de México se habian alzado y muerto algunos españoles, y que no dejaran hombre con vida si Moctezuma no se los impidiera. Tanto era el coraje de los indios contra los españoles, ocasionado de las muertes que Pedro de Alvarado y otros españoles dieron á muchos principales mexicanos cuando celebraban una de sus fiestas, por quitarles las joyas y el oro que traian. Este fué uno de los hechos que más costó á los españoles y de los más torpes que ejecutaron entre cuantos hicieron en aquella conquista, originado de la raíz de todos los males,

que es la codicia, el que consta en todos los historiadores de la Nueva-España, y exagerado por los autores extranjeros, quienes lo ponen entre las atrocidades con que procuran desacreditar á nuestra nacion en la conquista de las Indias, y disimulado por otros con deliberada intencion, apartándose de la verdad histórica. Ello es que esta accion de Pedro de Alvarado conmovió sobremanera los ánimos de los vasallos de Moctezuma; y aquel pueblo, luego que vió el estrago hecho en los suyos y en la mayor parte de su nobleza para despojarla de sus joyas, quedó tan irritado, que tomó luego las armas y subió de punto la sedicion, como dice Solís, en defensa de la accion de Alvarado, que temia este capitán y queria apagar desde sus principios con la destruccion de los nobles que fomentaban la conjuracion, habiéndose juntado más de mil para la celebracion de la fiesta con el fin de acabar con los castellanos, teniendo sus armas escondidas en las casas cercanas al templo, cuando estuviesen más descuidados. Con esta noticia, apresuró Hernan Cortés su marcha para México, adonde llegó el dia de San Juan de este año de mil quinientos y veinte. Pasó el ejército por la calzada de la laguna sin oposicion, aunque no faltaron indios que causasen cuidado. Halláronse abrasados y deshechos los bergantines que de su orden

se habian fabricado; desiertos los barrios de la entrada; rotos los puentes que servian para la comunicacion de las casas, y todo en un silencio que daba á conocer la prevencion y la cautela de los habitantes de la ciudad. Estas señales obligaron á nuestro ejército á caminar poco á poco, hasta que Cortés descubrió á los españoles que asistian á Moctezuma y pudo asegurar su marcha. Al llegar Hernan Cortés al alojamiento de los españoles, envió al padre fray Bartolomé de Olmedo á visitar á Moctezuma, encargándole dijese á este Monarca de su parte, que por venir muy cansado no le iba á visitar en persona; que venia con mayores fuerzas para reprimir la osadia de sus vasallos, y obligarles, si fuese necesario, á respetar á su soberano; que no consentiria, supuesto que se habia manifestado tan adicto á su gente, que le faltasen en cosa alguna. Y es cierto, como lo atestigua Alvarado, que consistiendo su prision únicamente por la palabra dada á los españoles de no irse de ella, la cumplió fielmente, quedándose con ellos en la turbacion de la paz en que se hallaba la república; y á no haber sido porque este Principe interpuso su autoridad, hubieran perecido infaliblemente Pedro de Alvarado y los suyos. Disimuló Hernan Cortés el hecho tan feo de Alvarado, porque lo requerian así las circunstancias en que se hallaba, limitándose

solo á darle á entender su disgusto, y se fué previniendo para mirar por su seguridad. Dispuso que saliese Diego de Ordaz á reconocer la ciudad, porque habia observado muestras de cavilacion en los mexicanos, muy orgullosos de haber muerte en los combates pasados tres ó cuatro españoles. Supieron éstos que venia Cortés con un ejército mucho más crecido que ántes; pero léjos de temerle, hicieron aquel ademan de retirarse para dejarle franca la entrada y acabar con todos los españoles despues de tenerlos juntos en la ciudad. Marchó Diego de Ordaz en buen orden, acompañado de cuatrocientos españoles y un trozo de tlaxcaltecas por la calle principal, y á corta distancia descubrió gente armada; y avanzando más, se encontró con un ejército innumerable. Atacáronse unos y otros con igual valor; pero acometido Diego de Ordaz por el frente y las espaldas, iba ya á ceder á la multitud, cuando se vió libre de aquel conflicto por lo bien servido de la artilleria, y porque al mismo tiempo logró abrirse el paso con la espada con gran resolucion, y pudo retirarse con pérdida de ocho soldados que murieron en esta refriega. Para los mexicanos fué muy costosa, pues murieron innumerables de ellos, embarazados por su propia muchedumbre. Cargaron, sin embargo, los mexicanos á la gente de Ordaz, procurando estorbarle la retira-

da, y sufrieron los estragos del fuego de la artilleria, consiguientes á su poco orden y modo de combatir tumultuariamente. Formaron despues el intento de asaltar el cuartel por todas partes: arremetieron, descargando innumerables flechas; y no obstante el destrozo que hizo en ellos nuestra artilleria y mosqueteria, llegaron muchos á intentar el asalto, tan resueltos á vencer ó morir, que se adelantaban de tropel á ocupar el vacio de los que caian, y poniéndose debajo del cañon, se volvian á cerrar animosamente para romper las puertas con sus macanas; pero inútilmente, porque eran rechazados. Volvieron al dia siguiente los indios á dar con igual impetu el tercer combate: no cesaban de provocar á los españoles á la batalla y les cargaban de grandes injurias.

Hernan Cortés, que vió la guerra tan encendida y la porfia de toda esta multitud de indios, que se arrojaban al fuego y al hierro como fieras irritadas, animó á su gente, valiéndose de esta misma provocacion de los indios, y fué con la fuerza principal de su ejército á combatirlos á la calle de Tacuba, miéntras que otros escuadrones de españoles y tlaxcaltecas iban á desembarazar las calles circunvecinas. Trabóse la pelea, que fué muy sangrienta: esperaron los indios las primeras cargas de nuestra artilleria, y

acometieron con igual intrepidez, hasta que llegaron á poner á nuestras tropas en gran cuidado con su porfiada hostilidad: llegaron á tomar á un castellano vivo, sin poderlo remediar, y luego lo sacrificaron en presencia de todos: se apoderaron de dos piezas de artillería y las echaron en las acequias, entrando sin temor alguno por las espadas. Cedieron, finalmente, al fuego de los españoles; pero iban rompiendo las puentes de las calles y haciendo rostro firme á nuestras tropas en su retirada. Viniéronse nuestras soldados á lo ancho de una plaza, y fué tal el ataque de nuestras fuerzas reunidas contra ellos, que entónces desmayaron y volvieron las espaldas atropelladamente. No quiso Hernan Cortés seguirlos por no hacer más sangrienta la lucha, conformándose con dejar castigado su atrevimiento. Fué mucha la mortandad en el ejército mexicano, y del nuestro faltaron diez ó doce soldados. En este cuarto combate reconocieron los castellanos la especial proteccion del patrono de la España el señor Santiago, quien (por el testimonio de los mismos indios) fué visto vestido de blanco, en un caballo del mismo color, que, con espada en mano, iba destruyendo y disipando sus huestes. El general español y todos sus soldados, á pesar de haber peleado con mucho valor é inteligencia, hubieran perecido todos infaliblemente

aquel día, á no haber combatido por ellos el Apóstol Santiago. Así lo escribe Herrera; y no se debe dudar de la proteccion del cielo en guerras tan peligrosas, que se encaminaban á la introduccion del Evangelio en aquella tierra.

Fué preciso dejar algun tiempo al descanso de la gente y á la cura de los heridos, cuya suspension duró tres dias; y en este medio tiempo se movieron pláticas de paz, y dijeron á Cortés los señores mexicanos que las venian á proponer: que por qué no se iba, como lo habia prometido, pues ya tenia navios, y no daba libertad á su Emperador Moctezuma. En esto le llegó aviso á Hernan Cortés de que los enemigos habian destruido las puentes y que se preparaban á combatirle con todas sus fuerzas.

Léjos de desear la paz los mexicanos, apuraban la paciencia de los españoles con sus repetidos asaltos, por lo que se vió precisado Cortés, con aprobacion de Moctezuma, á hacer una segunda salida contra los vasallos de aquel Emperador, irritado entónces de haber visto entre los rebeldes á sus más poderosos nobles y parientes. Ejecutó Cortés esta empresa, que conoció ser muy dificultosa, porque vió en las operaciones de los indios un modo de pelear más concertado, y es que tenian Caciques poderosos que los gobernaban con disposiciones y socorros muy arreglados

y oportunos. Duró el combate la mayor parte del día, reducidos los españoles y sus aliados á ganar el terreno de trinchera en trinchera. Se abrasaron muchas casas, con gran perjuicio de la ciudad, y costó más sangre á los mexicanos esta lucha que las antecedentes. Perdió Cortés algunos soldados, y muchos españoles salieron heridos y él recibió un flechazo en la mano. Llegó á su alojamiento, y por su tardanza ya pensaba su gente que era muerto. Viendo que no era posible continuar la guerra ni mantenerse en México, por ser tan desigual el número de sus tropas, esperó á la multitud de indios que peleaban sin cesar, y con increíble valor se recogió á discurrir lo que se debía hacer en tan crítico estado. Moctezuma, no ménos cuidadoso por haber visto al señor de Iztapalapan y á otros Caciques que podian aspirar á la corona, discurrir entre los rebeldes y disponer la faccion), pensó que ya era tiempo de salir de su prision voluntaria, pues veía que se formaban estos tumultos con el pretexto de pedir su libertad. Llamó á Cortés, y exponiéndole lo que habia padecido por no faltar á su palabra, le intimó que saliesen de su corte él y sus españoles, porque solo así podia hacer respetar su autoridad y sujetar la rebelion de sus vasallos. Como Cortés se hallaba en ánimo tambien de retirarse de México, no sin esperanza de volver

á su empresa en mejor ocasion, le satisfizo en todo, asegurándole que daria providencias para obedecerle luego con el sentimiento de no dejarle antes restituido en la obediencia de sus vasallos. Entretanto duraba esta conferencia, se tocó un alarma muy viva en el cuartel: salió Hernan Cortés á reconocer el motivo de aquella novedad, y halló que los mexicanos intentaban un asalto general para hacer la resistencia debida. Moctezuma que temia el mayor desacato de sus vasallos, y que le diesen muerte los caciques rebelados, para llegar con más seguridad al trono de aquel imperio, dijo á Marina que hiciese saber á Cortés que habia discurrido dejarse ver desde la muralla para sosegar á los sediciosos y hablar á sus vasallos, con que consideraba que viniesen á algun buen remedio. Subió Moctezuma con doscientos castellanos de guardia al terrado contrapuesto á la mayor avenida: se hizo señal de parte de uno de los principales Caciques que le acompañaban, para que atendiesen con el más profundo silencio á lo que les queria decir el gran Moctezuma. Hablóles con mucho agrado persuadiéndoles con un discurso patético y majestnoso á que dejaran las armas, pues no tenia parte en estas alteraciones: que siempre los habia gobernado por el medio del amor y de la justicia: que les agradecia mucho los esfuerzos que habian manifestado para ponerle

en libertad, pero que estaban engañados, pues de su voluntad y no violento estaba entre los españoles, que le trataban con todo respeto, y que no podia ménos que dar buena acogida á los mensajeros del grande Emperador del Oriente que los enviaba para tratar los negocios de la mayor importancia y de grande conveniencia para el bien de su imperio, que estaban despachados, y por su orden debían salir luego de su corte.

Movió su discurso varios afectos en los ánimos de sus vasallos; cuando conmovida la plebe y fomentada por algunos nobles que estaban resueltos á elegir nuevo Rey, pasó al extremo de injuriar á su monarca tratándolo de cobarde y afeminado, y prisionero vil de los enemigos del reino, y al mismo tiempo tiraban muchas piedras y flechas: procuraron cubrirle con su rodela los españoles que estaban á su lado; mas quiso la desgracia que le acertó una piedra en las sienes, que lo dejó sin sentido, y los sediciosos viendo caer á su Rey se retiraron confusos creyendo que llevaban á las espaldas la ira de sus dioses. Cortés le hizo retirar á su aposento, y cuando volvió en sí, llevado del despecho queria quitarse la vida, pero se procuró contenerle, y como no habia forma de dejarse curar, prorumpiendo en amenazas y gemidos se agravó la herida, y por no querer comer ni admitir remedio alguno, el golpe de la

cabeza se hizo mortal. Conociendo Cortés el peligro, trató con todas veras de persuadirle á lo que más le importaba: rogábale que recibiese el bautismo para asegurar la eternidad: el venerable padre Fr. Bartolomé de Olmedo no omitió diligencia humana para reducirle al camino de la verdad; pero léjos de prestar oídos favorables á lo que tanto le importaba en aquel trance, no respondió otra cosa, que por media hora que le quedaba de vida no se queria apartar de la religion de sus padres: agravóse más, y dejándose caer en la desesperacion, encargó á Cortés y á los señores que le habían quedado fieles en su servicio el castigo de los traidores, hasta que á los cuatro días murió obstinado en su idolatria.

Sintieron mucho los españoles la muerte de este monarca, y más que todos Hernan Cortés; así por lo mucho que lo habia estimado en vida, como porque se veía en la precision de tirar otras líneas para caminar al fin que pretendia. Su primera diligencia fué enviar á los mexicanos el cuerpo de su Rey para que le enterrasen segun su usanza, encargando á los deudos del difunto, y á los principales indios que llevaban el cadáver les dijese de su parte que allí tenían á su Rey y Señor muerto á sus manos, de cuyo enorme delito le habia rogado encarecidamente antes de morir tomase venganza: que no queria castigar tan horrible aten-

tado; sino que deseaba la enmienda de ese yerro cometido por una plebe enfurecida, concediéndoles la paz como al punto se sosegasen y hiciesen las honras debidas á su Rey difunto; que de no entrar por el camino de la razon, serian tratados como traidores á su Rey, experimentando el último rigor de las armas. Llevaron en los hombros los mensajeros el cadáver de su Rey con grande aparato, y declararon á los suyos el asunto de su comision, pero respondieron que ya tenian caudillo: que no querian á Moctezuma ni vivo ni muerto: que se lo volviesen á los españoles que tanto había querido, y otras desvergüenzas semejantes. Al fin le llevaron la mañana siguiente á la montaña de Chapultepeque, donde se guardaban las cenizas de sus Reyes. Fué Moctezuma uno de los mejores y más valerosos emperadores de México, pues ganó nueve batallas campales, conquistó diferentes provincias, y dilató los límites de su imperio. Fué muy magnífico y liberal, haciéndose servir con mucha grandeza, y para subvenir á sus grandes profusiones, cargó sus vasallos con tributos intolerables: era sobrio en el comer, pero muy sensual en el trato de muchas concubinas, que honrabá mucho: fué amante de la justicia con nota de cruel: fué á un tiempo supersticioso y tímido, sujetándose á Cortés y rindiéndose á una prision voluntaria, persuadido que así

se lo ordenaban sus dioses sin penetrar la verdadera causa de su sujecion, porque Dios quiso domar su altivez, que era su vicio dominante, sirviéndose de su extraña mansedumbre, para que introducidos los españoles, se trabajase despues en la conversion de aquella gentilidad. En sustancia, fué este Príncipe un raro compuesto de vicios y virtudes. El principal de sus hijos fué D. Pedro Moctezuma, que abrazó la religion católica, y tomó este nombre en el bautismo. Fué favorecido del Rey D. Carlos con título de conde de Moctezuma, dándole Estado y rentas en Nueva España. De este principio, por sucesion legitima, se conservan hasta el dia de hoy los condes de este apellido.

enemigos el esfuerzo de sus españoles y tlaxcaltecas, determinó desamparar á México y salir de noche sin que fuese sentido de los indios: apenas acabó de pasar su ejército el primer tramo de la calzada, que se halló acometido á la media noche por todas partes de infinitos indios. Pereciera sin duda todo el ejército de Cortés en la travesía de la calzada, rotos los puentes y cercada de innumerables canoas de indios armados, si éstos hubieran guardado buen orden en el pelear y acometer. La resistencia de los nuestros fué grande y crecido el destrozo de los indios; pero habia que vencer un paso muy peligroso, porque habian tenido cuidado los enemigos de romper el principal puente levadizo de la calle de Tacuba en la union que formaba con la calzada de Ixtapalapa. Allí cargó el grueso del ejército mexicano; y como no podia hacer sus evoluciones la caballería, y apoyar con acierto la retirada de los españoles, fué considerable el fracaso de los cristianos, y Cortés que habia obrado con valor y inteligencia no pudo ménos que retirarse con lo que pudo recoger de su retaguardia, y llegándose á incorporar con él Pedro de Alvarado pasó finalmente con poca ó ninguna oposicion el ultimo tramo de la calzada. Aquí fué donde le valió á D. Pedro de Alvarado su gran ligereza que le dió la vida, porque hallándose acometido por todas

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE TLANTEPEC
ALERE FLAMMAM VERITATIS

CAPITULO XXXVI.

ALTERACION DE LOS MEXICANOS: RETIRADA DE NOCHE
DE LOS CASTELLANOS DE MÉXICO: BATALLA
FAMOSA DE OTUMBA: CORTÉS ENTRA VICTORIOSO EN
TLAXCALA: CASTIGO DE LA REBELION DE TE-
PEACA, Y VUELVE A TLAXCALA:
AÑO DE 1520.

Despues de la muerte de Moctezuma, los principales de la nacion mexicana eligieron nuevo emperador, llamado Cuiclahuatzin, Rey de Ixtapalapa, que vivió pocos dias, pero no quiso á los principios de su nuevo gobierno seguir los términos pacíficos de su antecesor, sino continuar la guerra para hacerlo más plausible. Viendo Hernan Cortés que los mexicanos no querian admitir treguas, y que con gran furor acometian de dia y de noche, no valiendo para contener á tantos

partes, muerto el caballo y una acequia espaciosa enfrente, fijó su lanza en el fondo de la laguna y saltó con ella de la otra parte con grande admiracion de los que lo vieron, así españoles como indios: autorizó la fama este atrevido suceso, dando á conocer aquel sitio con el nombre de Salto de Alvarado, que fué á la entrada de la Tlaxpana; y en el día, aunque está la acequia más reducida, no se deja de admirar, considerando la distancia que podia haber entónces, tan monstruoso salto, que con su ejemplo probaron otros castellanos, ahogándose algunos y otros saliendo del agua con dificultad. Esta rota sucedió por el año de mil quinientos veinte á principios del mes de Julio.

Con grande trabajo salió el ejército español á tierra, y se hizo alto cerca de Tacuba, donde se pudo recoger algunos españoles y tlaxcaltecas que mediante su valor escaparon del furor del enemigo. Súpose que habian quedado muertos en esta accion ciento y cincuenta soldados y algunos cabos principales, y que los mexicanos se habian llevado cuarenta prisioneros que fueron sacrificados, y que ciento que se habian fortificado al abrigo de un templo y hecho una valiente resistencia por tres dias consecutivos, habian cedido á la fuerza, muriendo de hambre los más, y algunos fueron experimentando igual suerte que os sacrificados. Perdióse todo el bagaje, todo el

oro que llevaban los castellanos, y el mayor dolor fué hallarse sin artilleria. El único consuelo que le quedó á Hernan Cortés y para todo el ejército entre tanta afliccion fué, que pudiesen escapar de la batalla y de la confusion de aquella noche triste sus dos fieles intérpretes, Marina y Gerónimo de Aguilar, mucho más necesarios entónces para salir con los designios de volver á la capital con otras naciones de indios que por su medio era forzoso atraer. Siguió el ejército su marcha inquietados con frecuentes y porliadas escaramuzas de indios, pero rechazados con vigor, hasta que al amanecer descubrió Cortés, como vigilante capitán, una elevacion de terreno que dominaba la campaña, sobre cuya eminencia habia un edificio que era una especie de santocale ó adoratorio. Trató de ocupar este sitio tan ventajoso, y consiguió su intento con felicidad. Respiraron los españoles al abrigo de aquel templo para salir de un conflicto en que se tuvo á la vista el último riesgo, que se llamó de la Victoria, y despues se fabricó una ermita de Nuestra Señora con el título de los Remedios, que se conserva el día de hoy, siendo la soberana Señora de los Remedios el consuelo de la gran ciudad de México en todas sus aflicciones y calamidades. Más hubieran padecido nuestros españoles en esta retirada infeliz, si no se hubieran ocupado tanto los indios en robar á los muertos

y los principales de ellos en llorar los hijos de Moctezuma, y tributarles la especie de adoracion que dieron á su padre, haciéndoles las exequias con la pompa y ceremonia que ellos acostumbran con sus Reyes difuntos. Resolvió Hernan Cortés, con el parecer de sus capitanes, que convenia para la seguridad de su ejército adelantar la marcha sin más detencion que la que fuese necesaria para dejar algunas horas al descanso de la gente. Partió el ejército á la media noche, y fué sentido de algunas tropas de indios escondidos en las malezas que no dejaron de contradecir la marcha, pero infructuosamente, porque iba con el recato conveniente. Salió despues de haber roto varias emboscadas para Tepotzotlan, pueblo grande, situado en un país fragoso, y por su esterilidad se dejó sentir en aquellos tránsitos la hambre y la sed con harta congoja de los soldados, que se animaban unos á otros; y caminando adelante, esforzando la paciencia y el valor, fueron socorridos con los víveres que les franquearon los lugares circunvecinos á un cerro que por la otra parte declinaba al Valle de Otumba. Se trató de subir la cuesta para tomar la vuelta de Tlaxcala, y al vencer la cumbre se descubrió un ejército poderoso de como doseientos mil hombres, que llenaba gran parte del Valle; último esfuerzo del poder mexicano. Venian infinitos indios vestidos

de blanco y muy engalanados con sus plumajes, de modo que parecia el campo nevado. Esta vez se tuvieron los castellanos por acabados, y los más animosos lo confesaron; pero Cortés que reconoció la nueva dificultad á que debian prepararse, animó á sus soldados dispuestos á acometer con la generosa resolucion de vencer ó morir.

Espanoles y tlaxcaltecas dieron el avance con el mayor impetu, siendo tantos los escuadrones de los bárbaros que peleaban con tal obstinacion, que llenaban el puesto de los que morian, y se iba cebando sin cesar la batalla con gente de refresco. Nuestra caballeria apoyó con acierto la infanteria, porque con el choque de los caballos que temian, rompiendo y atropellando la infanteria escuadrones enteros espada en mano, nuestros soldadós mataban con eleccion los que les parecian capitanes, y hacian una carniceria grande en los demas indios enemigos. Aunque Cortés con mucha diligencia acudia á todas partes, y sus capitanes hacian excelentemente su deber, ya cuidadoso por la porfiada resistencia de los bárbaros y viendo que era imposible vencer á tanta multitud de enemigos con el corto número de sus soldados, reflejó por lo que habia oido decir, que toda la suma de la batalla de los mexicanos consistia en el Estandarte Real, cuya pérdida ó ganancia decidia la victoria; determinó

ganar aquella insignia á costa de cualquier riesgo: arrojóse con grande intrepidez, siguiéndole un cuerpo de tropa escogida; y llamando al glorioso Apóstol Santiago, y á su abogado San Pedro, cabeza de la Iglesia, dió de los piés á su caballo y acometió al escuadron de los nobles mexicanos que asistian el Estandarte del imperio; y entretanto que su tropa castellana desembarazaba la guardia numerosa de indios que tenia el que le llevaba en unas andas, que era el general de los mexicanos, llegó á él, y al primer bote de su lanza cayó mal herido, y Juan de Salamanca acabó de quitarle la vida cortándole la cabeza, y quitándole la bandera imperial la puso en manos de Cortés. Los indios luego que vieron á los castellanos apoderados del Estandarte Real, arrojaron las armas y se fueron retirando confusos y atemorizados dejando la campaña á los nuestros. Siguióse la victoria con todo el rigor de la guerra, y se hizo sangriento destrozo de los fugitivos: mataron segun se pudo entender veinte mil indios: hubo algunos muertos de los nuestros y heridos, y el mismo Cortés salió con un golpe de piedra en la cabeza, tan violento, que le abolló el casquete, pero no fué de consecuencia. El despojo fué muy rico y grande, porque los mexicanos venian adornados de sus mejores galas y joyas, como seguros del triunfo. Fué muy memorable

y señalada esta victoria, la que se consiguió, despues de Dios, por el valor de Cortés y su buena disposicion en las operaciones de los españoles y tlaxcaltecas.

Convienen todos los historiadores en que ésta fué una de las mayores que se consiguieron en las dos Américas, y por mucho tiempo se tuvo por el mejor blason de las armas españolas esta victoria de Otumba. Con este feliz suceso pudo Hernan Cortés marchar sin contradiccion a Tlaxcala, donde fué recibido con el mayor aplauso de la República: esta entrada fué á últimos de Julio de este año de mil quinientos y veinte; pero quando más se esmeraban los tlaxcaltecas en festejar á los españoles victoriosos, agravóse la herida que recibió Cortés en la cabeza, y le puso en términos que se llegó á temer el peligro de su vida. Sentian los españoles en gran manera este contratiempo, y los tlaxcaltecas manifestaron en esta ocasion quanto lo estimaban, pues luego cesaron sus fiestas, y los Senadores de la República llamaron los médicos más afamados de sus contornos para que le curasen á su modo, y éstos lograron con sus yerbas restituirle la salud. Repugnaba de ordinario la medicina racional con el modo de curar de estos empiricos; pero como la medicina es una ciencia muy oscura, todos los empiricos reconocen los mismos principios, que

solo el estudio, la experiencia y el perfecto conocimiento de los simples, da el acierto; y los indios en esta materia son bastante adelantados, aunque lo más seguro es no ponerse en sus manos sino en un estrecho caso, puesto que en la aplicacion de sus yerbas se valen de muchas supersticiones y hechicerias á que son muy inclinados.

Conoció Hernan Cortés, por otra circunstancia, el afecto sincero que le tenían los tlaxcaltecas, pues no quisieron admitir las ventajosas proposiciones del nuevo Emperador mexicano con la condicion de que le ayudasen á destruir de una vez á los españoles, y prosiguieron con lealtad en proporcionarle los socorros necesarios á aquel gran capitán para que llevase á feliz término la conquista de México.

Aun no estaba del todo curado Hernan Cortés de su herida, despues de haber estado en Tlaxcala unos veinte dias, y pensó ir contra los indios de Tepeaca, provincia que parte términos con la de Tlaxcala y Cholula, por haber muerto á unos doce españoles que venian de la Vera-Cruz para Tlaxcala, y por saber de cierto que estaba sospechosa la fidelidad de los tecpanecas, con la circunstancia de haber entrado en confederacion con los culúas para mantener la traicion. Novedad que hizo necesario el empeño de sujetar á aquellos re-

beldes; y tanto más, que estaba situada esta provincia en paraje que dificultaba la comunicacion de México con la Vera-Cruz, paso que debia quedar libre y asegurado ántes de intentar otras empresas. Requiriólos Cortés con la paz, á que respondieron con gran soberbia; pero con ocho mil tlaxcaltecas escogidos y cuatrocientos españoles, incluso sus respectivos capitanes, marchó contra ellos, y fueron vencidos los tecpanecas, cediendo los mexicanos auxiliares todo el pais. Pelearon los indios de Tepeaca muchas veces con nuestras tropas; y dejando varias particularidades de esta guerra, por evitar mayor prolijidad, en todos los encuentros fueron desbaratados los enemigos, y fueron infinitos indios tecpanecas pasados á cuchillo, sin que en toda esta guerra nos matasen ni hiriesen un español. Tan atemorizados quedaron estos indios, que vinieron á rendir su ciudad, pidiendo cuartel y dándose á la discrecion ó á la clemencia de los vencedores. Perdió el enemigo la mayor parte de sus tropas en esta guerra, y el despojo fué considerable. Siendo esta provincia grande y de mucha extension, en el espacio de veinte dias quedaron pacificadas muchas poblaciones sujetas á la villa de Tepeaca. El dia siguiente á la última accion decisiva se hizo la entrada en Tepeaca, y mandó luego Hernan Cortés que los intérpretes aclamasen al

Emperador D. Carlos, y publicasen en su nombre amnistia general; y en consideracion á que si se dejaba esta provincia bajo el mismo pié en que ántes se hallaba, el señorío de Culúa que está confinante volveria á inducir á los naturales de la tierra á que se levantasen y rebelasen otra vez, para precaver este peligro y asegurar el paso de Vera-Cruz, se levantó una fortaleza para sujetarlos, y en el paraje conveniente se fundó una villa, á la que Cortés dió el nombre de Segura de la Frontera, que fué la segunda poblacion española en la Nueva-España. Hoy esta villa no conserva el nombre de Segura, sino el antiguo de Tepeaca. En aquellos parajes de esta provincia donde fueron castigados los naturales y hechos esclavos por fuerza de armas, ordenó Cortés que fuesen llevados con los prisioneros mexicanos á Tlaxcala, y conforme se habia visto en aquella tierra se herraron y vendieron como esclavos, aplicando una parte á su ejército y la otra á la República de Tlaxcala, sacando primero el quinto que pertenecia al Rey. Abuso y falta de humanidad, que tuvo su principio en las Islas donde se practicaba ya este género de terror contra los indios rebeldes; pero que remediaron nuestros Reyes Católicos, ordenando que fuesen tratados como prisioneros y restituidos á su libertad, segun las circunstancias de la guerra. Resolucion conforme

á la razon y á las leyes de la religion y de la humanidad.

Sosegada la rebelion de Tepeaca, envió Hernan Cortés diferentes capitanes con número competente de tropas para reducir ó castigar á algunos pueblos desobedientes; y como habia determinado dar cuenta al Rey de todos los sucesos de su conquista, porque desde diez y seis de Julio del año de mil quinientos diez y nueve que habia enviado sus procuradores Alonso Hernández Portocarrero y Francisco de Montejo, con particular relacion de todo lo sucedido hasta aquella sazón, por falta de navios y por estar tan ocupado en la conquista, no habia podido enviar otra relacion de lo que despues habia ejecutado en beneficio del Rey, trató de informar á su sacra majestad de cuanto le sucedió desde que salió de Vera-Cruz hasta Tlaxcala, de las victorias que consiguió contra las armas de aquella República, la confederacion tan ventajosa que hizo con ella y con otras, su viaje á México y la desdichada salida de aquella ciudad, la gran victoria de Otumba y cuanto premeditaba para conquistar la capital del imperio mexicano, intentando sujetar y pacificar las provincias circunvecinas de México; y en fin, de cuanto habia acaecido de más singular, como la prision de Moctezuma, su muerte, pérdida del tesoro, memorias y libros de la

Real hacienda, achacando estos desastres á la guerra que tuvo que emprender contra Pánfilo de Narvaez, á quien no habia podido atraer á ningun avenimiento de paz; motivo por qué lo tenia preso en la Vera-Cruz, pidiendo gente y pertrechos, con la confianza de concluir una conquista tan importante. Ya tenia concluida esta relacion, fecha en la villa de Segura de la Frontera (á treinta de Octubre de mil quinientos veinte), y con treinta mil pesos de oro habia despachado á Alonso de Mendoza; pero por varios acontecimientos no pudo éste salir con estos despachos de la Nueva España, hasta cinco de Marzo del año siguiente de mil quinientos veinte y uno.

Estando Hernan Cortés extendiendo esta relacion, y en esta sazón, murió el Emperador que sucedió á Moctezuma en la corona, llamado Cuiclahuatzin, señor de Iztapalapa, y fué elegido en su lugar Cuauhtimotzin, sobrino y yerno de Moctezuma, el cual, á diferencia de su antecesor, se aplicó mucho al gobierno de los pueblos, haciendo grandes prevenciones para apartar de sí una nueva empresa de parte de los españoles en su capital, y para impedir la reunion de los tlaxcaltecas y demás provincias confinantes. Tenia este nuevo Emperador treinta mil mexicanos de guarnicion en las ciudades fronterizas de Tlanquechula y Izucan, que miraba como antemurales de

su imperio. No pudiendo sufrir el señor de Guachula las insolencias de los mexicanos, quienes no contentos de comerles á sus vasallos cuanto tenian, les tomaban á sus mujeres y les hacian otras vejaciones, envió un mensajero á Cortés para que le manifestase los agravios que recibia de parte de los culúas; y que como temia mucho á su señor natural Cuauhtimotzin, no habia podido excusarse de admitir sus tropas mexicanas y de ayudarle en sus prevenciones; pero que, como su ánimo habia sido siempre el ofrecerse por vasallo del Rey de Castilla, le suplicaba le perdonase lo pasado, y le prometia que le dejaria entrar en su ciudad por parte que no fuesen sentidos sus soldados, y estaba prevenido con todas sus tropas para ayudarle á destruir y echar fuera las guarniciones mexicanas. Envió Hernan Cortés un capitán con trescientos soldados castellanos y doce caballos, con un grueso de tropas tlaxcaltecas; pero viendo el capitán que acudia mucha gente de guerra de las señorías confederadas de Cholula y Hueteotzingo, entró en desconfianza, y temiendo alguna traicion hizo prender á los principales capitanes y los remitió á Tepeaca.

Sintió Cortés el ver presos sus más leales amigos que hasta entónces tenia; y averiguado el caso, no hallando en ellos culpa alguna, los mandó

poner en libertad y los regaló mucho. Entónces fué de dictámen que necesitaba esta faccion para su asistencia, porque las naciones amigas habian entrado en recelo al ver la prision de sus Caciques. Alentáronse todos con su presencia, y creció tanto su ejército, que, segun su misma relacion, llegó á Guacachula con más de ciento y veinte mil hombres. Estaba tan bien amurallada esta ciudad (uniéndose su principal muro con una sierra muy agria y no teniendo más que dos entradas algo penosas), que se calculó que seria muy costoso el asalto; mas apenas acabó de pasar el ejército y se dieron las órdenes para emprender el combate (guiado nuestro ejército por los mismos naturales de la ciudad), cuando cesaron los gritos y la pelea que se habia trabado en las calles entre los naturales y los mexicanos, desamparando todos los puestos la guarnicion. Envió Cortés en su alcance algunas compañías, y se consiguió desbaratar al enemigo, no obstante lo agrio de la cuesta que militaba por ellos: ocurrieron muchos indios de nuestras tropas auxiliares, quienes por venir de refresco y estar los contrarios muy cansados, hicieron en éstos una gran carniceria, de modo que quedó el campo en un instante libre de enemigos y lleno de muertos.

Con esta victoria, conseguida por los buenos servicios de los naturales de Guacachula (y por

ellos se les concedieron muchos privilegios y se les conservan hasta el dia de hoy), se alejó el enemigo de toda aquella tierra y volvió Cortés triunfante á la ciudad, siendo recibido de los naturales con grande aplauso; y en ella se dió el descanso de tres dias á la tropa. Con el ejemplo de Guacachula entró á la obediencia Izucan, y de este modo aquellas señorias que tanto suponian aseguraron con su obediencia la frontera del imperio mexicano y quedaron frustradas las primeras disposiciones del nuevo Emperador Guatimotzin. Antes que saliese Cortés de Izucan, compuso las diferencias que habia entre los nobles de aquella ciudad sobre quién habia de poseer su señorío, y á satisfaccion de los naturales se instaló y dió posesion de este señorío á un hijo del señor de Guacachula, el cual tenia unos diez años de edad; y por no estar en estado de gobernar, se estipuló que un tio suyo bastardo, que por esta razon estaba excluido de la sucesion, con otros dos principales de Guacachula, gobernasen entretanto tuviese este jóven Cacique la edad competente para gobernar, y lo tuviesen en su poder. Obedecieron todos de buena gana á este mancebo; y dice Herrera, que á instancias de los frailes franciscanos se bautizó, y fué su padrino Pedro de Alvarado. El padre Torquemada, quien copia á Herrera, dice lo mis-

mo, con la expresion de que los frailes franciscanos eran de los que vinieron ántes de los doce, ó con Fernando Cortés, ó en los navios que despues de él vinieron, porque de esto no se sabe cosa cierta, solamente que estaban ya acá. Lo que es evidente, es que con Hernan Cortés no vinieron otros ministros más que el venerable padre fray Bartolomé de Olmedo y el clérigo D. Juan Diaz; y despues que dió este gran capitán sus navios al través, hasta la presente, no habian venido otros navios que los de la armada de Pánfilo de Narvaez, y en ésta pudieron venir dos frailes franciscanos de las islas; porque de los tres religiosos flamencos que llegaron á la Nueva-España ántes de los doce, diré despues el motivo de su venida, que fué mucho despues de la pacificacion de Guacachula y Izucan: conque lo más verosímil es que vinieron en la armada de Pánfilo de Narvaez estos dos franciscanos que hicieron tanta instancia á este jóven Cacique para que se bautizase.

Es de advertir tambien, que se procedia entónces en el bautismo de los adultos con demasiada facilidad, sin dar lugar á la instruccion previa y necesaria.

Llevaron al mancebo de Tepeaca, el cual preguntó muy triste y pensativo cuándo le habian de sacrificar. Los religiosos le acariciaron y le

dijeron que Dios nunca quiso la muerte de ningun pecador, sino que se convirtiese y viviese, y tuviese entendido que los cristianos aborrecian sus sacrificios abominables; y como replicó el mancebo que de corazon queria ser cristiano, se le administró el santo bautismo.

Vuelto Hernan Cortés á Tepeaca, supo de Tlaxcala que su grande amigo Magitcatzin quedaba en los últimos dias de su vida, y deseando darle la mayor prueba de su amistad, le envió al V. P. Fr. Bartolomé de Olmedo para que procurase su conversion al gremio de la Iglesia. Este padre no halló dificultad en persuadirle, porque le encontró en buena disposicion para recibir el bautismo, que pidió con ansia. Hizole algunas preguntas; y viendo que detestaba su error y queria morir como cristiano, despues de darle alguna instruccion, le bautizó. Exhortó tambien á sus hijos para que dejasen la idolatria y obedeciesen á su amigo Hernan Cortés y á los españoles. Espiró, dejando á Cortés con el mayor sentimiento por la falta que le hacia como amigo que habia obrado tanto en favor de los cristianos. Murió en el seno de la Iglesia Católica, porque quiso Dios premiar al que fué el principal instrumento para que los cristianos se conservasen en aquella tierra para el bien de tantas almas. No ménos embarazado se hallaba Cortés por la enfermedad de vi-

ruelas, de que morian muchos indios de la República de Tlaxcala; pero mitigó su tristeza y puso de mejor condicion sus esperanzas un socorro de españoles que recibió por mano de sus enemigos, pues siempre fomentaba á Pánfilo de Narvaez Diego Velázquez, creyendo que tendría ya por suyas las conquistas de aquella tierra y á su mando el ejército de Cortés: pasó al contrario, todos se incorporaron voluntariamente con el ejército de este dichoso capitán, quien vela estos sucesos como pronósticos de felicidad venidera, pero al mismo tiempo le desvelaban las prevenciones de su empresa. Tenia en su imaginacion resuelta la conquista de México, y consideraba que para volver á aquella gran ciudad era preciso hacerse dueño de la laguna, porque por las calzadas era imposible entrarla, por haber roto los indios los puentes de comunicacion, á cuyo fin discurrió fabricar doce ó trece bergantines que pudiesen resistir á las canoas armadas de los indios y trasportar su ejército á la ciudad, los cuales pensaba llevar desarmados sobre hombros de indios tamemes á la ribera más cercana de la laguna por tierras de Tlaxcala.

Envio á la Vera-Cruz por todo el hierro y elavazon que hubiese, velas, jarcias y otras cosas necesarias, y de madera mandó labrar la tablazon, remos y otras cosas precisas en la misma tierra

de Tepeaca, y se sabe por constante tradicion que se trabajó en esta fábrica en un barrio de Hueyothlipan, que llaman Quasimalán, que quiere decir donde labran palos, y que cerca de Tlaxcala se aparejase la pez necesaria, cosa nueva entre los indios que no habian dado en el uso de este producto de su tierra por no haberla menester, y como se hallaba el ejército faltó de pólvora, consiguió Cortés el que se fabricase de ventajosa calidad haciendo buscar el azufre (cuyo uso tambien ignoraban los indios) en el volcan que reconoció Diego de Ordaz, donde le pareció que no podia faltar este ingrediente, y de facto se halló todo el azufre que fué necesario para la fábrica de cantidad crecida de pólvora. Daba priesa Hernan Cortés á la fabrica de sus bergantines: y hechas todas estas prevenciones que se fueron perfeccionando con la mayor brevedad, trató de volver á Tlaxcala adonde entró de luto por la muerte de su grande amigo Magiteatzin, y como el Senado dejó á Cortés la eleccion de su sucesor en el gobierno principal de la república, despues de haber hecho presente cuánto debía la república al difunto, nombró á su hijo mayor que estaba ya bien impuesto de los asuntos de gobierno y poco despues pidió con grandes veras el bautismo llamándose D. Lorenzo Magiteatzin. Al ruido de estas conversaciones y del bautismo de personas

tan principales, con el ejemplar del Cacique de Izucan y de Magitecatzin dió oídos á la enseñanza el anciano Xicotencatl, y despues el corazon al desengaño. Recibió el santo bautismo con pública detestacion de sus errores; no pudiendo llegar á mayor estado los principios del Evangelio en aquella tierra, convertidos los Caciques y sabios de la republica; pero no dieron á este cuidado lugar las ocurrencias de aquel tiempo, tan impedido con bullicios de armas y rumores de guerra, Hernan Cortés, embebido en las disposiciones de aquella conquista, los padres Juan Diaz y Fr. Bartolomé de Olmedo con falta de obreros que les ayudasen, y unos y otros en inteligencia que no se podia tratar con fundamento de la religion, hasta que impuesto el yugo á los mexicanos se consiguiése la paz que miraban como disposicion necesaria para la enseñanza, y nueva disposicion de la doctrina evangélica.

Antes que Hernan Cortés saliese de la nueva villa de Segura de la Frontera, habia despachado cuatro navios que se hallaban en la Veracruz de la armada de Narvaez á la Isla Española por gente, armas, caballos y municiones, y enviado á comprar cuatro navios con órden que viniesen cargados con abundantes pertrechos de guerra, por considerar que tenia que vencer á una multitud inmensa de indios enemigos que tenian tan fuer-

tes y grandes ciudades: al mismo tiempo habia escrito á la Audiencia y á su amigo el licenciado Rodrigo de Figueroa, dándole cuenta de los buenos resultados de su expedicion y de la intencion que habia formado de apoderarse de la ciudad imperial de México; y para animar á los oficiales reales que residian en la isla, á que le diesen todo favor y ayuda, les remitió varios presentes de plumajes, ropas y joyas de oro y plata de labor extraña que confirmaban la riqueza de aquella tierra, por cuyo motivo se movió mucha gente para tener parte en aquella conquista. A mediados de Diciembre de este año pasó Cortés por Cholula, donde fué recibido de aquellos republicanos que á persuasion suya prometieron de conservar su amistad con los castellanos hasta la muerte y ayudar con todas sus fuerzas á la conquista de la gran ciudad de Tenoxtitlan, y llegó á Tlaxcala como se ha dicho, entre las aclamaciones de aquellos leales indios que formaban un numeroso pueblo, y celebraban con danzas y cantares las victorias de nuestras armas, y de las de la república. El segundo dia de Pascua de Navidad, habiendo ya llegado algunos castellanos de la Española, determinó Cortés hacer muestra de su ejército, y halló cuarenta de á caballo y quinientos cincuenta soldados de á pié, y nueve piezas de artilleria: formó cuatro escuadrones de caballeria y nueve compañías de

infanteria: los tlaxcaltecas, á imitacion de los castellanos, hicieron tambien muestra de su gente, y su ejército se componia, segun lo dicen memorias fidedignas, de ciento cincuenta mil hombres. Habló Cortés á sus españoles y á sus aliados representándoles cuánta gloria adquiririan sujetando aquella gran ciudad de México, encareciendo á los españoles el servicio tan grande que en aquella empresa harian á Dios, no habiendo otro remedio para plantar su fe santísima en aquel imperio, y á los tlaxcaltecas que portándose con su acostumbrada lealtad, vengaria bien las injurias de su república, y con las ruinas del imperio mexicano trataria de afianzar su libertad con grande aumento de su señorío. Viendo Cortés la buena disposicion de su gente castellana y de los tlaxcaltecas que le aseguraron de parte de la señoría que nunca le habian de desamparar hasta la rendicion total de la soberbia ciudad de Tenxtiltan, se despidió del Senado de Tlaxcala, y el dia de los Inocentes marchó con todo su ejército en muy buen orden hasta Texmeluca (lugar de encinas) donde se alojó, y fué muy bien recibido del Cacique de Hueteotzingo, á quienes pertenecia este pueblo. Conociendo Hernan Cortés las astucias de los mexicanos, que se aventajaban en ardidés de guerra á los demás, determinó deslumbrarlos tomando de los tres caminos que sabia el más

fragoso por considerar que no estarian tan sobre aviso. Desde Tlaxcala á México se podia venir, ó entre el volcan y la sierra ó al lado de ésta por Riofrio, ó por Calpulalpa, y para acometer á la ciudad, pasó entre el volcan y la sierra. Subieron nuestras tropas un puerto áspero que hasta la cumbre se extendia como unas tres leguas, donde partian términos los de Culhua con las tierras de Tlaxcala y Texcuco. Prosiguiendo la marcha del ejército encontraron los batidores muchos pinos atravesados recién cortados, y cipreses muy corpulentos que llamaban ahuehuetes, hechos troncos y puestos con arte para embarazar el camino; mandó Hernan Cortés despejar las veredas ocupando muchos indios en esta faena, y con mucha dificultad y estorbo entró todo su ejército por el llano donde hizo alto, y desde la falda del volcan se vió todo México y sus contornos: á unas doce leguas de México están los dos volcanes; el más alto es de fuego, el otro es de agua y le llaman la Sierra: en algunas ocasiones ha arrojado gran copia de agua que ha asustado á México; el de Orizava está muy distante y es el más alto, y el de Toluca es muy frio. Estos tres principales volcanes de México, Orizava y Toluca se están viendo desde lo alto: luego que hubo vencido nuestra tropa este camino tan malo, que en el dia causa admiracion el que viajasen por él, tuvo

mucho gusto la gente de ver desde aquella eminen-
 cencia México y sus lagunas, y por otro lado grande
 mortificacion, considerando el daño que habia re-
 cibido en su desgraciada retirada: á la tristeza que
 comenzaba á recibir, entró en su lugar la alegría y
 confianza de que se habian de hacer nuestras armas
 españolas dueñas de aquella gran ciudad y de todos
 los tesoros del imperio mexicano: al fin, atrave-
 sando por las faldas de los montes, entró Cortés
 con todo su ejército vispera del año nuevo en la
 ciudad de Texcoco, que en aquel tiempo era una
 de las mejores y más hermosas que habia en todas
 esas partes de Nueva España. Dejemos á Hernan
 Cortés formando sus preparativos para acometer
 la ciudad imperial de México, pues conviene vol-
 ver á tomar el hilo de lo que sucedia de más
 especial en orden al estado de ambas conquistas,
 espiritual y temporal, en las Islas Española y Cuba,
 y será con la conducente brevedad, para recoger
 el discurso sobre el importante cerco de México
 que se comenzó á ejecutar el año siguiente de
 mil quinientos veinte y uno.

CAPITULO XXXVII.

DIGRESION IMPORTANTE SOBRE LA REBELION DEL CA-
 CIQUE ENRIQUILLO, Y EL ESTADO DE
 LAS ISLAS ESPAÑOLAS CUBA, JAMAICA Y DEMAS:
 AÑO DE 1520.

Léjos de ocasionar tanto perjuicio á la Española
 las nuevas adquisiciones de los españoles en las
 Indias Occidentales, como en efecto la causaron
 tanto daño, parecia, que al contrario, debian con-
 tribuir á hacer aquella isla más floreciente, por-
 que además de sus propias riquezas, que no se
 agotaban venia por su situacion á hacerse muy
 necesaria para la conservacion y utilidad de ese
 gran cuerpo de Monarquía que se iba formando
 al rededor de ella, quedando como el centro y
 el corazon de estas posesiones dispersas, que no
 podian tener comunicacion entre ellas, sino por

mucho gusto la gente de ver desde aquella eminen-
 cencia México y sus lagunas, y por otro lado grande
 mortificacion, considerando el daño que habia re-
 cibido en su desgraciada retirada: á la tristeza que
 comenzaba á recibir, entró en su lugar la alegría y
 confianza de que se habian de hacer nuestras armas
 españolas dueñas de aquella gran ciudad y de todos
 los tesoros del imperio mexicano: al fin, atrave-
 sando por las faldas de los montes, entró Cortés
 con todo su ejército vispera del año nuevo en la
 ciudad de Texcoco, que en aquel tiempo era una
 de las mejores y más hermosas que habia en todas
 esas partes de Nueva España. Dejemos á Hernan
 Cortés formando sus preparativos para acometer
 la ciudad imperial de México, pues conviene vol-
 ver á tomar el hilo de lo que sucedia de más
 especial en orden al estado de ambas conquistas,
 espiritual y temporal, en las Islas Española y Cuba,
 y será con la conducente brevedad, para recoger
 el discurso sobre el importante cerco de México
 que se comenzó á ejecutar el año siguiente de
 mil quinientos veinte y uno.

CAPITULO XXXVII.

DIGRESION IMPORTANTE SOBRE LA REBELION DEL CA-
 CIQUE ENRIQUILLO, Y EL ESTADO DE
 LAS ISLAS ESPAÑOLAS CUBA, JAMAICA Y DEMAS:
 AÑO DE 1520.

Léjos de ocasionar tanto perjuicio á la Española
 las nuevas adquisiciones de los españoles en las
 Indias Occidentales, como en efecto la causaron
 tanto daño, parecia, que al contrario, debian con-
 tribuir á hacer aquella isla más floreciente, por-
 que además de sus propias riquezas, que no se
 agotaban venia por su situacion á hacerse muy
 necesaria para la conservacion y utilidad de ese
 gran cuerpo de Monarquía que se iba formando
 al rededor de ella, quedando como el centro y
 el corazon de estas posesiones dispersas, que no
 podian tener comunicacion entre ellas, sino por

su conducto y mediacion. A más de eso, pudiera esta isla haberse hallado en estado de sostenerse por si misma, si con la experiencia de lo pasado hubieran querido aprovecharse, atendiendo á la conservacion de sus habitantes naturales; pero pasó adelante la vejacion; y despues que se hubieron reducido á un puñado de isleños las reliquias de un millon de estos, que casi sin resistencia habian recibido el yugo que le impusieron doscientos castellanos no cabales, hizo rostro firme esta poca gente por el espacio de trece años, y aun por poco iba á desterrar de aquella isla nuestra colonia, entónces tan pujante, que tenia grandes villas, buenas fortalezas y abundaba de todo lo necesario para mantenerse en la ofensiva y defensiva. Pasó el caso de esta manera: un mancebo, llamado Valenzuela, que no habia mucho que por la muerte de su padre habia heredado de un repartimiento de indios en la Villa de San Juan de la Maguana, donde estaba avecinado, tenia entre los indios de su servicio á un Cacique que se llamaba Enrique; y como se vió niño en el convento de San Francisco, que hubo en la Villa de Verapaz, en la Provincia de Jaragua, adonde tuyo su reino Behechio, uno de los cinco Reyes de la Española, le quedó el nombre de Enriquillo, y acababa de salir de aquel convento muy bien instruido en el cristianismo

y con una educacion no vulgar. Los padres de Enriquillo habian reinado en una de las Provincias que ocupan las Sierras de Bauruco, distantes de Santo Domingo como unas setenta leguas hácia la costa del Sur; y siendo ya hombre se casó con una india de buen linaje, llamada Doña Mencía, y servia con sus indios al jóven español Valenzuela. Como la difunta Reina Doña Isabel tenia fuertemente encargado, en repetidas providencias, que se diesen á los hijos de los Caciques la mejor educacion y doctrina que fuese posible, entendian con grande esmero los religiosos de Nuestro Padre San Francisco en la buena crianza de aquellos niños principales de la Isla Española, y por muchos años fué su única ocupacion de estos buenos padres. Más queria esta gran Reina, esto es, que despues que se hubiese bien formado el corazon y entendimiento de aquellos jóvenes, se dedicasen al desempeño de varias facultades y empleos, conforme su capacidad y talentos, pero en esto como en otras muchas cosas fué mal servida en sus loables intentos. Los hijos de los Caciques, despues de bien doctrinados en nuestra santa fe, en la lengua castellana y enseñados á leer y escribir, y con su poca de gramática, estaban comprendidos en los repartimientos como los últimos de sus vasallos, y no eran distinguidos de los del comun de indios, sino á veces, porque

los trataban peor que á los demas. El Cacique Enrique era de buen cuerpo, alto y de buen genio: la gravedad de su semblante, sin afectacion y demas modales de que estaba dotado, daban á entender su buena crianza y gran temor de Dios, prendas todas que prevenian á su favor. Sufria con paciencia y lealtad las molestias de su infeliz suerte todo el tiempo que sirvió al padre de Valenzuela; pero este jóven castellano, despues de la muerte de su padre, luego hizo sentir, con los más duros tratamientos á Enriquillo, que tenia un ánimo intolerable, y por cúmulo de males, que le hizo á su Cacique esclavo cuando lo tuvo en su poder, fué tomarle la mujer, y intentar comercio infame con ella: sintió, como era razon, Enriquillo tanta afrenta, y se quejó á su amo, reconviéndole con sumision, que por qué le hacia tanto agravio: la respuesta, segun apuntan varios autores, fué una vuelta de palos. Como proseguia su vejacion, y peor que ántes, se fué á quejar al teniente gobernador, que era Pedro de Badillo, pidiendo justicia, y léjos este juez de oír sus justas quejas, le amenazó de castigarlo severamente si venia otra vez á quejarse de su amo. Mal despachado en este tribunal, ocurrió á la Real Audiencia de Santo Domingo; y aquellos jueces, sin hacer caso de sus quejas, se contentaron con darle una carta de favor para Badillo, á quien se la pre-

sentó, y este oficial le recibió con mucha aspereza. Valenzuela, luego que supo el riesgo que hubiera corrido si le hubieran hecho á este Cacique la justicia que convenia, le cargó la mano, y lo trató peor y con más crueldad. Estrechado Enriquillo, y sin recursos para el alivio de sus penas, las sufría como podia, callando y disimulando, y trató de superar la paciencia en este mal necesario todo el tiempo que le quedaba de su servicio, porque por las ordenanzas no se podia obligar á los indios á trabajar sino hasta ciertos términos, y se observaban con bastante exactitud por el cuidado de los padres gerónimos que las habían renovado y velaban sobre su puntual ejecucion. Acabado el tiempo de su tarea, Enriquillo se retiró á su tierra con sus indios, á quienes persuadió de venirse con él para eximirse del servicio de los españoles; y con otros que se le agregaron en competente número, se metió en las montañas de Baoruco, que son bien ásperas, determinando, con algunas armas que tuvo la precaucion de solicitar, de esperar con grande tranquilidad que le viniesen á buscar. No estuvo mucho tiempo en las prevenciones de su defensa, porque Valenzuela, que pensó estaria enojado por los agravios referidos y que con su fuga no le habia de enviar sus indios por el tiempo establecido, fué con once hombres á sacarle por fuerza de aquellos montes.

Halló al Cacique bien prevenido de armas, que sin mocion alguna se avanzó un poco á hablarle, y le dijo que bien podia volverse, porque ni él ni sus indios volverian jamás á servirle. Entró en furor Valenzuela, y despreciando á un enemigo que no conocia bien, hizo señas á su gente para acometer y cogerle preso. Enriquillo entónces, á la frente de sus indios, se echó con tal denuedo sobre los españoles, que mataron á dos de ellos, y obligó al mismo Valenzuela y á los demas bien heridos á retirarse precipitadamente. No quiso Enriquillo que los siguiesen, y habló á su amo en estos términos: « Agradeced, Valenzuela, que no os mato, y si sois cuerdo, no volved más acá, y guardaos. » Sonó inmediatamente por toda la isla que el Cacique Enriquillo se había alzado; y la Real Audiencia, pensando atajar el daño antes que formase cuerpo la rebelion, proveyó que fuesen unos ochenta hombres en busca de este indio levantado.

Avisado Enriquillo de todos estos preparativos, se fortificó en un bosque más retirado y casi impenetrable, donde le hallaron los soldados, ya rendidos de cansancio y de hambre, por lo que no le fué muy difícil salir á ellos: mató á muchos, y á los más hizo retirar, dejándolos bien heridos; y ni uno de este destacamento hubiera escapado, si despues que los hubo desbaratado los hubiera

seguido. Consiguió Enriquillo grande reputacion en toda la isla con esta accion, que produjo diferentes efectos en los ánimos de los indios y de los españoles: éstos conocieron, no sin admiracion, que tenian que pelear con hombres, y aquellos que sus conquistadores no eran tan invencibles. Gran número de indios, que servian en las habitaciones de los españoles, se huyeron y fueron á agregarse á la tropa de Enriquillo; de modo que en poquisimo tiempo se halló á la cabeza de trescientos hombres, que armó muy bien y disciplinó, haciéndoles hacer el ejercicio segun el método de los europeos, y acostumbrándolos á pelear bien ordenados; de suerte que este jóven Cacique, que no habia sabido en su vida cosa de guerra, industrió tan bien á su tropa como el más experimentado capitan, y se hizo formidable á los ojos de los conquistadores de su patria. Lo que le concilió mucha honra en esta larga guerra, fué el cuidado que tuvo siempre de mantenerse sobre la defensiva, y nunca permitió que los suyos saliesen á cometer depredaciones ni provocasen á los castellanos, y ménos que los maltratasen. Es verdad que no siempre fué puntualmente obedecido, porque su gente, principalmente á los principios, mató á dos ó tres castenos y saqueó algunos campos, pero fué siempre contra su voluntad; y si no impidió ó disimuló

algunos daños, fué porque no le desamparasen; y así se le ha hecho justicia de considerarle como inculpable de los males inevitables que acontecian sin sus órdenes. Siempre que enviaron destacamentos contra él fueron vencidos, y usaba de tanta moderacion en sus victorias, que nunca consintió que se matase á ningun castellano sino en los conflictos forzosos de la guerra y cuando se veía acometido sin poder repeler la fuerza de otra manera, como se vió en cierta ocasion en la cual pudo valerse del rigor de las armas para debilitar á su enemigo, sin que se hubiera podido tenerlo á mal. Había desbaratado un cuerpo considerable de tropas españolas, haciendo en ellas gran carnicería, y setenta y un soldados se habian escondido en una cueva grande, huyendo del alcance de los indios victoriosos, con la esperanza de escapar de su furor á favor de la noche; pero fueron descubiertos por un trozo de enemigos, quienes, luego que entendieron que allí se habian refugiado, rodearon la cueva y se disponian á quemarlos en ella, tapando la entrada con leña y malezas, cuando se dejó ver Enriquillo, el cual reprendió su barbaridad, y mandó destapar la cueva: les dió libertad, contentándose con quitarles las armas, con las que proveyó á sus soldados; y de este modo utilizó en todos los encuentros que tuvo con sus enemigos

las victorias que alcanzó de ellos: logró insensiblemente tener á toda su gente muy bien armada y diestra en el manejo de las armas españolas, ménos en el de las ballestas, cuyo ejercicio nunca pudieron aprender.

Toda la isla estaba admirada, y los castellanos, que á pesar de haber empleado contra ellos sus perros de presa para domarlos, veían con turbacion y espanto que se sostenían con heroico valor en su rebeldia, y que aun eran vencidos en todas las ocasiones que los iban á combatir. Se hacia increíble que un indio solo, con muy poca gente, tuviese entretenido todo el valor de los españoles y tan desconcertadas todas sus disposiciones para apoderarse de su persona. En efecto, era suma su vigilancia y prevencion para no malograr sus felices sucesos y mantener su pequeña república en un estado ventajoso. Tuvo el cuidado de que se hiciesen chozas y jacales en parajes muy retirados y casi inaccesibles, repartidos en aquellas sierras, para que viviesen los viejos, los enfermos, los niños y las mujeres, que se ocupaban en labrar sus milpas, criar ganados y gallinas para mantener mejor su gente y tenerla salva y segura. Procuraba que no faltasen perros para cuidar de los puercos, siendo infinitos los que habia en los montes; y nunca hacia pié en un lugar, mudando los jacales ya á una

parte ya á otra, de tal suerte, que reinaba la abundancia en medio de aquellos espantosos páramos.

No fué ménos singular la solicitud de Enriquillo para la seguridad de su persona: siempre llevaba cincuenta indios, de los más valientes y escogidos, los cuales nunca se apartaban de su lado cuando salía á campaña, y con ellos acudía luego que se sabia la venida de algun destacamento español. Aunque contaba bastante con la fidelidad de su tropa, previendo que algunos de sus indios podian caer en manos de sus enemigos, y violentados verse obligados á descubrir el paraje donde podía estar, procuraba que ninguno supiese puntualmente dónde lo habian de buscar; de modo que nunca le habian de hallar adonde le dejaban dando órdenes. A más de eso, tenia puestas centinelas en todos los puestos y avenidas de sus jacales y por donde presumia que le podian buscar. No fiándose del todo en la vigilancia de sus guardias, visitaba todos los puntos y acudia á todas partes. Sus vasallos creian que no dormia jamás; y en efecto, dormia muy poco, y nunca en un mismo sitio. Se levantaba á prima noche, siempre andando en lo más apartado de los montes, acompañado de dos mancebos bien armados. Despues de un corto sueño hacia la ronda alrededor de su real y cuar-

teles, y rara vez le veian sin el rosario al cuello ó rezándolo, porque tenia una gran devocion y confianza en la Santísima Virgen, y así era el primero que sentia los enemigos y despertaba su gente. Con la fama de la valentia y buena conducta del Cacique Enrique, crecia su tropa más y más, y los negros se desertaban á bandadas para servir bajo sus órdenes. El terror de su nombre habia amilanado de tal modo el valor de los españoles y desconcertado toda su política, que nadie queria ir á pelear con él ni con su gente, tan aguerrida y bien disciplinada; bien que se concebía que no podía quedar mucho tiempo Enriquillo sobre la defensiva. Como el terror pánico abulta mucho y hace tan rápidos progresos en el espíritu de los pueblos, ya le parecía á cada cual que veía llevar á todas partes á este formidable Cacique el espanto y la destruccion, de donde dimanó que se despoblasen muchas villas, que nunca despues se volvieron á restablecer. Comenzó esta rebelion á fines del año próximo pasado de mil quinientos diez y nueve, prosiguió este año de mil quinientos veinte, y duró esta guerra muchos años, gastándose de la real hacienda muchos tesoros, hasta que llegó á tomar en este aprieto la vía de la negociacion, que fué á principios del año de mil quinientos veinte y uno: tenia erogado el real haber cerca

de cuarenta mil ducados. Ofrecióse un santo religioso franciscano, llamado fray Remigio (el que llevó una mision de padres franciscos de la provincia de Picardía á la Española), ir á hablar á Enriquillo, persuadido que habia de atender á su mediacion, por haberle criado y enseñado, y porque habia conocido en él un bello natural acompañado de mucha cristiandad y temor de Dios. No dudaba que ya que habia tanta dificultad en ganarle por fuerza, se rendiria el Cacique á sus razones y le obligaria á dejar las armas, como se le propusiesen condiciones justas y racionales que le asegurasen.

Fué aceptada la oferta de este gran religioso, y bien proveido de plenos poderes, en virtud de los cuales se prometia á Enrique y á todos los indios que le habian seguido, perdon general de todo lo pasado y en lo de adelante que serian exceptuados enteramente de todo trabajo personal, le llevaron en un navio, con orden al piloto de surgir enfrente de la Beata, hácia las montañas de Baoruco (que terminan en la mar), donde se consideraba que Enrique estaba, de dejarle saltar solo en tierra, y apartarse de tal suerte que no se perdiese de vista al padre, y cuando éste avisase, pudiese volverse á embarcar.

Todo se ejecutó puntualmente; y apenas el padre Remigio hubo puesto pié en tierra, cuando

se vió en un instante rodeado de una tropa de indios que vió salir de los montes. Rogóles que le llevasen ante su gefe; y que si no podian hacerlo asi, fuesen á pedirle de su parte el permiso de pasar á verle, cierto de que no se lo negaria luego que le dijese que su maestro el padre Remigio, que le habia tenido de discípulo en la Verapaz, venia á hablarle y á comunicarle unas noticias que le serian agradables. Respondiéronle los indios que no le conocian ni le habian visto; que su Cacique no necesitaba de su visita; que desde luego venia por mandato de los españoles á espíarlos; que él debia ser espía y queria tal vez engañarlos, como lo hacian los demás españoles; y en fin, que la única gracia que podian hacerle era no matarle, como merecia un traidor. Y diciendo esto, le desnudaron de sus pobres hábitos y le dejaron en paños menores, y bien atribulado, á la orilla de la mar. Por fortuna de él, Enrique no estaba léjos de allí; y luego que supo que aquel padre deseaba verle, se fué hácia él para impedir que su gente cometiese alguna violencia contra una persona á quien tanto estimaba y veneraba. Se condelió mucho del lastimoso estado en que le habian dejado los indios y le dijo que le perdonase y no estuviese enojado, porque habian obrado sus indios contra su voluntad, y estuvo Enriquillo algun tiempo sin po-

der contener las lágrimas. El padre, viéndole en tan buena disposición, quiso aprovecharse de ella para comprometer al Cacique á hacer la paz, y le suplicó encarecidamente que fuese amigo de los castellanos, ofreciéndole de parte de éstos que sería muy bien tratado en lo sucesivo. Procuró, en los términos más patéticos y eficaces, persuadirle de las conveniencias del establecimiento de la paz.

No se manifestó insensible Enriquillo á estas razones, conmoviéndole el afecto del padre, y le respondió: que ninguna cosa deseaba más que la paz, pudiendo los españoles hacer cesar la guerra con solo dejar de perseguirle; porque él habia tomado el partido de defenderse, únicamente por librarse de sus vejaciones, sin pensar hacer mal á nadie; que aunque podia vengar la muerte de su padre y abuelo, á quienes habian quemado vivos con otros señores del reino de Jaragua, y los daños y agravios que á él mismo le habian hecho, nunca desistiría de la resolución que tenia de no hacer daño á nadie, sino mantenerse en sus montes para defender su vida contra los que intentasen contra ella ó su libertad; que en esto solo usaba de su derecho, y que viendo que sin fundamento alguno á él y á sus vasallos los querían mantener en continua servidumbre, en la que habian de perecer como todos sus antepa-

sados, sería el más imprudente de los hombres si se fiaba en la palabra de unos forasteros que no les habian guardado ninguna consideracion; y finalmente, que procuraría conservarse en la buena enseñanza que él le habia dado, sin creer responsable al cristianismo de las violencias y tropelias de la mayor parte de los que le profesaban: en sustancia, que no queria ya ver á ningún español ni tratar con él. El padre Remigio replicó é hizo cuantos esfuerzos pudo para ganarle; pero no obstante que le oyó con mucho respeto y atencion Enriquillo, no pudo conseguir nada el santo religioso, y al fin le suplicó que mandase que le devolviesen su hábito. El Cacique, sintiendo vivamente el que sus indios le hubiesen destrozado y repartidose entre si los despojos, no teniendo otro que darle, se excusó como pudo y le condujo hasta la playa del mar: le volvió á dar un abrazo con mucha ternura; le besó la mano, y llorando se despidió, tomando el camino de sus montes de Baoruco; tanto más resuelto á defenderse bien, cuanto que conoció el miedo que ya le tenian los españoles. Los marineros del navío, que estaban á la vista barloventeando, cubrieron al padre con sus capas y le pusieron á bordo, dirigiendo el navío su rumbo para Santo Domingo.

Súpose poco despues que Badillo, por cuya

injusticia se habia motivado principalmente esta sublevacion, se habia embarcado para Castilla con un crecido caudal, y habia naufragado con todas sus riquezas á la vista del puerto de Cádiz. Todo el mundo reconoció en este castigo tan pronto y tan señalado la mano de Dios. Pero no fué solo este oficial quien pagó sus excesos; otros muchos castellanos, igualmente culpables, expiaron las vejaciones y malos tratamientos que hacian á los miserables indios, empeñado el cielo en que fuesen estos mismos indios, objeto de su codicia, los que los castigasen; y no hubo habitante de la Isla Española que no considerase por entónces sus bienes y su vida expuestos al mayor peligro, puesto que habia crecido tanto el partido del Cacique Enrique y hecho tan rápidos progresos que se llegó á temer la ruina entera de las posesiones españolas en aquella isla.

Duró, como está dicho, trece años esta rebelion, hasta que avisado el Emperador Carlos V, de tantas hostilidades de los indios de Baorneo y de la necesidad de acabar esta guerra tan perniciosa, ó de abandonar la Isla Española, tomó al fin las medidas más sábias y eficaces para restablecer la paz en ella. Acababa de nombrar, en el año de mil quinientos treinta y dos, por Gobernador de Castilla del Oro, un oficial muy

experimentado en las cosas de los indios y de gran mérito, llamado Barrio-nuevo. Mandóle que pasase á la isla de Santo Domingo con doscientos hombres escogidos, y no saliese de ella sin haberla enteramente pacificado. Se le dieron para ese fin poderes muy amplios y casi absolutos, con la única condicion de que salvase el honor de la nacion. Le recomendó, ante todas cosas, que primero tentase todos los medios de la suavidad, y le entregó una carta para el Cacique Enrique por la que su majestad convidaba á este Cacique á que volviese á la obediencia que le debia, ofreciéndole una amistad leal y sin reserva alguna para él y para todos los suyos; y de no admitir sus reales ofertas, y en caso de perseverar en su rebelion, le amenazaba con que le haria sentir todo el peso de su indignacion y de su poder.

Ejecutó fielmente su comision Barrio-nuevo: tuvo varias conferencias con Enriquillo, y le entregó la carta del Emperador, que le daba el titulo de Don. La besó con muestras de gran respeto el Cacique y la puso sobre su cabeza. Recibió también el salvoconducto de la Real Audiencia, y dijo que siempre habia amado la paz, y no habia entretenido la guerra con otro objeto que el de su defensa; y que si hasta entónces habia rehusado toda mediacion, habia sido por

los recelos que tenia de que le faltasen á la fe de los tratados los castellanos; pero, añadió: « ya « que el muy augusto Emperador, mi señor, me « da su real palabra, me siento muy obligado del « honor que me hace su Majestad, y acepto con « el más vivo reconocimiento la gracia que se « digna concederme. » Mostró Enriquillo la carta del Emperador á su tropa, y la persuadió de que ya no podia él ni sus vasallos rehusarse á prestar la obediencia más rendida á tan poderoso Monarca, quien les daba pruebas tan claras de su grande clemencia.

Con grandes aclamaciones de sus indios fué oído el Cacique, y se convinieron sobre ciertos artículos de un tratado de paz, que se ejecutaron el año siguiente de mil quinientos treinta y tres, porque se ofrecieron algunas dificultades, y se llegaron á vencer en dicho año, disipándose todas las sombras de recelos de una y otra parte, principalmente por la mediacion del licenciado Bartolomé de las Casas, quien, movido de inspiraciones divinas, habia renunciado el siglo el año de mil quinientos veinte y uno y habia entrado en la religion de Ntro. P. Sto. Domingo, ocupado únicamente en la santificacion de su vida hasta que se le presentaron nuevas ocasiones de ejercer su celo en la conservacion y salvacion de sus amados indios, que le hicieron dejar su soledad.

Este santo religioso habia vivido por el espacio de unos doce años retirado de los trabajos del siglo, y tanto edificaba con la práctica de las austeridades y demás virtudes propias de su nuevo estado, como ántes por el ardor de su celo incansable. El tratado concluido con sus amados indios despertó su celo, y con el permiso de su superior fué á verse con el Cacique, de quien era de antemano muy conocido. Fué muy bien recibido, y se celebró con muchas demostraciones de regocijo la llegada del gran protector de los indios. Se aprovechó el padre Casas de tan favorable acogida para desabrochar su pecho con aquellos isleños: valentó mucho la excepcion y bondad del Emperador que habia tenido á bien el solicitar la amistad del gefe de ellos, para no exponer la salvacion de su alma y las de sus vasallos, sea en apurándolos, sea en dejándolos bloqueados en sus montes, donde faltaban de un todo para vivir como verdaderos cristianos. Con sus razones se enternecieron los indios, y el Cacique le confesó que su mayor dolor habia sido ver morir muchos niños sin bautismo y adultos sin el gran beneficio de los sacramentos, y que esta consideracion le habia movido sobre todo á concluir un tratado cuya resulta se temia podia ser fatalísima para las tristes reliquias de su nacion. Añadió que por lo que le tocaba nunca habia dejado de rezar sus

devociones y de ayunar todos los viernes. No se ignoraba por otro lado con qué esmero habia velado sobre la conducta y vigor de las buenas costumbres de sus vasallos; cuánto habia procurado impedir comercios sospechosos entre personas de ambos sexos; y con cuánta solicitud habia dispuesto que ninguno de los suyos tomase antes de los veinticinco años el estado del matrimonio. Quedó el padre Casas viviendo en aquellos montes por algun tiempo, y procuraba asegurar al Cacique sobre los temores que tenia en lo que le podia sobrevenir. Dijole: el Emperador ha empeñado su honor y su palabra, seguridad que no tenia igual en el mundo, pues el tratado que se habia formado estaba afianzado sobre fundamentos tan sagrados, y en fin, cuando habeis obrado con tanta prudencia como es notorio, os conviene abandonar lo demás en el seno de la Divina Providencia que hace dirigir para el bien de sus escogidos hasta la malicia de sus mismos enemigos. Contentóse Enrique, y el hombre de Dios halló la misma docilidad en los demás indios. Les dijo muchas veces la misa: bautizó á todos los que faltaba que bautizar y administró los demas sacramentos de penitencia y eucaristia. Es de admirar que todos aquellos indios que por la mayor parte eran cristianos, y criados desde su tierna edad en las máximas de nuestra herencia, no supiesen que

en caso de necesidad podian conferir el bautismo, porque confesaron que habian dejado morir como trescientos niños sin procurarles la adopción divina que es el fruto de este sacramento. En efecto, encontró este celoso misionero mucha ignorancia entre aquellos neófitos sobre sus más esenciales obligaciones y los principales artículos de nuestra santa fe, y trató de poner remedio en cuanto le fué posible todo el tiempo que estuvo con estos pobres indios. Despidióse de ellos el padre Casas, y D. Enrique lo condujo hasta Azua donde se bautizó un capitán indio llamado Tomacos, que más que otro alguno habia hecho mucho daño á los españoles. De allí á poco tiempo salió al fin desus cuevas y montes el Cacique Enrique y guardó su palabra pasando á la ciudad de Santo Domingo, donde firmó de su puño el tratado de paz, ratificándolo porque hasta aquel punto solo lo habian firmado sus diputados. Fué recibido en la ciudad capital de la isla de un modo tan plausible que no pudo dudar de la sinceridad española. Se le dió á escoger paraje acomodado, para que en él se estableciesen los de su nacion, de quien fué declarado gefe y Príncipe hereditario, exento de tributo, obligado únicamente al homenaje correspondiente al Emperador y á todos sus sucesores Reyes de Castilla. Se retiró en un sitio llamado Boya, distante de la capital trece ó catorce leguas

hacia el Nordeste. Tuvieron permiso de seguirle todos los indios que pudiesen probar que eran descendientes de los primeros habitantes de la Española, y su posteridad subsistió bastantes años gozando de los referidos privilegios. Su Príncipe, que se intitulaba Cacique de la isla de Hayti, era señor de horca y cuchillo, pero se podía apelar á la Real Audiencia. Componian entónces como cuatro mil indios que se vinieron en forma de congregacion en el sitio mencionado, pero al fin se acabaron totalmente.

Poco despues que comenzó esta sublevacion de Enriquillo, se apareció un navío inglés en el Puerto de Santo Domingo, cuya derrota habia sido para las tierras del gran Cám, y por un temporal habia dado en un mar helado, y encontrado muchas islas hasta que fué á reconocer el mar de los Balcacos, y de allí costeando por la Florida el Rio de Chicora habian atravesado la Isla de San Juan de Porto-Rico con ánimo de dar una relacion al Rey de Inglaterra, de las circunstancias de su viaje y situacion de las tierras que habian visto, como tambien para rescatar y cargar palo de Brasil. Se supo en Porto-Rico por qué el capitan de este navío quiso mostrar las instrucciones que llevaba del Rey de Inglaterra, y en la isla rescataron algun estaño. Luego que llegó á visitar el Puerto de Santo Domingo, envió la barca á tierra, diciendo

que queria rescatar; pero el alcaide del castillo que sin pérdida de tiempo habia dado parte á los oidores de aquella novedad, y no habia tenido respuesta pronta, mandó disparar contra la nao una pieza de artillería, que se retiró inmediatamente tomando otra vez la vuelta de la isla de San Juan adonde se entretuvo rescatando con los vecinos de la Villa de San German, y nunca más pareció. Los oidores tuvieron muy á mal que el alcaide de la fortaleza hubiese disparado contra aquel navío extranjero, haciéndole de esta accion un gran delito en la Corte, y avisaron al Rey del caso y del mal estado de la fortaleza, para que se diese providencias de gente, artillería y municiones, y de paso suplicaban á su Majestad se dignase atender á la exposicion que le hacian del estado actual de la Isla Española, y de la de Cuba.

Representaba la Real Audiencia en su informe, que siendo la Isla Española la primera en que se habian formado poblaciones españolas en las Indias, era acreedora por lo mucho que convenia á su real servicio, y por ser la que alimentaba y sostenia á las demás islas á que no se pudiese en olvido: que la ciudad de Santo Domingo cada dia se iba acrecentando más en poblacion y riqueza por los muchos navíos que acudian en su Puerto de todas las partes de las Indias á cargar sus producciones, como cueros, cañafistula, azúcar, sebo y otras mer-

cancias, sin muchos bastimentos, caballos y puer-
cos para el mantenimiento de otras tierras descu-
biertas: que las Villas de la Buenaventura y Me-
jorada estaban situadas en medio de unas minas
muy abundantes de oro, pero inutilizadas por falta
de operarios, y en la actualidad se sostenian con
el escaso comercio de la cañafistula: que la Villa
de Bonaó producía mucha cantidad de maiz, ca-
zabe y otras vituallas, y que la Villa de Azua pro-
ducía mucha azúcar por la excelencia de su ter-
reno, y se veían cañas plantadas de seis años tan
frescas como de año y medio, con el aditamento
de unas minas de oro en bonanza: que tambien
se cosechaba mucha azúcar en los territorios de
la Villa de San Juan de la Maguana, el mejor y
el más blanco de toda la isla, logrando en sus con-
tornos ricas y abundantes minas, crecidas milpas
de maiz y viveres de toda especie, y en prueba de
su fertilidad decían que una palma que se había
plantado muy pocos años había, ya llevaba da-
tiles: que la Villa de la Iguala tenía un buen
Puerto, minas, cañafistula y todo lo necesario
para establecer un gran comercio: que en Puerto
Real se trataba de coger oro, y que el Puerto de
Plata era muy floreciente por el concurso de mu-
chos navios que venían de Castilla á cargar azú-
car y otros efectos. Y que finalmente, sin em-
bargo que la Villa de Salva Leon de Higüey no

lograba tener minas en su distrito, se habían co-
menzado á fabricar varios ingenios de azúcar, y
tenía sus campos llenos de ganados, y más que
en ninguna otra parte de la isla. Omitian los se-
ñores oidores en su relacion lo que con toda ver-
dad podían decir, que toda esta abundancia de
azúcar que se sacaba de la Isla Española provenía
de la cuidadosa solicitud de los padres de San Ge-
rónimo y del licenciado Alonso Zuazo. Llegando
después al particular de las demás islas decían,
que en la Fernandina ó Cuba, de las ocho villas
ó aldeas que el Adelantado Diego Velazquez había
fundado, en las seis no había otro comercio que
el del oro, y que tan solamente en las cercanías
de la Habana había cria de ganados, porque la
isla era montuosa y bastante estéril. Referían de
la Isla Jamaica que en ella había poco oro y que
los vecinos de dos pueblos, Sevilla y Oristan se
habían dedicado á plantar viñas, y habían cogido
razonable vino clarete, teniendo para su mante-
nimiento competentes ingenios de azúcar. (*) Con-
cluían con asegurar á su Majestad, que para la
conservacion de estas islas tan útiles era indis-
pensable introducir en ellas mucho número de

(*) Tenía en orden á lo espiritual esta isla una Abadía recién erecta
por el Sr. Leon X, como se puede reconocer en el Sumario del Compendio
Indico del Sr. Rivadeneyra que está al fin de este tomo 1.º, Bula II de
Leon X, con su nota, pág. 30.

negros, y advertian la forma de valerse de ellos para hacer circular un gran comercio en todas las poblaciones establecidas, como asimismo el modo de repartirlos y de asegurarse de ellos, para que de su parte no se pudiese temer algun levantamiento, y con todo el año siguiente de mil quinientos veinte y dos se levantaron y costó mucho trabajo sujetarlos.

No nos dicen los historiadores qué efecto tuvieron estas representaciones, sino que entró la Corte en gran cuidado sobre el navio inglés que se habia dejado ver en Porto-Rico y Santo Domingo. Solo por este informe de la Real Audiencia tenemos una noticia de las islas tocante á lo temporal por el año de mil quinientos veinte y uno. En orden á lo espiritual, si se atiende á lo referido hasta aquí, se vendrá en conocimiento que no se pudo adelantar mucho el negocio de la conversión de los indios, así por la escasez de operarios evangélicos que pasaron á las islas como por los pésimos efectos de los repartimientos dictados por la codicia del oro. Sabida es la buena intencion de los Reyes Católicos en orden á buen tratamiento de los indios y á su reduccion al gremio de la Iglesia, despachando para este fin en repetidas ocasiones cédulas muy piadosas y eficaces; pero tenian la desgracia de hallarse mal servidos y obedecidos de los ministros que enviaban á los

principios, por hallar éstos en la riqueza de la tierra, y en el buen natural de los isleños, las mejores proporciones de enriquecerse y de sujetar con gran facilidad á un millon y medio de indios á quienes hacian trabajar de dia y de noche en las minas y en otras granjerias; motivo por qué de cuando en cuando levantaban el grito estos infelices naturales, y más que nunca en este año por los agravios hechos al Cacique D. Enrique; suceso que tuvo consecuencias muy funestas, y al fin se acabaron todos aquellos indios, y bien pocos pudieron lograr el riesgo de la doctrina evangélica, no porque, como lo dice el padre Torquemada, se dedicaban poco en saber la lengua del país los misioneros que comenzaron el cultivo de aquella inculta viña, sino por los mencionados embarazos que estorbaron los efectos de su celo apostólico. Decir, como lo dice este diligente historiador, que solo tres personas, uno simple ermitaño y los otros dos frailes franciscanos de la Orden de San Francisco, naturales de Picardía ó Borgoña, el uno llamado Fr. Bermejo ó Borgoñon, y el otro Fr. Juan de Tisim, y que por saber éstos algo la lengua del país, predicaron á aquellos infelices sacando algun fruto, aunque muy poco pudo ser, por no ser sacerdotes ni tener ni autoridad ni favor, metiendo tambien en la clase de lego al santo va-

ron Fr. Remigio, sin que nos conste, y siendo más verosímil que fuese sacerdote por haber sido escogido para comisario de una misión lucida que llevó á la Española, es querer apocar los trabajos apostólicos de varones de gran santidad, y bien doctos de nuestra seráfica religion y de la de nuestro padre Santo Domingo, quienes venciendo inmensos obstáculos como lo tengo insinuado en este Aparato, salieron siempre á la defensa de los indios, establecieron las cristiandades para la enseñanza de ellos, bautizaron infinitos, y fueron siempre el escudo y lenitivo de sus vejaciones: fundaron tantos monasterios, que ya muy á los principios de la conquista espiritual de aquellos naturales se abrieron los cimientos de la primera Provincia de la regular observancia de nuestro padre San Francisco de las Indias Occidentales, como está anotado en su orden cronológico. Lo cierto es que, como vemos, tuvo más rápidos y sólidos progresos la conquista espiritual de la Nueva España, pero no por eso se han de disminuir los lentos vuelos que se observan en la de la Española y demás islas. Los principios en todas las cosas son dificultosísimos, y de estos tardos principios, ocasionados parte por la codicia del oro, de que estaban poseidos los primeros conquistadores, parte del descuido de los oficiales subalternos, que no hacían ejecutar las sábias providencias de

nuestros piadosos Reyes, parte del estrépito de las armas que forzosamente se habían de emplear en contener levantamientos, y asentar los nuevos descubrimientos, dimanó al fin el mayor bien para todo el Nuevo Mundo, pues proporcionaron la conquista temporal de la Nueva España, y después la espiritual de infinitas almas. He referido en este año el estado de una y otra conquista, espiritual y temporal, por no tener sino rara vez que tocar de los negocios de las islas y de la tierra firme de Pária, porque me desviaría demasiado de mi asunto peculiar. Vuelvo pues á tratar de la serie de los sucesos felices de Cortés en la continuación de su conquista.

CAPITULO XXXVIII.

CERCO DE LA CIUDAD DE MÉXICO Y RUINA DEL IMPERIO
MEXICANO. AÑO DE 1521.

Dejamos al valeroso Hernan Cortés ocupado en sus prevenciones para formar el cerco de la gran ciudad de Tenoxtitlan, y siguiendo el orden de los tiempos cabe el que brevemente demos noticia de este importante esfuerzo militar, por cuyo medio tan acertado como difficilísimo, vino á desplomarse el imperio mexicano, y dió lugar á la predicacion evangélica en estas vastísimas regiones. Luego que Hernan Cortés llegó á Texcoco con todo su ejército, fué muy bien recibido en aquella ciudad al principio de su entrada; pero desde las azoteas de su alojamiento empezó á descubrir que los naturales desamparaban la ciudad, llevando su ropa y sus mujeres y hijos en canoas y por tierra á las sierras, y que esto se hacia con demasiada priesa.

Cortés, que averiguó el motivo de esta desercion, advirtió darles por señor, con general aclamacion, un hijo de Netzahualpitzintle, pues su actual Rey se habia pasado con los enemigos. Los que se habian ido á los montes volvieron, y se pobló la ciudad de Tezcoco, esmerándose sus ciudadanos en tratar bien á Cortés y á toda su gente. Varios Caciques se vinieron á ofrecer á Cortés con gran sentimiento de los mexicanos, quienes, con gran cuidado, le habian enviado embajadores para cerciorarse del estado de nuestro ejército é impedir que los reyezuelos de los contornos de la laguna incorporasen sus fuerzas con las de los cristianos. Cortés, que comprendió sus planes, disimulaba todo, y con ellos envió á ofrecer la paz á Cuanhtimotzin, hijo de Ahuitzol, hermano de Moctezuma, el cual, por la muerte de Cuauhtlahuac, le habia sucedido en el imperio. Era este Guatemoc ó Cuanhtimotzin, mozo de veinte y tres á veinte y cuatro años, muy estimado por su gran valor y entendimiento, quien animaba notablemente á la nobleza á la guerra y defensa de la ciudad. Entretanto daba el insigne caudillo Hernan Cortés las mejores providencias para dirigir con acierto la conquista de la gran ciudad de México, algunos descontentos procuraron, por medio de Antonio de Villafaña, levantarse y elegir, en lugar de Cortés, á Fran-

cisco Verdugo, capitan de valor y mérito, y cuñado de Diego Velázquez, sin que fuese sabedor de esta conjuración. Los sediciosos, que eran como unos trescientos, ya estaban á punto de ejecutar su traición, debiendo uno de los cómplices dar de puñaladas á Cortés cierto dia señalado; pero el mismo cómplice descubrió toda la conjuración, diciendo á Cortés que el autor de ella era Villafaña, y le pidió la vida en recompensa de su arrepentimiento. Asi lo hizo Cortés: mandó prender á Villafaña, quien confesó su culpa; y se supo, apretándole la garganta, porque se iba á tragar un papel en que estaban escritos los nombres de los conjurados, por un pedazo de ese papel que le hicieron arrojar, que estaban complicados en la dicha conjuración catorce individuos de suposición. Cortés, con gran prudencia, les perdonó, y con el castigo de Villafaña, á quien mandó ahorcar, procuró sosegar á los cabos de su ejército, manifestándoles que debían considerar que un caudillo no podia dar gusto á todos; que si en algunas cosas erraba, contra su intencion, que se lo advirtiesen y no dejaria de darles satisfaccion, pues su ánimo era perfeccionar la conquista de aquel grande imperio, que habían descubierto, con la toma de su capital, en la que adquiririan eterna gloria y la posesion de sus grandes riquezas.

Quedaron contentos los principales conjurados, y mientras se proveía á la fabrica de los bergantines fué el prudente Cortés ganando las ciudades y pueblos que están en los contornos de México. En este medio tiempo que Cortés se fortificaba en Tezcuco y sujetaba distintos pueblos y naciones que se le oponian á sus designios, tuvo aviso cómo habia llegado á la Veracruz un navio con cuarenta soldados y ocho caballos, con algunas ballestas, escopetas y pólvora, y que ya se habian acabado los bergantines. Al instante dió sus órdenes á Gonzalo de Sandoval para que los trajese con una escolta competente á fin de que llegasen con seguridad. Martín López, que habia corrido con la construccion de los bergantines, quiso ántes de remitirlos probar si navegaban bien. Hizo que una multitud de indios formasen una gran presa en el rio de Zahual, que pasa por Tlaxcala, y tuvo el gusto de ver que navegaban muy bien. Pareciéndole que no convenia detenerse más tiempo, los mandó desarmar y cargar en hombros de infinitos tamemes, yendo de dos en dos como ocho mil indios de éstos que llevaban la tablazon y aparejos de los bergantines, y de acompañamiento ochenta mil indios de guerra que dió la señoria de Tlaxcala. Gonzalo de Sandoval, que habia castigado algunos pueblos del camino por las crueldades que habian hecho con

algunos castellanos que pasaron por aquellas tierras, se unió con su tropa á la gente tlaxcalteca, y en muy buen orden llegaron desarmados los bergantines á Tezcuco. Salió Cortés á recibirlos: dió gracias y granjeó mucho á los indios amigos de la señoría de Tlaxcala, y proveyó, sin pérdida de tiempo, para que se trabajase en armar los bergantines. Con admirable industria, despues de armados, se botaron á la agua de la laguna de Tezcuco, formando un deslizadero con picas y barras, abriendo zanjas de trechos en trechos por el terreno de média legua que habia de distancia hasta la laguna, y manejando presas de comunicacion de unas con otras, y con tal arte, que dada la señal y soltada la última presa, fueron saliendo los bergantines por el deslizadero, sin tocar uno con otro, y apartándose unos de otros en la laguna. Fué grande la alegría de los indios amigos y de todo nuestro ejército por haber salido tan dichosamente de una empresa tan ardua y tan importante para el logro de los altos fines de Hernán Cortés. Tuvo aviso al mismo tiempo este gran general que habian llegado á la Vera-Cruz cuatro navios de Santo Domingo con descientos castellanos, ochenta caballos, armas y gran copia de municiones de guerra: dió orden para que viniése este gran socorro cuanto antes á Tezcuco, con el que acrecentó sus fuerzas.

Cortés, para dar gusto á los tlaxcaltecas, quienes manifestaban algun desabrimiento porque no los dejaban pelear tan presto como quisieran con los mexicanos, fué á acometer varias poblaciones de culúas, situadas á la vuelta del Norte de la laguna, y á las cuatro leguas de marcha encontró un grande escuadron de enemigos, los que mandó combatir con los caballos y sus tlaxcaltecas, y en breve tiempo quedó desordenado. Siguieron los tlaxcaltecas el alcance, matando á muchos y llevándose grandes despojos de pluma, joyas y ropas de algodón. Despues de esta accion, marchó el ejército, sin hallar resistencia hasta Tenayuca, que dista dos leguas de México, hasta donde entónces llegaba la laguna. Pasó á Etecutzalco, y de allí á Tacuba, que halló bien fuerte por la disposicion de las acequias, que eran más profundas que las de otros pueblos vecinos de la laguna. Los de Tlaxcala saquearon á Tacuba, y prosiguió Cortés su camino, conquistando varios pueblos importantes, y entre otros ganó á Xochimilco: peleó con trozos grandes de mexicanos, siempre con ventaja, hasta llegar á Cuyoacan, el cual dista dos leguas de Xochimilco. Allí reconoció el modo que habia de tomar para sitiar á México con acierto. Entró en la calzada, ganando á los que la guardaban una trinchera: observó que corriendo la laguna legua y média, iba á

dar á la ciudad. Considerando el sitio y disposicion de ella, recogió su gente para dar vuelta por la ciudad de Tacuba, á fin de reconocer dónde podria colocar sus escuadrones para cercar ventajosamente á México. En estas marchas y observaciones los españoles tenian cada dia varios choques con los enemigos, en que mostraban los capitanes su valor y conducta. Los tlaxcaltecas peleaban con empeño, y al fin llegó Cortés á Cuauhtitlan, con la gente bien cansada, sin haberse querido detener en Tacuba, y volvió á juntarse con todo el grueso de su ejército en Tezcucó, que halló poderoso y en la mejor disposicion por las victorias que habian alcanzado en estas primeras expediciones. Pensando ya Cortés que era tiempo de comenzar el cerco de México, hizo alarde de su ejército: halló (*), con todos los socorros, novecientos infantes españoles, ochenta y seis caballos, tres tiros gruesos, quince pequeños, diez quintales de pólvora, y entre la infanteria ciento diez y ocho ballesteros y escopeteros. Acabó de guarnecer sus trece bergantines, poniendo en cada uno una pieza de artilleria: iban de convoy seis mil canoas y doscientos mil indios

(*) Herrera, Década III, lib. 2, tomo segundo, folio 17, et seq. mihi. Gomara, 15 y 23. Noticias sacras de Juan Díez de la Calle, párrafo primero, noticias de México. Padre Murillo, Geografía histórica, lib. IX, cap. 11, folio 68, Nueva-España y México.

auxiliares de Tlaxcala, Huecotingo, Cholula y Chalco. Dividió Cortés el ejército en tres cuerpos considerables, con los que ocupó las tres calzadas principales. Señaló para la de Tacuba á Pedro de Alvarado; en la de Cuyoacan á Cristóbal de Olid, y en la de Iztapalapa á Gonzalo de Sandoval; y el mismo Cortés reservó para sí trescientos soldados escogidos, con los que se embarcó en los bergantines para entrar por la laguna y dirigir mejor sus operaciones. Salieron de Tezcucó á veinte y dos de Mayo de mil quinientos veinte y uno; y cuando se iba á comenzar el cerco de México, sucedió un disturbio entre los castellanos y un pariente de Xicotencatl. Salió descalabrado este indio principal, y se procuró apaciguar esta alteracion, porque en tal ocasion hubiera podido traer consecuencias muy funestas. Tocóle á Xicotencatl ir de capitán de sesenta mil tlaxcaltecas con el destacamento de Alvarado; y como siempre se habia manifestado poco afecto á los españoles, y por bastantes sospechas de su poca fidelidad le mandó ahorear Cortés, y es muy verosímil que así lo hiciese en el acontecimiento de la República de Tlaxcala. Comenzó este célebre cerco de México por tierra, y por las aguas de la laguna con los bergantines, combatiendo y pegando fuego á la ciudad de Iztapalapa. Llegó Cortés á la vista de un peñol muy fuerte y de su-

bida agria, cerca de Iztapalapa. Saltó en tierra con ciento y cincuenta soldados, á quienes animó con su ejemplo y les patentizó cuánto importaba no pasar adelante sin hacerse dueño de aquel punto tan ventajoso. Combatió al frente de sus soldados, y allanadas todas las dificultades, lo ganó, dejando muy atemorizados á los enemigos, que creían que aquel cerro era inexpugnable; pero aun más los consternó la completa victoria que consiguió Cortés con sus bergantines, desbaratando y atropellando muchas canoas, de las que echó varias á pique: mató y aprisionó muchos mexicanos principales; infinitos ménos principales se ahogaron, y con el favor del viento siguió el alcance con sus bergantines más de tres leguas, hasta encerrarlos en México, quedando señor de la laguna. Continuó la guerra por muchos dias con increíble porfia de ambas partes; más que valor parecia rabia y ferocidad la de los mexicanos contra los españoles: tenían éstos que sufrir, sin dar la menor tregua al descanso, el acometimiento incesante y sangriento de innumerables enemigos que por agua y por tierra siempre se mostraban infatigables y vigilantes. Tenían que vencer los españoles innumerables canoas que asediaban sin cesar á la gente que iba por las calzadas y á los bergantines; y en tierra había que vencer zanjás, fosos, torres, azoteas, preca-

verse de varias celadas, y destruir otras muchas fortalezas y defensas que habían hecho. Aunque se dieron en este cerco, que duró tres meses, más de sesenta batallas peligrosísimas, en que murieron más de cien mil mexicanos, y entre ellos muchos nobles, la fortuna, por no desairar su valor, se les mostró algunas veces favorable; y tanto, que se vió Cortés dos veces en gran peligro de ser preso por los mexicanos, quienes tuvieron la gloria de hacer retirar, en una y otra ocasión, á los españoles con pérdida en estos encuentros de cincuenta castellanos valerosos, y fueron algunos de ellos sacrificados vivos á sus dioses, cuyos triunfos celebraban con músicas, danzas y gritaría. Pero la intrepidez incansable con que no solo los españoles sino los indios amigos de Tlaxcala, Tezcuco y otros pueblos peleaban, y aun varias mujeres españolas, como verdaderas amazonas, fué domando la extraña furia de los contrarios, quienes, consternados con tanta sangre como se derramaba de sus gentes y por tantos cadáveres como tenían á la vista, que ya perecían de hambre y de peste en la ciudad, oponían cada día menor resistencia. Contenían los españoles el rencor de los tlaxcaltecas, que no desperdiciaban ocasión de hacer una cruel matanza en los mexicanos. Cortés les proponía la paz con condiciones bastante ventajosas; pero no queriendo ni aun en

estas angustias y reducidos al último extremo, rendirse, se hizo una entrada general por las calzadas y por la laguna. En este ataque general, españoles y mexicanos echaron el último resto del valor; y rompiendo los bergantines por medio de la flota de canoas, la desbarató con tanto acierto, que intentando la fuga Cuauhtemotzin, Rey de México en una canoa de mayor tamaño que las demás, por la laguna, le prendió García de Holguin, y también á Guacotzin, señor de Tacuba, y otros nobles; y llevados ante Cortés, puso Cuauhtemotzin la mano en el puñal de éste, diciéndole con entereza que le matase, pues moría consolado á manos de tan insigne capitán. Cortés le consoló, manifestándole que siendo tan varia la fortuna, en este lance se le habia mostrado adversa; pero que más le queria vivo que muerto, añadiendo que no le tendria en ménos que si fuese vencedor, y que mandase á los suyos que se rindiesen para evitar tanto derramamiento de sangre. Cuauhtemotzin lo hizo, y al punto obedecieron más de treinta mil hombres, con lo cual acabó la guerra y el grande imperio mexicano; y con mucha más seguridad cuando Cortés, en el viaje á Honduras ó á las Ibueras, mandó ahorcar á Cuauhtemotzin por la traicion que tramaba. Seria muy prolijo referir todas las circunstancias de cerco tan prolongado y felici-

simo para nuestras armas, remitiéndome á lo que las historias, en particular la del diligente Herrera, refieren con tanta extension.

Ganó Cortés la gran ciudad de Tenochtitlan ó México, que es la más principal y cabeza de su imperio, martes trece de Agosto de mil quinientos veinte y uno, día en que celebra nuestra madre la Iglesia la festividad del glorioso San Hipólito mártir, en cuya memoria se hace en México cada año en tal día una solemne fiesta, y se lleva en procesion el pendon del ejército, dando á Dios gracias por esta victoria. Si la guadaña de la muerte no hubiera cortado el hilo de la vida del insigne caballero Boturini (*) cuando premeditaba escribir con tan exquisitos monumentos indicos la Historia General de la Nueva-España, supiéramos con claridad si el estandarte que se lleva en el paseo del pendon anualmente en la imperial corte de México, es el mismo con que entró victorioso en dicha ciudad, pues se reservaba dar los fundamentos indisputables de ser dicho estandarte el solo original que hoy día subsiste. El que yo ví en la biblioteca de la real universidad de México, donde se guardan los preciosos monumentos de dicho caballero Boturini, es el mismo que dice ser el estandarte original (de damasco colorado)

(*) Boturini, Historia, en el catálogo de Museo Indiano, Mapas, párrafo XXI, folio 75, mihi.

que el invicto Cortés dió al Capitan general de los tlaxcaltecas en la segunda expedicion que se hizo contra el Emperador Moctezuma. Está en el dia adornado con un marco dorado; en la primera faz de dicho estandarte se ve pintada una hermosísima efigie de María Santísima, coronada con corona de oro, y que tiene las manos juntas como que ruega á su Hijo Santísimo proteja y esfuerce á los españoles para que subyuguen el imperio gentílico á la fe católica, y no deja de asemejarse en algunas cosas á la que despues se apareció de Guadalupe. En la segunda faz, ó reverso, que, segun la disposicion del cuadro dorado, mira á la pared donde está colocado en dicha sala de la Universidad, se ven pintadas asimismo las armas reales de Castilla y de Leon.

Obró el Señor en toda esta conquista algunos milagros en favor de los cristianos, queriendo su Divina Majestad tuviese fin la idolatria y los abominables sacrificios de los mexicanos, y como en su lugar tengo referido, afirmaban los indios haber visto la proteccion portentosa del Apóstol Santiago, patron de las Españas, que ayudaba á los españoles, y tambien á la Reina de los ángeles, que les echaba tierra en los ojos. Así lo trae el cronista Herrera (*), y dice igualmente que habia puesto

(*) Herrera, Década 2, lib. 10, cap. 9, citada por Enrico Martinez, Repertorio de los tiempos de Nueva-España, tratado 2, página 151, mibi.

Cortés en el altar del templo mayor de México una imágen de nuestra Señora, y queriendo los sacerdotes de los indios quitarla, se les pegaban las manos y no las podian desasir por grau rato, y á otros se les entumian los brazos y piernas y caian por las gradas abajo descalabrados. Quien quisiese reflejar en todas las circunstancias de esta admirable conquista, no podrá negar que sin el favor del cielo hubiera sido imposible que aquel insigne capitan Hernan Cortés, de aquellos que producen tarde los siglos y tienen raros ejemplos en la historia, aun suponiéndolo dotado de todos los talentos más cumplidos del capitan más instruido en el arte mllitar, pudiese vencer con tan poca gente tantas dificultades, y sujetar tantos millares de hombres como entónces tenia el imperio mexicano. Los mexicanos lograban superiores ventajas de parte de la laguna, de las calzadas, de las casas y azoteas. Las ventajas del ejército español tambien eran grandes, si se atiende á la calidad de las armas, de las espadas, arcabuces y artilleria, y sobre todo de los caballos, de los que huian más los indios que de un escuadron fuerte de soldados. No fueron ménos importantes los perros de presa y lebreles que con rabia despedazaban á los indios. Estos peleaban de tropel, y sus capitanes más se ocupaban en trazar ardidés que en ordenar sus tropas. No guardaban disciplina, sino

que acometian con furor fiados únicamente en el número inmenso de sus pelotones. Al contrario nuestro ejército, aunque pequeño, tenia la dicha de tener por capitanes unos héroes que podian ser tenidos en tanta estima como los muy afamados que hubo en el mundo. Raro fué el soldado español que no hiciese alguna accion señalada en esta guerra; pero los que más se distinguieron entre todos, (á más de Hernan Cortés, cuyo valor y prudencia militar ensalzan hasta las nubes, y con razon, no solo los españoles sino aun los extranjeros juiciosos, hombre sin segundo, dado del cielo para una de las más heroicas conquistas que ha visto el mundo), fueron Cristóbal de Olid, maestre de campo, que era un Héctor en el esfuerzo para combatir persona por persona, mas habia de ser mandado Pedro de Alvarado, que además de ser esforzado tenia gracia en su persona, y mucho acierto para hacer gente de guerra, y Gonzalo de Sandoval valerosísimo capitan, y de gran consejo. Estos tres capitanes mandaron los dos trozos del ejército en las calzadas y coadyuvaron maravillosamente al empeño del capitan general Cortés. De una y otra parte hubo respectivamente sus ventajas, con que se equilibró el poder y el cielo se declaró favorable á nuestras armas, pues era decretada la introduccion de la luz del Evangelio en los corazones de tantos gen-

tiles que vivian en las funestas sombras de la supersticion y idolatria. El primer cuidado de Cortés fué dar gracias á Dios purificando la ciudad con grandes fuegos, para corregir la pestilencia de los cadáveres que tenian enterrados en grandísimos montones en sus casas, cuya hediondez inficionaba tanto el aire, que fué menester desampararla por algun tiempo. Se celebraron grandes y devotas fiestas engrandeciendo las misericordias de Dios que les habia dado victoria tan señalada, y con justísima razon, pues esta conquista ha sido una de las más plausibles y extraordinarias de todo el mundo, y pocas veces se ha visto en el otro hemisferio sitio en que se haya peleado con más porfia, ni se haya derramado más sangre, y se puede igualar á los sitios tan mentados de Tiro, Babilonia, Siracusa, Jerusalem y Numancia.

En el saqueo de la ciudad tomaron los castellanos el oro y plata y plumeria que era muchísima. El despojo de joyas y ropa fué riquísimo: se apreció todo el despojo en ciento treinta mil pesos de oro, y sacando veinte y seis mil del quinto del Rey, se repartió lo demás entre los soldados españoles y los indios de guerra amigos. Como los castellanos habian visto los grandes tesoros que tenia Moctezuma, hicieron grande diligencia por hallarlos en el saqueo de la ciudad; y como no se hallaba nada se vió precisado Her-

nan Cortés para contener la murmuracion de su ejército, que amenazaba alguna alteracion pernicioso, que se exponia á perder en un instante lo ganado, de dar tormento á Quauctimotzin y á otro caballero que murió en él sin confesar nada, ó porque no lo sabia, ó porque usaban los indios guardar constantissimamente el secreto que les confiaban: mandó quitar en fin Hernan Cortés al desdichado Quauctimotzin del tormento, teniendo por cosa inhumana y fea tratar de este modo á un Rey desgraciado. Se discurre que Quauctimotzin echó al agua el tesoro de Moctezuma, y aunque se buscó con grandísimo cuidado por muchas partes de la laguna, nunca se halló. Algunos de los más principales mexicanos que estaban presos, dieron noticia de sepulturas, adonde se halló un poco de oro que se llevó para repartirlo al ejército. Fuera de esto se cogió ropa finisima y muchas armas, perlas y otras cosas. Asi tuvo fin la monarquía mexicana; y parece no será fuera de propósito tratar brevemente del origen de los indios que fundaron esta gran ciudad de Tenxtiltlan México, de la poblacion en general del imperio mexicano, de sus Reyes, de la religion y gobierno que tenian, á fin de terminar este Aparato con la conexion precisa que tiene esta destruccion del imperio mexicano con el descubrimiento del reino Mechoacan, que se hizo el

año siguiente de mil quinientos veinte y dos, y fué el teatro de los afanes apostólicos de los primeros padres de esta santa Provincia de los apóstoles San Pedro y San Pablo de Mechoacan, y tambien para que se satisfaga en alguna manera la curiosidad de los lectores, quienes en breves cláusulas hallarán lo que han escrito muchos autores regnicolas, y aun con sobrada difusion.

algunos entienden que hay el estrecho que llaman de Anian, y otros lo niegan, no hallando hasta ahora apoyo firme el discurso. Se han cansado muchos y célebres autores en indagar el origen de nuestros indios; un libro entero sacó á luz de esta materia el doctísimo padre presentado Fr. Gregorio Garcia, dominicano, nuevamente reimpresso, cuyos estudios y esfuerzos, aunque son dignos de alabanza y estimacion, no pueden satisfacer al entendimiento de los eruditos, que fluctúa todavía en un mar inquieto de conjeturas, y son tantas las opiniones que sobre este asunto se han divulgado y tan diferentes, que cuanto mas se escribe tanto más abulta la oscuridad: prueba de esto mismo es, que despues de referir el citado padre Garcia, y probar multitud vária de opiniones y pareceres instándole expresase el suyo, se resolvió á decir que los indios que hay hoy en este Nuevo Mundo, no proceden de sola una nacion y gente, ni aportaron á estas partes de una sola de las tres del mundo viejo, ni vinieron todos de un mismo modo, ni en un tiempo mismo: proceden, dice, unos indios de cartaginenses, otros de las diez tribus, otros de los que mandó poblar Ofir, otros de griegos y fenicios, chinos y tartaros, y otras naciones como verá el erudito, los fundamentos de cada opinion de este curioso libro. No es mi ánimo por estas razones tratar aqui con

ALERE FLAMMAN
VERITATI CAPITULO XXXIX.

ORIGEN DE LOS INDIOS DE LA NUEVA ESPAÑA, Y DE
DÓNDE VINIERON: AÑO DE 1521.

En cuanto al origen de las Indias, y cómo se pobló de hombres y animales aquel nuevo mundo hay mil modos de discurrir, pues la poblacion primera de los indios en las islas y tierras firmes del mar océano, es tan oculta la perspicacia humana, que no da lugar á formar dictámen cierto: entre las confusas tinieblas de tanta variedad de opiniones es asunto tan raro, que el mayor desvelo los confunde, porque como esta tierra de las Indias Occidentales tiene por entre ambas costas de Oriente á Occidente dos anchísimos y espaciosos mares que la dividen y apartan de las otras tierras habitables, y no se han perfeccionado del todo los descubrimientos del Polo Artico, donde

extension y á fondo de este gran problema histórico, pues considero que todavía es difícil solución, hasta que se perfeccionen más las navegaciones hácia el Polo Artico, los descubrimientos de los rusos por el Archipiélago de San Lázaro, y nuestras entradas por tierra hácia el Sud y Norte de esta Nueva España, como se ha intentado en estos años por las inmediaciones del Puerto de San Francisco, que cae en treinta y ocho grados, y minutos cinco y medio, y el Puerto de Bodega, descubierto por el capitán de la Goleta Sonora, D. Juan de la Cuadra y Bodega, día tres de Octubre de mil setecientos setenta y cinco, situado bajo la latitud de treinta y ocho grados diez y ocho minutos. Me contentaré con apuntar mi opinión, que creo es la más verosímil por los fundamentos que iré relatando.

Los autores que se han dedicado en la averiguación de cómo se pobló la América, se han fatigado en vano sobre el origen de sus pobladores, fundando sus conjeturas por lo regular en tres principales argumentos, que aunque dice el caballero Boturini, que poco ó nada prueban, no dejan á mi parecer de tener mucha fuerza para una sólida conjetura. El primero en cotejar algunas palabras de la lengua nahuatl con otras de diferentes naciones. El segundo en observar la semejanza que hay de las leyes civiles indianas

con las demas del orbe: el tercero en confrontar las costumbres de los indios con otras antiguos idólatras para inferir el origen de aquellas gentes. Fundado en estas conjeturas, y especialmente en este segundo y tercero argumento, apunta el padre Gumilla (*), que al ver entre los indios su modo, su estilo, su desdicha, digna de toda compasión, es de creer que sin duda que los indios son hijos de Cam, segundo hijo de Noé, porque á Cam y á sus hijos les cupo la Arabia, el Egipto y el resto de la Africa; y algunos de sus nietos ó biznietos, arrebatados sus barcos de la furia de los vientos ó de otro modo, desde Cabo Verde pasaron al cabo mas avanzado de toda la América Meridional que está en el Brasil y se llama Fernambuco; pero en su lugar se rebatirá este primer fundamento en su opinión, en cuanto á lo que dice del infeliz y misero porte de los indios, de su ánimo apocado, del vicio innato que tienen á la embriaguez, de la facilidad con que abandona al europeo para servir con mas gusto y alegría á un negro, verificando la maldición que Noé echó á Cam de su desnudez y otras propiedades, que parecen asemejarse á las de los hijos de Cam; se refutará con la mayor energía por los mismos argumentos con que contradice el padre maestro

(*) P. Gumilla.—Orinoco ilustrado; pág. 129, cap. IV, mihí.

Calancha á los partidarios de esta opinion, porque me parecen convincentes, y fundados en la experiencia y mayor luz que nos dan los nuevos descubrimientos cosmógrafos. Dice despues el padre Gumilla, que las naciones del Orinoco y de sus vertientes observaban muchas ceremonias de los hebreos durante su gentilidad, las cuales siguen material y ciegameute sin saber por qué ni por qué no, llevados de la tradicion que va pasando de padres á hijos, sin saber dar razon de lo mismo que ejecutan, del cual uso y estilo se infiere, que despues de poblada la América por los descendientes de Cam, despues de la dispersion de aquel ingrato pueblo, de los cuales redundaron á los primeros pobladores las ceremonias que se les ve. En esta opinion va el padre Gumilla con Genebrando y otros historiadores, que discurren que poblaron estas regiones los indios, que fueron presos por Salmanazar, rey de los Asirios, y enviados á regiones tan nuevas y remotas, que segun Esdras, nunca en ellas habia habitado el linaje humano y distaban más de año y medio de camino, y que aquella region se llamaba Arraret. Asi está en el libro cuarto de Esdras, capítulo trece; pero bien dice el padre Calancha, que á semejante hablilla de que son al parecer descendientes de judios y de algunas tribus que se esparcieron por el mundo, no habia para que refutar, porque el

mismo que leyere las razones en que se fundan sus autores, no tropezará en sus conjeturas. (*) Unos dicen que indio, vuelta la *n* de arriba abajo, quiere decir judío: que de valer lo volteado en las letras, los que son indios propriamente, que serán los que habitan el Oriente, corrieron esa fortuna, porque estos jamás se llamaron indios hasta que los españoles así los quisieron llamar.

Es cierto que en varias partes de las Indias con bárbaro error creían sus naturales, conforme los tengo referidos, hablando de los indios de la Española, ser procreados del sol, del mar, de los lagos, de los montes ó peñascos más famosos de aquellos países, como citando á Herrera, Acosta, Gomara y otros, dice Solórzano: bien que en sus monumentos y tradiciones se reconoce que conservaban la memoria, aunque confusa y grosera, del diluvio y de la confusion de las lenguas en la fábrica de la Torre de Babel. El historiador Herrera (**) cita varios indios ancianos que contaron á los españoles en los principios de sus conquistas, que por tradicion de sus mayores tenian noticia de Noé y del diluvio, y que ellos eran hijos del segundo hijo de Noé, el cual habia hecho burla de ver á su padre desnudo, y que por eso ellos vivian desnudos, por la maldicion que cayó

(*) Calancha, Crónica de S. Aug. del Perú, origen de los indios

(**) Herrera, Décad. 1, lib. 3, cap. 4.

sobre su padre. Se esfuerza el señor Boturini, despues de bien meditadas todas las opiniones que hay sobre el origen de estos indios, en deducir su mayor certeza segun los monumentos de los mismos indios que acopió con gran diligencia, y concluye que en dichas historias, despues de haber buscado entre ellas las mas antiguas tultecas, no ha hallado, en un mar de tantas literarias tormentas, otro puerto más seguro. Asienta, pues, fundado en uno de estos mapas pintados en figuras, simbolos, caracteres y geoglíficos, que seria probablemente sacado de aquel libro que en Tula hicieron de su origen los mexicanos, y llamaron Teamoxtlí, esto es, Libro divino, que tuvo en su poder D. Fernando de Alba Ixtlilxochitl, y vino á tenerlo en su museo. Asienta, digo, que por el referido mapa tulteco consta en particular la confusion de las lenguas de la Torre de Babel, que sucedió segun el Calendario tulteco, el año *ce Tecpatl* (un pedernal), en cuya ocasion siete tultecos que asistian á la fabrica de dicha torre, viendo que no se entendian con los demás, se apartaron con sus mujeres é hijos, despues de haber peregrinado en Asia unos cuantos senios ó edades que llamaban *hachuctilitzles*: por fin llegaron á tierras que entonces se dijo Anahuac, y fueron internándose hasta Tula, que hicieron Corte y cabeza de su

imperio. No se puede en verdad, como dice dicho caballero, desear noticia más cabal ni más clara del origen de los indios, pues de la Torre de Babel se extendieron las gentes por todo el mundo, y especialmente porque va acompañada de la sucesiva peregrinacion y llegada á la Nueva España, con toda la distincion de cosa, y años en que sucedieron, segun el orden de los caracteres de su calendario.

Añade Boturini, que celebraron siempre los indios su dichoso origen en antiguos cantares (*), y tuvieron tan vivo el recuerdo de la Torre de Babel, que la quisieron imitar en la América con varios monstruosos edificios. Uno de ellos es el famoso cerro (que todavía se ve, aunque maltrado del tiempo, en la ciudad de Tollan ó Chotolam, *Cholula*) fabricado á mano por los indios tultecas, en su mayor parte de adobes y lodo, dividido en cuatro altos, que en su construccion fueron hermoseedos de unos encalados y argamasa de durisima composicion, dejando en cada lienzo de los cuatro un espacio bien ancho para andar alrededor. Subiase á su cumbre por un camino en forma de caracol, muy pulido, segun se ve en otro mapa que se conserva en el archivo de este caballero, pintado en papel de metl,

(*) Boturini, Idea histórica de la América Septentrional, párrafo 16, número 13 y siguientes.

que se hacia de las pencas de maguey ó pita: las echaban á podrir en agua, lavaban el hilo de ellas, y suavizado le extendian para componer su papel grueso, que despues bruñian para pintar en él. He visto mapas pintados en este género de papel, y tambien de palma hacian otro papel blando y blanco, como de seda. Cogian las hojas de palma, las molian, batian y bruñian. De la palma tambien sacaban el hilo, lo hilaban y tejian, y de este tejido, que se llama *ayatl*, es la tilma en que se apareció pintada la milagrosa imagen de nuestra Señora de Guadalupe; y del mismo género era un lienzo sobre cuyo tejido estaba pintado un plano de Yurirapúndaro y sus pueblos de visita, que yo he visto y me ha servido para formar mi historia (respecto á la descripcion del reino de Michoacan) conforme lo requiere mi intento respecto á esta jurisdiccion. Se ve, pues, en este papel de metl, de que habla Boturini, en un lado representado el castigo que hizo Hernan Cortés en los cholultecos, la toma de la ciudad (espada en mano), su pacificacion, el bautismo de la reina Doña María Ilamantcuetli (por mano de Gerónimo de Aguilar, en seis de Agosto de mil quinientos veinte y uno, en el que fué padrino el mismo Cortés); y en el otro lado está dibujada la hechura de dicho cerro, el que se llamaba antiguamente *Tultecal*, *Chalchi-*

huatl on acia Ecatepatl, que significa monumento ó piedra preciosa de la nacion Tulteca, que anda con su cerviz buscando la region del aire.

A más de este y otros documentos que trae el señor Boturini sobre el verdadero origen de los indios, que á su parecer son cananeos, añade que le persuaden tanto estos mapas indicos (que son los más seguros fundamentos) por donde es bien fácil el conocer de qué rama descendian los que asistieron á la fabrica de la Torre de Babel. Don Carlos de Sigüenza y Góngora, profesor de matemáticas que fué en la Universidad de México, y la célebre Madre Sor Juana Inés de la Cruz, nobilísimo ingenio de la nacion Indiana, fueron de parecer que descendian los indios de *Nephtuim* ó *Nauphtuam*, hijo de *Mestram* y nieto de Cam; y el citado Boturini se inclina á creer, por várias razones que asienta en su Historia Nueva, que descienden de los demás hermanos *Ludin*, *Amanim*, *Phetusim* y *Caphtorim*, y concluye diciendo que salidos estos descendientes de Cam, de la tierra y campo de Sennaar con su crecida generacion, y guiados por la Divina Providencia, como escribe Flavio Josepho: *Divisi sunt itaque diversitate linguam imgrationes agentes ubique, et terram aprendentes, unusquisque felicem, et ad quam Deus addu-*

ceret: se esparcieron por la redondez de la tierra, y sucedieron todas las cosas que refiere en sus distintas edades, hasta que multiplicados en gran número, peregrinaron largo tiempo en la Asia, pasando de un lugar á otro, y cargando consigo las semillas, particularmente del maíz, chile y frijoles (*), y en cada paraje de sus mansiones cultivaban los bosques, haciendo sementeras, y tal vez dejaban atrás los viejos y cansados para que poblasen aquellas tierras; y tanto fueron andando, que primeros y postreros, con diferencia de tiempo, se fueron acercando á la América y por fin entraron en su continente.

Se prometia el señor Boturini declararnos en su Historia General de la América Septentrional, guiado de los mencionados mapas y monumentos curiosos de los indios, por qué tierras ó mares pasaron los indios á la América, y apunta en compendio los fundamentos en que se apoya para asegurar que los indios han venido al continente de la América por las gargantas de la California. El primero (como dice) estriba en el

(*) En cuanto á estas semillas de maíz, chile y frijoles, que dice el señor Boturini servian de alimento á estos primeros pobladores de la América Septentrional cuando peregrinaron en la Asia, hasta introducirse en este continente, se debe notar que hay su equivocacion, habiendo dado lugar á ella la voz genérica de Indias, que se suele confundir tomando la India Oriental por las Indias Occidentales, porque está averiguado por facultativos bien curiosos y eruditos, que el maíz y el chile son plantas propias de nuestra América Septentrional, y que ántes bien han sido llevados á la Asia.

itinerario que hizo la nacion tulteca para llegar á Tula, que está como diez y seis ó diez y siete leguas de México, donde fijó primero su imperio, y aun hoy se ven todavía ruinas de muy grandes edificios del tiempo de la gentilidad, fijando despues su residencia en Tezcuco. El segundo, porque en las historias de las naciones tulteca y chichimeca, figuradas con pinturas en todos los mapas de la nacion mexicana, se pinta su primera llegada á Culhuacan, no el que está junto á México, sino otro que es el primero del continente y está sito enfrente de la California, de perspectiva, casi á los extremos de la misma península, y solamente dividido de ella por un brazo de la mar Sur; y de aquí viene que Cortés llama á las provincias del imperio mexicano de Culúa, en su lengua, Culhua; y por este motivo hay tantos pueblos llamados Culhuacan, que quiere decir pueblo de la culebra.

Pasaron los mexicanos este estrecho en unos barcos de plataforma, llamados *acatles*, esto es, casas de agua; y así lo pintan en sus mapas, ni puede haber, á su juicio, prueba más cabal. Entre otros argumentos en que funda su sistema, es en ser la California península, como se deduce de las observaciones y viajes del padre Kino, jesuita (insigne matemático, que fué misionero de aquella tierra), el cual subió hasta el Rio Colora-

do, á la vista del mar de Californias, y descubrió una lengua de tierra que se extendía más adelante y acompañaba las orillas de dicho mar. Por estas orillas despues, en nuestros dias, se ha transitado á Monterey y puerto de San Francisco con la autoridad del superior Gobierno; y el padre fray Pedro Tom, predicador apostólico, que ha penetrado con el capitan Don Juan Bautista de Anza en su expedicion para el nuevo establecimiento del dicho puerto, hasta parte de la Sierra Nevada y tulares inmensos que se extienden, segun le representa á la vista, más de cien leguas, quita toda duda en su Diario y afianza la comunicacion que hay por tierra desde la Sonora y toda la costa del mar del Sur, atravesando las gargantas de la California hasta más allá del puerto de San Francisco; noticias que de contado resuelven toda disputa sobre si es ó no península la California, y que volveré á tocar adelante, combinando las diligentes observaciones de este padre con los mapas modernos y descubrimientos nuevos de los rusos, para dar luz y fuerza á mi sentir. Y finalmente, concluye el señor Boturini en no haberse comunicado las siete principales naciones de la California con los de adelante, ni los de allá con éstas, aunque se sepa estar aquella tierra poblada de gentes; y habló que en las historias de la Moscovia y del Japon, se dibujan aquellas partes

por continente en antiquísimos planos geográficos de madera. Confirma el pensamiento del caballero Boturini, que se lisonjeaba con los monumentos históricos de estas tres naciones Indiana, Moscovia y Japona, y era el camino más acertado, si la parca no hubiera cortado el hilo de su vida tan temprano, poder escribir con aquellos fundamentos que pueden suministrar una verdad humana, que desde la conquista hasta el día de hoy se ha mantenido la tradicion de las mansiones de los mexicanos, y la primera la ponen junto á una laguna en la provincia de Quivira, cerca del Rio Colorado, en el golfo de Californias: la segunda junto al Rio Jila; y la tercera junto al sitio donde está hoy el presidio de Janos, en la Sonora, ó por mejor decir, parte de la Nueva Vizcaya.

El padre maestro Calancha repugna fuertemente el sentir de este sabio, que es el mismo que el de Lery, quien deduce el origen de estos indios de uno de los tres hijos de Noé, con otros autores que los hacen descendientes de Cam, y asienta, con la mayor vehemencia y erudicion, que son cananeos ó de la raza de Canaan. Pruébalo este autor con una conjetura muy natural, de este modo: Si los quieren traer por tierra, habia de ser por el Oriente ó por el Septentrion, porque por mar no podian por no tener navios

que navegasen mares Océanos y Mediterráneos desde el mar de Tiberiades, donde estaban alojados, tierras que ocupaban los descendientes de los otros dos hermanos; que cuando consintieran en pasarlos por poblar nuevas tierras, son tan innumerables los caminos, mares y leguas que tenían que vencer, que ni aun imaginable se hace su tránsito; porque si habian de venir por el Oriente, era fuerza atravesar toda la Asia y salir por el Occidente á la Nueva Guinea ó Islas de Salomon, y por sus islas entrar en esta monarquía; y si habian de venir por el Septentrion, tenían que pasar por todas las tierras de la Europa y entrar por Groenlandia y Estotilandia á este medio mundo. ¡Cuánto más natural, por los ménos inconvenientes que presenta, será creer que las naciones más inmediatas y circunvecinas á este nuevo mundo le poblaron, sin ir hasta el medio del mundo viejo por los cananeos! ¡Cuánto más cercanos están nuestros vecinos los orientales ó los septentrionales para ser nuestros huéspedes, que los cananeos para serlo tenían que ir pasando por tantas tierras ajenas que médian entre su Palestina y estas Indias! Más verosímil es la opinion de muchos autores, que asientan que los primeros habitantes de estas Indias fueron tártaros ó indios orientales, pues los nuevos descubrimientos hechos así por tierra, tanto por el

Norte de la Nueva-España (que aun no se le ha hallado término), como por el mar del archipiélago del Norte, lo corroboran casi con evidencia. El poder pasar del Oriente á estas Indias tiene dificultad considerable, y era aun mayor en los tiempos pasados; por lo que parece más conforme á la verdad, que los pobladores de estas regiones fuesen de las naciones más cercanas, porque antiguamente (segun se sabe por las historias) no estaba la navegacion tan adelantada ni habia tanta destreza en ella como se tiene en el dia para poder emprender viajes tan largos y venir á poblar tierras tan remotas y apartadas como lo son éstas, ni tenían el uso de la brújula, con que tanto se facilita la navegacion, ni otros instrumentos necesarios á ella que con el continuo ejercicio han hallado los modernos, porque las navegaciones antiguas se hacian á vista de tierra, y cuando la perdian se aprovechaban de unos pájaros que soltaban y por cuyo medio volvian á encontrarla. Solo que se quiera decir con Pineda y Tuller, que Salomon tenia conocimiento de la aguja de marear, pues que la hubo menester para el despacho de sus flotas á Ofir y á otras partes distintas de Jerusalem; porque es razon de congruencia que un rey tan grande y tan sabio, que conocia las virtudes de las piedras, plantas, y generalmente todas las cosas, supiese

igualmente las propiedades de la piedra-imán. Esta es una cuestión bastante curiosa; pero que nunca se podrá decidir, porque no ofrece esta materia más que conjeturas que no tienen fundamento alguno en historia sagrada y profana. El invento de la aguja de marear es muy moderno, puesto que habrá poco más de doscientos años fué inventada por Flavio de Amalfi, napolitano; pero se puede decir, á lo ménos, que si los antiguos no tenían el uso de la brújula, es muy verosímil que en sus navegaciones se hayan suplido con algun otro instrumento equivalente, que desde el descubrimiento de la brújula se ha perdido, como ha sucedido con otras muchas preseas de la antigüedad. No hay duda de que los primeros náuticos no se engolfarian mucho en la mar; pero despues se debieron habilitar los hombres, observando las estrellas, notando la del Norte, y en alguna manera las playas; ó se servirían de otras guías semejantes, pues ejecutaban sobre el Mediterráneo y el Océano viajes largos, que no les hubiera sido ni de honra ni de provecho si no hubieran tenido conocimiento del mar más que por sus costas: lo contrario prueban las colonias de los fenicios.

Es más creíble, pues, salvo mejor parecer, que los más de los primeros pobladores de este nuevo mundo vinieron á él por tierra, y que sus

partes, así las del Norte como las del Sur, deben estar tan cerca de las otras tierras, que se comunican; y si hay estrechos ó brazos de mar de por medio, se pueden pasar fácilmente. En canoas ó juncos en forma de balsas se pudieron venir de isla en isla por la Nueva Guinea y por las Islas de Salomon, fronterizas de las Indias Meridionales ó Perú, que, como dicen los que cada día las navegan y se ve en los mapas, unas islas confinan con otras y con las de la Nueva Guinea. Tambien, como dice Enrico Martinez en su Repertorio, puede ser que hayan venido gentes á estas tierras por el Sur, porque hasta ahora no se sabe que sea tierra despoblada la que hay de aquel cabo del Estrecho de Magallanes; porque así como hay tierras pobladas en altura de setenta y más grados en las partes septentrionales, tambien las puede haber en las regiones meridionales.

Es tierra firme, asegura Henrico Langren en su geografia, continuada con las tierras del Estrecho de Magallanes; y pasadas dos leguas del Estrecho se pasa á la tierra de Chile, tierra continuada con el Perú y México. Este Estrecho es el paso de Maire, desde cincuenta y ocho grados adelante. Al fin, pasando brazos de mar ó navegando (que son diestrísimos marineros así los orientales como los de la Nueva-Guinea y los de

las Islas de los Ladrones, ó desde las Islas de Tapan, y de las de Meaco con más brevedad pueden ir á las costas de Quivira, tierras septentrionales, seguidas con la Nueva-España y el Perú, viaje que pudieron ejecutar algunos japones con grandes dificultades, como se ha demostrado), pudieran los cananeos pasar del Oriente á estas Indias. Conque es más natural, por las razones alegadas, creer que los pobladores de estas Indias fueron hijos y descendientes de Jafet, tercer hijo de Noé, y que la poblaron los tártaros, pues son naturalmente inclinados á poblar, vencer distancias y peregrinar á diversos reinos, y así se han extendido en todo lo que hay de tierra desde el Océano Oriental á la Laguna Meotis, que divide á la Asia, á los noruegos, japones y curlandios, ó los tártaros orientales, y especialmente de la Siberia, naciones septentrionales y orientales cercanas á este nuevo mundo, y parecidos á estos indios en gestos, costumbres y religion. Así Jorge Horn ha creído que la primera tierra que se pobló fué la parte septentrional, esto es, que los fenicios pasaron á ella por el Occidente, los seytas ó tártaros por el septentrion, y los chinos por el Oriente.

Como este autor nos ha dado un libro sobre esta materia, se puede ver y juzgar despues si contiene todas las razones requeridas para que el

curioso quede satisfecho. Portél pretende que la parte meridional de la América fué poblada por Ophir, y por los hijos de Jocktán, y que los Atlantes pasaron navegando con sus bajeles á la parte del Sur, tomando su rumbo por la Mauritania, que es la parte mas occidental de toda la Africa.

Acosta dice, que los indios traen su origen de la Asia por donde está unida á la América, no teniendo cosa que la separe de ésta, más que un corto estrecho que algunos creen imaginario, y se llama de Aniam, que colocan entre la Tartaria y la América. Abraham Myl es de parecer que los celtas que pudieron pasar en estas Indias por dos parajes, unos desde Tenduc hasta el reino de Aniam, y los otros desde Islanda y Trislandia entrándose por la tierra de Labrados y aun más adelante, fueron los progenitores de los indios. Alonso de Ercilla saca el origen de los americanos de los trisones; Gregorio de los noruegos, Kirkerio de los egipcios; Tuller de los árabes ó sarracenos, que eran de la posteridad de Chúz; más probablemente Brerewood de los tártaros, cuya opinion sigue Tomás Gage, y dicen éstos que los primeros habitantes de la parte más occidental de la América provienen de los tártaros, porque está mas poblada que la del lado del Oriente que mira á la Europa, que es la más cercana á

la Tartaria, que los pueblos de una y otra tierra son bárbaros, y que para apacantar sus ganados mudan de parajes segun las estaciones del año.

Demás de los autores citados, que tienen por cierto que estos indios proceden de los tártaros, (aunque tambien se inclinan algunos á que pudieron ser del Oriente) lo afirman Torniolo, Vulpelo, Gomara y otros. Ulrico Tabro en su descripción que él llama verdaderísima, capítulo tres, hablando de lo que vió en Buenos-Aires, dice: aquellos indios no tienen pueblos ni habitaciones ciertas: andan vagueando de una parte á otra como verdaderos tártaros. Y Henrico Langrén, testigo de vista, dice: que las tierras septentrionales pegadas al Nuevo Mundo, están habitadas de tártaros, semejantes en todo á los indios de Chile, y á los que habitan las cordilleras de estas Indias. Otro autor igualmente testigo de vista (*) así se explica. Lo que acerca de este punto puedo afirmar, es haber visto y estado en provincia de Europa llamada Curlant, que está en altura de cincuenta y seis grados, longitud cuarenta y cinco, estado de los duques de ella, que son vasallos de los reyes de Polonia, la cual provincia es poblada de una gente de la misma traza, color y condicion y brio de los indios de esta Nueva España, excepto que

(*) Henrico Martínez, Repert. mexic., Tratado 2, pág. 104, mihi.

son algo más corpulentos como los chichimecos; y el lenguaje que hablaban es diferente del que usan las gentes de las otras provincias circunvecinas, blanca, rubia y belicosa, por donde imagino ser aquella gente y ésta, toda una, y lo que mas me obliga á creerlo así, es ver que en mucha altura de Polo hay poca distancia de las partes de esta tierra á las de Asia y Europa, porque no hay ni con mucho tanto como las cartas de navegar demuestran, porque en la altura de sesenta grados, hay justamente no mas de la mitad del Este á Oeste de aquello que por las cartas se halla. La causa de esto es que todos los meridianos concurren en los polos del mundo, y segun la fábrica de las cartas son los dichos meridianos, líneas paralelas que jamás concurren aunque se entiendan en infinito. Esta observacion doctísima y genuina de Henrico Martínez, la he traído á la letra, porque decide casi esta cuestion, á favor de la opinion que los tártaros han dado su origen á los primeros pobladores de esta América. ¿Qué gusto hubiera tenido este autor si hubiera alcanzado las noticias que hay en estos tiempos, en que perfeccionada mas la náutica, se va evidenciando la oscurísima cuestion de cómo vinieron por mar ó por tierra nuestros indios á la América? La Polonia, Curlandia y Moscovia son imperios y reinos vastísimos llenos de vasallos, que á modo de los

scytas vaguean sin tener asiento fijo en ninguna parte, y son tártaros con distintas denominaciones, que se han extendido por todas estas vastísimas tierras del Norte, en especial en los Estados de la Czarina hácia la Siberia. Registremos ahora la posibilidad de su tránsito al continente de la América, la que se viene á los ojos si se examina el extracto del descubrimiento del archipiélago del Norte llamado San Lázaro, que los rusos han dado á luz en su calendario geográfico del año de mil setecientos setenta y cuatro.

Los rusos han descubierto tierras nuevas, y muchas islas situadas hácia el Norte y desconocidas segun se cree, hasta los años de mil setecientos sesenta y cuatro, sesenta y cinco, sesenta y seis y sesenta y siete, en cuyo tiempo los franceses é ingleses hicieron el descubrimiento de otras islas y tierras en el mar del Sur. Aunque me dilate un poco en referir la série de estos importantes sucesos con más concision que nuestro Mercurista, no le pesará al curioso lector, porque se satisfará su deseo de saber en una corta digresion la disposicion favorable de las tierras Articas para la poblacion del Norte de la Nueva España: ¿cómo, pues, en ciertos tiempos se excita un deseo universal en diversas naciones de tentar nuevos descubrimientos la mitad de nuestro globo? quiero decir, la América fué en los tiempos pasados des-

cubierta por los españoles, poco despues que los holandeses y portugueses estaban proyectando hacer navegaciones desde Europa á las Indias Orientales el Czar Juan Elwán Basilowitz, el segundo echó los primeros fundamentos del descubrimiento de estas nuevas islas, cuyo número es tan crecido que con razon se pueden llamar un Archipiélago: lo que acacció por el mismo tiempo, ó no mucho despues, que se debieron á la Alemania las invenciones de la pólvora en el Danuvio, y la de la imprenta en el Rhin. Habiendo dicho señor sujetado la Siberia, quiso tambien reconocer sus confines hácia el Norte y el Oriente, y tomar noticia de sus poblaciones. Para este efecto envió varios comisarios, los cuales reinando ya su hijo é inmediato sucesor el Czar Teodar Iwanowitz, volvieron con las noticias que por la primera vez se tuvieron de que la Siberia confinaba hácia el Norte con el mar Glacial, y hácia el Oriente con el mar grande Oceano. Efectuóse tambien entónces una expedicion considerable para hacer tentativas por el mar Glacial, navegando siempre al Nordeste, y una de sus más pequeñas embarcaciones llegó al mar Pacifico. Las turbaciones de la Rusia que sobrevinieron, fueron causa de que no se volviese á pensar en estos descubrimientos en el discurso de muchos años. El primero que promovió despues tan im-

portante empresa fué Pedro el Grande. Entre las embarcaciones que despachó este emperador para que tanteasen si acaso podian llegar hasta el mar Pacifico, una que montaba el capitan de navio Berhing, salió de Kamtsehatka hácia el Nordeste, á reconocer aquel mar. Este capitan, despues de la temprana muerte de Pedro el Grande llegó en el año de mil setecientos diez y ocho hasta el golfo de Anadiuska, que está en los setenta y seis grados de latitud septentrional, de donde volvió á Kamtschatka: y no se restituyó á Petersburgo hasta el año de mil setecientos treinta, reinando la emperatriz Ana, y dió á la Corte una relacion muy circunstanciada de su expedicion. En virtud de ella, determinó la Corte Imperial que se hiciese otra expedicion destinada únicamente á la continuacion de los descubrimientos del mar Pacifico, y asimismo de las tierras é islas situadas mas allá de dicho mar hácia el Leste, Sur y Norte, y salieron los nombrados para esta expedicion el verano de mil setecientos treinta y cuatro. En el tercer tomo de la célebre coleccion de la historia Rusa, escrita por el consejero Muller, se refiere circunstanciadamente cuál fué el suceso de esta expedicion, por lo tocante á los nuevos descubrimientos que se hicieron en el mar Pacifico hácia el Norte, Este y Sur, señaladamente de las varias islas que dicho capitan Berhing descubrió

hácia el Nordeste, y entró en ellas una, á la cual se le puso su nombre llamándola Isla de Berhing. Refiere tambien en el mismo tomo cómo este capitan murió en la misma Isla, y asimismo cómo el capitan Tschirikoff navegando hácia el Leste llegó hasta las costas de la América, hallando que es mas corta la navegacion que hay que hacer para ir de Kamtschaska á América. Tambien se refiere cómo el capitan Spangenberg, destinado á navegar hácia el Sudeste, descubrió en aquellos parajes muchas islas llamadas *Kwitzki*, y más allá otras islas grandes y pobladas de japones, las cuales están inmediatas al Japon. Concluida esta expedicion, fueron varios académicos célebres de Petersburgo: volvieron á esta ciudad en los años de mil setecientos cuarenta y tres y cuarenta y cuatro, y el mapa que se sacó de resultas de esta expedicion, fué grabado en el año de mil setecientos cincuenta y ocho, y publicado por la primera vez por la Academia de las Ciencias, por mandato de la emperatriz Catalina II, quien tuvo la satisfaccion de haberse hecho en los primeros años de su reinado, el nuevo descubrimiento de unas islas situadas al otro lado del golfo llamado de *Olutora*, de donde se sacan las más preciosas pieles de raposas negras, y de castores. Este golfo y las islas que se descubrieron del otro lado, toman su denominacion del rio llamado

Olutora, el cual trae su curso del Poniente, y va á desaguar en aquella bahía.

Formóse una compañía de comercio llamada de Kamtschaska, para seguir la navegacion y comercio en las tierras nuevamente descubiertas. Salieron sus embarcaciones el año de mil setecientos setenta y cuatro con el encargo que procurasen tomar exactas noticias de las islas y costas que se hallasen situadas más al Norte y al Nordeste de Kamtschaska, convoyadas del señor Sindo, teniente del mencionado departamento de marina. Dieron fondo en el Puerto de San Pedro y San Pablo, é invernaron en Ostrog, y el año siguiente continuaron su navegacion al Norte, de modo que en el mismo año y en los inmediatos de mil setecientos sesenta y cinco y sesenta y seis, fueron descubriendo un archipiélago de muchas islas grandes y pequeñas, situadas entre los grados cincuenta y seis y sesenta y siete de latitud septentrional, y volvieron felizmente de su expedicion en el año de mil setecientos sesenta y siete.

De resultas de las relaciones y mapas que remitieron á la Cancillería de Ixkutzk, que las dirigió al Senado, ha mudado mucho el aspecto del sobredicho mapa publicado en el año de mil setecientos cincuenta y ocho, principalmente por lo tocante á las costas é islas que rodean el mar

de Anadir, y por lo respectivo á las costas de la América, que están enfrente de ellas. Esto se echará de ver comparando el mencionado mapa con el que salió corregido por la Academia de las Ciencias en el año de mil setecientos setenta y tres. No obstante que sobre los conocimientos y modo de defenderse y alimentarse que tienen dichos isleños, no pueden producir noticias muy individuales las relaciones originales de aquellos navegantes, por no haberse hallado en esta expedicion ningun astrónomo, ni ninguna persona inteligente en la historia natural, que hubieran podido darnos una exacta descripción de las plantas, animales y minerales de estas islas nuevamente descubiertas, parece por dichas relaciones que no hay diferencia esencial todo bien considerado, entre estas diversas islas y sus habitantes, y que al contrario, todas deben ser casi de una misma naturaleza.

Para la más fácil comprension se puede considerar este nuevo Archipiélago del Norte, dividido en tres partes. La primera comprende las islas que fueron descubiertas por Berhing y Ischirrkoff, que se hallan en el mar Pacífico, y están situadas entre los cincuenta y cincuenta y seis grados de latitud septentrional, las cuales son la Isla de Berhing, la de Mednoy, la de San Teodoro, la de San Abraham y la de San Macario.

La segunda comprende las Islas de Olutorika, que se hallan al otro lado del golfo del mismo nombre, y están situadas entre los setenta y cinco y setenta y seis grados de latitud septentrional, que fueron descubiertas por la Compañía Rusa de Comercio, juntamente con las Islas Aleúticas, que están situadas al Sudeste de las de Olutorska. La tercera comprende las Islas de Anadir, esto es, todas las islas que se hallan más al Norte y Este, desde los sesenta hasta los sesenta y siete grados de latitud septentrional, las cuales fueron descubiertas los últimos dos años de mil setecientos sesenta y cinco y sesenta y seis. De todas estas islas se sabe en general y con certeza, que las que están situadas entre los cincuenta y cincuenta y cinco grados de latitud septentrional se parecen casi en todo á las Islas Kurilskas, así por lo tocante á las estaciones del año y producciones del mar, de la tierra y de las costas, como tambien por lo respectivo á la figura, traza, vestidos, alimentos, modo de vivir y costumbres de los habitantes, y de las que se hallan desde los cincuenta y cinco hasta los sesenta grados, como son las Islas *Olutoris*, *Kas* ó *aleuticas*, que se parecen casi en un todo á Kamtschaska, y estuvo en aquel país, publicó una descripción muy circunstanciada de aquel país, como asimismo de las islas Kaurilkas en dos tomos en cuarto, en idioma ruso, con el

título de Descripción de la Tierra de Kamtschaska. Petersburgo, mil setecientos cincuenta y cinco: son algo diferentes de las demás islas que componen la tercera parte de nuestro Archipiélago del Norte, es á saber, las que están situadas entre los sesenta y sesenta y siete grados de latitud septentrional. Las más de aquellas que se parecen á Kamtschaska, son montuosas, tienen minas y volcanes: carecen enteramente de bosques y llanuras: tiene poco sin árboles, pero las que están situadas más al Norte abundan de bosques y árboles, y llanuras, y consiguientemente tambien de caza; y por lo respectivo á los toscos habitantes que se hallan en dichas islas nuevamente descubiertas, que son unos hombres aún muy salvajes, se puede observar que como la situación de estas islas es casi enteramente opuesta á la de las que hay en la otra mitad de este globo terráqueo, á saber, en la mar del Sur, que han sido descubiertas por los franceses é ingleses, tambien pueden mirarse sus habitantes en cuanto á su figura, modo de vivir y costumbres, como los antipodas de los Corteses, *utanitos* y de las cariñosas y agradables *utahitas*.

De resulta de estos descubrimientos de los rusos se han ido corrigiendo los mapas, y conviene para la inteligencia de mi aserto declarar la posición de las tierras árticas, conforme lo manifiestan

los mapas modernos; entre otros en el mapa compuesto segun el método de Mr. Hadius con las últimas y más exactas observaciones de los señores académicos de Francia añadidos los nuevos descubrimientos, y publicado el año de mil setecientos cincuenta y cuatro, se sitúan las tierras, mares, cabos y estrechos, desde los cuarenta grados de latitud septentrional hasta los noventa del Polo Artico: en este modo sigue la costa de la mar del Sur, donde está la nueva Albion, que es la California, cuya garganta comienza por el cabo Mendozino, que cae en cuarenta grados de latitud septentrional. Se ve despues el estrecho de Aguilar descubierto el año de mil quinientos noventa y dos (quiere decir, mil seiscientos noventa y dos), Puerto de Drak, y desde los grados cincuenta hasta cincuenta y cinco está el mar de Oeste, descubierto y corrido por Juan de Fueca en el mismo año de mil seiscientos noventa y dos, que termina hácia los grados cuarenta y cuarenta y cinco, con tierras de guasitares y montes donde se pierde el caudaloso rio Missouri; y por los grados cincuenta y cincuenta y cinco sigue dicho mar hasta los pueblos de Moozemlek.

Por el golfo de Buston, que cae más arriba del golfo de Hudson, término antiguo descubierto en los sesenta grados, adelante viene el Rio del Cieruo á descargar sus aguas en el mencionado mar

del Oeste. Por el rumbo del Poniente, entre los cincuenta y sesenta grados, sigue enfrente el Lago Hermoso, el Rio de los Reyes y el Puerto de la Arena, ladeándose hácia el Occidente. Desde este Lago Hermoso, tirando hácia el Polo Artico, casi en linea recta se halla la tierra descubierta por el Almirante de Fuente, con especificacion de los lagos Velasco, Fuente y Bernardo, hasta los confines de la bahia de Bafins, corriendo toda esta tierra descubierta desde los grados cincuenta y cinco hasta casi los ochenta. Enfrente del Lago Hermoso pone este autor, entre los grados cincuenta y sesenta más abajo del Lago Velasco y enfrente de las tierras del Lago Hermoso, hácia el Oeste, la tierra descubierta por los moscovitas, ó Archipiélago de San Lázaro; y en la misma graduacion, todavía más al Oeste, una tierra descubierta por los mismos rusos en el año de mil seiscientos cuarenta y uno, cuyas costas están circunvaladas por el mar de Anadir, que corre por entre los grados cincuenta y sesenta. Finalmente, en la latitud cabal de sesenta grados coloca una lengua de tierra, que es de la Tartaria oriental ó Siberia, desde sesenta á setenta grados por el círculo Artico, en donde cae Olutoski Schelati, puerto de aquellas tierras. Entre la punta de tierra de Schelati y que está aun por descubrir más adelante, se halla el promontorio de los

Santos y una tierra frecuentada de los moscovitas enfrente del Lago Bernardo, y más abajo la Isla de San Demetrio, y hácia el Lago Velasco cae el promontorio de Cusco.

Ahora, por los mismos grados de Norte al Leste, está toda la tierra seguida desde la Nueva Albion hasta la Nueva Bretaña, Tierra de Labrador y costa del golfo de Hudson, y del Buston, despues corre arriba del Estrecho de Hudson, mediando la Isla de James y bahía de Bafins, ó Estrecho de Davis; pero circunvalado de tierras hasta coger la Nueva Groenlandia é Islandia, que sitúa el autor entre los sesenta y setenta grados y á los setenta y cinco de latitud septentrional.

En el mapa que está inserto en el tomo tercero de la Noticia de California, escrita por el padre Benegas, jesuita, quien la dedicó á la majestad del señor Fernando VI, se observa poca diferencia en longitudes, latitudes y situacion de tierras descubiertas respecto al mapa de Mr. L'isle, compuesto segun el método de Mr. Hadius: solo se manifiestan con puntos algunos derroteros maritimos, como el del Galeon de España desde Manila para Acapulco; otro desde el Japon, del navio frances San Antonio de Padua, siendo su comandante Mr. de Frondat; otro de la China para California, reconociendo la altura de cuarenta grados enfrente de Monterey, y la otra es

la que hizo el capitan Mr. Trehinkoff desde Kamtschask, apartándose á unas tierras situadas á los cincuenta y cinco grados de latitud septentrional más arriba de la entrada descubierta por Juan de Fueca en mil seiscientos noventa y dos. Esta tierra se ve en este mapa situada desde el rio descubierta por Martin de Aguilar y Antonio Flores, año mil seiscientos noventa y dos, hasta poca distancia de las últimas islas del archipiélago de San Lázaro, descubierta por los moscovitas. Más abajo, enfrente del Nuevo México, corresponde al Cabo Mendozino, por cuyas costas se ha formado, desde Monterey hasta el puerto nuevo de San Francisco, la expedicion de orden del superior Gobierno, ejecutada por el capitan Juan de Auza; y todos estos tulares que se han observado de mucha extension, segun la revelacion del padre Tom, cogen, á mi ver y conforme este mapa, toda la tierra que hay desde los grados treinta y nueve hasta los cincuenta y cinco adelante, y hácia el Norte y Nordeste terminan en la mar ó bahía del Oeste, segun la delineacion de este mapa, que trae el padre Benegas formado sobre las Memorias más recientes y exactas hasta el año mil setecientos cincuenta y cuatro. Por esta posicion de tierras cae muy cerca de la América Septentrional el archipiélago del Norte; en lo demás corresponde este ma-

pa casi con los otros mapas modernos, y no me permite mi asunto entrar en disquisiciones sobre los descubrimientos atribuidos al Almirante Bartolomé de Fonte en el año de mil seiscientos cuarenta, que trae este mapa, porque creo, como el padre Benegas, que no están bien averiguados y tienen todo el carácter de apócrifos, forjados con el fin de apoyar las infelices expediciones de los ingleses, que hasta ahora no han logrado hallar tránsito por la bahía de Hudson para el mar Pacifico, como lo pretenden, motivo por qué en mapas muy modernos y posteriores no se ven colocadas estas tierras descubiertas por el citado Almirante Fonte; y fuera de esto, no sufragan á mi intento, haya ó no haya tierras por aquellos rumbos incógnitos, pues me basta ver contestes los geógrafos modernos en colocar despues de tantos viajes marítimos y multiplicados descubrimientos, con relaciones y observaciones aprobadas por las academias más científicas de Europa, en el colocar, digo, tierras continuadas desde el Cabo Mendozino y Norte de Nueva-España hasta la Tartaria oriental ó Siberia, mediando un corto estrecho.

Si es el Atlas ó Compendio Geográfico, parte segunda, donde se describe la parte más septentrional de la América, dispuesto por Mr. D'Anville en el año de mil setecientos cincuenta y

ocho, se registra en las tierras árticas, desde el círculo ártico polar á los sesenta y cinco hasta setenta grados la bahía de Bafins y Estrecho de Davis, que média entre la Isla de James, Islandia y la Groenlandia, siendo toda tierra continuada hasta los ochenta grados, para venir á dar á la Tartaria oriental ó Siberia. En otro mapa ó carta general de Mr. Robert, año de mil setecientos cincuenta y cuatro, se ve la tierra de Labrador contigua con la isla de James Island y sigue el Estrecho de Davis ó bahía de Bafins, y despues la Groenlandia con significacion por el círculo polar de tierras continuadas, mediando solo el referido Estrecho hasta los sesenta grados de latitud hácia el Nordeste. En el mapa de la parte más septentrional de la América por Mr. Brion, que termina hasta los doscientos y cincuenta grados de longitud y como á los cuarenta y cinco de latitud septentrional, coloca, hácia el Sur en los cuarenta grados, el famoso puerto de San Francisco, más adelante de la bahía de Pinos, y un poco más arriba el Cabo Mendozino, y por toda la latitud septentrional corresponden las tierras seguidas como en los demás mapas modernos; solo se debe advertir, que ninguno de estos geógrafos nos exponen los pretendidos descubrimientos del Almirante Fonte; y como no está todavía bien averiguado el Estrecho de Anian, ni lo se-

ñalan, y pasan en blanco hasta los descubrimientos ciertos de los rusos: solo en el mapa antiguo de Mr. L'isle, trabajado sobre las Memorias de los viajes marítimos de los célebres capitanes Vizcaino y Cano, impreso en Amsterdam el año de mil setecientos cincuenta, se ve la posición de la Punta de la Tartaria oriental ó Siberia hasta Tendue, que coge desde los sesenta hasta los setenta grados, en donde está el Estrecho de Anian, conforme lo trae el insigne cosmógrafo Mr. Bleau, que media entre la Siberia y el Continente de la América, quedando enfrente de Tendue la tierra de Anian, ya de la América Septentrional, con el nombre del reino. Esta tierra, que por el Estrecho del mismo nombre divide la Tartaria de la Asia, de lo que es América Septentrional, cae entre el Occidente Equinoccial y el Septentrion. Algunos creen que unas y otras tierras, de Tendue y Anian están, muy pegadas, y que los de China ó Cathari tienen comercio con los habitantes de Anian y de la Quivira, pero no parece verosímil; y sigue más abajo de este continente lo que llamamos propiamente el reino ó provincia de Quivira, que corresponde á las tierras que están entre los sesenta y setenta grados de latitud septentrional hácia la costa del mar del Sur. Según este mapa, desde esta posición del reino de la Quivira, corre la tierra para

abajo desde los sesenta grados hasta los cuarenta y cinco, donde señala el puerto de Quivira en los meros cuarenta grados, que hoy conocemos por el puerto de San Francisco. Igualmente trae este mapa la descripción más clara del Estrecho de Anian, situando en su boca una isla, de competente extensión, llamada *Isla de Plata*, y más abajo la isla de *Japan*, y toda esta tierra de Tartaria y Japon viene á caer enfrente de Punta de Sardinas y el Cabo Mendozino, que corresponde á los cincuenta grados, como siete grados más arriba de la dicha Punta de Sardinas.

No puedo verlo todo ni tener, como quisiera, todos los mapas modernos á mano; pero estos que he registrado con escrupulosa atención, son bien exactos y de los más recientes que han llegado acá. He apuntado las situaciones que se deducen de las observaciones modernas, para que se conciba la oportunidad que ofrece esta colocación de tierras, mares y estrechos á la transmigración de los habitantes de la Tartaria á la América. Véase el mapa que he trabajado, combinando todos estos descubrimientos nuevos con lo que se tiene por más cierto en orden á la situación de las tierras árticas, y se logrará la inteligencia de todo esto.

Con el socorro de estos mapas y de estas Memorias de los nuevos descubrimientos de los ru-

sos en sus últimas navegaciones por el Norte, Leste y Sur de la Nueva-España, cotejadas con las japonesas é indianas, bien entendido que por el Polo Artico (como se ha dicho) no se ha descubierto todavía fin á la tierra en esta América, agregándose el apoyo de tantos argumentos sólidos ya arriba alegados, podemos asentar más bien nuestra opinion (que tengo por evidente discurso) con razones fundamentales y fundadas, la primera en el texto de la Sagrada Escritura: cuando le nació á Noé el tercer hijo, le puso por nombre Jafet, que quiere decir el que se ha de dilatar por el mundo; á que añadiremos, para sacar las consecuencias, que las tierras que les cupieron á los de Jafet de primer lance y primera particion, fué solo, como Joseph (*), desde los montes Tauro y Amano hasta el Rio Tanais, por estar en el paraje de la Laguna Meotis, y en Europa hasta Gades en todas las tierras vacías hasta entónces no habitadas, y en estas partes septentrionales y marítimas como dice el Génesis.

Ahora, pues, como arguye bien el padre Calancha, si solo á Jafet se le hizo esta promesa de extenderse por todo el mundo, sin limitarle tierras, y que él sería el progenitor de los gen-

(*) Joseph, antiquit. Judaic., lib. I.

tiles, y habitaban los de Jafet la tierra que se continúa desde Tartaria y costas septentrionales con estos indios gentiles, y que hoy están los más en el tabernáculo de la Iglesia católica, ¿por qué les hemos de ir á buscar otros progenitores, ni hemos de querer que se hayan dilatado en estas tierras los hijos de Sem y de Cam, si á ellos no se los prometió Dios ni les cupo esta bendicion de Noé? Déjenlos venir por tierra á los de Jafet poco á poco, y no vayan á traer indios ni orientales descendientes de Sem, ni cananeos sucesores de Cam, por tantos océanos de mar y archipiélagos de islas en que no tiene proporcion la congruencia.

Viene con esto la antigua tradicion de los indios, que refiere el mencionado padre Garcia (*), que decian que el Señor que los crió habia venido del Septentrion. Los más bárbaros, como son los habitantes de Cumaná, Orinoco y otras costas de tierra firme, y en los principios de la conquista del Nuevo-Mundo los de las islas Antillas, decian (y dicen aún los poquíssimos que han quedado) que los produjo la tierra; otros, que el mar, y otros, que los montes; y no hay que espantarse de que lo mismo creyeran de sí los euretas, como dice Calio Rodigino; y á pesar

(*) Fray Gregorio Garcia, Origen de los indios del Nuevo-Mundo, lib. 6, capítulo 7.

de ser tan grandes filósofos los atenienses, decían lo mismo de sus progenitores, como refieren Sócrates, Platon y Sófocles.

Estas tradiciones de los indios, en quienes se observaba tanta sencillez á los principios del descubrimiento de las Indias, acompañada de costumbres toscas y salvajes en la plebe, y mayor despejo en los Caciques y principales señores, han dado margen á tanta diversidad de opiniones que han emitido tantos autores segun sus afectos, despues de haber fatigado mucho su fecunda imaginacion con las impresiones de su estudio y averiguaciones, entrando en parte las máximas de su respectiva religion y preocupaciones de la educacion. Unos inquirieron curiosamente si los habitantes del Nuevo-Mundo formaban una especie singular y distinta, como tercera entidad entre el hombre y el mono: L'Escarbó llegó á querer persuadir que Noé pobló este país, aunque no naciera tal vez en la América; Opeemer pretende que fué poblada ántes del diluvio.

Estas opiniones son demasiado impías, á que seguramente ningun autor católico se ha de adherir de buena fe, y aun causa horror solo mentarlas; y si las miento, es únicamente para que se conozca el desvario de los hombres: tampoco adopto la opinion de Paracelso, quien dice

que Dios crió un Adan en Asia y otro en Africa; ni la de un sabio inglés (*), el cual asienta que el jardin del Eden, ó el Paraíso, estaba situado en un paraje alto de la tierra austral, y que por las espadas resplandecientes de los querubines que guardaban el camino del árbol de la vida, se debe entender la zona tórrida.

Todo esto se opone á la autoridad sagrada del Génesis; pero no se requiere mucha capacidad para concebir desde luego que estos pueblos que se han encontrado en la América no han podido criarse por sí mismos, y que sus habitantes han venido á ellos ó por tierra ó por mar: si la Asia se une con la América, se comprende fácilmente que lo hicieron en barcos ó navíos si están separadas por algun estrecho.

Despues de este concepto tan natural, se puede decir, con alguna verosimilitud, que los primeros pobladores han venido á esta region americana por la Nueva Zembla y por la Groenlandia, si es de parte del Occidente; y si por el Oriente, de las tierras de China y del Japon, por aquella tierra que los holandeses han descubierto, llamada *Eso*; y cuando se haya averiguado exactamente su extension, se decidirá si el Japon se debe tomar por isla ó continente.

(*) Jonh Burnet, lib. Tellures, Historia Sacra, obra del diluvio y del Paraíso.

Pero me dirán que pruebe que esta tierra se continúa con las tierras septentrionales y la Tartaria. Esto lo puedo probar casi con evidencia, y de paso trataré sobre las primeras costumbres de estos indios y de algunas cosas de mi asunto principal.

Es cosa sabida que Groenlandia, tierra septentrional, está pegada á la Noruega y Tartaria, mediando solo un estrecho (que es el de Davis) que divide esta tierra de la América por el Sur de la Groenlandia, y se presume, con alguna certeza, que hácia el Polo Artico es una misma tierra continuada; y Groenlandia está convecina á la tierra de Labrador, que tambien se llama Estotilandia y Nueva-Brelaña, que es la parte más septentrional de la América y corre desde los cincuenta hasta cerca de ochenta grados de latitud septentrional.

Tan unidas están estas tierras, que algunos, léjos de persuadirse que los habitantes de la Groenlandia son todos originarios de los pueblos del Norte de la Europa, creen, al contrario, que los skerlinges que habitaban el Vestreburg, esto es, la parte occidental de la Groenlandia, eran oriundos de la América (*); empezando á costear esta tierra por

(*) Ved la Relacion de la Groenlandia por Pereyra, autor del Libro de los Preadamitas, traducido en frances de las Memorias de Mr. Ulfed, citado por Mr. Vertot, Hist. del Mundo, tom. 7, cap. 1, lib. 9, pág. 48.

la parte oriental, que se llama la tierra de los Esquimaos ó de Corte Real por el descubridor, se halla en la parte meridional el estrecho de Belleysle, ó Isla Hermosa entre la tierra firme y la Isla de Terranova. Caminando al Nordueste sobre la costa se ve una boca, por donde el año de mil quinientos ochenta y seis entró Davis inglés, y se llama el Estrecho de Davis, en cincuenta y seis grados de latitud, y en trescientos veinte de longitud. Siguiendo al Norueste se ve el estrecho de Hudson en sesenta y un grados de latitud, y en trescientos quince de longitud corre al Norueste y despues hace el mar una profundissima ensenada llamada de Hudson. Este célebre estrecho de Davis es un brazo helado de mar pequeño, que pone Mr. de L'isle entre la Isla de Tames y la Groenlandia, aunque esta posicion no está del todo bien averiguada. Quien mas leguas pone al Estrecho de Davis es Gomara, y dice hay cincuenta, pero por más recientes averiguaciones se sabe que por el Norte de la Isla de Tames y Groenlandia está la Bahía de Bafins, descubierta por Guillermo Bafins, inglés, el año de mil seiscientos veinte y dos: mas al Norte la Bahía de Tomás Smit, y al Norueste el Estrecho de Alderman Jonás, y mas al Sur el de Jacobo Lancastré, y más al Sur en el mismo circulo polar el *neutra*, y más al Sur la nueva Dinamarca, con el Puerto de Juan Munk,

y todavía más al Sur se ven dos bocas de ríos y brazos de mar que parece entran en tierra, que por la parte occidental es incógnita. Estos estrechos que rematan en un estrecho de mar ó dos en la sustancia, y dividen las tierras de Estotilandia y tierra continuada del Norte de la Nueva España, de las de Groenlandia, Noruega y Tartaria cuando mucho, como afirman los ingleses, tienen de travesía cada uno, ocho ó diez leguas. Desde Estotilandia ó tierra de Labrador hasta México, Panamá, Lima y Chile es tierra firme, seguida y continuada como hoy no es dudable, y consta de la experiencia y de todos los mapas antiguos y modernos. Siendo pues los septentrionales hijos de Japhet, los que supieron de navegación, pues no faltan autores que digan probablemente que los primeros pobladores pasaron á aquellas tierras del Norte de México en embarcaciones como ahora se navega, aunque acaso fueron por camino mas breve. Así discurren Acosta, Maluenda, Pineda y otros, y no teniendo más de dos brazos de mar tan estrechos, ¿quién pondrá duda que estos y otros se vinieron por tierra poblando estos occidentes? Y tengo por muy cierto, segun me abonan las razones del padre Calancha, que pasado el diluvio, y vuéltose á su cárcel el mar, y á sus sótanos el agua, era toda tierra continuada, y sin

estrecho ninguno desde Tartaria, ó desde las tierras septentrionales hasta los Patagones, y Chile, y la prueba es clara; lo primero porque diversas veces y en varios reinos se ha visto como dice Plinio, sea hoy mar lo que ayer fué tierra. Sicilia é Italia, dice que fueron tierras continuadas. Lo mismo afirma Pomponio Mela de Grecia, y de Negroponte, lo refiere Flcrian. De España y Africa en los tiempos antiquisimos lo prueba Erastotenes en Estrabon y Séneca, y éste afirma lo mismo de Chipre y Suria, y lo alega Lorino, sobre los Actos de los apóstoles, § 28, v. 13. Lo segundo, porque los animales que de esta tierra pasaron á la Arca de Noé, y los que volvieron despues del diluvio, es fuerza que hayan pasado por tierra firme, y si me dijesen que en navios traerian ovejas, toros, cabras y caballos, como se trajeron algunos de España cuando conquistaron estas Indias, les diré, que quién traería osos, tigres, leones, lobos, zorras y otros animales feroces que no ha menester la comodidad humana. San Agustín (*) dice, que tres modos pudo haber para que los animales pasasen á las tierras del mundo: el primero nadando los mares y vadeando los rios: el segundo, trayéndolos consigo los hombres, y el tercero, criándolos Dios otra vez en cada

(*) San Agustín, de Civitate Dei, lib. 16, cap. 17.

region. Esto tercero tiene ponderables inconvenientes; el primero excusadas dificultades, y el traerlos consigo los hombres factibles conveniencias, pero no el traer animales feroces y bestias enemigas de quienes los hombres huyen: lo más verosímil es que los hombres y animales pasaron á la América por alguno de los Polos Artico ó Antártico, ó porque por allí es tierra continente con el mundo antiguo, como se tiene ya casi por cierto en virtud de las resultas de nuevos descubrimientos por ellos, ó porque siendo pequeña la travesía del mar, fué fácil pasasen en pequeñas embarcaciones, y los animales pudieron pasar por algunas partes por donde el mar está en tiempos helado, ó nadando en algunas pequeñas travesías, pues en las tierras articas, el mar suele estar años enteros helado muy adentro en el Oceano Septentrional, donde dicen se hallan hielos de más de cuarenta leguas de extension. Hay muchos osos blancos muy grandes, crueles y carniceros, y se entran por el hielo á coger pescado: los osos negros son menores, y nunca dejan la tierra: se ven á veces tigres y otros animales feroces atravesar sobre la nieve los cortos estrechos como el de Davis y otros que están helados lo más del año, y pasar así de una á otra orilla de tierra, y así no es menester decir que fueron criados allí despues del diluvio, ni que fueron llevados por

ministerio de ángeles, como dice Fr. Gregorio García, y salimos de la dificultad que tanto fatigó á San Agustín, de cómo pasaron animales fieros y nocivos, que no es creible que los hombres los pasasen de propósito en sus embarcaciones. Teodoro de Bry (*) siguiendo la opinion de otros, que alguna tempestad dió con los primeros pobladores en las Indias, se rindieron á confesar que los animales volvieron del diluvio por tierra, y confiesa Teodoro que se rindió obligado ya de los imposibles, ya de los inconvenientes, pues no se podria presumir que pasasen á la América por el aire, ó nadando, respecto de la anchura desmedida de los golfos, porque vió ir un navío desde los Bacalaos hasta Europa, y que se continuaba la tierra, y dice que certificó su desengaño, porque con cuidado notó que en las islas de Cubagua, Española, Jamaica y Cuba, por estar apartadas de tierras continentes, no hay, ni se crian leones, tigres, osos ni otros animales, que son nuestros enemigos, sino ovejas, caballos y otros animales domésticos, que los pasaron en navíos los españoles, por ser importantes á la vida humana, y como las bestias feroces no pasaron, por ser islas, saca por consecuencia y tuvo por evidencia, de que pues hay tantas bestias feroces

(*) Teodoro de Bry, de natura novi orbis, lib. 1, cap. 20.

y animales enemigos nuestros, en la Nueva España y Perú, viniesen por tierra firme y seguida desde el Septentrion y Europa hasta estas Indias: y desde Tartaria, segun cómputos meridianos, que hacen tres mil ciento y cincuenta leguas, que caminando cada dia siete leguas se pudieron poner en Lima en cuatrocientos cuarenta dias, que hacen un año, y dos meses y medio, y cuando por los caminos y dificultades se estuvieran más, al fin por tierra y en poco tiempo pudieran llegar al Perú, y ya se ve que con más brevedad en las tierras septentrionales de la Nueva España, y poblar los tártaros hasta Chile y Cabo de Hornos.

Ahora que en estos años se han perfeccionado más los descubrimientos del Polo Artico, mediante las expediciones de los rusos por el golfo tartárico y glacial, y que navegando desde Kamtschatka hacia el Nordeste unos, y otros por el Leste, y el capitan Tschirikoff llegó con corta navegacion hasta las costas de la América, y se hizo el descubrimiento del Archipiélago del Norte, se concibe mas facil la trasmigracion de los tártaros á las tierras septentrionales de la Nueva España. Y si se considera las tierras que están al Oriente en setenta grados hacia el golfo tartárico, segun el mapa del gran geografo Bleau, y se pretende que de estas partes orientales hayan pasado los pobladores de la América por el Estrecho de Anian,

que divide el Asia de la América, y cae á los setenta grados hacia el occidente por el círculo artico, tenemos otro tránsito para los tártaros orientales á las tierras del Norte de la gran Quivira, pues estos tártaros habitan en la parte septentrional de la Asia desde la Laguna Meotis hasta el océano oriental, y es un imperio de mucha extension. Comprende la Tartaria desierta Zagathay, que es una parte de la Scitia que circunvala el rio Imaus, el reino de Cathai y Tangut, que es la parte de Scitia, que cae fuera del rio Imaus con los países de los Seres cerca de la China: la nacion que habita estos vastos países es cruel, sanguinaria y brutal, de modo que de todos los bárbaros es la más bárbara. Es tierra continuada desde el Cathai hasta Tendue que corresponde al Estrecho de Anian, y las costumbres de los scitias ó tártaros orientales, son semejantes á las de los indios bárbaros que pueblan la gran Quivira, como lo denota el mapamundi de Bleau en su Atlas esta expresion: *Catervatim hic homines per campos societate inita, in tenoriis, Tartarorum more, agrestem vitam degunt.* Cótéjense las costumbres de los indios papagos, cocomari copas, iumas, jaxeldunes, javipais, quemaya y demas apaches y moquinos que han reconocido en sus respectivas expediciones nuestros misioneros apostólicos, desde los confines de la Sonora hasta el Moqui,

siguiendo las vertientes del rio Colorado y Gila, y todas las regiones que hay hasta más allá del famoso Puerto de San Francisco por toda la costa del mar del Sur y gargantas de California, como por las sierras y tierras vastas desde el Puerto de la Concepcion hasta el Moqui, y Nuevo México, se verá que son unas mismas que las de los tártaros orientales, pues sabemos por las relaciones de los padres Font y Garcés, y en especial por la de este último, que no tienen principio alguno de religion todos estos indios, que forman sus naciones impropriamente, siendo más bien familias ó tribus encontradas entre sí, ó amigas, segun tiene cuenta, viviendo en pobres chozas ó toritos redondos hechos con esteras y palos, comiendo raíces de tule y de otras yerbas, y ejercitados en la caza para proveerse de carnes de venados, osos, ardillas y cualquier otro animal cimarrón que pueden alcanzar: sus incursiones son frecuentes en las tierras unos de otros, y con mas gusto y provecho en las misiones y presidios españoles para surtirse de caballada: comen carne humana de los que pueden cautivar en sus guerras; y por último, en todo se parecen á los tártaros orientales y siberios: al mismo oriente de la Tartaria, que corresponde al Poniente de la América, y al Norte del Japon, cae la tierra de *Ieso*, ó *Jeds*, ó *Eson*, que es un país muy extendido, inmediato al

Japon, que se une, segun se cree, con las partes incógnitas septentrionales de la América. El padre Colin dice, segun lo trae el padre Murillo en su Geografía (*), que en las provincias septentrionales de China se halló una vez una española casada con un soldado tártaro que decia, que navegando desde Nueva España con su marido, fué llevada por una tempestad á tierras no conocidas, y despues de varias vueltas y revueltas habian llegado allí: así lo trae en la India Sacra. Suministra esta noticia y la posicion de la tierra de *Jesso* ó *Eso*, otro camino por donde pudieron transitar algunos japones en la antigüedad por las regiones de la Quivira; bien que con la comunicacion de los tártaros siberios que confinan con esta tierra del Japon, pudieron venir los tártaros por los rumbos indicados ya, y introducir el estilo chino y geroglífico que se observa en estos indios. Esto es cuanto se puede decir en órden al tránsito de los primeros pobladores de la Nueva España, porque las transmigraciones despues fueron frecuentes, y no son del caso. Se ve claramente, cómo por el Estrecho de Davis, ó por el de Anian (que se cree imaginario porque me persuado que ha mudado de nombre, como lo vemos en lo tocante al Puerto de San Francisco que se denomina de Quivira, de Drak

(*) Murillo, Geograf. hist., lib. 3, cap. 22, de las tierras Articas.

ó entrada de Aguilar, y por allí han transitado los mismos que lo buscan) pudieron venir los tartaros, para fundar el argumento, casi cierto, que de ellos tomaron los indios su origen.

Que fuesen tártaros se prueba con una razon (que en todas edades ha sido de competente autoridad y fundamento), y es traer el mismo color, guardar las mismas costumbres, tener semejante religion y propias condiciones. Son tan parecidos los indios chilenos, y lo mismo digo de los chichimecas y demas de la Nueva España, á los tartaros, que hasta hoy conservan de todo en todo lo que los tartaros solian usar antes de tener reyes, ni dar título de gran Cham á su emperador, y aun hoy hay tartaros que viven como sus progenitores vivieron, habiendo de estos millares de familias en varios reinos. Lo mismo tenian los indios de Nueva España y Perú antes que tuviesen gobierno monárquico. Quien leyere á Sigismundo de Herbeistein, y los Comentarios Hungaricos de Antonio Bonfino, á Josepho, á Marco Paulo Veneto, que vivió mucho entre ellos, y al cronista Fr. Ramon en sus Republicas, en la que escribe de los tartaros, y en todos los historiadores geógrafos modernos, verá que son estos indios chilenos, chichimecas, mexicanos, otomies, tarascos, etc., y los innumerables indios que habitan las cordilleras de los cerros inmensos de

ambas Américas, y los pasadizos que huyendo del trabajo de las minas y de la opresion de los corregidores y alcaldes mayores, y muchos de la doctrina, viven entre infieles, son trasladados en los rostros, en las costumbres, y semejantes en las acciones, siendo hoy por hoy lo que años despues del dilavio fueron los tartaros y japoneses, que entre nuevas costumbres que han añadido los tartaros, conservan las antiquisimas con que se estrenaron y criaron. A la letra pondré aquí lo que de varios autores sacó Ortelio, hablando de la Tartaria, y verán los que conocen indios un original en cada traslado. Los tartaros son divididos en familias, que llaman *Hordas* ó *Kankares*, que quiere decir congregacion: mas como habitan en diversas y muy distintas Provincias, así no concuerdan todos en costumbres ni en modo de vivir. Los hombres son de estatura mediana; son de color bajo: tienen la cara ancha y gorda: los ojos hundidos: las barbas ásperas: todo lo demas trasquilado: son robustos de cuerpo: saben muy bien pasar pobreza y sueño: beben sangre: no tienen asientos ciertos: andan vaganundos: viven en las campañas en pabellones y tiendas hechas de pieles de animales, sin conocimiento de alguna policia ni de algun arte, caminando con sus familias de aquí para allí: guíanse por las estrellas: no hay entre ellos justicia alguna:

son hombres inclinados á quitar, y son pobrisimos, y siempre codician las cosas ajenas; ningún uso tienen de plata ni de oro, comen poco y visiten pobre. Hasta aquí es de Segismundo Hortelio. Quitando el ser atrevidos de ánimo, que lo tienen los chilenos, chichimecas y otros indios montaraces, ¿no son su retrato de éstos? no tienen mas cabeza que el mejor de cada familia, ni mas capitán que el que se elige para el suceso. Los indios tejas, y en particular los de las naciones apaches, como los tártaros, comen carne de caballo, y otros de mula, que cuecen debajo de las sillas con el sudor y movimiento de los caballos que corren á rienda suelta para este efecto: pintanse los cuerpos: casanse con las mujeres que pueden sustentar: admiten la hermana y la madrastra: no se pueblan en ciudad, pueblo y villa: dividen por los campos, mudándose al sitio de su antojo: comen raíces: guisan yerbas y sustentanse de frutas: tratan de la pesca, y comen aves y animales que cazan, sin que el apetito invente potajes ni busquen salsa para lo más desabrido. Los tártaros, aun los de ahora, hacen un brebaje de trigo y raíces que llaman *Chimus* y *Boza*, y raros comen pan, y los indios hacen bebidas de raíces y frutas que los enfurece y los embriaga. No estiman el oro y plata, ni tienen rito, adoración ni culto; ponderan supersticiones, y tirales la

inclinación á los robos y crueldades, como los tártaros, quienes son naturalmente crueles, y continuamente hacen correrías en los países vecinos, en los que con su barbaridad hacen mil estragos, pues son muy dados á la embriaguez y al hurto; y en el día su riqueza consiste en el tráfico de esclavos, que cogen en todas las provincias vecinas de Europa y Asia, y venden en Constantinopla; y dice Mallet, que en solo un año cogieron en Siberia y Moravia cincuenta mil personas. Al fin tienen en todo, sin que desdigan en una sola costumbre, la misma semejanza con los mecos, chichimecos, apaches, comanches, chilenos é indios montaraces no conquistados, con la sola diferencia de que éstos son lampiños y los tártaros no (aunque los más lo son también), y tienen uno que otro pelo en la barba y mejillas. Así lo afirma Tornielo en el año del mundo de mil novecientos treinta y uno.

Si se cotejan las costumbres de los groenlandios y de los isleños del archipiélago del Norte recién descubierto, se hallará un remedo de ellas en los indios de este continente de la América: observación que servirá más y más de prueba, que los tártaros son los primeros pobladores de este nuevo mundo. Los groenlandios son pequeños de cuerpo, gordos, feos de rostro, las narices chatas, de ingenios tan cortos que, aunque

llevaron varios á la Noruega, jamás pudieron aprender la lengua del país. Andán vestidos de pieles de lobos marinos, y son muy aficionados á la caza y á la pesca. Usan de arcos y flechas, con puntas de hueso de pescado. Son groseros: beben agua del mar y no les hace daño. Los naturales de la tierra de Jesso son muy pequeños de estatura: traen la barba muy larga: dejan crecer mucho el cabello: su color es amarillo, y en todo son sucios y horribles y carecen de toda policia y gobierno: son perezosos y muy celosos de sus mujeres, y cada uno tiene dos: su alimento es pescado, yerbas, trigo y aceite de ballena. El padre Morejon, á quien repugna esta relacion de Chavigny, dice que son blancos, de mediana estatura y que manejan bien los caballos; que se cubren la cabeza por delante como los japoneses, con quienes comercian, y són idólatras como ellos. Creese que cuando se lleguen á descubrir las tierras del Norte de la Nueva España hasta los ochenta grados de latitud septentrional, se encontrarán los indios del mismo tante que estos de los pueblos groenlandios y lapones.

En quanto á los habitantes de las islas del nuevo archipiélago del Norte, no tienen la menor idea de religion, ni piensan en lo que ha de ser de ellos despues de su muerte, puesto que no

tienen idea ni noticia de la otra vida, y envueltos en las tinieblas en que viven, se ocupan únicamente en sus hechicerías. Son muy bárbaros y obstinados en sus costumbres. No consienten en ser subyugados, principalmente los habitantes de la isla Kadyaick, que es una gente enteramente desconocida hasta ahora, que en su lengua se denomina kanagista. Sus vestidos son de unas pieles de raposa, unas de color castaño-oscuro, otras casi negras, y otras rojas, como tambien de pieles de castores, de aves marinas, de rengiferos y de ratones del campo, llamados por los naturalistas *muscitellus*. En el invierno llevan en los piés una especie de zapatos grandes para libertarse de la nieve, llamados *torpasos*, que hacen de pieles de rengifero y los cosen con lo que llaman kamisch, que es una especie de junco, de cuyas fibras se sirven como de hilo. No usan ni medias ni calzones, pero si unos gorros que hacen de varias hechuras, á su fantasia. Todo su vestuario de los demás isleños viene á ser de pieles y plumajes de aves marinas, y principalmente se sirven para este uso de una especie de ánades que llaman *arkeas* y *toporkas*, las cuales saben coger á las orillas del mar con lazos que hacen con los tendones de la ballena y con las tripas de unos animales marinos que ellos llaman *siutscha* y *nerpa*, y son las vacas y ter-

neros marinos, cosen sus *kanleas* ó vestidos, y esto es todo lo que necesitan para vestirse. Los hombres andan vestidos de pieles varias, es á saber, de pieles y plumajes de *urillas* y *arjas*. Sus más comunes vestidos son hechos de plumas de una especie de aves marinas que llaman *tub-tani* y se cogen á centenares: tienen color encarnado muy hermoso, y son casi tan grandes como un ganso. El uril es como un género de cuervo acuátil, el cual se parece mucho á la grulla: se sorprenden con cebos á la orilla del mar. Son una especie de ánades grandes, negros y blancos, y se hallan en abundancia en los peñascos del archipiélago de las Indias. Sus pieles sirven para vestidos y peletería. Las mujeres usan los mismos vestidos que los hombres, en cuanto á la hechura, solo con la diferencia de que los de las mujeres, comunmente, los hacen de pieles de animales, y en particular de las del castor y del gato marino, y los cosen con el hilo que sacan de los nervios, como se ha dicho.

El color de estos isleños tira á bazo. Los hombres, unos se cortan el pelo de arriba de la frente; otros alrededor de la cabeza, dejando el de en medio, con el que se hacen una especie de rodete, atándolo de modo que no cuelgue: cuando les sucede algún acaecimiento funesto, le traen suelto, en señal de sentimiento. Las mujeres se

cortan igualmente el cabello de arriba de la frente, y hacen con lo restante una especie de rodete, atándolo de modo que no cuelgue, y hacen la misma muestra de sentimiento que los hombres usan en sus desastres. Para adornarse el rostro se agujeran el labio inferior, en algunas de estas islas; y así como en otros pueblos traen colgados de las orejas pendientes de pedrerías, ellos traen colgados del labio inferior varios huesecillos de animales y pájaros. En otras (y son las más) á los niños de corta edad, de ambos sexos, les horadan el labio superior bajo la ternilla de las narices para adornarle con varias piedras y huesecitos secos de peces y otros animales, y hacen también para las orejas pendientes de muy lindas cosas. Se pintan comunmente la cara de azul, de encarnado y de otros colores. En las llanuras de las islas tienen unas chozas cubiertas de céspedes que llaman *justas*, en que habitan. No se cuidan mucho de estar calientes, pues ni aun en el invierno suelen encender fuego. Son muy sucios y duros, pues en lo más rigoroso del invierno usan los mismos vestidos que en el verano, sin llevar calzones ni medias, ni aun enaguas; y solo cuando hace un frío extraordinario encienden un brazado de yerba gruesa marina seca, que tienen guardada para este fin, y se calientan á ese fuego los piés y piernas, y recogen el calor ahucando

el vestido hasta que se sienten bien calientes. Algunas mujeres traen sobre el vestido interior una especie de sobretodo, de pieles de castor. Los hombres tienen cada uno, según le permiten sus facultades, tantas mujeres cuantas quieren y pueden mantener. Muchas veces las cambian de diferentes maneras. Lo mismo hacen con sus hijos, mayormente con los varones, que dan en cambio de alguna cosa que les agrada. Duermen con sus mujeres en sus chozas, en donde hacen una cueva debajo de tierra, que llenan de yerba, de modo que les sirve de cama y dormitorio; pero para abrigarse cuando duermen, no se sirven de otra ropa que de sus propios vestidos. Su alimento es la carne de varios animales, que por la mayor parte comen cruda, y algunas veces la comen asada, á cuyo intento la ponen sobre palos atravesados con fuego debajo. Su ordinario sustento es pescado crudo con que se contentan, y este pescado es por lo comun lo que llaman *pellusina*, y otras especies de pecezuelos que pescan en el mar con anzuelos hechos de hueso que cuelgan de unos hilos que sacan de nervios de animales: á los pescados mayores los matan á flechazos. Salen al mar dos ó tres juntos en sus badojas, que son unos barcos hechos de las costillas de la ballena, que unen entre sí y están cubiertos con pieles de perros, vacas y

otros animales marinos, á coger los *nerpás* (becerros marinos) y castores. Con estos barcos, pero más grandes, navegan por los estrechos de una isla á otra, y pasan con sus familias de isla en isla en busca de los parajes donde la tierra les ofrece mejores alimentos. Asimismo tienen mucha habilidad para coger los peces en los rios con sus redes ó *buytrones*, tejidos de hilo de nervios, y todo el pescado que cogen lo comen crudo. Además de esto cogen bastantes gatos y perros marinos, y en los rios las nutrias, además de las raposas negras todas y pardas, y otras rojas, armiños, osos y ratones de manchas muy hermosas y semejantes á las del tigre. Se aprovechan tambien de las ballenas que arroja el mar en sus costas; mas cuando el mar tarda en arrojarles ballenas, suelen mantenerse con mariscos; y cuando no pueden salir á pescar por estar el mar alborotado, se alimentan con una especie de berza que llaman los botánicos *erambe littoralis bunias*, y de ostras. Comen tambien varias raíces, que se crían en abundancia en aquellas islas, y son las *kutagarnika*, la raíz colorada y la *sarana*. Solo esta última conocemos, que es una especie de tulipan ó lirio silvestre, cuya cebolla tiene buen sabor y una virtud corroborante. Esta planta se cria en diferentes parajes de la Siberia, y principalmente (en gran abundancia) en

las cercanías de Irkusk. Estos isleños, á modo de los tarascos, no tienen habitacion fija. Sus armas ordinarias son arcos y flechas del tamaño de vara y média: en la extremidad de las flechas ponen un hueso con varias puntas, en las cuales encajan unas piedras muy duras. Además de estas armas, usan tambien de unas lanzas de madera que llaman *kufati*. Tienen tambien lanzas y cuchillos que hacen de los huesos de rengifero, y hachas de piedra negra y dura, de la cual hacen tambien las puntas de sus lanzas. Generalmente hostilizan á todos los extranjeros que se acercan á su isla (*).

En esta conformidad, segun la calidad de tierras y con corta diferencia, fueran las costumbres de estos naturales del Nuevo-Mundo, al principio bárbaras, á los medios, políticas dadas por sus emperadores, á los fines, majestuosas por la multitud de vasallaje y abundancia de las riquezas; y siempre gentílicas, con ídolos y adoracion supersticiosa y tosca. Se haria más palpable este cotejo de usos, costumbres y modo de vivir de los tártaros é isleños del archipiélago del Norte, con el tenor de vida y usanza de estos indios, en especial de los bárbaros del Norte de esta Nueva España á los que les tratan, y mucho más á los que se dedican á la laboriosa tarea de su conver-

(*) Relac. de J. Stahm, inserta en los Mercurios de Abril y Mayo de 1774

sion en las remotisimas misiones de Californias, Monterey, Sonora, Pimerias alta y baja, Tarau-mara, Texas y otras de este continente. Nótese que todas estas naciones sumisas á aquellas misiones, aunque distintas al parecer, son (á mi modo de ver) descendientes de un mismo tronco, como se declarará mejor en el capítulo que sigue, y con la sucesion de los tiempos se han despar-ramado y dividido por aquellas dilatadas regiones del Norte, á las que se han agregado innumera-bles indios del centro de la Nueva España, Mi-choacan y Jalisco, quienes, conforme á los pro-gresos de nuestras armas victoriosas, despues de la ruina del imperio mexicano y sujecion de los habitantes de Nueva Galicia, Nueva Vizcaya, Nuevo México, Texas y otras provincias, se han ido retirando, y con facilidad han vuelto á su antigua barbarie. Aquellos bárbaros oriundos de tártaros, desde sus primeros Monarcas, se fueron congregando en pueblos, comenzando á estimar el oro que ántes despreciaban, adorando ídolos, venerando agüeros, ejercitándose en las armas y sujetando naciones. Se fueron civilizando poco á poco estos indios, y eran obedientisimos á sus reyes y á los oráculos de sus dioses. Cultivóse mucho entre ellos la ciencia de la adivinacion, unos por sueños y otros por lo que creían leer en las estrellas; muchos por el vuelo de las aves;

los más por las entrañas de los animales que sacrificaban, y tenían grandes hechicerías, pues eran muy diestros en el arte diabólico de la magia, siendo en todo esto muy conformes con las supersticiones y vanas observancias de los romanos, griegos, persas y otros orientales. Sus leyes fueron de las más arregladas á la razon natural que gentiles han tenido, ni otros preceptos (fuera de los de nuestra fe católica) les han igualado. Eran muy rígidos en la aplicacion de las penas, y cuidadosos en destruir los excesos. Las penas eran, ó castigo afrentoso ó muerte cruel: Moria el que hurtaba; ahogaban al que mentia; despedaban al adúltero; despedazaban al homicida; afrentaban al sensual, y moria con toda su familia el traidor. Asi vivian estos naturales, tolerando el yugo tiránico y supersticioso del soberbio Emperador Moctezuma cuando entró el Evangelio, que dió forma á la verdadera virtud, mediante la destruccion de la gran ciudad de Tenochtitlan y ruina de todo el imperio mexicano. No quède por discurrir cuántos años há que se pobló de tartaros, lapones y noruegos este mundo occidental: el año de mil setecientos cincuenta y uno, despues del diluvio, se hizo la division de las gentes, y el año de mil novecientos treinta y uno, dice Tornielo (citado por el padre Calancha, que con tanta solidez hace valer su opinion, y gus-

tosos la sigo, fundado en sus razones y en las que me suministran los nuevos descubrimientos), que este medio mundo se pobló, doscientos setenta y cuatro años despues del diluvio, tiempo sobrado para poblar dos mundos en tiempo fecundo y en tierras seguidas con las que le cupieron á Jafet, donde en año y dos meses y medio se pudo llegar desde las tierras del Norte de la Nueva España, caminando cada dia siete leguas, hasta Lima y adelante, y poblar este nuevo orbe. En el capitulo siguiente veremos el orden y modo de esta poblacion en lo que corresponde á la Nueva España.

CAPITULO XL.

DE LOS PRIMEROS MORADORES DE LA NUEVA-ESPAÑA:
 DE LOS GIGANTES, TULTECAS Y CHICHIMECAS:
 SERIE DE LOS EMPERADORES MEXICANOS HASTA LA
 DESTRUCCION DE AQUEL IMPERIO.
 AÑO DE 1512.

Es de sentir el grande historiador Torquemada, y no ménos investigador curioso de las cosas de las Indias el caballero Boturini, que los primeros moradores de este nuevo mundo vinieron á él por tierra, y que los estrechos ó brazos de mar los pudieron pasar facilmente. Coligese esto de las pinturas que conservan los mexicanos y tarascos de su venida á estas tierras, delineando un pequeño brazo de mar ó rio navegable con barcos, balsas de madera y carros de cañas gruesas y tupidas. He relatado en el capítulo antecedente cómo pudo ser este tránsito de los antiguos pobladores y el de los

animales inútiles, feroces y nocivos á la América, punto en que estriba la mayor dificultad de este problema histórico; y apoyado de las noticias que me suministran los nuevos descubrimientos del Archipiélago del Norte y de la que se tiene ya de ambos estrechos es de Anian, y mayormente del de Davis, que por su proximidad al mar glacial, y cercanía al polo ártico, se suelen helar á tiempos aquellos brazos del mar, y fundado en otras de gran peso, creo haber expuesto cómo por estas circunstancias ofrecieron estos estrechos la misma oportunidad que si fuera tierra continuada para el pasaje ó tránsito de hombres y animales. Cuando escribia yo el citado capítulo, aunque habia leído bien de espacio, y en otros tiempos las obras eruditas del reverendísimo padre Feijóo, no tenia presente la opinion de este sabio religioso, y la apunto en otros términos, citando al padre Calancha que la lleva por ser confirmacion de la que sigo, persuadido que estaba la superficie del globo diferentísima entónces que ahora, pero niego que sea ocioso, como lo insinúa este reverendísimo, busear en los mapas y en las relaciones de los nuevos descubrimientos, que cada dia intentan las naciones cultas y potencias marítimas, por donde los primeros pobladores de la América pasaron á aquellas regiones, porque de resultas de sus prolijas averiguaciones sacamos mas puntual

noticia del origen de estos pueblos, y segun la posicion de las tierras circunvecinas y calidad de sus habitantes, se afianzan las mejores conjeturas, y mediante la combinacion de estos descubrimientos tan adelantados, que he intentado, con todo lo que traen los historiadores antiguos y modernos, tocante á esta cuestion dificilísima, se resuelve más bien, y se corta casi de un golpe este nudo gordiano.

Conque pobladas las Indias antes y despues del diluvio, como afirman los escritores de Indias, viniendo por la parte del Norte en los modos que tengo referidos, los hijos de Japhet, que fueron los tártaros, segun la más probable conjetura que tengo asentada con fundamentos fuertes, se fueron explayando por toda la tierra aquellas naciones bárbaras, siendo los gigantes, los tultecos, los chichimecas y otros los que habitaron estas vastísimas regiones que ahora ocupan las ciudades y villas de españoles. Primeramente se pobló esta tierra de gigantes, si hemos de creer las insignes memorias de los indios, y dicen que se llamaban *Quinametín hueytlacame*, esto es, hombres grandes. Es cierto que por más que lo repugne el reverendísimo padre Feijóo, no solo antes del diluvio universal cuenta la Sagrada Escritura que hubo gigantes de crecidísimos cuerpos, imponderables fuerzas y de perversas costum-

bres(*) sino tambien despues del diluvio, como Nembrod y otros. (**) También lo es, que algunos gigantes de las prosapias de Cam y Jafet, despues de la confusion de las lenguas, se esparcieron por el mundo, y por ilacion legitima de la opinion que he asentado, algunos de ellos, de la prosapia de Jafet, tomaron su derrota por la América y fueron los primeros habitantes del riñon de la Nueva España, porque debieron venir todo derecho, sin hacer larga mansion en lugar alguno de sus perègrinaciones. Dice el historiador Herrera que hubo gran noticia en el Perú de los gigantes que vinieron á aquellas partes, cuyos huesos se hallan de disforme grandeza cerca de Manta y de Puerto Viejo, y en proporcion habian de ser aquellos hombres mas que tres tantos mayores que los indios de ahora. Iguales vestigios se hallan en fracuentes partes de la Nueva España, cascós, dientes y muelas de dichos gigantes, particularmente de los altos de Santa Fe, y en los territorios de Puebla y Tlaxcala; y en el museo del señor Boturini vi un hueso fémur y una tibia con la rótula que le corresponde y una muela que comparada con las nuestras podia hacer cien de ellas, y quizás seria la misma que tuvo en su poder el padre Torque-

(*) Génesis, cap. 6, núm. 2, et núm. 4.

(**) Gloss. ordin. in cap. 10, Génes.

mada, y la enseñó á Pedro Morlet, grande escultor frances, y los huesos que parecian ser de muslo y pierna, que segun su tamaño, seria todo el cuerpo á juicio de este perito, de más de once ó doce codos, puede ser que el dicho caballero Boturini lo hubiese conseguido despues de mano en mano, siendo en el conyento de San Agustin de México adonde tenian guardada esta curiosidad. Muelas así de prodigiosa grandeza, iguales á las que vió San Agustin en Odine de Triule, y uno ú otro hueso, separados, se conservan aun hoy algunos en gabinetes de curiosos. Yo vi en Paris una pieza de estas que tenia toda la configuracion de una de las primeras vértebras del espinazo, cuyo tamaño tendria doce pulgadas de diámetro, guardando una forma esférica, y su espesor llegaria á tres pulgadas, y se halló por una mera casualidad, segun me acuerdo, en el palacio del Principe de Conti, la que servia de banquito á los criados para sentarse. Se presentó á la Academia de las Ciencias, y aquellos sabios fueron de parecer que era de facto la vértebra de una ballena, y los mas de los naturalistas convienen en que estos huesos tan grandes son de elefantes y ballena, y otros de materias petrificadas. Los curiosos en materia de producciones de la naturaleza observan diariamente en varias canteras, huesos de hombres, que por ser porosos princi-

palmente en sus apófises admiten fácilmente el jugo lapidifico, y éste con la humedad de la tierra, sus sales y partículas arenosas, los impregna y introduce en dichos huesos que los abulta; y se ven materias petrificadas que tambien toman la figura de huesos; y prueba de esto es que la dicha muela monstruosa que se me enseñó del archivo del señor Boturini no tiene tal forma de muela, sino la apariencia que satisface á los que no son anatómicos: es una pieza de petrificacion que remeda algo las figuras de una muela, y con los canelones y tubos que representa, haciendo en sus remates como una mesa esponjosa por la parte superior, y por la inferior tres ó cuatro raigones mal formados, se les figura á cuantos le ven una muela perfecta, y no es así, sino una masa de petrificacion con tubos unidos, y más sólidos de lo que pide la sustancia oseosa. De estas observaciones se debe deducir que no hemos de negar que hubo gigantes como lo insinúa el reverendísimo padre Feijóo, sino creer que algunos hombres de extraña estatura vinieron antes y despues del diluvio á poblar primero estas tierras, y que en orden á fragmentos de huesos tan crecidos en sus tamaños se puede padecer equivocacion: en lo que debemos estar es, en que hubo generacion de gigantes y pueblos de gigantes como se deduce de varios textos de la Sagrada

Escritura, y entre otros en el Deuteronomio, capítulo 2, núm. 13, se dice: *Cuncta que Basan vocatur terra gigantum*. Aquellos hombres de mayor estatura que los demás, se esparcieron por el mundo, y por su deforme corpulencia mas bien pudieron correr largas tierras, y con mayor velocidad que los demás. Aposesionados de algunas tierras, cometian pecados enormes, y de un todo pasaron á una libertad bestial; pero por sus excesos fueron abrasados y consumidos con fuego que vino del cielo. Conservan los indios la memoria de los gigantes en América en algunas de sus pinturas, y dicen que fué el de *Ce Tecpal*, un pedernal. En este mismo año, que coincidió con una de sus épocas de tercer periodo del mundo, se advierte que no fué total la destruccion de los gigantes, y no tan general que no se escapasen unos cuantos, cuyos descendientes molestaron á los indios pobladores que vinieron despues, obligándoles á contribuirles largas comidas, por lo que se juntaron á consulta los de Tlaxcala, en cuya tierra se venian á alojar los gigantes, y determinaron acabarlos en un convite que les hicieron de propósito, en que embriagadós con el pulque, los mataron á todos.

Los segundos pobladores de Nueva España, segun los antiguos historiadores regnateólas, fueron los tultecos, gente crecida y bien dispuesta,

que como cuentan las historias de los culhuas, andaban vestidos de unas túnicas largas y blancas. Eran poco guerreros los de esta nacion, pero grandes artifices, que esto quiere decir *Tulteca*, hombre artifice y sabio, pues labran piedras preciosas y comunes. Edificaban suntuosos templos y palacios, y tenian liezos tan sutiles de algodón, que podian nuevamente despertar los celos de los mejores fabricantes de la Europa. Una vestidura del gran sacerdote *Acahuquillenamacani* se envió á Roma en tiempo de la conquista, que dejó pasmada aquella Corte, y los plateros de Madrid viendo algunas piezas y brazaletes de oro con que se armaban en guerra los Beyes y capitanes indios, confesaron que eran inimitables en Europa. Por la Historia Tulteca consta que tuvieron noticia de la confusion de las lenguas, y el padre Torquemada que las examinó, dice, que estos tultecos vinieron de hácia la parte del Poniente, y que trajeron siete señores ó capitanes, especificando los nombres de aquellos primeros padres que se apartaron de las demas gentes, y trajeron consigo muchas gentes que fueron desterradas de su patria, y tambien el matz, algodón y demás semillas y legumbres que hay en esta tierra. Dice asimismo esta historia tulteca, que peregrinaron algunas edades en Asia, y cómo llegaron al continente y se internaron hasta *Huchuetlapallam*,

quizás lo que hoy llamamos Huehuetoca, primera ciudad de la Nueva España, que hermosearon de suntuosos edificios, y estando en ella reinando *Ixtlilicxahuac* en Tula, cerca de los años seiscientos sesenta de la Encarnacion de Cristo, *Huematzin*, célebre astrónomo de los tultecos, convocó á todos los sabios, y con los mapas que tenía y acuerdo del monarca, se pintó aquel gran Libro que llamaron *Teoamoxtli*, esto es, Libro divino, en el cual con distintas figuras, se dió razon del origen de los indios, de cuándo se dividieron sus gentes en la confusion de las lenguas, de sus peregrinaciones en la Asia, de la fundacion del imperio de Tula, de sus monarcas, leyes y costumbres, de los geroglíficos, de sus Dioses, con todo lo perteneciente á la religion, ritos, y ceremonias, de los sistemas de sus antiguos calendarios que eran unas ruedas pintadas, hechas con tal artificio, que no solo les servian para contar sus fiestas y tiempos del año, mas tambien de libros, porque en ellos asentaban cualquiera cosa que sucedia con mucha claridad. Su año de ellos tenia trescientos sesenta y cinco dias como nosotros, y no tuvieron noticia del bisiesto; le repartian en diez y ocho meses; cada mes tenia veinte dias, y componian el número de trescientos sesenta, á los que añadidos cinco dias que faltaban para el completo de los trescientos sesenta

y cinco, eran de fiesta: no los contaban, teniéndolos por haciagos, llamándoles *nenon temi*, esto es, que no se pueden nombrar. Llamaban al año *Xihuitl*, esto es, yerba, porque por esto se gobernaban para sus cuatro estaciones, comenzando por la primavera. Tenian estas ruedas dispuestas con tal concierto, que cada año, mes y dia tenía su figura propia de conejo, caña, castillo y pedernal, siendo estas figuras principales, cuatro que servian para los años, y contar los sucesos memorables, acomodándolas á todo segun el número que estaba junto á la figura. Servia una rueda de estas por especie de cincuenta y dos años, y era su *Xiutlapile*, que llamaban una edad: guardaban aquella rueda con lo que estaba escrito en ella, y hacian otra nueva para otros cincuenta y dos años. Podian por medio de esta rueda tener noticia de los sucesos en cualquier tiempo, porque queriendo saber de algun suceso pasado buscaban la rueda del siglo ó edad en que habia acaecido, y en ella hallaban el año, mes y dia y la sustancia del acaecimiento, como v. g., entre tal Rey y tal Rey, se dió batalla: murieron tantos: quedó vencedor fulano: hubo tal hambre ó tal peste, y otras cosas semejantes con sobrada declaracion. He visto de estas ruedas, y por ellas el padre Torquemada y el caballero Boturini han sacado grandes especies para describir sus histo-

rias con la diligencia que es notoria, y á ellas me remito para que halle el curioso lo que desea, si quiere inquirir con mas prolijidad las historias de estos naturales, cuya extraña curiosidad siempre admira, y quita de todo punto la duda que se podia tener, cómo se podia haber noticia de sus cosas, y referir con tanta puntualidad los sucesos tan antiguos y remotos que descubren su origen y serie de sus Reyes y demás memorables eventos de su nación. El caballero Boturini da la explicacion con primor de todas estas ruedas, y pone cuatro calendarios, uno natural y otro astronómico, otro cronológico y otro ritual, ó de sus festividades, y de ellos se vale para determinar el tiempo histórico de las naciones indias que ocuparon este hemisferio. Anduvieron ciento y cuatro años los toltecas vagueando por diversas partes de este Nuevo Mundo hasta llegar á Tula, donde contaron una edad que contenia de tiempo desde que salieron de su tierra, esto es, dos ruedas pintadas de á cincuenta y dos años cada una: tuvieron varios reyes, y comenzó á reinar el primero en Tula el año *Chicome Acatl*, y se llamó *Chalchiutlanacatzin*: sucediéronle otros, cuya enumeracion circunstanciada trae Torquemada, y en tiempo del último de sus reyes que fué *Tecpanacatzin*, por otro nombre *Tolpitzin*, se destruyeron los toltecas. Este último monarca

tuvo dos hijos varones, llamados *Xilotzin*, y *Pochtl*, de cuyo tronco procedieron despues los reyes de *Culhuacan*. Acabado el imperio tolteca por varios accidentes de hambres y guerras, las pocas reliquias que quedaron resolvieron desamparar la tierra para ver si mudando de clima podian tambien mudar de fortuna. Fuéronse unos por Campeche, otros por *Goatemala*, segun se colige de las historias *Aculhuas*: formaron poblaciones por estos rumbos, y apenas en la Nueva España se detuvieron unos cuantos, para poder decir que allí habian florecido en otro tiempo su sabio gobierno y poblaciones de tan hermosa y discreta policia.

La gente que habitaba estos dilatados países, y sobre todo la que habitaba las serranias en lo general, era bárbara, ruda y grosera; la mayor parte gentiles, idólatras y algunos ateistas, sin ley ni religion: unos vivian ea las selvas y bosques como venados, otros tenian vida más sociable y se gobernaban por capitanes que eran como Principes. Ya se iba acabando la nacion tolteca cuando vinieron del Norte los antiguos moradores de una principal ciudad conocida por *Amaqueme*, llamados chichimecas de la voz *Chichimecatl*; que significa el que clupa, dando á entender que los chichimecas antiguos vivian de solo la caza, y despues de haber flechado á los pájaros y otros animales

les chupaban la sangre caliente, lo que era el mayor regalo de esta nacion. En efecto, estos antiguos pobladores de la Nueva España eran silvestres, se mantenian con frutas y raices de los campos, no vivian en sociedad, habitaban en las sierras y montes, andaban desnudos, dormian en el suelo, y ningun género de policia tenian: las mujeres seguian á los maridos, y dejaban á las criaturas colgadas en ennas hechas de las ramas de los árboles, hartas de leche, hasta que volvian de la caza, en que eran muy diestras; no conocian ellos ni tenian religion ni superior, y hasta hoy dura esta gente bárbara en los territorios de las misiones. Varias de esta Nueva España, componiendo distintas y crecidas naciones de mecos, apaches, comanches y otros, que ha sido harto perjudicial por no tener (como verdaderos tártaros) habitaciones fijas y correr como gamos en las inmensas sierras y tierras ásperas que entretejen todos estos vastos paisés.

Como estos bárbaros chichimecas no cuidaban más que de sustentarse de la caza, fueron penetrando en dilatados desiertos y montes muy ásperos, descubriendo nuevo mundo. Al fin hicieron tal asiento en nuevas y mejores tierras: pobláronlas, y con la comunicacion de unos con otros, se introdujo entre ellos cierta especie de policia aunque bárbara, lo cual demuestra uno

de sus cantares con que reprendian á sus hijos cuando se maleaban. Les decian: « ¿Pensais que « de esa manera se ganan las honras? Sabed que « cuando nuestros antepasados habitaban los ás- « peros y espinosos desiertos, era su mayor re- « galo sustentarse con sus arcos y flechas, porque « si no lo trabajaban no lo comian: esto se acos- « tumbraba en tiempo de aquellos dioses chichi- « mecas nuestros antepasados. » Y despues otros, que tuvieron más brio, fueron sujetando á los más débiles, y de este modo fundaron poderosos imperios. Estos chichimecas fueron gobernados y regidos por valerosos y esforzados capitanes, quienes, insensiblemente, establecieron su señorio sobre los demás y formaron un grande imperio.

Dicen las historias chichimecas, que muerto *Tlacamalzin*, príncipe de aquella nacion (el mismo año que los tultecas se destruyeron y dividieron unos de otros) dejando dos hijos, el uno llamado *Acheautzin* y el otro *Xolotl*, se apoderó Xolotl de todo el señorio, no contento con el poder que á médias disfrutaba y que como á capitan valiente y animoso le correspondia. Trató no solo de conservar el señorio, sino de acrecentarle y de hacer célebre y glorioso su nombre. Hallábase á la sazón este primer poblador, conocido de la Nueva España, inquieto

y molesto por las correrías que hacian en sus fronteras unas naciones que habitaban hácia las partes del Sur y Mediodía, y pensó vengar las injurias antiguas que su padre y abuelo habian recibido de estas naciones, pero principalmente de las que ocupaban Jalisco y lo que hoy cae en la gobernacion de Nueva Vizcaya. Envió á reconocer la tierra; y como tuvo aviso que estaba ya casi despoblada de sus moradores, no quedando más señales de haber sido muy habitada que unas fortalezas y edificios arruinados, determinó ir él en persona, acompañado de todo su poder y de sus más valerosos capitanes, á buscar aquellas tierras para poblarlas en el caso de hallarlas yermas y desiertas, apoderándose de ellas y de todo este nuevo mundo, porque ya era tanta la multitud de sus vasallos, que no cabía en el patrio suelo. Salió, pues, este capitán general de la numerosa y muy política nacion chichimeca (diferente de la de los chichimecas bárbaros que hoy dia habitan en las serranias y hacen continuas correrías contra los indios mansos y los españoles, los cuales son tan crueles é inhumanos que comen la carne de sus enemigos), de partes remotas en demanda de las tierras de Jalisco y Michoacan: señaló el lugar adonde habian de concurrir todos sus vasallos, y le nombró *Nepohualco*, que quiere decir *contadero*, porque el Em-

rador *Xolotl* allí pasó revista de su gente, mandando á cada uno que en su presencia echase al pasar una piedrecita en el montón, el que llegó á formar un desmesurado cuerpo de piedras pequeñas que aun hoy en dia se ve y demuestra la multitud de gente con que pobló la Nueva España. Con esta inmensa multitud de la nacion chichimeca se fué internando su príncipe y caudillo *Xolotl* en las tierras de los tultecas, que encontró deshabitadas; y despues de haber peregrinado cerca de un año, dejando gente en los lugares más acomodados, quiso tomar posesion de las tierras de la Nueva España. Envió á su hijo *Nopalzin*, quien, habiéndolas hallado casi desocupadas de sus primeros pobladores, subió á la cumbre de un alto cerro y allí disparó cuatro flechas hácia los cuatro vientos, protestando que la tomaba por su padre á fuer de una legítima y natural ocupacion, el cual la defenderia con las armas contra cualquiera que las quisiese invadir á fuerza de hostilidades. Extraño modo de establecer los derechos de soberanía, pero que tiene semejanza en los tiempos antiguos de la República de Esparta y de otros señorios.

Tomada la posesion de estas vastas regiones de este singular modo, las conquistó con gran facilidad por medio de su hijo *Nopalzin*, que era un príncipe de gran valor, y no ménos por su gran

vigilancia y prudencia con que gobernó á su nacion, motivo que dió origen á que le llamasen *Xolotl*, que quiere decir ojo. Fundó el imperio chichimeco nobilísimo, no solo por su propia prosapia, sino tambien por la de muchos reyes que despues vinieron á pedirle tierras para poblarlas, y en pocos años vió el Emperador *Xolotl* casadas á sus hijas y repartida toda la tierra, en la que él y sus sucesores dominaron en parte como propietarios y en parte como monarcas que tenían en ella el alto dominio. La corte de este Emperador fué á los principios en Tenayuca, y despues se trasladó á Tezucó, donde floreció en los tiempos de su gentilidad una famosa escuela de todas ciencias y letras humanas, y donde los señores de su imperio enviaban á sus hijos para que aprendiesen la lengua general (y la más elegante que era la *nahuatl*), la poesia, filosofia, moral, historia, astronomia, medicina y asimismo algunos discursos cortesés que se debían pronunciar en ocasión de alguna embajada y para tratar con la nobleza de la corte. Fué despues creciendo este imperio á tal magnificencia, que en el entierro de un Emperador de este linaje, llamado *Texotlatzin*, asistieron más de sesenta reyes coronados, sin contar los grandes señores, cuyo número fué crecidísimo. Así lo aseguran el padre Torquemada y el caballero Boturini. Sus

cenizas, despues de quemado el cuerpo, á la usanza de esta nacion, fueron colocadas y sepultadas en una arca ó urna de esmeralda, cubierta con una lámina de oro. Algunos de sus emperadores fueron muy sabios, como *Netzahualcoyotl* y su hijo *Netzahualpitzintli*. El padre, cuyo apellido significa coyote hambriento, tercera especie entre el lobo y la zorra, por haber sido despojado de su imperio y perseguido en tiempo de *Maxilaton*, tirano de Etecapuzalco, se vió obligado á refugiarse en los bosques y serranias para librarse de su persecucion (á semejanza del coyote, que huye de los perros, de aquí tomó este nombre), repuesto en el poder fué muy prudente y justo en su gobierno: en los disturbios de su imperio solia ayunar cuarenta dias continuos en honra del Dios Criador de todas las cosas, y así lo hizo cuando se le rebelaron los de Chalco, y los venció. Tambien le llamaron *Acolmiztli*, esto es, brazo de leon, porque desoló la ciudad de Etecapuzalco y venció á todos sus enemigos.

Este célebre Emperador aborrecia interiormente la idolatria, y solamente la toleraba por no disgustar á sus vasallos, siendo apasionadísimo del Dios Criador del cielo y tierra, á cuya gloria mandó fabricar en Tezucó una torre de nueve altos, simbolo de los nueve cielos, y encima de ella una

cúpula oscura, pintada por dentro de un finísimo azul y adornada con cornisas de oro, dedicada al Dios Criador, que en lengua indiana llamó *Tloque Nahuaque*, queriendo dar á entender que este solo Dios, poderoso y clementísimo, era el único que tenía su asiento sobre las nueve andanas del cielo, en cuya alabanza compuso sesenta cantares. En dicha torre estaban continuamente unos centinelas encargados de tañer cuatro veces al día en una lámina de finos metales, á cuyo sonido se arrodillaba el Emperador y hacia su fervorosa oracion al Dios Criador, elevando los ojos al cielo y rogándole le diese su auxilio para gobernar bien á sus vasallos, á quienes prescribió ochenta leyes fundamentales que fuesen la basa de toda justicia. Estas leyes eran muy severas en punto criminal, que fueron ejecutadas irremisiblemente, y muy humanas en lo civil. No ménos célebre Emperador fué Nezahualpitzintli, hijo de Netzahualcoyotl, pues fué famoso poeta, historiador y astrónomo. En un mapa antiguo, que escapó de las manos incendiarias de los ignorantes, se ve este sabio Emperador sentado en su sitial en algun consejo de ochenta jueces, como en una sala del crimen, que llamaron *teotlatoli*, esto es, tribunal de Dios, con una flecha en la mano y teniendo á su vista los símbolos de una como espada, que más parece ser espina de

pescado, y de dos como unidos simulacros (tierra y agua) que demuestran la prontitud y celo que tuvo en hacer observar las leyes del imperio y castigar á los delincuentes (en que no perdonó ni á los de su imperial sangre) y el alto soberano derecho que representó sobre la vida y muerte de sus vasallos así por tierra como por agua. En este tribunal severo se presentaban los procesos criminales (pintados en mapas) y la ley que habian quebrantado los reos, y el Monarca daba la sentencia, haciendo una raya de muerte con la flecha sobre la figura del delincuente. Duró la monarquía chichimeca hasta la conquista de los españoles.

Entretanto afianzaban su imperio los chichimecas en Tenayuca, despues en Tezcuco y en los contornos de la laguna de México, se fué apareciendo otra gente forastera y más política que la de las gargantas de las Californias, hácia el Norte, en la parte donde se ha descubierto la Nueva México. Vino á ocupar las mejores tierras del imperio chichimeco y á fundar el suyo, que por grados y con sus repetidas conquistas formó el soberbio imperio mexicano. En los mapas de la nación mexicana se ven pintados los linajes de las naciones que con ella entraron en el continente de la Nueva España, que Herrera cuenta en número de siete y el caballero Boturi-

ni dice que los mapas que recogió solamente demuestran nueve capitanes, trayendo cada cual en el escudo las insignias de su nacion. Sean siete ó nueve estos linajes, llegaron primero al pueblo de Culhuacan (primero del continente) para venir al lugar ó sitio de *Chicomoxtoc*, que quiere decir paraje de las siete cuevas: atravesaron en sus acatles ó barcos toscos un corto estrecho de mar, que es el del golfo de Californias ó mar Bermejo. Segun su cuenta, peregrinaron los mexicanos y las naciones que les acompañaban, ochocientos años; y segun la nuestra, ochocientos veinte desde que salieron de *Navataclan*. Tardaron ochenta años en llegar á las tierras de México, y ántes que ocupasen el sitio de la ciudad de *Tenochtitlan* (México), oyeron sus capitanes cantar un pájaro, y luego fueron á escucharle; y como su silbido era *tihui*, que en lengua indiana quiere decir ya vamos, al momento levantaron el real, porque creyeron que les advertía se fuesen sin dilacion alguna.

Este numeroso y guerrero pueblo *azteca*, dividido en varias familias, de las cuales la principal era mexicana, persuadido y animado por el melodioso canto del pájaro, dejó el lugar de su nacion y caminó en demanda del que les ofrecia aquel canto que tenia por feliz presagio de su fortuna. Un célebre capitán, que tenia por nombre Huitziton, era quien en las largas y peligro-

sas jornadas conducia por sendas incógnitas, particularmente á los mexicanos, y sin perdonar fatigas cuidaba del bien público.

Entraron estos linajes en la tierra de Tenochtitlan (México) el año de nuestra salvacion de novecientos dos, y de ellos salieron los primeros xochimilcos, que quiere decir gente de sementeras de flores, quienes poblaron la orilla de la laguna de México hácia el Mediodía, y fundaron el lugar de su nombre y algunos otros. Los del segundo linaje fueron los chalcas, que significa gente de bocas, los que fundaron otro lugar confinante á los xochimilcos. Los terceros fueron los tepanecas, que quiere decir gente de la puente, y poblaron el occidente de la laguna, creciendo tanto, que llamaron *Etcapuzalco* á la cabeza de su provincia, palabra que significa hormiguero, y fueron muy poderosos. Fué dado el reino tepaneca, cuya corte era Etcapuzalco, en feudo por el Emperador Xolotl al Rey *Aculuhatl*, uno de los advenedizos, quien casó con la hija mayor de Xolotl, de cuyo matrimonio nació Huehuetzotzome, el que, habiendo muerto al legitimo Emperador *Ixtlilchoxitl Ometochtli*, tiranizó al imperio chichimeco, y lo mismo hizo *Maxtalon*, su hijo, el cual, siguiendo las depravadas huellas de su padre, en varias ocasiones envió asesinos para que quitasen la vida á Netzahualcoyotl, á

quien pertenecía legítimamente el imperio; pero éste dispuso tan bien sus cosas, que llegó á matar á Maxtalon y destruyó la enemiga ciudad de Etecapuzalco.

Los reyes de Tlacopan ó Tacuba, aunque de linaje tecpaneco, se abstuvieron siempre de mezclarse en los intentos de la principal casa de Etecapuzalco, y así merecieron de los demás Monarcas ser atendidos por su lealtad al imperio, siendo aceptados en la triple alianza de Tezcucó, México y Tlacopan, que en los últimos tiempos representó la majestad del imperio. Duró esta real casa de Tlacopan hasta la conquista de los españoles, y aun sus descendientes tienen de los Reyes Católicos el privilegio de ser enterrados con real pompa.

En cuarto lugar vino la nacion teochichimeca; y habiendo pasado por las faldas de los cerros de Tezcucó, fué á tomar su asiento en Tlaxcala, que quiere decir lugar de pan. Fortificó el monte inmediato Texcalticpac, y se gobernó aristocráticamente, dividiendo su territorio en cuatro partes principales, que se llaman aun hoy dia *Ocotulco*, *Tepeticpac*, *Quiauhuitlan* y *Tizatlan*. Esta República, siempre valerosa y célebre por haber resistido en tiempo de su gentilidad con heroicos esfuerzos á las armas mexicanas, guardando su antigua libertad, merece los más dig-

nos elogios por haber ayudado á los españoles á conquistar á México, contribuyendo con su constante fidelidad á la dilatacion del Evangelio en toda aquella amplísima region.

La quinta y sexta generacion, formando un cuerpo de nacion belicosa y deseosa de gloria, que, segun sus militares esfuerzos, dió á entender que se enseñorearia de las demás, llegó á la laguna de Chapultepec, imperando *Quimotzin* á los chichimecos. Dividióse esta nacion en mexicanos y tlatilulcos, y los demás linajes ya habian tomado sus respectivos asientos en la Nueva-España, habiendo pasado (segun refiere Herrera) trescientos años desde que salieron de su tierra y poblaron la Nueva-España.

Hay suma variedad en los autores regnicolas sobre la distincion de estos linajes; y como el caballero Boturini, en su *Idea Historica*, no hace más que apuntar lo que habia de declarar con fundamentos graves en la *Historia General* que trabajaba para darla al público, y no ha salido por causa de la muerte de éste, no puedo acertar en la exactitud que deseo observar en esta narracion concisa; motivo por qué omitiré muchas historietas que refieren otros autores, hablando de la llegada de la nacion mexicana á la laguna, y solo diré lo que me parece más constante, sacado de las laboriosas investigaciones

del famoso caballero Boturini y de otros curiosos escritores.

Todos convienen en que la nacion mexicana, gente política, belicosa y bien supersticiosa, fué guiada por un caudillo llamado Mexi, de donde tuvo origen el nombre de México y de toda la nacion mexicana; que su dios principal era *Huitzilopochtli*, cuya historia fabulosa dice, que Huitziton, célebre capitán de su nacion, cargado de años y de aciertos guerreros, fué una noche robado á vista del ejército y de todos los suyos, y presentado ante el dios *Tetzahualteotl*, que quiere decir dios espantoso, el cual, estando sentado en figura de un horrible dragon, le mandó sentar á su lado izquierdo y le dijo: « Seas muy bien venido, esforzado capitán: muy « agradecido estoy de lo bien que me has servido « y gobernado mi pueblo. Tiempo es ya de que « descanses, pues eres viejo, y que tus hazañas « te sublimen al consorcio de los dioses inmor- « tales. Vuelve luego á tus hijos y diles que no « se aflijan si en adelante no te tuvieren presente « como hombre mortal, pues desde los nueve cie- « los no solo los mirarás propicio, sino tambien « al tiempo que yo te desnudare de los despojos « de la humanidad, dejaré á tus huérfanas gentes « tus huesos y calavera para que aplaquen su « dolor, te consulten los caminos que han de lle-

« var, y á su tiempo les manifestaré la tierra que « les tengo destinada, y en la que tendrán un di- « latado imperio, respetadas de las demás nacio- « nes. » Hizolo así Huitziton y despues del doloroso coloquio que tuvo con sus gentes, se desapareció llevado de los dioses, y los mexicanos que derramaban copiosas lágrimas por el intenso pesar que tenian de su ausencia, se hallaron con la calavera y huesos de su amado capitán, los que llevaron consigo hasta llegar á la Nueva España, y al lugar donde fabricaron despues la gran ciudad de Tenoxtitlan, México, habiéndoles siempre hablado el demonio por la calavera de Huitziton, y muchas veces pedido le sacrificasen hombres y mujeres, de donde se originaron aquellos sangrientos sacrificios que esta nacion practicó despues con gran barbarie con los presos de guerra. Llamóse esta deidad *Huitzilopotchtli*, porque debieron creer los aztecas primeros, que estaba sentada á la mano siniestra de *Texcatlicopa* de la misma manera que la fingieron estar á la de *Tetzahualteotl* en esta segunda edad, en que de su nombre propio Huitziton y de *Mapoche*, que es la mano siniestra, compusieron el nombre de *Huitzilopochtli*. Como este ídolo estaba en tanta veneracion para con la gente mexicana, le consultaban en todas sus empresas, y la mandó salir de su tierra prometiéndola el señorío de los demas

linajes en tierra abundante, y grandes riquezas. Llevaron los mexicanos este ídolo, que venia á ser una arca fabricada de juncos, donde estaban la calavera y huesos de Huitziton, en hombros de cuatro de sus sacerdotes, los que le enseñaban los ritos y sacrificios que correspondian para la debida veneracion de su dios: les daban leyes, y sin su parecer no se atrevian á disponer cosa alguna caminaron muy despacio, sembrando y poblando, y aportaron al reino de Mechoacan, y pareciéndoles bien la tierra por sus hermosas selvas y lagunas, quisieron parar en ella, y por no permitirselo su ídolo, aunque les dió licencia para dejar gente en ella, pasaron adelante. La gente quedóse en Mechoacan, conocida por la Nacion Tarasca, porque le pareció que la dejaban desamparada, fué siempre enemiga de la mexicana. A su tiempo diré el motivo de esta enemistad, y todo lo que conduce al conocimiento de la politica nacion tarasca que formó el reino de Mechoacan, independiente del imperio mexicano.

Partieron de Mechoacan de orden de su ídolo los mexicanos y tlaltelulcos que eran de una misma prosapia, y antes de llegar á los términos de la laguna, que eran territorios del Rey de Culiacan, se dividieron unos y otros indios, y fabricaron sus respectivas ciudades con la sola division de una albarrada. Comenzaron los tlaltelulcos, que

significa gente serrana, y eran los más toscos, á formar su reino separado llamado de Tlaltelulco, y pasando de la otra parte de la sierra, por estar ocupados los llanos, hallaron tierra muy fértil y llana, y fundaron una ciudad que fué cabeza de un reino, llamada *Quahunahuac*, Cuernavaca, que quiere decir lugar adonde suena la voz de la águila, y esta provincia es la que hoy se llama el Marquesado. En el tiempo que *Axaiacac*, rey de México, venció á *Moquihuix*, rey de Tlaltelulco, entró el reino de este último en poder de los mexicanos. Los mexicanos se establecieron en Malinalco, Itzapalapa y otras tierras vecinas de la laguna, siguiendo las armas de *Cocoxtli*, rey de Culiacan, en varias guerras llevando la palma sobre todas las que habian aportado al imperio chichimeco y tulteco, y por su valor heroico consiguieron fijar su imperio, cuyo esplendor oscureció los de los antecedentes pobladores de Tula, Texcoco y Culhuacan. Pidieron sitio para poblar al señor de Culhuacan, el que les señaló á *Tasahapan*, que significa aguas blancas, con intento que pudiesen allí por las muchas víboras y culebras que habia en aquel sitio: aceptáronle, y el señor de Culhuacan les admitió en su servicio, viendo que amansaban las serpientes y cultivaban muy bien las tierras que les habia dado; despues habiendo ayudado esta nacion mexicana á *Coxcox*, rey de

de Culiacan en todas sus guerras, quiso saber aquel monarca los quilates del valor mexicano, y preguntó á sus vasallos cómo se habian portado en la guerra los advenedizos, quienes queriéndolos deslucir, respondieron que muy mal, y por prueba de ello podia su Majestad pedirles los esclavos que habian hecho en la batalla: no tardó el Rey en mandar á los capitanes mexicanos que exhibiesen los prisioneros de guerra, y ellos sacaron bajo de las tilmas unos taleguillos llenos de orejas, no cuidando traer las personas que de propósito dejaron á los culhuas, y las mostraron al rey, diciéndole que los esclavos que traian sus vasallos habian sido ántes prisioneros suyos como podia cerciorarse de las orejas, y que si quisiese mayor prueba mandase registrarlos, que se hallarian sin ellas. Hizolo así el rey, y vista la realidad del hecho, estimó tanto á esta nacion valerosa, que despues casó su hija única heredera con *Acampich*, primer Rey de Tenoxtitlan, México, por donde le vino la sucesion del reino de Culhuacan, que fué muy antiguo y se fundó de las reliquias de los tultecos, y tuvo larga serie de reyes. Así consiguió esta belicosa nacion con el discurso del tiempo tantas ventajas sobre los vecinos monarcas, que no solo emparentó con lo más sublime de la tierra, sino que conquistó con el valor de sus armas muchos reinos, señoríos y provincias,

siendo notoria la grandeza que tuvo el emperador Moctezuma Xocoyotl, en cuyo tiempo llegaron los españoles á la América Septentrional. Vivieron muchos años los mexicanos bien pobremente, y molestados de las correrías de los indios que eran vasallos de varios reyezuelos de los contornos de la laguna. Formaron al principio algunas chozas en la tierra que les habia dado el rey de Culhuacan, que caian en unas lenguas de tierra casi en medio de la laguna, cerca de un cerrito que hoy llaman el Peñol. Se mantenian de la pesca, y cuando iban á la guerra sus armas eran arcos y flechas, hondas, piedras, porras ó macanas, lanzas de palo muy duro y tostado, y en las puntas hincaban unos pedernales ó espinas de pescados, ó huesos con que se enconaban las heridas, y se hacian muy peligrosas. No andaban tan desnudos estos indios mexicanos como los chichimecos: conservan aún en el día el vestido antiguo de sus tilmas: traian las cabezas y el cogote pelados con balcarrotas pendientes como los serranos de Castilla. Eran amantes de la música y del baile, y envueltos en las tinieblas de la idolatría, eran por extremo supersticiosos, como lo denota entre ellos el caso que dió principio á la fundacion de su ciudad imperial de Tenoxtitlan. Dicen los historiadores que el Dios de los mexicanos, *Huitzilopochtli*, se apareció cierta noche á

uno de sus sacerdotes y le dijo que buscarse en la laguna en donde estaban alojados un tunal que salía de una piedra de cierto cerrillo que entonces estaba situado en medio de sus aguas, y que sobre el tunal vería una águila hermosa que se sustentaba de lindos pájaros, y que allí se había de fundar su ciudad, que prevalecería sobre todas las demas. El sacerdote comunicó al pueblo la vision del gran Dios *Huitzilopochtli*, y con grande veneracion fué el pueblo en busca del lugar tan deseado, y halló en la cumbre del cerrillo un árbol de tunas silvestres, que los indios llaman *Tenuchtli*, y encima de él una águila apostada, rodeada de lenguas, simbolos de que habló á los principales y mandones de dicha nacion, persuadiéndoles á que fabricasen en aquel mismo lugar su ciudad, la que del dicho árbol *Tenuchtli* se llamó Tenuxtítlan, y por corrupcion de la lengua, Tenoxtitlan. Consta este caso, por el mapa de Gemelli Careri, inserto en el tomo sexto, cap. 4.º de su Giro del mundo, donde se halla pintada la llegada de los mexicanos á la laguna, y el tunal con la águila encima y los simbolos referidos.

Fundóse esta ciudad por los gentiles, año de mil trescientos veinte y siete, á los cincuenta y seis de haber llegado á esta tierra. Sus fundadores fueron principalmente los mexicanos, y dicen que se llamó México, por el Dios *Mexitly*,

que adoraban los mexicanos: otros dicen que el nombre de México se derivó de un caudillo de las nueve familias que vinieron del Norte, nombrado Mexi, y añaden que México significa fuente ó manantial, y que se llamó así por los manantiales y veneros de agua que le circundaban. En la Gaceta de México (*) se halla esta erudicion afectada. En los idiomas hebreo, caldeo y siro es lo mismo México que de *Messias*, y que el mismo Mesias le dió el nombre, y este es su más honorífico título, como fiel sobrescrito y venturoso pronóstico que ya en la voz hacia eco á la verdadera religion de Cristo prometido: Mesias á uno y otro mundo, y naciones de todo el Orbe, y á México aun con el apellido de su real persona y *Messiasgo*. Luego que su idolo *Huitzilopochtli* les hubo señalado á los mexicanos el paraje adonde habian de fundar su ciudad, como se ha dicho, agradecidos de haber hallado la águila sobre el tunal, formaron junto al tunal un adoratorio de céspedes y cubierto de paja, para que la arca de su Dios reposase allí, hasta poderle hacer un suntuoso templo. Compraban y contrataban con la gente comarcana, á trueque de pescados y de diversos géneros de aves marinas, piedra, madera, cal y todos los aderezos necesarios para la fábrica

(*) Gaceta de México, por D. Juan Francisco Sahagun de Arévalo, año de 1728.

de su ciudad, que fué poco á poco en aumento, porque iban cegando la laguna con tierra y madera en parajes acomodados, para poder fundar sobre ella, y hicieron un santocale ó capilla de cal y piedra á su ídolo, el cual les mandó que toda la gente se repartiase en cuatro barrios principales, de suerte que quedase el templo en medio de ellos. Estos cuatro barrios son los principales de México, que se llaman aún hoy en el día, San Juan, Santa María la Redonda, San Pablo y San Sebastian. El sitio de la laguna adonde los mexicanos habian fundado su ciudad pertenecia y era término de los territorios de *Atzacapuzalco*, á cuyo rey pagaban por esto tributo, el que recelándose de la felicidad de los mexicanos, procuraba oprimirlos y tenerles sujetos, y les acrecentaba más y más el tributo, y en cierta ocasion les impuso uno extraordinario, entendiendo que no lo podrian cumplir, para con este motivo destruirlos, y era que habian de hacer una sementera en la agua de varias frutas y legumbres, y que estando ya en sazón y de punto se las habian de traer cada año. No dejaron de afligirse los mexicanos pareciéndoles cosa imposible; mas en fin, se salieron con ello, y hicieron la sementera como se pidió, porque sobre céspedes, tules y carrizos se echa tierra de tal forma que no la deshace el agua, y sobre ella se siembra y cultiva,

crece y madura, y se lleva entre canoas de una parte á otra, como lo vemos aun hoy dia en la laguna de México hácia Ixtacalco, donde hay muchas lenguas de tierra sobre céspedes, y en las cuatro esquinas un saúz ó otro árbol que con sus raíces las afianzan más, y se llaman chinampas. Sobre ellas fabrican los indios sus jacalitos: crian sus puerquitos y gallinas: tienen todos su pobre ajuar, y las siembran regularmente de flores, algunos ajos y cebollas, por diversion, con hacer palanca desde las canoas al pié de los árboles que sostienen las chinampas, con los remos se arrancan y se llevan nadando adonde se gusta. Los indios suelen de este modo pasarse de un paraje á otro. Así cumplieron entónces los mexicanos con la fábrica de las sementeras pedidas y se las llevaron al rey de *Atzacapuzalco*, quien se admiró de ello, y les impuso para en adelante otro tributo mas dificultoso, con tanta soberbia, que puso de nuevo á los mexicanos en afliccion. Consultaron á su ídolo que los consoló, diciendo que no tuviesen pena y estuviesen ciertos que vendria tiempo en que los de *Atzacapuzalco* pagarian con las vidas y la libertad tantos tiránicos pechos, y que por entónces era bueno obedecerles. Antes de tratar con más extension de los aumentos de esta imperial ciudad de México, será bien poner aquí para los curiosos una serie abreviada de los emperadores mexicanos,

que la fueron dando cada cual más y más lustre, hasta que llegó al esplendor que la hallaron los españoles cuando la cercaron y conquistaron.

IMPERIO MEXICANO.

PRIMER EMPERADOR.

Iba creciendo la república de los mexicanos; y hallándose molestados por el duro tributo que exigía de ellos el rey de Atzacapuzalco, y no menos de la mala vecindad de los indios de Tlaltelulco, acordaron de elegir rey que los amparase y defendiese de sus enemigos que los inquietaban, y para este fin enviaron una humilde embajada al rey de Cuyoacan, para que les diese por rey á un nieto suyo llamado Acamapichtli, que descendía por línea masculina de los príncipes mexicanos: el rey de Cuyoacan vino en ello: envióles á su nieto con mucho aparato, á quien dieron los mexicanos la obediencia: ungiéronle con el mismo óleo con que ungian su ídolo, y este fué el primer rey que tuvieron, cuya elección fué tan acertada, que á más de tener por amigo al rey de Cuyoacan, creció su república en tal manera, que en poco tiempo concibieron las naciones circunvecinas mucha envidia de su prosperidad y gran-

deza. Reinó el emperador Acamapic, primero de los mexicanos (que se interpreta el que tiene en la mano cañas), por espacio de veinte y un años, desde el de mil trescientos sesenta y uno, y en todo este tiempo se mantuvo con suma paz y quietud; bien que sujetó á su imperio las ciudades de Cuanahuac, Misquic, Cuitlabac y Xuchimilco: acrecentó la ciudad de México de muchos edificios, calles y acequias, habiendo celado siempre el bien y aumento de la república. Casó dos veces; la primera con hija del rey de Cuyoacan, que por estéril repudió, y la segunda con hija del señor de Tepetango, en quien tuvo un hijo llamado Tlatolzac, que se interpreta hombre que trae nuevas, y despues de éste otros. Estando para morir dijo á sus vasallos, que el mayor sentimiento que llevaba era no dejarlos libres del tributo y sujecion de los de Atzacapuzalco, y teniendo este rey hijos legítimos á quienes podía dejar la sucesion del reino, no lo quiso hacer, ántes dejó en libertad á la república para que eligiese el sucesor que le pareciese; pero en agradecimiento, los más nobles y ancianos de la república eligieron por rey á uno de sus hijos llamado Huitzilihuitl, y de aquí quedó la costumbre de no suceder los soberanos de este imperio por herencia sino por elección. Falleció el año de mil trescientos ochenta y dos, dejando á todos sus vasallos muy tristes

con la pérdida de tan buen padre, y fué sepultado á su usanza; aunque no se dice la solemnidad de sus exequias, quizás porque no se harían con el aparato que despues usaron, por estar en este tiempo los mexicanos muy pobres y oprimidos.

SEGUNDO EMPERADOR.

El príncipe *Huitzilihuitl*, que se interpreta pájaro de rica y estimable pluma, fué electo segundo emperador de los mexicanos por muerte de su padre. Comenzó á reinar á los diez y ocho años de su edad, y gobernó veinte y dos años con mucha quietud. Casó con hija del señor de Atzacapuzalco, de quien tuvo hijos. Lleváronla á México con gran solemnidad y fiesta: hicieron las ceremonias del casamiento, que era atar una punta de la tilma del marido con otra del manto ó huipil de la mujer, en señal del vínculo del matrimonio. Por razon de este parentesco dejó el rey de Atzacapuzalco á los mexicanos libres del tributo acostumbrado; solo exigió que le llevasen cada año un par de patos y unos peces en reconocimiento: fué este rey muy sagaz en granjear las voluntades: desde este tiempo comenzaron á usar los mexicanos de ropa blanca de algodón: procuró siempre ejercitar los suyos en las armas, aperci-

biéndoles para la guerra, y sujetó las ciudades de Toltitlan, Chalco, Tulantzingo, Xaltocan, Octupan, Acolman y Tezcucó. Falleció este príncipe á los cuarenta años de edad, dejando muy acrecentada su ciudad y muy bien ordenada su república con nuevas leyes, de lo cual fué muy cuidadoso.

TERCER EMPERADOR.

Aquí hay variedad en los historiadores, pues unos dicen que este tercer emperador fué hijo del antecesor, y otros asientan que era su hermano. Este príncipe se nombró Chimalpopoca, que significa rodela que humea, y despues que fué electo por los mexicanos, le pusieron en el trono, dándole en la mano derecha una espada de navajas de pedernal y en la izquierda un arco y flechas, simbolizando en esto que por las armas pretendian libertarse de la sujecion en que estaban. No se dice que hubiese sido casado; pero si que gobernó con suma tranquilidad; que sujetó á su imperio el lugar de Tequixquiac y á los chalquenses que se le habían rebelado; que al undécimo año de su reinado hizo traer una piedra muy grande y redonda en que se hacían los sacrificios, y despues, á los trece años de su gobierno, por cierto descomedimiento que

tuvieron los mexicanos con los tecpanecas, cuya corte era Etecapuzalco, vinieron una noche los tecpanecas á México y por traicion le prendieron, y se ahorcó él mismo en la prision en que le puso el Emperador Maxtla en Etecapuzalco, cuya muerte vengaron los mexicanos, quitándole la vida á palos y pedradas.

ALERE FLAMMAN
VERITATIS
CUARTO EMPERADOR.

Hallándose los mexicanos indignados del hecho tan feo y cruel de los tecpanecas, por haber sido causa de la muerte violenta de su Emperador, deseaban vengar esta traicion, y eligieron por sucesor del imperio un hijo natural del primer Emperador Acamapichtli, llamado Itzcoatl, único de este nombre, que quiere decir culebra de navajas. Aunque no era legitimo, le eligieron, porque en esfuerzo y valor era muy aventajado. Entró á reinar á los cuarenta y seis años, siendo capitán general de los ejércitos. Fué su eleccion muy aplaudida. Venció á los tecpanecas en batalla campal, y siguiéndoles el alcance con su ejército victorioso, saqueó la ciudad de Etecapuzalco y quedó por señor absoluto de este imperio y de otros, con que dilató los términos de su dominio. Reinó veinte y dos años, y sujetó al imperio mexicano las ciudades de Etecapuzalco, Cu-

yoacan, Teocalhuayan, Huahuacan, Tlacopan, Atlahuyan, Mixcoac, Cuajimalpa, Cuauhtitlan, Tupan, Acolhuacan, Cuiclahuae, Xuocinvilcopu, Cuatlatoare, Huictepec, Cuecalan, Cahualpan, Iztepec, Toalan y Tepecuanilco. Hizo tributario al señor de Tlatelolco é impidió la rebelion de los chalquenses. Vuelto de la guerra, comenzó en esta ciudad de México el templo del idolo *Zihualcohuac*, que quiere decir mujer-culebra. Al año siguiente dió principio al de *Huitzilopochtli*, y luego murió, y fué sepultado con la solemnidad de sus predecesores.

QUINTO EMPERADOR.

Conforme á lo dispuesto por los mexicanos para la eleccion de su Emperador, que hubiese cuatro electores y que con ellos se reuniesen los reyes de Tezcucó y de Tacuba, fué electo el príncipe Moctezuma (primero de este nombre), el cual significa señor sañudo, y por otro nombre *Ihhuicamina*, que quiere decir el que arroja flechas al cielo. El padre Torquemada dice que era capitán general de los mexicanos, y que por el valor que mostró con los de Etecapuzalco, trataron de elegirle Emperador; otros autores dicen que el capitán general de esta nacion era entonces el gran Tlacaeyel, y que reuniéndose con los electores

salió electo su sobrino Moctezuma; otros le llaman Huehuemotetzuma y le suponen hijo del segundo Emperador Huitzilihuitl. Sea de esto lo que fuere, este príncipe fué hombre de gran valor, ánimo y entendimiento, como lo demuestra el haber ensanchado su poder, sujetando á la corona mexicana las ciudades de Coyaxthehuacan, Malmahuaxtepec, Tenango, Tetecueteppec, Chiconquiahuc, Xiucteppec, Tololapan, Atlatlanética, Hoaxtepec, Yantepec, Tepotztlan, Tepatzingo, Yucapitzlan, Tlacho, Tlalcocohuatlan, Tepecaucileo, Cuyanteopan, Chontalcoatlan, Huchipitlan, Atotoninco, Axocopan, Tulan, Xilotepez, Izcuincuitlapilco, Tlalpacoyan, Chapolitzlan, Tlalanchitepec, Cuellaxtlan y Cuauhtenco. Pasó el volcan, y la garganta más trabajosa que tuvo fué la de Chalco. Fué conquistando hasta la mar del Norte y dió vuelta hasta la mar del Sur. Tambien ganó y sujetó á su obediencia grandes provincias, de modo que se hizo poderosísimo. Continuó la guerra de Tlaxcala, para que la juventud mexicana tuviese con quien ejercitar las armas y de donde traer copia de cautivos para hacer sus sacrificios á su dios Huitzilopochtli, cuyo templo perfeccionó, y en su dedicacion hicieron grandes sacrificios de enemigos cautivados en aquellas guerras. Reparó su ciudad imperial, que habia quedado muy maltrada por la

inundacion acaecida al nono año de su eleccion. Puso casa real con mucha grandeza y aparato, y despues, en el año veinte y nueve de su gobierno, tan próspero y victorioso, murió y fué sepultado á la usanza de sus mayores.

SEXTO EMPERADOR.

Acomodándome más al cómputo del padre Torquemada que al del padre Acosta y del historiador Herrera, por los graves fundamentos que cita en su cansada historia de los linajes mexicanos y series de sus reyes, habiendo menester una gran paciencia para leerle, coloco por sexto Emperador á Axayacatl, hijo de Tezozomoc-tli, señor mexicano y nieto de Izcoatl. Congregados los electores, eligieron por Monarca, segun las disposiciones del difunto Emperador Moctezuma, á Axayacatl, en atencion á su conocido valor y grandes prendas para reinar. Su apellido significa cara ó rostro cercado de agua. Luego que tomó posesion de su imperio, entró en el empleo que tenia Tlucuhcalcatl (de capitan general) su hermano Tizcotzin. El Emperador Axayacatl salió á campaña para hacer la conquista de la provincia de Tehuantepec, como se requeria para ser coronado. La sujetó, y con sus armas victoriosas subyugó toda la tierra hasta Guatulco, puerto muy

conocido, de la mar del Sur. Volvió de esta jornada con muchas riquezas y preseas á México, donde se hizo coronar con mucha magnificencia. Después de su coronacion hizo otras empresas en las que alcanzó grandes victorias, siendo el primero en acometer, por lo cual ganó el renombre de valiente capitán: otomies, malacatepecas, coatepecas, chichimecas, ocuiltecas y otras naciones fueron despojó del intrépido é invencible valor de Axayacatl. Venció á Moquihuin, señor de Tlaxolco: desbarató su ejército y sujetó aquel reino á su obediencia. En el primer año de su gobierno temblaron tres altos cerros de la provincia de Juchitepec: después hubo otro temblor que no solo destruyó las casas, pero aun los montes se desgajaron y deshicieron. En las guerras que tuvo contra los de Xiquipilco, le hirieron en un muslo, de cuyas resultas quedó cojo; y habiendo reinado doce años con tanta gloria, dejando tan aumentado su imperio con la conquista de muchas ciudades y de grandes provincias, murió y fué sepultado con la solemnidad acostumbrada entre los mexicanos.

SÉPTIMO EMPERADOR.

Flechado, herido ó ensartado se interpreta el nombre de Titzotzin, séptimo Emperador de Mé-

xico, electo con todos los votos por muerte de su hermano Axayacatl. Fué notado de cobarde ó poco belicoso, y seria en comparacion de su hermano, pues tuvo guerra con los de Tlacotepec y los venció. Agregó al imperio mexicano catorce ciudades: Tonahimoquizayan, Tojico, Ecatepec, Zilan, Tecajic, Toluca, Yancuitlan, Tlapa, Altercahuacan, Mazatlan, Jochitlan, Tecamachalco, Ecathycuapocheo y Miguatlan. Continuó el edificio del templo de su dios Huitzilopochtli, y al cuarto año de su gobierno murió hechizado, é inmediatamente se descubrieron los malhechores, que fueron los señores de Ixtapalapam y de Tlacho, y ellos, los magos y demás cómplices fueron ajusticiados con muerte digna de tan grande crimen. Así lo asienta el padre Torquemada, repugnando lo que dicen Acosta y otros, que fué muerto por los mexicanos con veneno por cobarde.

OCTAVO EMPERADOR.

Fué elegido en la forma acostumbrada el octavo Emperador de México, el cual se llamó Ahuitzotl, que quiere decir animal palustre, que corresponde á la nutria. Pusieron los ojos en él los electores, por muerte de su hermano, porque le tenían por valiente, afable y amigo de hacer

bien. Habiendo sabido este soberano que los de Cuajutlan, provincia rica, habian maltratado á los que llevaban á México el tributo y alzándose con él, le pareció ir á castigar semejante desacato y hacer muchos cautivos para celebrar la fiesta de su coronacion. Tuvo gran dificultad en allanar esta gente; pero al fin la venció, y volvió de su expedicion con grande riqueza y muchedumbre de cautivos, como los demás reyes sus antecesores. Su primer cuidado fué concluir el templo de su principal dios, y en su estreno sacrificaron setenta y dos mil trescientos cuarenta y cuatro cautivos. Despues sujetó al imperio mexicano cuarenta y cinco ciudades y muchas provincias, y le extendió hasta Guatemala, que dista cerca de cuatrocientas leguas de México. Fué este príncipe muy liberal: mejoró con muchos edificios la ciudad de México: hizo traer á ella el agua del ojo de Acuecnexatl, con que se inundó la ciudad, y entónces descubrió la cantera del tezontli, pero lo remedió con su industria, dejándola aislada y asegurada. Despues de diez y ocho años de un gobierno prudente, y bienquisto de todos sus vasallos, murió y fué sepultado con la misma pompa que sus mayores. Dicen las historias de los indios, que la muerte de Ahuizotl procedió de haberse herido en la cabeza por salir huyendo de unos aposentos bajos con ocasion de una gran-

de avenida de agua que sobrevino á la ciudad de México.

NONO EMPERADOR.

Por muerte de su antecesor, como Moctezuma era uno de los electores y persona tan grave y de gran consejo, fué electo Emperador de México con todos los votos y general aplauso. Este memorable segundo Moctezuma Xocoyotl, llamado el Mozo, príncipe liberal, franco, dadivoso, religioso, justiciero, sabio, sagaz, cuyos heroicos hechos piden larga y prolija historia, se mostró muy afable ántes de empuñar el cetro; mas despues de haber conquistado una provincia del mar del Norte, en que consiguió mucha gloria, dispuso que se celebrase su coronacion con las mayores fiestas y sacrificios que se habian visto. Desde entónces mudó de condicion, llegando á tanta altivez, que se hacia respetar y adorar casi como dios. Fué dichoso en la guerra, y sujetó á su imperio cuarenta y cuatro lugares y ciudades: ganó nueve batallas campales. Servíase con mucha grandeza y ceremonias; y cuando entró la primera vez Hernán Cortés á México, el año de mil quinientos veinte, habia llegado el imperio mexicano (en su tiempo) á la cumbre de su mayor opulencia y esplendor. Hemos referido ya

cómo este príncipe supersticioso procuró estorbar la entrada de los españoles á sus dominios, asustado y amilanado por los repetidos indicios de la declinacion y próxima ruina de su imperio; el grande afecto que manifestó á los españoles hasta el grado de salir á una ventana ó galería á sosegar á los indios que se habian alborotado, y que le hirieron éstos de una pedrada por cobarde, de cuya resulta se le vino la muerte. No se bautizó, y despues de haber reinado unos diez y ocho años murió, dejando poco sentimiento en el corazon de sus vasallos, quienes le quemaron en una grande hoguera en el lugar de Copalco y no en Chapultepec, y luego arrojaron sus cenizas al aire.

DÉCIMO EMPERADOR.

Algunos historiadores no cuentan entre los emperadores mexicanos los dos últimos que despues de la muerte de Moctezuma gobernaron la gente mexicana, persuadidos de que no tuvieron mando y potestad absoluta de reyes; pero aunque fué violenta la eleccion de ellos y grande la desgracia del último, tanto mandaron como los demás, como ya se ha visto, pues inmediatamente al fin y muerte del grande Emperador Moctezuma se hizo, quanto ántes, por los mexicanos eleccion de nuevo Emperador en su hermano el príncipe Cue-

tlahuac ó Cuittlahuatzin, señor de Iztapalapan, hombre astuto, sagaz, valiente y bullicioso, que influyó mucho para que se echasen de México á los españoles. En quanto tomó el gobierno, se ocupó en dar trazas y disposiciones para que se hiciesen fosos y trincheras, á fin de fortificar la ciudad. Ofrecia dádivas y hacia mercedes á los que resistian y mataban á los cristianos. Sabidos son sus trabajos, especialmente los que pasaron despues de la noche triste, en que se vió Cortés en riesgo de perecer con todos los españoles y sus aliados de Tlaxcala. Reinó solo cuarenta dias, porque el año de mil quinientos veinte, en la general epidemia de viruelas y sarampion, murió con la mayor parte de los indios. No se tiene noticia cómo ni dónde fué su entierro y sepultura.

ÚLTIMO EMPERADOR MEXICANO.

Segun las más verídicas historias, fué el príncipe Cuauhtimotziñ el último soberano del reino gentil mexicano, cuyo nombre significa águila que cae ó se precipita. Fué sobrino del grande Moctezuma, hijo de su hermano Ahuitzotl y de una señora de Tlatelolco, en donde tenia sus palacios, y allí era sacerdote mayor de los idolos, y muy estimado por su gran valor y buen entendimiento, como lo manifestó en la resistencia que

hizo á Hernan Cortés en la toma de México, y principalmente el dia último del cerco de aquella ciudad imperial, en que despues de haberla defendido todo lo posible fué preso, y despues (en el viaje que hizo Cortés á las Hibueras) ahorcado con otros dos reyes sus parciales en un árbol llamado *pochotl*: en éste feneció el grande imperio mexicano.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XLI.

DE LA RELIGION DE LOS INDIOS MEXICANOS: DE SU GOBIERNO: DE LA CIUDAD DE TENOXITILAN: DISPOSICIONES DE HERNAN CORTÉS PARA SU REEDIFICACION: AÑO DE 1521.

Respecto á la religion de estos indios mexicanos, fué ninguna á los principios, y si fué alguna respiraba la idolatría más crasa. Despues de la confusion de las lenguas como tengo apuntado, perdidos, derramados y esparcidos por la Asia, los progenitores de estos indios mexicanos vagaban como los primeros tártaros siberios de quienes concibo descien den con harta probabilidad, en continuas peregrinaciones sin mas anhelo que ocupar tierras y vivir una vida brutal, hasta que con la sucesion de su primera y segunda edad,

hizo á Hernan Cortés en la toma de México, y principalmente el dia último del cerco de aquella ciudad imperial, en que despues de haberla defendido todo lo posible fué preso, y despues (en el viaje que hizo Cortés á las Hibueras) ahorcado con otros dos reyes sus parciales en un árbol llamado *pochotl*: en éste feneció el grande imperio mexicano.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPITULO XLI.

DE LA RELIGION DE LOS INDIOS MEXICANOS: DE SU GOBIERNO: DE LA CIUDAD DE TENOXITILAN: DISPOSICIONES DE HERNAN CORTÉS PARA SU REEDIFICACION: AÑO DE 1521.

Respecto á la religion de estos indios mexicanos, fué ninguna á los principios, y si fué alguna respiraba la idolatría más crasa. Despues de la confusion de las lenguas como tengo apuntado, perdidos, derramados y esparcidos por la Asia, los progenitores de estos indios mexicanos vagaban como los primeros tártaros siberios de quienes concibo descien den con harta probabilidad, en continuas peregrinaciones sin mas anhelo que ocupar tierras y vivir una vida brutal, hasta que con la sucesion de su primera y segunda edad,

creyendo que todas las cosas necesarias y útiles al sustento de la vida humana eran verdaderas deidades, imaginaron diferentes naturalezas de dioses, compuestas de unos cuerpos superiores á las fuerzas humanas, las que reverenciaban con sumisiones y sacrificios, en cuya ejecucion exploraban con señales sensibles su beneplácito. Así nació entre los indios al mismo tiempo la idolatria y adivinacion, equivocando la causa primera con las segundas, á quienes erradamente atribuyeron divinidad y culto. Como andando el tiempo se iban civilizando con la comunicacion, y porque sin religion no puede haber sociedad alguna, comenzaron á valerse de geroglíficos divinos, así porque no tenían el uso de las letras para explicar sus conceptos, como porque en los principios era muy escasa de palabras la lengua de ellos, que eran imperativas y monosílabas. Se vieron pues estas naciones en la precision de erigir simulacros de esta ó otra divinidad que adoptaban, formando una natural generacion de ellos con que pretendieron historiar las cosas de su religion, y costumbres de sus tiempos. Siendo desde luego innumerables las necesidades de esta vida humana, eran tambien innumerables los ídolos de que usaban los mexicanos. Solo en su ciudad antigua, imperio de Tenoxtitlan, adoraban mas de dos mil dioses que tenían sus templos, pero los principales eran

el de *Tezcatlipoca*, dios de la providencia, primera deidad indiana, porque confesaban á un Supremo Dios hacedor de todo, y este era el principal que veneraban, mirando al cielo, entendidos que se gobernaba el mundo por una sabiduria divina, que tenía su asiento en el cielo, y á su cuidado todas las cosas humanas: el otro templo era el de *Huitzilopochtli*, dios de la guerra, que quiere decir siniestra de pluma relumbrante. Tributaban la mayor adoracion á este ídolo, y su templo, que fue obra de varios emperadores, era el mas suntuoso: le sacrificaban multitud de cautivos que hacian en las guerras, porque lo consideraban sediento de sangre humana. Además de estas deidades mayores, tuvieron los indios muchísimas otras menores: como eran tan pocos de voces, les fué preciso imaginar más dioses para explicar los que correspondian á tantas necesidades de la vida. Tenian en un calendario idolátrico repartidos los dioses en cada mes de los diez y ocho que contaban de á veinte dias. El templo principal era el de *Huitzilopochtli*, que como principal caudillo que formó el principio del imperio mexicano le veneraban por Dios. La figura de este ídolo era de las más horribles y espantosas, cubierto de nácar, con muchas perlas y piezas de oro, esmeraldas y otras piedras preciosas, aves, sierpes, animales, pejes, flores y rosas hechas

á lo mosaico. El cuerpo estaba ceñido de una cadena de oro gruesa y en forma de serpiente: tenia los ojos de cristal, que de día y de noche relumbraban mucho sobre una cara formidable y espantosa. El templo principal estaba en un sitio cuadrado adonde está ahora la Catedral y la cruz de los talabarteros. De esquina á esquina habia un tiro de arcabuz: guardaba este edificio la forma piramidal: las gradas eran ciento catorce ó ciento treinta. En lo alto habia un altar grande con el idolo, y una torre muy alta y vistosa desde donde se registraba toda la ciudad, la laguna y todos los contornos. Era tan espacioso este cue ó templo, que cuando se juntaban á bailar en las celebraciones de sus fiestas principales, cabian danzando mas de diez mil indios, y particularmente en el vestibulo que estaba delante de los aposentos donde vivian mas de cinco mil personas entre sus falsos sacerdotes y mujeres que llamaban de penitencia, que comian, dormian, bebian y servian en el templo. Estaba mas arriba del osario en el primer descanso y delante del altar, una piedra piramidal verde y puntiaguda de altura de cinco palmos, adonde ponian á los hombres para sacrificar: los echaban de espaldas sobre ella, haciéndoles doblar los cuerpos, y los abrian con un pedernal muy afilado, atravesando el pecho, y sacaban fácilmente el corazon. Tenian enfrente del

patio del templo, un osario de cabezas de hombres presos en las guerras y sacrificados, en que habia un número considerable de calaveras sin las que estaban en las torres. El que quisiere saber con prolijidad todas las particularidades tocante á la religion y templo de este principal idolo de los mexicanos, vea á Herrera, que trae á la larga la descripcion de este y otros templos de aquellos gentiles, y en algunos juegos de la historia general de este autor, se ven pintados los idolos, y solo viéndolos se puede hacer concepto de su horrible figura. Yo he visto en mi juventud una historia mexicana, adornada de varias láminas, impresa en frances, que algo apunta de estos asuntos; allí se veia la figura del gran templo de los mexicanos, sacada de Herrera, como lo es tambien la que trae el ilustrísimo señor Lorenzana en su Historia de Nueva España. Nuestro Torquemada informará prolijamente de estas naciones, de su religion, y de tan ridiculas y feas deidades, á quien tenga paciencia para leerle; pero el que quisiere mas perfecta instruccion consulte la Idea de una nueva historia general de la América Septentrional, que dió á luz el caballero Boturini, y hallará con gran método y erudicion cuanto se puede desear para instruirse en una materia tan oscura como es la mitologia de estos dioses mexicanos.

En cuanto al gobierno de estos pueblos, sus leyes se fundaban en el derecho natural; y toda la sabiduría vulgar de los primeros padres gentílicos no respiraba otra cosa que idolatría, nupcias solemnes, crianza de niños, cultivo de tierras y sepulturas de cadáveres. En todas sus cosas exploraban el agrado de sus dioses, por medio de los aruspices, como lo hacian otras naciones antiguas. Despues los más aventajados de ellos en fuerzas y valor, y los ancianos, daban leyes á sus familias, arregladas al derecho natural, que consistia en aquellos principios en ocupar tierras para cultivar, pretender los caminos libres, y sujetar á las naciones que á sus justos fines se oponian. Cayó el gobierno aristocrático de sus héroes, y entró el monárquico, que se fué estableciendo en cierta porción de tierras, y cada reino formó sus leyes, costumbres, ritos y ceremonias á su modo, y así entre los mismos indios se halla gran diferencia de costumbres, pues los de tierra caliente son flojos y los de tierra fria robustos y fuertes para el trabajo: los de la templada participan de uno y otro: los de las partes mediterráneas tienen un genio; otro los de las costas marítimas. El gobierno que más prevaleció en esta gente fué el monárquico por parecerle más fundado en justicia. Gil Gonzalez dice, que su gobierno consistia solo en el querer del príncipe, y que sus conse-

jeros no servian de más que de ornamento, como vasos de aparador, que solo sirven para dar gusto á la vista. Los ministros públicos que faltaban en su oficio, morian por ello. En su república gentil daban la mayor estimacion al soldado, diciendo ser el muro del imperio, defensa de la patria, y una gloria que se compra con el peligro de la vida y de la sangre. En la defensa tan valerosa que hicieron los indios mexicanos de su ciudad imperial, se reconoce el afecto que tenían á las armas, y el amor á la patria, y de sus antiguas costumbres. No haré más larga digresion, porque he tocado en este Aparato lo bastante para que se venga en conocimiento del origen de estos indios, de su religion, usos y costumbres, de su politica y gobierno más sabio de lo que piensan algunos que tienen á estos naturales por estúpidos y bestiales, siendo así que los desapasionados ministros evangélicos que los han tratado para inspirarles las máximas de nuestra santa fe, han hallado en ellos competente capacidad para instruirlos, y todos han admirado su gobierno antiguo, y el concierto de sus leyes y de su vida práctica. El monumento más claro de su capacidad es el orden primoroso de sus calendarios y ruedas pintadas en que se demostraban con veinte simbolos los dias del año. Es cosa admirable ver en los mapas de los indios, dibujados los imperios, pro-

vincias, ciudades y tierras de cada pueblo con montes, aguas y todo lo necesario al asunto. Podia tanto en aquellos indios el amor á la verdad, que al mentiroso se le cortaba el labio inferior para que fuese conocido en la república, y el embusterero pagaba su delito con la vida. Así con admirable verdad y sencillez referian sus historiadores, en pinturas y caracteres, las cosas dignas de memoria, por cuyo motivo, como bien lo persuade el caballero Boturini, no hay nacion gentilica que refiera las cosas primitivas á punto fijo como la indiana, y los que observan el carácter de los indios que han quedado en la Nueva España, se hacen cargo de la grande equivocacion que padecen muchos en el conocimiento de sus cosas y genio, por no reflejar que estos están abatidos con el duro yugo de la servidumbre que los hace apocados, maliciosos y bisoños, propiedades que no tenían sus ascendientes cuando gozaban de todo el esplendor de su imperio, y más que en la conquista de sus tierras por las armas españolas y con el azote de enfermedades contagiosas que en aquellos tiempos se explicaron, pereció toda la nobleza mexicana, y no ha quedado mas que un rasgo de lo que fueron estos naturales. Hay otras causas de la decadencia de estas naciones en orden á su número, genio y política, que se irán pulsando en el discurso de esta

Crónica, como en algo se han tocado en este Aparato.

Dejamos al valeroso Hernan Cortés dando gracias al Dios de los ejércitos por el triunfo y conquista de la gran ciudad de Tenoxtitlan, México, donde el despojo fué de inestimable valor; pero porque con el cerco y prolija guerra de setenta y cinco dias quedó muy arruinada la ciudad, y inficionada con tan crecido número de cadáveres de millares de indios que habian perecido en un asedio tan porfiado, trató este sabio general de retirarse á la ciudad de Cuyoacan, para entender en el buen gobierno, pacificacion y seguridad de lo conquistado: mientras la ciudad se limpiaba de las inmundicias y cadáveres, y se reedificaban las casas que en la guerra habian quedado destruzadas, pensó primero Cortés formar otra poblacion alrededor de las lagunas, como lo dice él mismo en una de sus cartas que escribió á la imperial Majestad de Carlos V; pero atendiendo á que la ciudad de Tenoxtitlan era la matriz de todo aquel imperio mexicano, y tenuta en mucho por los mexicanos, le pareció deber poblar sobre sus ruinas reparándolas y repartiendo los solares á los españoles que se asentaron por vecinos. Hizose nombramiento de alcaldes y regidores en nombre del emperador, segun en sus reinos se acostumbra, asignando Cortés como era razon, á

cada uno de los conquistadores un gran solar, á más del que se les habia de dar como vecinos por lo mucho que habian trabajado en la toma de aquella gran ciudad. La primera diligencia de este vigilante caudillo, fué fabricar una fuerza en el agua, á cierta parte de la ciudad, que se presume ser el sitio donde hoy está el matadero, en que pudiera tener los bergantines seguros, y desde ella ofender á toda la ciudad en caso de algun movimiento. Era de tal construccion, y de disposicion tan ventajosa, que con tenerla, como lo confiesa el mismo Cortés, quedaba en nuestro arbitrio la paz y la guerra. Se dió tanta priesa la gente en la fabrica de las casas, que de las ciento y veinte mil casas que tenia cuando á ellas llegó el marques del Valle la primera vez, en pocos años la llegó á ver en su tiempo con cien mil, y edificó para sí una muy suntuosa en otra que fué del emperador Moctezuma. Ya el año de mil quinientos veinte y cuatro habia muchas casas hechas porque habia mucha abundancia de piedra, cal y madera, y de ladrillo que los naturales hacian, y desde ese año que escribió Cortés al César Carlos V, firmando su carta de la gran ciudad de Tenoxtitlan, México, asegura á su Majestad que dentro de cinco años seria la mas noble y populosa ciudad, que hay en lo poblado del mundo y de mejores edificios. En efecto, como bien lo nota

el ilustrisimo señor Lorenzana, la formacion de México es de las mejores ciudades del mundo, y cabe en ella tanta perfeccion que sea el jardin más hermoso de Italia. Esta ciudad que antes fué principal y señora de todas estas provincias, lo es ahora que se va fabricando sin cesar; y aun en los principios de su reedificacion tenia visos de que habia de ser una de las ciudades más hermosas del mundo, por estar situada en medio de un amenisimo valle, abundancia de agua, y benignidad de clima. Está al fin del segundo clima septentrional. Tiene de altura de polo diez y nueve grados y veinte minutos. Goza por signo predominante á Capricornio, casa de Saturno: está circunvalada de hermosos cerros de montes y sierras; que como á emperatriz de este reino, y señora de toda la monarquía indiana de ambas Américas la sirven de corona. En tiempo de los gentiles estaba á modo de Venecia, pues en todas las calles habia acequias de agua, por donde andaban en canoas. Tenia solo tres entradas que eran tres hermosas calzadas hechas á mano, de tierra y céspedes y muy cuajadas de piedras. Una entra en la ciudad por el Norte, y tiene una legua. La otra por el Poniente hácia la tierra firme y es poco más de media legua. La otra está al Mediodía, es de casi dos leguas, más derecha, y llega á Iztapalapa. Por el Oriente no habia calzada, y allí

estaba la laguna salobre. Despues añadieron los españoles tres calzadas: una que sale hácia Cuauhtitlan donde están los arcos de la Tlaxpana, y se llama de Santiago, por donde se va tierra adentro, Zacatecas y á sus ricas minas. Otra que llaman de la Piedad y es muy grande y bien hecha, y la de Chapultepec, donde está una grande y hermosa cañeria de arcos por donde va el agua. Se han añadido con el tiempo otras calzadas, como la de Nuestra Señora de Guadalupe y la que va á San Agustín de las Cuevas, que llaman de San Anton. Todo lo demás era agua, y solo se andaba con canoas. Los españoles fueron edificando hácia donde está hoy la iglesia catedral, y los naturales ó indios se quedaron en Tlalotelco, Popotla y sus inmediaciones. Las casas de los indios son humildes y pequeñas: algunas de los arrabales se han hundido hasta la mitad de la puerta. Las de los españoles eran bellas y grandes, de cal y canto, pero poco altas, así por el peligro de los temblores que eran muy frecuentes entónces, como principalmente por la poca firmeza del terreno, que siendo lodoso por la cercanía de la laguna, se van hundiendo con el tiempo los edificios.

Un brazo de agua dividia entónces las poblaciones de los españoles de las de los indios, habiendo en las calles que por ellas atravesaban puentes de madera por donde se contratava de

una parte á otra. Habia dos grandes plazas ó mercados, que llamaban *tianguis*: el uno en la parte que habitaban los naturales, y el otro en el sitio de los españoles, de modo que la plaza ó mercado de los naturales era Santiago Tlalotelco, y la de los españoles era la plazuela del Volador. Otro mercado se fué formando despues al mismo tiempo que se construía el palacio de los excelentísimos señores vireyes, y es la plaza mayor, que está cerca del palacio y casi en el centro de la ciudad. Hacia el Norte de esta gran plaza, en el mismo sitio en que estaba el templo mayor del gentilismo, lugar que fué primero de los religiosos de nuestro Padre San Francisco, fundó en su primer origen la iglesia metropolitana el inclito capitán Cortés bajo el título de nuestra Señora de la Asuncion. Mejoró despues el edificio el primer Obispo Don Fray Juan de Zumárraga, y le dió el título de catedral, que es la obra más magnífica de México. La primera misa que se dijo en esta ciudad, en una capilla que se formó con licencia de Moctezuma, la celebró Juan Diaz, clerigo, el cual está enterrado en el obispado de Tlaxcala, y fué el primer sacerdote que la dijo en esta ciudad y el primer cura de la Nueva España (*). Pasó con el Mar-

(*) Torquemada, lib. 3, folio 324, y lib. 4, folio 500. — Herrera, Década primera, folio 94. — Gomara, pág. 94. — Bernal Díaz del Castillo en su historia.

qués, para lo espiritual y divino, juntamente con Juan Diaz, el venerable padre fray Bartolomé de Olmedo, mercenario, hijo de la Provincia de Castilla y varon verdaderamente apostólico. Juntos salieron á la conquista; llegaron y la consumaron juntos, dando á Dios almas, á la Iglesia hijos y á su Rey vasallos. El y Juan Diaz fueron los primeros que dijeron misa y plantaron la cruz en aquel vasto imperio. Asi lo expresa Juan Diez de la Calle en sus Noticias Sacras.

La planta de la ciudad es paralela y cuadrilonga: sus calles son largas, llanas, anchas y derechas, tiradas á cordel: por ellas pueden pasar diez hombres á caballo en formacion, y cómodamente dos coches á un tiempo, y cruzándose las calles que van de Oriente á Poniente con las que van de Norte á Sur. Dividen la ciudad en muchas cuadras ó manzanas, que quedan aisladas por todas partes, lo que le da notable hermosura, y en esto excede en belleza á las ciudades de Europa.

Esta gran ciudad aun en sus principios, segun lo afirma Cortés al señor Carlos V, era abundantísima de mantenimientos y de cuanto es necesario no solo para la vida humana, sino para cuanto puede desear el apetito más delicado para solazarse. Hay todo género de abastos: en todo tiempo se encuentran frutas y flores en grande abundancia, y sus especies son muy distintas de

las de España. Esta abundancia se nota más en el rigor del invierno, y esto proviene de la benignidad del clima, que es generalmente templado, pues no se experimenta el rigor del frio ni del calor tanto como en España, aunque hay gran variedad de temperamentos; por lo que dicen en México que el invierno dista del verano un solo paso, porque el que está al sol se quema, y en pasando á la sombra tiene frio.

Dice el maestro Gil González, que el temple y constelacion de su cielo hace á sus naturales religiosos, modestos, amigos de hacer bien, caritativos, inclinados á los estudios y letras, obedientes á los mandatos y leyes de sus principes, veneradores del divino culto y magnificos en el adorno de sus templos, y para con los pobres, limosneros y compasivos.

Con las acertadas providencias de Cortés nada faltaba en aquella nueva ciudad de lo que ántes solia haber en tiempo de su prosperidad, y despues se aumentó tanto su poblacion y el número de sus edificios, que vino á ser (y es sin contradiccion) una de las ciudades más ricas de todo el orbe. El año de mil seiscientos siete se apreció en veinte millones; el de mil seiscientos treinta y siete en cincuenta millones, segun Gil González Dávila y Vetancurt, con ocasion de querer mudar la ciudad á terreno más firme; y en nuestros

días, con el motivo de la inundacion que la amenazaba el año de mil setecientos sesenta y tres, se valuó en más de sesenta millones su valor. Hay mucho que decir en órden á la magnificencia y opulencia de esta capital de la Nueva España, por lo que solo me remito á varios autores que han tratado particularmente de este asunto, por no desviarme demasiado del mio: lo cierto es que cada dia va á más su grandeza y poblacion, pues dentro de México, segun los juicios más prudentes y por los últimos padrones, se regula haber de trescientas á cuatrocientas mil personas de todas clases; y por tener títulos de Castilla muchos caballeros cruzados, nobles é hidalgos, mercaderes riquísimos, mineros muy poderosos y otros con haciendas muy grandes, y tantos sugetos acaudalados, es sin duda de las ciudades más ilustres y lucidas del mundo.

CAPITULO XLII Y ULTIMO.

TRATA HERNAN CORTÉS DE DAR NOTICIA AL EMPERADOR
CARLOS V DE LA CONQUISTA DE MÉXICO
Y DE SU IMPERIO: SE TOCA TODO LO DEMAS QUE COR-
RESPONDE A ESTE AÑO DE 1521
HASTA LA MUERTE DEL PAPA LEON X, Y CONCLUSION
DE ESTE APARATO.

NUMERO 1.

Mientras tanto se iba reparando la ciudad de Tenochtitlan, trató Cortés de enviar personas de su satisfaccion para que informasen á su Majestad imperial de lo acontecido, de las milagrosas victorias que habia alcanzado y de la conversion de gran número de gentiles que pedian el santo bautismo con ansia y que deseaban ser enseñados y alumbrados con la luz del Evangelio. Fueron nombrados para este efecto Alonso Dávila y An-

días, con el motivo de la inundacion que la amenazaba el año de mil setecientos sesenta y tres, se valuó en más de sesenta millones su valor. Hay mucho que decir en órden á la magnificencia y opulencia de esta capital de la Nueva España, por lo que solo me remito á varios autores que han tratado particularmente de este asunto, por no desviarme demasiado del mio: lo cierto es que cada dia va á más su grandeza y poblacion, pues dentro de México, segun los juicios más prudentes y por los últimos padrones, se regula haber de trescientas á cuatrocientas mil personas de todas clases; y por tener títulos de Castilla muchos caballeros cruzados, nobles é hijosdalgos, mercaderes riquísimos, mineros muy poderosos y otros con haciendas muy grandes, y tantos sugetos acaudalados, es sin duda de las ciudades más ilustres y lucidas del mundo.

CAPITULO XLII Y ULTIMO.

TRATA HERNAN CORTÉS DE DAR NOTICIA AL EMPERADOR
CARLOS V DE LA CONQUISTA DE MÉXICO
Y DE SU IMPERIO: SE TOCA TODO LO DEMAS QUE COR-
RESPONDE A ESTE AÑO DE 1521
HASTA LA MUERTE DEL PAPA LEON X, Y CONCLUSION
DE ESTE APARATO.

NUMERO 1.

Mientras tanto se iba reparando la ciudad de Tenochtitlan, trató Cortés de enviar personas de su satisfaccion para que informasen á su Majestad imperial de lo acontecido, de las milagrosas victorias que habia alcanzado y de la conversion de gran número de gentiles que pedian el santo bautismo con ansia y que deseaban ser enseñados y alumbrados con la luz del Evangelio. Fueron nombrados para este efecto Alonso Dávila y An-

tonio de Quiñones, con orden de que de palabra informasen á su Majestad, y viese en su Real Consejo cuántas provincias habian conquistado sus armas, y le suplicasen que confirmase los nuevos alcaldes y nuevo consejo que en aquella república se habia nombrado y establecido, y que tuviese por bien dados los repartimientos que Cortés habia distribuido hasta entónces en personas que tanto lo merecian, en consideracion á que los conquistadores y pobladores de estas partes no se podian sustentar de otra manera. Cortés dió cuenta por su lado de estos sucesos, y manifestó que los naturales de estas partes eran de más capacidad que los de las demás islas, y que le parecia cosa grave por entónces compelerles á que sirviesen á los españoles en la misma forma que en las islas; pero por lo muy gastado que se hallaba por las continuas guerras y por otros motivos justisimos, se determinó á dar la tierra de los indios en encomienda á los españoles, y por esto se llamaron encomenderos y tenian los indios á su servicio. Despues, atendida la súplica de este compasivo capitan, para que de las rentas reales fuesen socorridos para su gasto y sustento, han salido varias leyes á favor de la libertad de los indios, y se han señalado tierras á éstos, es á saber: á cada pueblo seiscientas varas en cada uno de los cuatro vientos á lo ménos, y conservando á otros las po-

sesiones y mercedes que tienen hechas en nombre de los reyes por los señores vireyes; y con razon, como bien lo dicta la experiencia, pues son los labradores de la tierra, la que sin ellos quedaria sin cultivo; y el medio de enviar tanta riqueza de Nueva España es el cuidado que se tenga en el arraigo y propagacion de los indios, porque solo así crecerá el haber real, el comercio, el laborio de las minas y todos los estados, pues la tilma del indio á todos cubre. Asimismo representaba al Rey, como lo habia hecho en sus antecedentes informes, la necesidad que habia de ministros evangélicos en esta copiosa mies, para (conforme á su ánimo religioso) establecer la religion católica, al paso que le afianzaba estos señorios, siendo la fe y el Evangelio medios más seguros para dilatar temporalmente y conservar sus nuevos dominios, el aumento espiritual y salvacion de las almas. Pedia, pues, que tuviese á bien se llamase esta tierra Nueva-España, y que enviase á ella obispos y otros prelados, como tambien número competente de sacerdotes que entendiesen en la conversion, y labradores con ganados, plantas y semillas.

Mandó entregar á los procuradores el quinto del Rey, que era cuantiosisimo; y á más del oro que se recogió en el despojo que se hubo en la toma de la ciudad de Tenochtitlan, se apartaron

várias joyas de oro, y muchas rodeas de precioso metal, que es prueba evidente de la magnificencia de los mexicanos, y se admiraron en toda la Europa estas piezas, como tambien várias obras de pluma y otras alhajas muy bien labradas que se enviaron de presente á su Majestad. Con estos despachos firmados de Cortés, y aparte de los oficiales del nuevo consejo de la ciudad de México (á quince de Mayo de mil quinientos veinte y dos), partieron de la Veracruz Alonso Dávila, Antonio de Quiñones (el mismo que asió de un brazo á Cortés cuando se vió éste en gran peligro y le sacó de entre los indios mexicanos), y con ellos Juan de Rivera, secretario de Cortés, y Diego de Ordaz.

No se logró esta remesa de alhajas, hecha al Rey Carlos I de España, porque junto á las Azores apresó las carabelas ó navíos el corsario frances llamado Florin, y fué por cierto la mayor lástima, puesto que llevaba Quiñones cosas admirables, segun la prolija descripcion que de ellas hace el historiador Herrera (*), es á saber: muchas piedras finas, en particular una esmeralda como la palma de la mano, cuadrada, que remataba en punta de pirámide; una vajilla de oro y plata en tazas, jarras, escudillas, platos, ollas,

(*) Herrera, Década tercera, lib. 3, capítulo primero, folio 67, mibi.

y otras como frutas y flores, y muy al vivo muchas manillas, zarcillos, sortijas, bezotes ó arillos que los indios traian pendientes del labio inferior, derivado del término *bezo*, y joyas de hombres y mujeres; algunos ídolos y cerbatanas de oro y plata, todo lo cual valia más de ciento y cincuenta mil ducados. Además de esto llevaban muchas máscaras mosaicas de piedras finas pequeñas con orejas de oro y colmillos de hueso; muchas vestiduras de sacerdotes gentiles, frontales, paliás y otros ornamentos de templo, tejidos de pluma, algodón y pelo de conejo; huesos de gigantes que se hallaron en Cuyoacan. Tambien envió Cortés dos tigres; pero habiéndose soltado uno en la nao, mató dos personas, hirió á otras y saltó á la mar. Aun vivian los padres de Cortés, porque Juan de Rivera, su secretario, les llevó cuatro mil ducados.

Habiendo perdido estos procuradores dos carabelas, que fueron apresadas, como está dicho, por el corsario Florin, se fueron con la otra y parte del tesoro que llevaban, y se ampararon en la isla de Santa Maria y allí pidieron que les enviasen pasaje seguro para Sevilla, por el oro y cosas de valor que traian, lo cual solicitaron por escrito por conducto de Juan de Rivera, secretario de Cortés, que logró llegar á Lisboa en una carabela portuguesa. Se proveyó á la seguridad

de los procuradores, enviando por ellos; y á su llegada se encontraron con un auto de embargo y secuestro de todo lo que venia de Nueva España, despachado por el obispo Juan Rodríguez de Fonseca, Presidente del Consejo de Indias y contrario de Cortés, por ser tan parcial de Diego Velázquez; pero al fin, unidos con Martin Cortés, padre de Hernan Cortés, y los anteriores procuradores Alonso Hernández Portocarrero y Francisco de Montejo, llegaron á vencer tanta contradiceion. Se alzó el embargo de todo el oro, dinero y demás cosas que habian venido de Nueva España, así para el Rey como para Martin Cortés y otros particulares. Se conoció la razon que habia de parte de Hernan Cortés, y fué declarado Capitan general y Gobernador de Nueva España, enviándosele los despachos y ordenando á Diego Velázquez que no armase ni enviase gente contra él.

Ya de antemano se hablaba de los felices sucesos de este valeroso general, y se hallaban todos al corriente de lo bien que habia dirigido su conquista. No solo en la corte del Rey Católico y en toda España se juzgaban por cosas admirables los hechos gloriosos de este conquistador y de los otros capitanes en la Nueva España, sino volaba la fama por los países extranjerós de los aciertos de este insigne hombre para conseguir

en tan poco tiempo el sujetar tan grandes señorios á sus reyes, poblados de infinita gente idólatra y de tan particulares extrañas costumbres. Los hombres de bien ensalzaban sus hechos y los engrandecian, y á todos parecía que Cortés era muy agradecido: es cierto, pues á pesar de haber sido tan perseguido, fué un héroe incomparable: los que hacian por él, se quejaban; pero en medio de tan siniestros informes, halló toda proteccion en el superior ánimo de un Carlos V que le sostuvo.

NUMERO 2.

Antes que este invicto capitan emprendiese el cerco de México, habia dado cuenta, como lo tengo referido, á la Majestad Católica de todas sus operaciones militares, y pedido con instancia ministros evangélicos para que tantas provincias que iba sujetando á la Corona de Castilla reconociesen obedientes á la suprema cabeza de la Iglesia; y el Emperador, luego que recibió las primeras cartas de su capitan Cortés, inmediatamente dió aviso del nuevo descubrimiento de estas gentes al Sumo Pontifice Leon X, que á la sazón ocupaba la silla de San Pedro en Roma. No fué este aviso del Emperador al señor

Leon X, como lo dice el padre Torquemada (*). Luego que de todo punto se apoderó Cortés de esta gran ciudad de México, porque se ganó esta imperial ciudad en martes trece de Agosto de mil quinientos veinte y uno, y el señor Leon X murió (como veremos despues) por el mes de Diciembre de este mismo año, y no era posible que en tan corto tiempo llegasen las cartas de Cortés á manos del Emperador, y éste suplicase al Sumo Pontífice, dándole aviso de todo cuanto Hernan Cortés pedia para la mejor y más conveniente instruccion de aquellos gentiles en las máximas de nuestra santa fe, y en consecuencia proveyese la bula que expidió, *pro Indorum insolis*, dia veinte y cinco de Abril de mil quinientos veinte y uno. Este anacronismo que he observado en la Monarquía Indiana de nuestro Torquemada, y tan seguido de otros historiadores, me ha obligado á leerla con más cuidado; y considerando la equivocacion que padece por no ajustarse al orden de los tiempos, he combinado las fechas de las cartas de Cortés, que no tuvo presentes este historiador, ni tuvieron otros que le copian á la letra, y creo haber salido de la dificultad, pareciéndome más conforme á la cronología lo que asienta nuestro Wandingo y Haroldo, por cuyo motivo traté de

(*) Herrera, tomo segundo, Década tercera, libro 2, cap. 9, año 1521, folio 49, mihi.

formar este Aparato en forma de anales, y se ve claro en este laberinto de hechos antiguos, de modo que con claridad se descubre por la sucesion genuina de los tiempos, cómo vinieron los primeros ministros evangélicos á estas partes, y con qué dificultades, sin arrojarse á decir, como lo hace el citado padre Torquemada, que los tres padres flamencos que pasaron en aquellos principios por no ser con la autoridad del Papa, aunque con licencia del emperador, no hicieron cosa de propósito, hasta que vinieron los doce; y el padre Fr. Isidro Félix de Espinosa que lo sigue en su manuscrito de la Historia de esta provincia que he visto, dice, es de advertir que cuando vino este nuevo apostolado (habla de la mision del venerable padre Fr. Martin de Valencia) se le agregaron otros cinco religiosos que habian venido ántes que ellos á esta tierra, no con autoridad apostólica ni con mandato del ministro general, sino con sola licencia de sus provinciales y permiso del emperador Carlos V, y por esta razon no se cuentan por primeros. Peor anacronismo encontré en el juicioso historiador Herrera, que pone en el año de mil quinientos veinte y uno la venida de los doce frailes franciscanos que llevaban por su custodia á Fr. Martin de Valencia de D. Juan, luego que se ganó México, con orden de Fr. Francisco de Quiñones, que entónces era

general de la Orden de San Francisco, y no lo era entonces. Y añade que habian llegado antes de éstos tres padres, tambien franciscanos, que pararon en Tlaxcala por andar las cosas de la guerra de México muy encendidas. Y es evidente que el venerable padre Fr. Martin de Valencia con sus compañeros no llegó á México sino el año de mil quinientos veinte y cuatro. No es de admirar el ver todas estas contradicciones en autores tan clásicos, por la multitud de especies y tan disimulas que tenian que colocar en sus historias generales, pero algo se trasluce de pasion nacional en no encontrar por esta falta de reflexion en la serie de los tiempos, principalmente á los tres padres que vinieron primero á plantar la fe en estas partes como es innegable, y ayudar en el cultivo de esta copiosa mies, al venerable padre Fr. Bartolomé de Olmedo, y Juan Diaz, que con tanto celo procuraban la salvacion de tantas almas, y no podian dar abasto únicamente por la nota tal vez de extranjeros, achacando su venida á los empeños poderosos de los señores flamencos, sus paisanos, que tenian tanto crédito en la Corte. El amor á la verdad, que es la base fundamental de toda historia, me mueve á dar á estos padres el lugar que se merece, y expondré el hecho tan cimentado en las leyes de la cronología, que pienso no me tendrán por apasionado. Ahorrárame de

buena gana de esta digresion corta, pero viene bien en este Aparato antes de concluirlo, porque lo hago terminar con la muerte del señor Leon X, que fué al último mes de este año de mil quinientos veinte y uno, preparándome á comenzar la Crónica de esta santa provincia, desde la época del descubrimiento del reino de Mechoacan, que fué el año de mil quinientos veinte y dos, por ser el taller de tantas virtudes que manifestaron sus insignes fundadores de esta mi amada provincia, y conviene que antes estén deslindadas todas las dificultades respecto á la serie verdadera de los primitivos operarios franciscanos.

NUMERO 3.

Por las cartas de relacion de D. Fernando Cortés, las primeras que llevaron Alonso Hernandez Portocarrero, y Francisco de Montejo; procuradores de la Villa Rica ó Veracruz, despachadas á diez y seis de Julio del año mil quinientos diez y nueve, y otra, fecha en la Villa de Segura de la Frontera de esta Nueva España á treinta de Octubre de mil quinientos veinte; despachada con Alonso de Mendoza, y no pudo salir de la Nueva España despachando del todo hasta cinco de Marzo de mil quinientos veinte y uno, quedó instruido el emperador Carlos V del descubri-

miento de la Nueva España, y de todas las cosas raras que se habian observado en sus dilatadas provincias, como tambien de las prevençiones de su general Cortés para formar el cerco de la gran ciudad de Tenoxtitlan, México, y de la instancia que le hacia este muy católico caudillo, para que proveyese de ministros evangélicos para la reduccion al gremio de la Iglesia de tantos indios gentiles que estaban ya á punto de sujetarse á su benigno vasallaje. La fama de tan importante descubrimiento se habia divulgado hasta los reinos extraños de nuestra España, y sin duda que participaria el emperador esta plausible noticia á la santidad de Leon X, y no pudo ser en otro tiempo, porque las cartas y noticias posteriores de la toma de México, que llevaron los procuradores Alonso Dávila y Antonio de Quiñones, arriba referidos, siendo su fecha y despacho de la Ciudad de Cuyoacan á quince de Mayo de mil quinientos veinte y dos, no pudieron llegar sino mucho despues que ya habia fallecido este gran Papa. En este año de mil quinientos veinte y uno, que estaba ya muy extendida la plausible noticia de las grandes provincias descubiertas de la Nueva España, antes de la conquista de la capital del imperio mexicano, se movieron dos religiosos insignes en virtud y letras, á explicar su celo en la conversion de las almas de innumerables infieles que la ha-

bitaban: estos fueron Fr. Francisco de los Angeles (por otro nombre de Quiñones, hermano del conde de Luna), ministro provincial de la provincia de los Angeles, quien despues de haber visitado la provincia de Sajonia, de órden del ministro general, se habia regresado á la santa ciudad de Roma, comunicó el gran deseo que tenia de dedicarse á la conversion de los infieles al venerable padre Fr. Juan Glapion, flamenco de nacion, que habia sido ministro provincial de la provincia de Francia, y era entónces confesor del César D. Carlos, y en la actualidad era comisario de la familia ultramontana de la regular observancia en la curia romana. Ambos padres se concertaron de venir á ejercitar su fervor apostólico á las Indias Occidentales, no movidos de la codicia del oro, sino de la del bien y salvacion de los infieles, principalmente de los de Nueva España, y tales sugetos era lo que pedia con ansiã el conquistador de aquella tierra al Emperador. Luego que supo el Papa Leon X la santa determinacion de estos dos varones tan ameritados por sus buenas prendas, condescendió gustoso a sus justos deseos, y hallándose bien enterado de antemano de la nobleza, virtud y letras que los hacian dignos de benevolencia, les concedió liberalisimamente lo que pedian, y dirigió á los dos padres una bula muy expresiva, en que á más de todas las prerogativas y facultades con-

cedidas por los romanos Pontífices, sus antecesores, los á frailes de la Orden de San Francisco, que iban á predicar á tierras de infieles, las confirmaba y otorgaba de nuevo á ambos, y á otros cuatro que quisiesen nombrar de sus compañeros. Esta bula fué despachada en Roma á veinte y cinco de Abril del año de mil quinientos veinte y uno, y se guarda autenticada en el archivo del convento de San Francisco de México, cuyo tenor sucinto me ha parecido extender á la letra, para que se tenga presente en la ocasion, pues en muchas ha servido de escudo, y más en aquellos primeros tiempos, para la defensa de nuestros privilegios.

LEO PAPA X PRO ORDINE MINORUM, ET PRO INDIARUM
INGOLIS ANNO 1521.

BULLA III.—Dilectis filiis fratribus Joanni Glapioni, et Franciscus de Angelis, etc.

« Dilecti filii etc: Alias fælicis recordacionis
« Nicolaus IV, et Joannes XXIII, et Urbanus V,
« et Eugenius IV, et alii Romani Pontifices præde-
« cessores nostri, debita meditatione concideran-
« tes, quod vestri ordinis munda Religio a Christo
« Domino exemplis, at verbis, Apostolis suis tra-
« dita, ac V. Franciscus, et eum sequentibus ins-

« pirata fuerit: ac quod non nullos ejusdem ordinis
« professores pro fidei propagatione ad infidelium
« partes, cum jam Apostoli in orbe non existant,
« destinare opus esset, prout et ipse V. Francis-
« cus suo tempore actualiter fecit, ut in vinea
« Domini fructuosos palmites producerent, non
« nullis vestri ordinis tunc expressis fratribus, ut
« in terris infidelium tunc designatis existentes,
« quod Dei verbum proponere, et constitutos ibi-
« dem, si eorum aliqui excommunicationis censura
« ligati essent absolvere: quoscumque ad unita-
« tem fidei christianæ converti cupientes reci-
« pere, baptizare, et Ecclesiæ filiis agregare: et hi
« ex dictis fratribus, qui in sacerdotio constituti
« essent, Penitentia, Eucharistia, et Extremæ Un-
« ctionis, alia que Ecclesiastica Sacramenta per-
« sonis permissis ministrare, et exercere: nec non
« in casu necessitatis (Episcopis in Provincia non
« existentibus) confirmationis sacramentum, et
« ordinationes usque ad minoris ordines fidelibus
« ministrare. Capellas, et Altaria, nec non Calices,
« et paramenta Ecclesiastica benedicere: ac
« Ecclesias reconciliandas, vel Cæmeteria recon-
« ciliare, eisdem de idoneis Ministri providere:
« eisque indulgentias, quas Episcopi in suis Diœ-
« cesibus considerare solent impartiri, et alia quæ-
« cumque facere, quæ ad augmentum Divini no-
« minis, ad conversionem ipsorum infidelium po-

« pulorum, et amplificationem fidei Orthodoxæ,
 « et reprobationem ac irritationem illorum, quæ
 « sacris constitutionibus contradicunt, ricuti pro-
 « loco et tempore viderint expedire valeant, et
 « possint. Ne non uti oleo sancto, et chrismate
 « antiquis usque ad tres annos, cum in eisdem
 « partibus novum Oleum, et Balsamum sine dif-
 « cultate magna haberi non possint, libere, et licite
 « valerent necnon aggregatos eosdem (ubi Episcopi
 « non habentur) clericali insignere caractere et
 « ipsos ad minores ordines promovere liceret:
 « etiam Sedis Apostolicæ sententia excommunica-
 « tionis irretitis, absolutionis beneficium justa for-
 « mam Ecclesiæ impartiri, et qui de gentibus
 « Schismaticis, vel alias noviter essent conversi,
 « dandi licentiam ut uxores suas cum quibus in
 « gradibus, à lege divina non prohibitis, contraxe-
 « runt, retinere valerent, et de causis matrimo-
 « nialibus quas in partibus illis, ad audientiam
 « nostram deferre deberent, legitime cognoscen-
 « di, et discordantes inter se concordare, ac etiam
 « eisdem fratribus licitum esset omnium fidelium
 « in terris prædictis confessiones audire, et ipsius
 « penitentias salutares injungere, et vota com-
 « mutare, et excommunicatos à Canone, vel alio
 « modo justa Ecclesiæ formam absolvere, dum-
 « modo injuriam, ac damna passis juxta posibi-
 « litatem satisfecerint in super in locis, in qui-

« bus fratres prædicti residentiam facere vel eos
 « hospitari contingeret, missam, et Divina Officia
 « cum solita solemnitate celebrare: et si in eis-
 « dem locis vitæ necessaria jejuniorum tempore
 « commode habere non possent, ad prædicta jeju-
 « nia eosdem fratres minime teneri declararunt,
 « eum eisque misericorditer dispensarunt; et ut de
 « suis laboribus fructum reportarent, fratribus præ-
 « dictis vere penitentibus et confessis illam indul-
 « gentiam concesserunt quam proficiscentibus in
 « subsidium terræ Sanctæ Sedes Apostolica con-
 « suevit: ac etiam omnibus utriusque sexus fide-
 « litas, confesusque qui Ecclesias et loca fra-
 « trum dicti vestri ordinis in partibus præmi-
 « sis constructa, et imposterum construenda sin-
 « gulis diebus quibus visitarent, causa devotionis,
 « seu elemosinæ faciendæ, ipsis de injunctis eis
 « pœnitentiis 100 dies misericorditer relaxarunt.
 « Quisque eisdem fratribus auctoritate concesserunt,
 « ut in civitatibus, Castris, Villis, seu locis
 « quibuscumque ad habitandum domos, et loca
 « quæcumque seu hætenus recepta mutare, aut
 « ea benedictionis, permutationis, aut cujusvis do-
 « nationis titulo in alios transferre valerunt: ac
 « insuper ut omnes, ac singuli vestri ordinis pro-
 « fessores, qui eodem succensi zelo ad ea loca cum
 « fratribus prædictis transire voluissent, omnibus
 « et singulis præmissis gratiis, et indultis gaudere

« libere possent, prout eisdem fratribus, et eorum
 « cuilibet conjunctin, vel divisim pro fratrum præ-
 « dictorum vita, tunc pro tempore indultum esset
 « vel concessum nec non fugientes à sæculo in or-
 « dine prædicto recipere, ac omnia et singula fa-
 « cere, quod ea quæ dieti ordinis concernerent
 « professionem et Religionem, quæ Ministri Gene-
 « rales, et Provinciales ex officio et indultis Apos-
 « tolicis facere possent, prout in eorumdem præ-
 « decessorum desuper confectis litteris latius enar-
 « ratur. Cam autem sicut accepimus, etc. »

NUMERO 4.

En suma, lo que concede en esta Bula el Sumo Pontífice á los frailes franciscos en estas partes de las Indias del mar Océano, es una facultad plenaria de administrar todos los sacramentos, absolver de toda excomunion, casar, y determinar todas las causas matrimoniales, y otras amplias excepciones, sin que ningun clérigo, ni secular, ni obispo, ni arzobispo, ni patriarca, ni otra persona de cualquiera otra dignidad se lo pueda contradecir ni estorbar, so pena de excomunion *lata sententiæ*, y de la maldicion eterna, de la cual censura no pudiesen ser absueltos sino con sabiduría y consentimiento del mismo Sumo Pontífice ó del prelado superior de dicha Orden. Asimismo concedió á los dichos frailes franciscos,

que donde no hubiese obispos, pudiesen confirmar y conferir las Ordenes menores, reconciliar iglesias, consagrarlas, y tambien altares y cálices, y ejercer las facultades pontificales en caso de necesidad, y otras muchas cosas particulares que en la sobre dicha bula se contienen. (*)

NUMERO 5.

Hallándose pues tan favorecidos estos dos apóstolicos varones Fr. Francisco de los Angeles y Fr. Juan Glapion con esta Bula tan amplia del Sr. Leon X, en que se exceptuaba únicamente todo aquello que pertenece á la dignidad episcopal, y en caso de no haber obispo en las tierras de su predicacion evangélica, cuando se preparaban á poner en ejecucion sus santos deseos de dedicarse enteramente á la conversion de infieles, se frustraron por entonces porque el año siguiente de mil quinientos veinte y dos murió en Valladolid Fr. Juan Glapion, y en este mismo año de quinientos veinte y dos que se celebró la congregacion intermedia de la Observancia en Carpi á expensas de Alberto Pio, conde de aquel lugar, que es del distrito de Romania, siguió de ministro general el reverendísimo padre Fr. Pablo Socin-

(*) Véase el Sumario del Compendio Indico del Sr. Rivadeneyra que está al fin de este tomo 1.º, Bula V de Leon X, con su nota, pág. 22, y se hallará una gran defensa de nuestros privilegios. Y cap. V, Bula XVI de Clemente VII, con su nota, pág. 47.

nas, y fué instituido de comisario de toda la familia ultramontana el reverendo padre Fr. Francisco de los Angeles ó Quiñones, y antes de esto apenas hubieron ilegado á los reinos de Castilla, que sucedió la muerte del Papa Leon X, que falleció el año de mil quinientos veinte y uno el dia primero de Diciembre, de edad de cuarenta y cuatro años: otros dicen de cuarenta y siete, despues de haber regido la Iglesia universal ocho años, ocho meses y veinte dias. Se dice que fué tanto el gusto que recibió cuando le dieron la noticia de los felices sucesos de la Liga, que le entró fiebre. De cualquiera modo que sea, fué casi súbita su muerte, y hubo sospechas que le habian dado veneno. Pablo Jovio (*) dice que fué continente en toda su juventud hasta el punto de su eleccion al Pontificado, pero que despues de Papa cayó en algunos desórdenes por tener á su lado algunos áulicos que abusando de su bondad y genio fácil, cuando debieran hacerle presente las obligaciones de su altísima dignidad, no le entretenian mas que de diversiones.

Fué muy amante de las letras, y quiso y protegió siempre á los doctos y grandes ingenios.

(*) Paul Jovio, in vita Leon X.--Guichardin, lib. 14.--Onuphr. et Victorel in vita Leon X. Ciacon, in Leon X, tom. 3, p. 313.--Spondan, ad ann. 1521. núm. 9.--Raynold. ann. 1521.--Juan de Crespín, Estat de L'Eglise ann 1521, pág. 5, 6.--Hist. de Mr. Thou, citados por Fleury, Hist. Eccles., ann 1521, párrafo LXV.

Sobre todo favoreció en extremo á los poetas, haciendo más aprecio de los que sabian la Mitología y tenian mucho conocimiento de los poetas antiguos y de lo que es erudición profana, que de los que eran versadísimos en la teología é historia eclesiástica. Era amante del lujo y del fausto. Esta es la pintura que nos hacen de este Pontífice Jovio, Guichardino, Onuphrio, Victorel, Ciaconio, Spondano, Raynaldo, Juan de Crespín y Mr. de Thou, autores que cita el abate Fleury en su Historia Eclesiástica; pero hay que rebajar de toda esta autoridad, por las turbulencias y pasiones que reinaban en los ánimos franceses é italianos con motivo de la Liga y porque este Papa no era afecto á la Francia. Lo cierto es que en el tiempo que gobernó la nave de San Pedro se mostró muy grave, muy político, muy docto, y muy diligente en todo aquello que correspondia á su altísima dignidad, y fué (sin contradicción) uno de los grandes Papas que ha tenido el pontificado. Procedióse á la eleccion de un sucesor, y en ménos de un mes que estuvo el sagrado colegio de cardenales en cónclave, fué casi inopinadamente levantado á la silla de San Pedro Adriano Florent, preceptor de Carlos V; y esta eleccion se tuvo por milagrosa y dirigida de lo alto, por las varias y raras circunstancias que concurrieron en ella. Fué esta eleccion por los Idus del mes de

Enero, esto es, el día nueve del año de mil quinientos veinte y dos.

Este Papa era holandés de nación: había nacido en Utrecht, el día dos de Marzo de mil cuatrocientos cincuenta y nueve (*). Como hijo de padres pobres, fué á estudiar á Lovayna, y consiguió beca en el colegio llamado del *Porciens*, donde se daba enseñanza de balde á estudiantes pobres. Se distinguió tanto en la filosofía y teología, que cuando se graduó de doctor (el veinte y uno de Junio de mil cuatrocientos noventa y uno), quiso Doña María de Inglaterra, hermana de Eduardo IV, Rey de Inglaterra, viuda de Carlos el Atrevido, Duque de Borgoña, y gobernadora entónces de los Países-Bajos, costear esta ceremonia. Poco despues, mediante la poderosa proteccion de esta Princesa, obtuvo un canonicato en la iglesia de San Pedro de Lovayna. Despues fué profesor de teología y Dean de aquella iglesia, y en fin, vicecanciller de dicha universidad. Maximiliano I lo escogió para preceptor ó ayo de su nieto el Archiduque Carlos, que estaba en la tierna edad de siete años, y despues fué Rey de España y Emperador de Alemania bajo el nombre de Carlos V. Adriano fué enviado despues en calidad de embajador al Rey

(*) *Iovius et Papi in Adrian VI.*—*Apud Vi etorel in add. ad Ciacon.*—*Palavicein, lib. 2, núm. 2, c. 11. á Fleur, ut supra.*

Don Fernando, quien le promovió al obispado de Tortosa en Cataluña: despues de la muerte de éste, fué regente de España en consorcio del cardenal Jiménez, y quedó solo gobernador de aquella Monarquía en nombre de Carlos V. El señor Leon X, Papa, le había hecho Cardenal el día primero de Julio de mil quinientos diez y siete, y recibió la noticia de su eleccion al pontificado, en la ciudad de Victoria, con bastante indiferencia.

Si hemos de creer á Ciccarello (*), que hace decir á Vanecio Albergatio, nuncio apostólico en la corte de España, que si tenía en tan poca consideracion esta altísima dignidad, la podia renunciar fácilmente, habiendo tantos sugetos para el caso en Italia que de buena gana la aceptarían y cumplirían rectamente con la administracion que requería. Inmediatamente se revistió de las vestiduras pontificales, y quiso llamarse Adriano VI, lo que causó tanta mayor novedad, quanto que sus predecesores habían siempre mudado de nombre en el discurso de más de quinientos años. De allí á poco, á instancia de los Legados del sacro colegio y del Senado romano, no pudo detenerse el Pontifice Adriano para esperar al Emperador, á quien deseaba ver

(*) Haroldo, *Epítome annal. min. anno 1522, núm. 1, in Adrian VI.*

antes que éste saliese de España; y á fin de tener esta satisfaccion, habia apresurado su jornada para llegar con tiempo á España. El Emperador desembarcó en España poco despues que el Papa habia salido de ella, por la precision con que los negocios de la Iglesia le llamaban á Roma, donde llegó á fines de Agosto (*) del año de mil quinientos veinte y dos, dejando, ántes de apartarse de España, escrita una carta al señor Carlos V, exponiendo las razones y motivos que no le habían permitido esperarle.

NUMERO 6.

Año de 1522.—Por el mes de Marzo del año de mil quinientos veinte y dos habian venido noticias de la Nueva-España, de cómo los españoles habian tomado por fuerza la gran ciudad de Tenochtitlan, que pedian confirmacion; y en efecto, por carta-relacion de Hernan Cortés se confirmaron en el mes de Abril siguiente. El señor Emperador Carlos V, que recibió ésta y otras cartas repetidas de su capitan Cortés (en que le daba cuenta, y más por extenso por conducto de su secretario Rivera, de la toma de México, de las circunstancias de estas nuevas

(*) Fleury, Historia Eclesiástica, año de 1522, lib. 128.

tierras de la Nueva-España, y de la necesidad que habia de operarios apostólicos para introducir la fe en sus nuevos señoríos), no habia perdido tiempo, y con la mayor diligencia habia suplicado por sus embajadores á la Santidad del señor Adriano VI, que se dignase proveer para el reino de Nueva-España, recién conquistado por su esforzado capitan Cortés, de ministros evangélicos tan santos en vida y costumbres, que se conociese que no iban á las Indias en busca de sus riquezas, sino de la salvacion de las almas; y habia accedido inmediatamente el Pontifice á tan justa peticion, dirigiendo al Emperador sus letras apostólicas (*), expedidas en la ciudad de Zaragoza del reino de Aragon á diez de Mayo de mil quinientos veinte y dos (y guárdanse tambien en el archivo de San Francisco de México), cuyo título, en lugar de sobreescrito, es este: *Charissimo in Christo filio nostro Carolo quinto, Romanum, et Hispaniarum Catholicum Regi electo.* Y el tenor de la concesion es: que concede al Emperador Carlos V facultad de enviar ministros á esas partes, prescribiendo la forma que ha de haber en ello, y á los así nombrados para tan

(*) Véase el sumario del Compendio Indico del Sr. Rivaldenezra al fin de esta obra, capítulo cuarto, Bula II de Adriano VI, que empieza «Exponi nobis,» donde se trata de esta famosa Bula, que llaman *omnimoda*, y el capítulo cuarto, Bula IV del Sr. Paulo III con su nota que la confirma.

santa obra les da su apostólica bendición y autoridad para ejercer todos los actos episcopales que no requieren orden episcopal en ambos fueros, tanta cuanto á ellos les pareciere conveniente y oportuna para la conversión de los indios y para su aprovechamiento y perseverancia en la fe católica y en la obediencia de la santa Iglesia romana. Y además de esto, confirma y de nuevo concede todos los indultos que sus predecesores concedieron, y así viene á ser esta Bula confirmación de la del Sr. Leon X, que hemos copiado á la letra, pareciéndonos deber omitir la misma diligencia en la copia de esta del Sr. Adriano VI, por evitar mayor prolijidad, y se puede ver en el Bulario de Fr. Francisco Matritense (*); pero como este Príncipe restringía esa facultad de enviar ministros á las Indias tan solamente á los frailes mendicantes, y en especial á los frailes menores de la regular observancia, con que fuesen nombrados por sus prelados para esta santa obra, escribió el Emperador al ministro general de la Orden, instándole á que nombrase los sujetos que se habían de enviar á las conversiones de la América, ó impusiese el mérito de la santa obediencia á los que, según la facultad á él concedida por su Santidad, había de nombrar pa-

(*) Bullarum minor. S. Franc. à P. Fr. Franc. Matritensi, tomo 1, página 112, año 1522.

ra este fin. Luego inmediatamente despachó el ministro general sus letras patentes á su Majestad Católica, en las que, alabando sus loables determinaciones, da por idóneos á cada uno y á cualquiera de sus súbditos que, movidos del espíritu de Dios, voluntariamente se quisiesen ofrecer al trabajo apostólico en tan santa obra, para el efecto de convertir y doctrinar en la fe á los indios (con tal que sean nombrados y escogidos por su Majestad imperial), y les manda por el mérito de la santa obediencia que cumplan la santa jornada á que están enviados, y juntamente les concede su autoridad en uno y en otro fuero.

NUMERO 7.

Con estas facultades pontificias, régias y de la Orden, como aparece por lo que refiere nuestro Haroldo (*) y siguen Pagi y otros, fueron enviados sin tardanza tres padres franciscanos flamencos, que estaban admitidos con parecer de algunos padres graves de la Orden, consultados para el fin y prontos á salir á esta santa expedición, cuyos nombres eran fray Juan de Tecto ó *Du Toic*, guardian del convento de San Francisco de la ciudad de Gante, y otro sacerdote (fray Juan de

(*) Haroldo, Epitome annal. min. anno 1522, núm. 1 et 2, pág. 869.

Aora) y un laico llamado fray Pedro de Mura, más conocido por fray Pedro de Gante, quienes llegaron este mismo año de mil quinientos veinte y dos á la ciudad de Tlaxcala, en ocasion que la imperial ciudad de México estaba recién conquistada y no se conservaba todavía con pacífica posesion, habiendo aún sus alteraciones en varias provincias que se resistian al yugo de nuestras armas victoriosas. Estos padres recorrieron varios parajes circunvecinos al territorio de Tlaxcala: predicaban penitencia y la remision de los pecados, y enseñaban los principales misterios de nuestra santa fe, trabajando mucho en la conversion de los indios y en desterrar la idolatria, supliendo la ignorancia que tenían del idioma de aquellos naturales con algunas voces que habian aprendido y por medio de algunos intérpretes. Pero confiados en la misericordia y asistencia divina, explicaban su celo fervoroso con varios gestos, por lo cual los tenían por locos: señalaban el infierno abajo con las manos, y alzando los ojos al cielo, les daban á entender que allí estaba el solo Dios Todopoderoso y verdadero, que premia á los buenos y castiga á los malos. Dice el historiador Herrera (*), que uno de estos padres, y sería el padre guardian del convento de

(*) Herrera, Década tercera, lib. 2, cap. 9, año 1521, mili.

Gante, que era un venerable anciano, cano y calvo, lleno de celo y caridad, al cual, cuando predicaba en las plazas con grandes voces, respondian los indios que le oian: «¿Qué hacen estos pobres miserables que tantas voces están dando? Mírese si tienen hambre: deben estar enfermos ó locos. Dejádles dar voces, que debe haberles venido su mal de locura. Pásenlo como puedan, y no les hagan mal, pues al fin de ello morirán: y ¿no habeis notado cómo á medio dia, á média noche y al amanecer, cuando todos se alegran, ellos lloran? Sin duda es grande su mal, porque no buscan el placer sino la tristeza.» Pero con todo eso, Dios tocaba los corazones de muchos de estos indios, quienes observando el género de vida que llevaban, tan ejemplar en la pureza de sus costumbres como en la modestia de sus vestidos, y el desprecio que hacian del oro y de la plata, llegaron á tenerles mucha estimacion y afecto á aquellos pobres y santos varones; y en la humilde casa donde se hallaban hospedados, les socorrian los naturales para que se sustentasen: edificados de su santa vida, se convencieron al fin de la cordura de sus obras y del motivo de sus gestos y grandes voces: pedian á porfia ser instruidos y bautizados, de modo que con grande fruto trabajaron en la conversion de estos bárbaros, hasta

el año de mil quinientos veinte y cuatro en que llegó el venerable padre fray Martín de Valencia con sus doce compañeros, cuando ya México y aquellas provincias del imperio mexicano estaban pacificadas. Se agregaron á esta primera misión, copiosa y formal, sirviendo con grande utilidad en la conversión de aquella numerosa gentilidad. Volveremos, en el lugar que corresponde, á hacer mención de estos padres, y en particular de fray Pedro de Gante, digno de particular memoria, el cual se hallaba en Tezcuco cuando llegaron los doce primeros padres con su caudillo el V. Fr. Martín de Valencia, donde este santo lego tenía escuela, y enseñaba la doctrina cristiana á los niños, y criaba tan buenos operarios para el logro de la conversión no solo en las provincias de México, sino también en las más remotas de Michoacan, Jalisco y Nuevo-México.

NUMERO 8.

Cumplido el sexenio del generalato de la Orden, según lo tenía así ordenado el Sr. Leon X, el reverendísimo Soncinna, que parte como vicario general, parte como ministro general la había gobernado, convocó el Capítulo general para la ciudad de Burgos, que se celebró la víspera de Pentecostés del año de mil quinientos

veinte y tres, y el padre fray Francisco de los Angeles ó Quiñónes, que como los demás vocales había concurrido en virtud de su oficio de comisario de toda la familia ultramontana, robó de tal suerte la atención de aquel santo y numeroso concurso de vocales, que salió electo ministro general de la Orden, con público regocijo y aclamación de todos los padres congregados en Capítulo. Concluidas estas funciones capitulares, fue el reverendísimo fray Francisco de los Angeles á visitar al César para suplicarle se dignase proteger á nuestra Orden seráfica, y consiguió de su Majestad imperial varias cartas de recomendación para el señor Papa Adriano VI y otros Príncipes de Alemania, dirigidas á este mismo fin. Partió después de la ciudad de Valladolid para la Extremadura, á visitar la Provincia de San Gabriel y presidir su congregación intermedia. Viéndose fray Francisco de los Angeles impedido para el viaje que pretendía hacer de las Indias con oficio de general, y que no era ya posible ir en persona á cumplir sus deseos de la conversión de los gentiles, ni acudir á tan alto ministerio, formó el designio de enviar á las Indias Occidentales, para el continente de Nueva-España, la célebre misión llamada de Yucatan. Señaló doce ministros, varones apostólicos, para que en su lugar viniesen á las Indias, y nombró por comi-

sario de esta primera mision al venerable padre fray Martin de Valencia, á quien la piedad le ha dado el titulo de santo y de primer apóstol de estas Indias Occidentales; pero en todo rigor no se puede llamar asi, habiendo ántes que él predicado, catequizado y bautizado en la Nueva España el padre D. Juan Diaz y el venerable padre fray Bartolomé de Olmedo, y despues, como se ha referido, los tres padres flamencos y otros dos franciscanos de las islas. Señalóle el santo general Quiñones doce compañeros de su espíritu, diez sacerdotes y dos legos: dióle tambien por escrito instruccion, que parece copiada de las Epístolas de San Pablo (*); de ella me pareció copiar estas devotísimas cláusulas: «Lo primero que por vues-
«tra consolacion debeis notar, es que sois en-
«viados á esta santa obra por el mérito de la santa
«obediencia; y no solamente mia, en quanto vi-
«cario de San Francisco y ministro general, sino
«que su Santidad, por un breve á mí dirigido,
«dice que los que yo señalare, él mismo los en-
«via, *auctoritate apostolica*, como Vicario de
«Cristo. Así, al presente, no envío más que un
«prelado con doce compañeros, porque este fué
«el número que Cristo tomó en su compañía para
«hacer la conversion del mundo, y S. Francisco

(*) Bullar min. Discalceat. San Francisci à P. Fr. Francisco Matritensi, tomo primero, p. 114 et seq. an. 1523.

«(nuestro Padre) hizo lo mismo para la publica-
«cion de la vida evangélica.»

Esta instruccion firmó y selló en el convento de Santa Maria de los Angeles, dia de nuestro Padre San Francisco, de mil quinientos veinte y tres. Este mismo año, á treinta del dicho mes de Octubre, dió la patente y obediencia para el padre Fr. Martin y sus compañeros. En esta referida instruccion consta, de la ereccion de la Custodia del Santo Evangelio en el reino mexicano, disponiendo el ministro general Quiñones, que el custodio de la susodicha mision que ahora enviaba á Yucatan y demás partes de las Indias Occidentales, se habia de llamar Custodio del Santo Evangelio. Se debe advertir aquí, que el reverendísimo general Quiñones no hizo mas que poner en ejecucion las letras apostólicas de los romanos Pontífices Leon X y Alejandro VI, y por consiguiente, que los tres primeros padres flamencos que llegaron á la Nueva España no fueron intrusos ni enviados por empeño de los señores flamencos, como dice Torquemada y otros que lo copian, sino enviados con la misma autoridad pontificia, con sola la diferencia, que aquellos tres padres fueron enviados con el mérito de la Bula del Sr. Adriano VI, confirmatoria de la de su antecesor el Sr. Leon X, por el ministro general Fr. Pablo Soncínna, dirigiendo sus patentes al señor emperador que tenia facul-

tad de nombrar y escoger los sugetos; idóneos y habiéndolos nombrado y escogido, fueron enviados con el mérito de la obediencia, impuesta por su general á la Nueva España; y el venerable padre Fr. Martín de Valencia fué despachado con su mision en fuerza de las mismas autoridades pontificias, por el ministro general, Fr. Francisco de los Angeles Quiñones, quien especialmente cita la facultad que le habia dado el Sr. Leon X; y establecido á dicho venerable padre Valencia y á sus sucesores en el oficio de custodio, le concedió todas las facultades y autoridad de su oficio de ministro general, y la misma potestad ordinaria, como si fuera en persona á la conversion de la Nueva España, y la hiciera y perfeccionara por comision apostólica. Decretó tambien este reverendísimo padre general Quiñones, que fuesen súbditos del reverendo custodio, Fr. Martín de Valencia, no tan solamente Fr. Jacobo de Tecto y sus dos compañeros, de que hemos hecho mencion, sino tambien todos los religiosos franciscanos que viniesen de la provincia de Santa Cruz de la Española ó de otras partes; y en efecto, los tres padres flamencos y otros dos de las islas, luego inmediatamente que llegó el venerable padre Fr. Martín de Valencia con su mision á México, se agregaron á ella, y le prestaron la obediencia debida.

NUMERO 9.

Año de 1524.—No falta historiador, y bien grave, que diga que despues que el reverendísimo padre ministro general Fr. Francisco de los Angeles Quiñones, que despues fué cardenal del título de Santa Cruz, hubo enviado los mencionados doce operarios evangélicos, conociendo el gran fruto que hacian en su mision de Nueva España, quiso, á esfuerzos de sus piadosos fervores, ser participante de tan gloriosos trabajos, y tan bien aprovechados en la conversion y enseñanza de tantos bárbaros gentiles, y que habia alcanzado facultad del Sr. Papa Clemente VII para ir á aquellas conversiones; y trae^(*), en prueba de esto, un Breve de este sumo Pontífice, su data en Roma, dia siete de Junio de mil quinientos veinte y seis; y poco adelante añade este autor, y es Odorico Raynaldo, que despues fué impedido de ir á la dicha mision por haberle enviado de su legado para manejar entre él y Carlos V la paz y concordia que deseaba mucho. Vacila y fluetúa este autor entre tantos escollos y dificultades que advierte en punto de cronología, y lo mismo nos

(*) Odorico Raynaldo, ann. 1526, núm. 83, núm. 127, citat. á Pagi Bre. viar. gest. Pontific. ann. 1526, pág. 591, et 92, an. 33, ad 34.—Haroldo, ut supra, pág. 876, ann. 1523, n. VI.

acontece á los que tenemos la pésima ocupacion de historiar sucesos antiguos. Pero corta el nudo de esos anacronismos la diligente exposicion de estos acontecimientos que hacen Wadingo y Haroldo, pues consta de las mismas letras patentes, que el ministro general, Fr. Francisco de los Angeles, libró al venerable padre Fr. Martin de Valencia, que nunca fué enviado este general á la América, como se deduce de lo que expresa en ellas, y son de este tenor. « *Ego per multorum temporum curricula procuravi, desideravi, et summo desiderio, affectae illis in partibus conmorari, et mori ut meos opere potius quam verbo Evangelii observantiam subditos docerem, attamen vinculus a summo ipsius memoratae regulae obedientiale carcere reclusus, quod summe desidero, deserens, quod amplector odio facere cogor: et cum mea non permiserint peccata istis me exponi laboribus, decrevi vos mittere etc.* »

Vertido este discurso en nuestro romance, dice así:

« Había mucho tiempo que yo procuré, deseé y deseo, con el mayor conato vivir, en las partes de las Indias donde os envío, y morir en la demanda, para enseñar á mis súbditos mas con las obras que con las palabras, las máximas más observantes del Santo Evangelio. Empero, ligado con las cadenas de la obediencia, y como

« recluso en la estrecha cárcel de sus inviolables reglas, dejando lo que con tanta ansia apeteczo, me veo obligado á hacer lo que repugno y aborrezco, aquello mismo que acepto, y como por mis pecados no puedo exponerme á estos trabajos que vais á emprender, he determinado enviaros, etc. »

NUMERO 10.

Ahora, para que se vea mejor el trabajo que nos causa la falta de cronología en autores magistrales, como lo es, y con razon, el reverendo padre Torquemada, y en qué oscuridad nos deja para emprender el trabajo de alguna crónica particular de estas provincias franciscanas, por un descuido que atribuyo, no á la escasez de instrumentos originales, sino á poca claridad y advertencia sobre la serie de los acontecimientos combinada con el orden de los tiempos, concluye con esta inconsecuencia suya, que es muy reparable, y conviene aclarar ántes de comenzar la primera parte de mi Crónica. Comienza el capítulo primero de su tomo tercero con estas formales palabras: « Despues que el excelentísimo capitán D. Fernando Cortés tuvo conquistados los mas de estos reinos mexicanos (lo qual tenía acabado el año de mil quinientos veinte y uno), luego el

« año siguiente, que fué el de veinte y dos, dió
 « orden como darles ministros evangélicos que
 « los doctrinasen y enseñasen, etc. » Y para com-
 probar el buen celo y deseo de Hernan Cortés en
 este caso, refiere sus formales palabras, sacadas
 de una de sus relaciones ó cartas, que como las
 expresa á la letra, lo haré tambien, porque im-
 portan, y son las que siguen: « Todas las veces
 « que á V. Sacra Majestad he escrito, y he dicho á
 « V. Alteza el aparejo que hay en algunos de
 « los naturales de estas partes para se conver-
 « tir á nuestra santa fe católica y ser cristianos,
 « y he enviado á suplicar á V. C. M. para ello
 « mandase proveer de personas religiosas de bue-
 « na vida y ejemplo; y porque hasta ahora han
 « venido muy pocos, ó quasi ningunos, y es cierto
 « que harian grandísimo fruto, lo torno á traer
 « á la memoria á V. Alteza, y le suplico lo mande
 « proveer con toda brevedad, porque de ello Dios
 « Nuestro Señor será muy servido, y se cumplirá
 « el deseo que V. Alteza en este caso, como cató-
 « lico tiene, é porque con los dichos procurado-
 « res, Antonio de Quiñones y Alonso Dávila, los
 « concejos de las villas de esta Nueva España, y
 « yo enviamos a suplicar á V. M. mandase pro-
 « veer de obispos y otros prelados para la admi-
 « nistracion de los oficios y culto divino, y entón-
 « ces pareciónos que así convenia. Y ahora mi-

« rando bien, háme parecido que V. M. los debe
 « mandar proveer de otra manera, para que los
 « naturales de estas partes mas aína se convier-
 « tan y puedan ser instruidos en las cosas de nues-
 « tra santa fe católica; y la manera que á mí en
 « este caso me parece que se debe tener es, que
 « V. M. mande que vengan á estas partes muchas
 « personas religiosas, como ya he dicho, y muy ce-
 « losas de este fin de la conversion de estas gentes,
 « y que de estos se hagan casas y monasterios por
 « las provincias que por acá nos pareciere que con-
 « vienen, y que á estas se les den los diezmos para
 « hacer casas y sostener sus vidas, y lo demás
 « que restare de ellos sea para las iglesias y orna-
 « mentos de los pueblos donde estuvieren los es-
 « pañoles y para clérigos que las sirven; y que
 « estos diezmos los cobren los oficiales de V. M.
 « y tengan cuenta y razon de ellos, y provean de
 « ellos á los dichos monasterios y iglesias, que
 « bastará para todo y aun sobraré harto, de que
 « V. M. se puede servir. Y que V. M. suplique
 « á su Santidad conceda á V. M. los diezmos de
 « estas partes para este efecto, haciéndole enten-
 « der el servicio que á Dios Nuestro Señor se hace
 « en que esta gente se convierta, y que esto no
 « se podria hacer sino por esta via, porque habiendo
 « obispos y otros prelados, no dejarían de seguir
 « la costumbre que por nuestros pecados hoy tie-

« nèn, en disponer de los bienes de la iglesia, que
 « es gastarlos en pompas y en otros vicios; en
 « dejar mayorazgos á sus hijos ó parientes; y aun
 « seria otro mayor mal, que como los naturales
 « de estas partes tenían en sus tiempos personas
 « religiosas que entendian en sus ritos y cere-
 « monias, y estos eran tan recogidos así en ho-
 « nestidad como en caridad, que si alguna cosa
 « fuera de esto á alguno se le sentia, era punido
 « con pena de muerte. E si ahora viesen las cosas
 « de la iglesia y servicio de Dios en poder de ca-
 « nónigos ó otras dignidades, y supiesen que aque-
 « llos eran ministros de Dios, y los viesen usar
 « de los vicios y profanidades que ahora en nues-
 « tros tiempos en esos reinos usan, seria menos-
 « preciar nuestra fe y tenerla por cosa de burla: y
 « seria tan gran daño, que no creo aprovecharia
 « ninguna otra predicacion que se les hiciese; y
 « pues que tanto en esto va, y la principal aten-
 « cion de V. M. es, y debe ser, que estas gentes
 « se conviertan, y los que acá en su real nombre
 « residimos, la debemos seguir, y como cristianos
 « tener de ellos especial cuidado, he querido en
 « esto avisar á V. C. M., y decir en ello mi pa-
 « recer, el cual suplico á V. A. reciba como de
 « persona súbdita y vasallo suyo, que así como
 « en las fuerzas corporales trabajo y trabajaré con
 « el ánima, para que en ellas V. A. mande sem-

« brar nuestra santa fe, porque por ello merezca
 « la bienaventuranza de la vida perpétua; y por-
 « que para hacer órdenes y bendecir iglesias y
 « ornamentos, y óleo, y crisma y otras cosas no
 « habiendo obispos, seria dificultoso ir á buscar
 « el remedio de ellas á otras partes, asimismo
 « V. M. debe suplicar á su Santidad que conceda
 « su poder y sean sus subdelegados en estas par-
 « tes las dos personas principales de religiosos
 « que á estas partes vinieren, y uno de la Orden
 « de San Francisco y otro de la Orden de Santo
 « Domingo, los cuales tengan los mas largos po-
 « deres que V. M. pudiere, porque por ser estas
 « tierras tan apartadas de Iglesia romana y los
 « cristianos que en ellas residimos y residieren,
 « tan léjos de los remedios de nuestras concien-
 « cias y como humanos tan sujetos á pecado, hay
 « necesidad que en esto su Santidad con nosotros
 « se extienda en dar á estas personas muy largos
 « poderes, y los tales poderes sucedan en las per-
 « sonas que siempre residan en estas partes, que
 « sea en el General que fuere en estas tierras ó en
 « el provincial de cada una de estas Ordenes. »

NUMERO 11.

Luego añade el reverendo padre Torquemada, que este capítulo de carta cuadró mucho al Emperador, porque le aconsejaron en España las

personas que consultó sobre este negocio, que
 para la conversion de estas gentes enviase minis-
 tros, que no recibiesen de ellos sino solo la sim-
 ple comida y vestuario, porque de otra manera
 no harian en ellos fruto alguno espiritual, etc.
 Despues en el capitulo segundo refiere que: « des-
 « pues que el emperador recibió las primeras cartas
 « y relacion de su capitan Cortés, que fué luego
 « que de todo punto se apoderó de esta gran ciu-
 « dad de México, luego dió aviso del nuevo des-
 « cubrimiento de estas gentes al sumo Pontifice
 « Leon X que á la sazón tenia la silla de San Pe-
 « dro en Roma, avisándole de su capacidad y ta-
 « lento diferente de los nuestros, y de todo lo que
 « Fernando Cortés pedia para su mejor y mas
 « conveniente instruccion en nuestra santa fe y
 « doctrina, porque sobre ello se tratase, mirase
 « y consintiese lo que más convenia. Demás de
 « esto hizo S. M. juntas de letrados los mas emi-
 « nentes de sus reinos, así teólogos como juristas,
 « así para cerciorarse si podia retener en sí con
 « buena conciencia el señorío de estos reinos, como
 « para saber el medio que había de tomar en lo
 « que Cortés pedia tocante á la conversion y doc-
 « trina de los indios. Con estas cosas dichas se
 « suspendió por entónçes esta jornada y mision
 « de ministros evangélicos que cultivasen la viña
 « espiritual que tanto deseaba Cortés ver desmon-

« tada y limpia de tantos errores, lo cual habia
 « de ser hecho por los ministros eclesiásticos di-
 « chos. » Y poco más abajo dice: « Verdad sea
 « que en medio de estas suspensiones y consultas
 « solos tres flamencos tuvieron dicha de pasar en
 « aquellos principios, y de ser los primeros frailes
 « que con espíritu de predicar la fe acá llegaron,
 « y su ventura fué juntamente con su buena di-
 « ligencia el favor de los grandes de Flandes, como
 « á la sazón mandaban en España; pero no fué con
 « autoridad del Papa, aunque con licencia del em-
 « perador, y así no hicieron cosa de propósito hasta
 « que vinieron los doce que la trajeron. »

NUMERO 12.

Estando yo formando mi plan para escribir la
 Crónica de esta Provincia, y leyendo por consi-
 guiente muchos autores regnicolas, y en particular
 á más de otros manuscritos la Monarquía Indiana
 de este gran historiador, el padre Torquemada,
 que para mí gozaba de la especialidad de ser muy
 diligente, y de mi orden no pude leer estas cláu-
 sulas que acabo de referir, sin advertir un laberinto
 de inconsecuencias, una confusion de épocas y un
 océano de dificultades, motivo porque despues
 de haber registrado los monumentos más verídicos
 arreglándome á las leyes más severas de la Cro-

nología, arbitré formar este Aparato, trayendo desde el principio de las Indias Occidentales, hasta el descubrimiento del reino de Mechoacan, estos, desde su fuente, hasta averiguar bien el origen de la predicacion evangélica en el reino Tarasco, para de allí tratar sin violencia y con método cronológico los fundamentos de mi santa Provincia y los heroicos hechos de sus hijos en este distrito de Mechoacan. Con solo leer este Aparato, se ve con claridad todo lo acaecido en orden á la conquista espiritual y temporal de estas partes Occidentales hasta la reduccion total de México y de su imperio, y en lo que poco antes he referido, se pulsa cómo se ordenaron los sucesos hasta la venida de la mision célebre del venerable padre Fr. Martin de Valencia, sin hacer agravio á los primeros religiosos franciscanos, flamencos y otros de las islas, con que en gran parte se desata la dificultad que ofrece al prolijo lector esta relacion inverosímil y llena de anacronismos con que principia este insigne autor su libro quince, ó tercer tomo de su Monarquía Indiana. Veamos ahora por partes estas inconsecuencias.

NUMERO 13.

Lo cierto es que Hernan Cortés tomó por fuerza la gran ciudad de Tenochtitlan (México) el dia trece de Agosto (mártes) del año de mil quinientos

veinte y uno, y que el año siguiente envió varios capitanes á pacificar algunas provincias rebeldes; que poco antes del cerco de México habia enviado, con Alonso de Mendoza, una carta-relacion, instruyendo al Emperador de lo que habia acaecido en su nueva conquista, y le pedia operarios evangélicos; que despues de haberse posesionado de México, remitió otra carta-relacion, fecha del año de mil quinientos veinte y dos, pidiendo con instancia ministros, sin fijarse en que fuesen religiosos de esta Orden ó de la otra, con lo que se demuestra: primero, que mal hace en decir el reverendo Torquemada, en paréntesis, que Cortés habia acabado de conquistar los más de los reinos mexicanos el año de mil quinientos veinte y uno, pues apenas, y con gran trabajo, tomó á viva fuerza la ciudad imperial de México por el mes de Agosto de este mismo año, y el año siguiente de mil quinientos veinte y dos se hallaba ocupado en pacificar algunas provincias que le habian dado la obediencia al Emperador y luego se habian rebelado: apenas, como lo dice en sus cartas, tenia noticia del reino de Michoacan, cuyo descubrimiento se hizo á principios de dicho año de mil quinientos veinte y dos, y le faltaba la conquista de otras grandes y ricas provincias de aquel imperio, inmediatas á él. Segundo, que cuando dice que el año siguiente, que fué el de

veinte y dos, dió orden de darles ministros, se contradice con lo que expresa en el capítulo segundo: que despues que el Emperador recibió las primeras cartas y relacion de su capitan Cortés, que fué luego que completamente se apoderó de esta gran ciudad de México, inmediatamente dió aviso de estas gentes al Sr. Leon X y de lo que pedía Hernan Cortés en orden á la mision de ministros evangélicos; porque en todas sus cartas, haciendo reclamo del contenido de las antecedentes, por si se perdian por la gran distancia que hay de la Nueva España á la antigua, pedía ministros, y da á entender este autor que en sus primeras cartas no pensaba en pedir ministros; y añade, que las recibió su Majestad Cesárea, y dió parte del descubrimiento y conquista de México al Sr. Leon X.

¿Quién no ve en estos pocos renglones cuántos absurdos contienen? pues, como he referido, no llegó á noticia del gran Emperador la plausible novedad de la toma de México sino á fines del año de mil quinientos veinte y dos; porque los procuradores Alonso Dávila y Antonio Quiñones, despachados para llevarla é informar de todo á la Cesárea Católica Majestad de Carlos V (á quince de Mayo de mil quinientos veinte y dos) no pudieron llegar con tiempo por los trabajos que pasaron con el corsario Florin, y cuando se tuvo

noticia cierta de la posesion de México, ya hacia más de seis meses que habia muerto el Sr. Leon X; y si hubo alguna comunicacion de estos asuntos de la América de parte del señor Emperador á este Sumo Pontifice, seria sobre lo que trataban las primeras cartas de Cortés en orden al descubrimiento de la Nueva España y sus conquistas y alianzas, como tambien en orden á lo que se habia de proveer para no dejar á sus moradores gentiles sin el pasto espiritual. Aun dado el caso que despues de la toma de México despachase Cortés alguna embarcacion con esta noticia al Emperador, lo que no consta por historiador alguno, hasta que la llevaron los procuradores Alonso Dávila y Antonio Quiñones, no era dable, dándose toda la priesa imaginable, que pudiese el Sr. Carlos V participar esta gran novedad al Papa Leon X; porque habia de dar este general Cortés órdenes á la Veracruz, en que se pasarian algunos dias, y se pasarian (desde trece de Agosto, que se tomó México) los dias restantes de este mes; y concediendo que por no estar bien conocida y asegurada esta navegacion de Veracruz á Cuba ó á la Isla Española, y de allí á España, aunque carrera más trillada en aquel tiempo, que se tardase la embarcacion tres meses á lo muy ménos en llegar á algun puerto de España, se pasarian los tres meses de Septiembre, Octubre y Noviembre: habia

que pasar á la Corte, é instruido el Emperador, tenia que dirigir sus cartas á Roma, adonde residia el señor Papa Leon X, habiendo á lo ménos cuatrocientas leguas que franquear á los correos; sin contar uno ú otro dia de despacho para las cartas. Y consta que el Sr. Leon X murió el dia primero de Diciembre de aquel mismo año de mil quinientos veinte y uno: conque se ve evidentemente la inconsecuencia de lo que produce el citado padre Torquemada, cuando dice que luego que de todo punto se apoderó Cortés de esta gran ciudad de México, habiendo recibido las primeras cartas de su capitan Cortés, luego dió aviso del descubrimiento de estas gentes al Sr. Leon X.

NUMERO 14.

Peor método guarda el reverendo padre Torquemada cuando, hablando del cuidado que tenia el piadoso caudillo Hernan Cortés de pedir ministros evangélicos al César para la conversion de estos indios gentiles, trae de primera instancia (en su segundo párrafo de su tercer tomo) las formales palabras de que se vale Cortés en una de sus cartas, para persuadir que esta petición de ministros evangélicos, principalmente sacados de las Ordenes de San Francisco y de Santo Domingo,

que hacia Cortés en dichas cartas al Emperador, fué la causa impulsiva para que su Majestad Cesárea proveyese al despacho de la primera mision de religiosos franciscanos que llevó á la Nueva España su custodió el venerable padre fray Martin de Valencia; y aun añade, que este capitulo de la carta cuadró mucho al Emperador, y en el mismo folio, en el segundo párrafo que sigue, dice: « Y esta peticion, tan acertada, de prelados « eclesiásticos y sacerdotes verdaderos desprecia- « dores de la tierra, hecha conforme al senti- « miento y cristiano celo del buen capitan Cortés, « fué después la causa total y el instrumento de « hacerse la conversion de estos naturales con tan « buen fundamento. » Bien que aquí habla de los obispos que no habian de dejar de venir, no pudiendo tener efecto la traza que Cortés daba, porque ni el Sumo Pontífice, como bien lo reflexiona el mismo Torquemada, concediera los diezmos de aquella suerte, ni eran menester para los ministros que al principio vinieron, pues eran frailes observantísimos de San Francisco, y ni ellos los recibieran, ni podian aunque quisieran, según su regla y profesion. Y en caso de dispensa del Vicario de Jesucristo, habiendo de admitir tales diezmos, seria con no poco sentimiento, según su grande espíritu de observar fielmente las reglas de la santa pobreza.

La lástima es que la autoridad de este grande historiador haya inducido, por su poca exactitud cronológica, á cometer igual ó peor inconsecuencia á otros, y particularmente á nuestro cronista fray Isidro Félix de Espinosa, quien, en su manuscrito de la Crónica de Michoacan, dice que « en este tiempo que corria el año de veinte y dos, deseando el muy católico Don Fernando Cortés que tantos reinos sujetos á la Corona de España reconociesen obediencia á la suprema cabeza de la Iglesia, no pudiendo conseguir esto sin muchos ministros evangélicos, los pidió á la Majestad Católica con instancia, y concluye en su carta diciendo (adviértase que es la misma que á la larga trae Torquemada): Asimismo V. M. debe suplicar á su Santidad, que conceda su poder y sean sus delegados en estos parajes las dos personas principales que á ellas vinieren: uno de la Orden de San Francisco, y otro de Santo Domingo, los cuales tengan los más largos poderes que V. M. pudiere. » Y asentando lo mismo que el padre Torquemada, sigue así: « Este capitulo de carta cuadró mucho al Emperador, porque lo mismo le aconsejaron en España las personas que consultó sobre este negocio. » Y en iguales términos asienta los conceptos de Torquemada, al cual copia sin faltar en un ápice. En estas ex-

presiones del padre Espinosa se conoce que estaba persuadido (sobre la fe del padre Torquemada) de que la peticion de Cortés de religiosos franciscanos y dominicos, con preferencia á otros ministros, que hace en la carta citada, cuyo capitulo de ella cuadró tanto al Emperador, fué el móvil principal para tratar de la mision de los primeros franciscanos á la Nueva España; y con más ambigüedad se explica el padre Torquemada, diciendo: « Con estas cosas dichas se suspendió por entónces esta jornada y mision de ministros evangélicos que cultivasen la viña espiritual, que tanto deseaba Cortés ver desmontada y limpia de tantos errores, lo cual habia de ser hecho por los ministros eclesiásticos dichos. » Pero con traer á colacion y por preámbulo este capitulo de la carta de Cortés, y decir que en virtud del aviso que dió el Emperador al Papa Leon X de lo que pedia Cortés en orden á la instruccion de los gentiles de la Nueva España, que se hizo junta de teólogos y letrados para saber el medio que se habia de tomar en lo que Cortés pedia tocante á la conversion, es fuerza inferir que quiso el padre Torquemada dar la gloria á Cortés de haber sido el motivo para que el César escogiese ministros de la Orden de San Francisco ántes que otros algunos del orden secular ó regular, por ser más convenientes á la

necesidad de esta gente humilde y pequeñela, y de paso ensalzar, sin haberlo menester, la santidad del fundador de la santa Provincia del Santo Evangelio y de sus doce compañeros.

NUMERO 15.

No creo que estas inconsecuencias que se advierten en todo esto sean dimanadas del feo vicio de la pasión que domina á muchos autores y les hace alabar mucho sus tierras ó cuerpos de donde tienen el honor de ser paisanos ó miembros; lo atribuyo, como ya lo he insinuado, á falta de reflexion cronológica, siendo evidente que el reverendo padre Torquemada no hubiera caído en esta cadena de errores si hubiera advertido que este pedazo de carta que trae tan de luego á luego para comprobar el buen celo de Cortés en instar tanto al Emperador por ministros, es conclusion de una carta-relacion despachada de la gran ciudad de Tenochtitlan de esta Nueva España á quince dias del mes de Octubre del año de mil quinientos veinte y cuatro, cuando ya había llegado á estos reinos la mision del venerable padre fray Martin de Valencia, á trece de Mayo del mismo año de mil quinientos veinte y cuatro, un dia

antes de la vispera de Pascua de Espiritu Santo. Y el señor Carlos V, ya por particular inclinacion á nuestra Orden seráfica, ya por estar informado por las primeras cartas de Cortés de la necesidad que habia de ministros, con consulta de su Consejo (lleno de hombres eminentes, sin haber menester ir á buscar teólogos y juristas en toda España, en virtud de la Bula de su maestro el Sumo Pontifice Adriano), provuyó á los buenos deseos del reverendísimo padre fray Francisco de los Angeles y fray Juan Glapion, quienes, de antemano, querian venir á sembrar el grano evangélico en estas partes, enviando de primera instancia á los tres padres flamencos que primero vinieron; y por haber recaído el generalato de toda la Orden en el venerable padre fray Francisco de los Angeles Quiñones, éste señaló doce religiosos franciscanos de la Provincia de San Gabriel, muy beneméritos, y por su gefe al venerable padre fray Martin de Valencia, quienes vinieron en su lugar á la Nueva España, y llegaron á ella por el mes de Mayo de mil quinientos veinte y cuatro.

Así, sin violencia y ajustándome á la más escrupulosa cronologia, refiero en los números 3, 4, 5, 6, 7, 8 y 9 de este capítulo, cómo dispuso la Divina Providencia las cosas de la conversion de estas gentes de la Nueva España, y solo

así se puede ver claro en tanta confusión de sinistras relaciones como se hallan en los autores más clásicos. A cada uno se ha de hacer justicia; y conforme traigo en los dichos números la sucesión y orden de los acontecimientos, no se puede negar que son dignos de las mayores alabanzas y del premio eterno los venerables padres fray Bartolomé de Olmedo y Don Juan Diaz, presbítero secular, varones verdaderamente apostólicos, por haber ganado con tanto trabajo é igual constancia tantas almas para Jesucristo, que fueron las primicias de su celo fervoroso. Después de estos insignes operarios, ¿cómo se ha de defraudar la gloria tan bien adquirida de los tres padres franciscanos que primero abordaron al continente de la Nueva España, queriendo apocarlos por extranjeros, achacándoles que pudieron pasar á estas partes solo con el favor de los ministros flamencos sus paisanos, sin facultad apostólica y únicamente con la licencia del Emperador? *¿Tantæ ne animis celestibus iræ?* Pero tengo respondido al padre Torquemada en los números 6, 7 y 8 de este capítulo, probando que vinieron con todas las facultades necesarias del Sumo Pontífice, de la Majestad Imperial, y á mayor abundamiento con mandato expreso del Ministro general, por santa obediencia. Con darle á cada uno lo que es

suyo, no es defraudar la crecida prerogativa que justísimamente tuvo el venerable padre fray Martín de Valencia de haber sido el primer vicario apostólico de esta Nueva España y proto-fundador de estas apostólicas Provincias franciscanas; y después que se asentaron las cosas, el Sr. Carlos V de las Españas, en todo el tiempo que reinó, que fué más de treinta años, no cesó, conforme las ocurrencias y piadosas peticiones de Hernán Cortés, de cumplir con su innata piedad para con la religion franciscana, enviando ministros de nuestra seráfica religion en repetidas barcadas, cuya cabeza fué por mucho tiempo el venerable padre fray Martín de Valencia y de sus primeros doce venerables compañeros, reconoce esta santa Provincia de Michoacán haber logrado la dicha de tener por su primer fundador el venerable padre fray Martín de Jesús.

Pero ya es tiempo de concluir estas discusiones cronológicas, suplicando á los lectores de la Crónica de esta santa Provincia de los gloriosos apóstoles San Pedro y San Pablo de Michoacán, que con igual benevolencia pasen los ojos por este Aparato, pues la leyenda de su contexto contribuye grandemente á la inteligencia más genuina y perfecta de los sucesos heroicos de nuestros fundadores, al conocimiento más cabal del país y reino de Michoacán, por la luz que refleja tra-

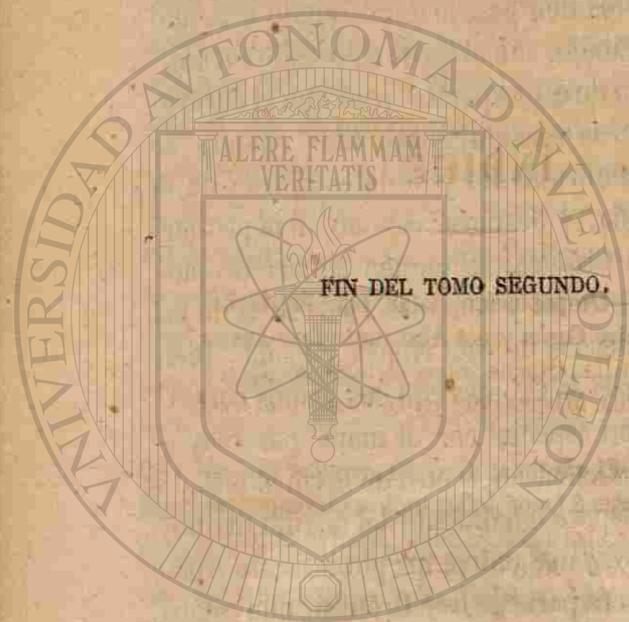
tando de la conquista del imperio mexicano, de los usos de sus moradores, siendo así una misma cosa toda esta tierra y teniendo un mismo origen unos y otros indios mexicanos y tarascos, y casi unas mismas costumbres, con tal cual diferencia que se anotará en su historia particular y descripción del reino de Michoacan; que se descubrió el año de mil quinientos veinte y dos, como ahora veremos, y ha de ser este descubrimiento la época que me sirve de norte fijo para comenzar la Crónica de esta santa Provincia; y para que sea con el acierto que deseo, protesto, ante todas cosas, que ha de correr mi pluma con el pleno conocimiento de mi insuficiencia, y que solo con la asistencia del Altísimo podré coordinar los materiales que tengo recogidos para su fábrica, sintiendo con amargura la falta de monumentos que corresponden á muchos años; y con los que con sumo trabajo he recogido y combinado, confío en su santísima bondad que me dará tiempo y vida, siquiera para concluir la primera parte, cuyo plan tengo ideado con bastante exactitud y en punto de terminarse su prolija extensión y formación.

Va inserto al fin de este Aparato un plano ienográfico de toda la Nueva España, dispuesto á fines del año pasado por el insigne autor regnicola D. Carlos de Sigüenza y Góngora, natural de México,

y catedrático de matemáticas en la Real Universidad de esta Corte. Encontré un borrador casi ininteligible de este mapa en el museo del caballero Boturini, y como tan raído y destruido por la injuria de los tiempos, lo he corregido y sacado con prolijo trabajo, con el fin de colocarlo con anticipación al fin de este Aparato, para que el curioso lo registre en la ocasión, sobre todo cuando se trata del descubrimiento y de la conquista de la Nueva España, y después, cuando en la primera parte de esta Crónica, se toquen en sus propios lugares las entradas y conquistas sucesivas de las provincias internas de esta Nueva España. Bien que se adornará la Crónica con sus planos correspondientes, en especial con el mapa por mayor del reino de Michoacan, y otro de las misiones de Rio-Verde. Espero igualmente del auxilio divino, conforme se vayan dando á luz pública este Aparato y la primera parte de esta Crónica, que estará perfeccionada con tiempo la segunda parte, si á mi solicitud y prolijo trabajo corresponde mejor y más constante salud, que por haberse notablemente quebrantado, me ha impedido el vuelo de los deseos que me asisten de servir y atender en lo posible al bien público y á su benigna expectación. — *Vale et fave.*

Concluyó este Aparato el R. P. Fr. Pablo de la Purísima Concepcion Beaumont, cronista de la

Santa Provincia de San Pedro y San Pablo de Michoacan, á 20 de Febrero de 1778 años, y lo presentó al Illmo. Sr. D. Juan Ignacio de la Rocha en el mismo año para su recreo.

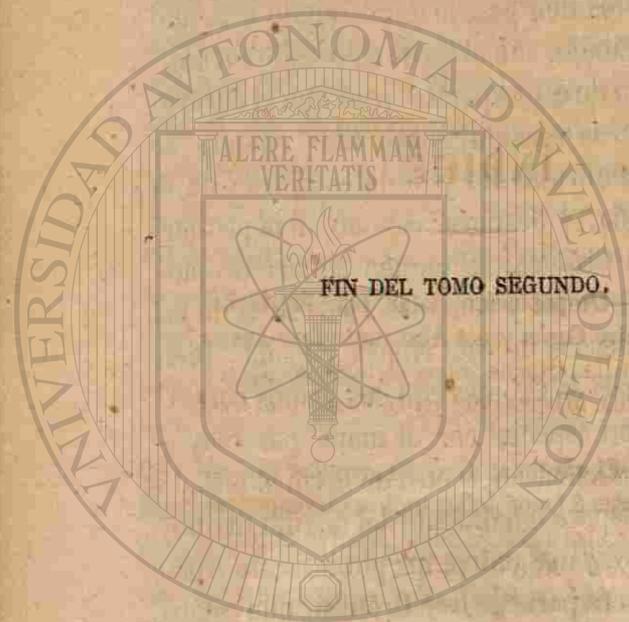


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA Y DOCUMENTACIÓN

ÍNDICE.

- CAP. XXIV.—Despoblacion de la Isla Española. viaje del padre Casas y del Almirante Don Diego Colon á Castilla. Quejas sobre el negocio de los repartimientos. Muerte del Rey D. Fernando. Año de 1514. 5
- CAP. XXV.—El cardenal Jimenez oye las quejas del padre Casas á favor de los indios: envia padres gerónimos á gobernar las Indias. Vuelve el padre Casas á la Corte. Año de 1516. 18
- CAP. XXVI.—Llegada del Rey D. Carlos quinto á Castilla. Muerte del cardenal Jimenez. Se determina enviar negros á las Indias. Descubrimiento de Yucatan. Año de 1517. 39
- CAP. XXVII.—Sigue el descubrimiento de Yucatan que comenzó Francisco Hernandez de Córdoba y se envia una armada con Juan de Grijalva. Sucesos de esta segunda expedicion. Año de 1518. 63
- CAP. XXVIII.—Nombrado Hernan Cortés por general de la armada se alza con ella. Sus calidades, y se dispone para partir á su expedicion. Plaga de hormigas y viruelas en la Española. Se vuelven

Santa Provincia de San Pedro y San Pablo de Michoacan, á 20 de Febrero de 1778 años, y lo presentó al Illmo. Sr. D. Juan Ignacio de la Rocha en el mismo año para su recreo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA Y DOCUMENTACIÓN

ÍNDICE.

- CAP. XXIV.—Despoblacion de la Isla Española. viaje del padre Casas y del Almirante Don Diego Colon á Castilla. Quejas sobre el negocio de los repartimientos. Muerte del Rey D. Fernando. Año de 1514. 5
- CAP. XXV.—El cardenal Jimenez oye las quejas del padre Casas á favor de los indios: envia padres gerónimos á gobernar las Indias. Vuelve el padre Casas á la Corte. Año de 1516. 18
- CAP. XXVI.—Llegada del Rey D. Carlos quinto á Castilla. Muerte del cardenal Jimenez. Se determina enviar negros á las Indias. Descubrimiento de Yucatan. Año de 1517. 39
- CAP. XXVII.—Sigue el descubrimiento de Yucatan que comenzó Francisco Hernandez de Córdoba y se envia una armada con Juan de Grijalva. Sucesos de esta segunda expedicion. Año de 1518. 63
- CAP. XXVIII.—Nombrado Hernan Cortés por general de la armada se alza con ella. Sus calidades, y se dispone para partir á su expedicion. Plaga de hormigas y viruelas en la Española. Se vuelven

- los padres gerónimos á Castilla, y llegada del nuevo administrador D. Rodrigo de Figueroa Año de 1518. 86
- CAP. XXIX.—Propone el padre Casas el plan de un nuevo establecimiento en Indias. Junta extraordinaria para examinar la causa de los indios. Responde el padre Casas á las objeciones que le hacen. Consigue lo que desea. Oye el Rey al obispo del Darién, al padre Casas y á un fraile franciscano sobre la causa de los indios. Parecer del Almirante D. Diego Colón, y al fin nada se consigue sobre este asunto. Año de 1519. 112
- CAP. XXX.—Sale Hernán Cortés de la Habana, para su expedición de Nueva España. Llega con su armada á Cozumel. Habla á Gerónimo de Agui- lar y lo toma de su intérprete. Pelea con los indios de Tabasco, y consigue una gran victoria. Llega á San Juan de Ulúa. Cómo fué avisado el emperador Moctezuma de la llegada de los españoles. Una de las esclavas, llamada Marina, es intérprete fiel de Cortés. Hernán Cortés funda la ciudad de Veracruz ó Villa-Rica. Año de 1519. 140
- CAP. XXXI.—Hernán Cortés muda su ejército y va á Zempoala: Confedérase con el señor de Zempoala. Fué á socorrer á los totonaques. Manda derribar los ídolos de Zempoala. Envía diputados á dar cuenta al Rey de los principios de su conquista. Da los navíos de la armada al través. Año de 1519. 176
- CAP. XXXII.—Resuelve Cortés su jornada á México. Envía una embajada á Tlaxcala. Varias batallas que tuvo con los tlaxcaltecas. Hace la paz y se confedera con la república de Tlaxcala. Descripción sucinta de esta ciudad y de las costumbres de sus habitantes. Año de 1519. 194
- CAP. XXXIII.—Faccion absoluta de Cholula. Lle-

- ga Cortés á México. Recibimiento que le hace Moctezuma. Año de 1519. 214
- CAP. XXXIV.—Causa porque acuerda Hernán Cortés apoderarse de Moctezuma. Prision de este emperador. Suplicio de Quauhpopoca señor de Nautla. Conjuracion de Cacamatzin, Rey de Texcoco. Moctezuma le entrega á Cortés. Su castigo. Reconocimiento de vasallaje que hace Moctezuma al Rey de Castilla, y tributo que le dió. Año de 1519. 235
- CAP. XXXV.—Resuélvese Moctezuma á decir á Cortés que se vaya de su tierra. Velazquez envia un armamento considerable, cuyo mando confia á Pánfilo de Narvaez. Cortés prende á este general. Vuelve á México. Muerte de Moctezuma. Año de 1520. 252
- CAP. XXXVI.—Alteracion de los mexicanos. Retirada de noche de los castellanos de México. Batalla famosa de Otumba. Cortés entra victorioso en Tlaxcala. Castigo de la rebelion de Tepeaca, y vuelve á Tlaxcala. Año de 1520. 280
- CAP. XXXVII.—Digresion importante sobre la rebelion del cacique Enriquillo, y el estado de las islas españolas Cuba, Jamaica y demas. Año de 1520. 305
- CAP. XXXVIII.—Cercos de la ciudad de México, y ruina del imperio mexicano. Año de 1521. 334
- CAP. XXXIX.—Origen de los indios de la Nueva España, y de dónde vinieron. Año de 1521. 351
- CAP. XL.—De los primeros moradores de la Nueva España. De los gigantes, tultecas y chichimecas. Serie de los emperadores mexicanos hasta la destrucción de aquel imperio. Año de 1521. 418
- CAP. XLI.—De la religion de los indios mexicanos. De su gobierno. De la ciudad de Tenoxtitlan. Dis-

posiciones de Hernan Cortés para su reedificación.
 Año de 1521. 467
 CAP. XLII y último.—Trata Hernan Cortés de dar
 noticia al emperador Carlos V. de la conquista
 de México y de su imperio. Se toca todo lo demas
 que corresponde á este año de 1521 hasta la muer-
 te del Papa Leon X, y conclusion de este Apa-
 rato. 483



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



